BECA ABERDEEN

HAIMI SNOWN

Autoras con +6 millones de lecturas

Las cláusulas del amor

IT'S A MATCH!





água editorial.

BECA ABERDEEN HAIMI SNOWN

Autoras con +6 millones de lecturas

Las cláusulas del amor

IT'S A MATCH!







água editorial.

BECA ABERDEEN HAIMI SNOWN

Autoras con +6 millones de lecturas

Las cláusulas del amor

IT'S A MATCH!







água editorial.

Las cláusulas del amor

BECA ABERDEEN
Y HAIMI SNOWN

Agua editorial.

Primera edición en esta colección: octubre de 2023

© de la presente edición: Agua Editorial, 2023

Agua Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-127395-1-0

Diseño de cubierta:

Pablo Nanclares

Realización de cubierta y fotocomposición:

Grafime Digital S. L.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para ti, lectora. Que la historia de Brenna te inspire a tirar la fregona y hallar tu corona.

ÍNDICE

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Epílogo

Capítulo uno

¿Cuál sería tu nombre si te lo cambiaras mañana?

Brenna

De pequeña deseaba llamarme Elisabeth, porque, jope, es tan elegante ese nombre. Después conocí a una mujer llamada Elisabeth que tenía los dientes negros y se me quitaron las ganas. Siempre me ha gustado Nicole, pero... ¿me quedaría bien? No lo sé.

Christopher

El mismo. He trabajado mucho en ese nombre.

Mi cara está por todas partes.

Pestañeo creyendo que la resaca me está jugando una mala pasada, pero no. La horrible foto que me tomaron el día que entré a trabajar en S4L resplandece a todo color en las pantallas de la cafetería de la empresa. La señorita de Recursos Humanos me sugirió que me soltara el cabello y me lo despeinó, además de enseñarme cómo sonreír pero que pareciera que estoy seria. El resultado es una versión de Brenna que, afortunadamente, mi madre no habría reconocido: con una melena pelirroja indómita, una mirada interrogativa, labios entreabiertos en una expresión medio enfadada y pecas visibles en la nariz sobre un rostro pálido.

—¿Algo más? —El chico que hay tras la barra deja mi café americano sobre una de las bandejas de plástico.

—Sí, un cruasán también, por favor. —Señalo el mostrador de repostería, pero noto que las dos mujeres que aguardan su turno detrás de mí cuchichean al reconocerme en la pantalla.

Pago mi desayuno y tomo la bandeja, sintiendo cierta paranoia ante la forma en la que me

observan. Hago el amago de alejarme hacia mi mesa habitual, pero cambio de idea y me aproximo a ellas.

—¿Para qué es todo eso de Matched? —pregunto, señalando la foto gigante con un gesto de cabeza.

Por la mirada extrañada que me devuelven parece que les he pedido que me chuparan los codos.

—¿No lo sabes? —se sorprende la más joven.

Viste un elegante traje amarillo pastel, con un maquillaje impoluto, sin grumos en las pestañas y sin pegotes de corrector, y el cabello peinadísimo. Me pregunto a qué hora se habrá levantado para conseguir ese resultado, pero luego veo el anuncio en la pantalla más cercana y recuerdo mi problema.

—No, por eso pregunto. Bueno, y porque es mi cara. Tengo curiosidad por saber si he ganado una rifa o algo así.

—No es una rifa… es para Matched.

—Sí, lo de Matched lo pone allí. ¿Pero qué significa?

La señora de mediana edad alza las cejas ante mi confusión.

—Tuviste que apuntarte tú misma. Había que completar un formulario y firmar un consentimiento —añade, anonadada con mi ignorancia.

¿De qué demonios está hablando?

Me viene a la cabeza una imagen fugaz de la última vez que firmé algo. Hará cosa de un mes, un montoncito de folios grapados que dejó Esther en mi taquilla. Lo cierto es que no los leí. S4L, la empresa para la que trabajo, siempre anda pidiendo que firmemos memorandos con textos sobre la política de la empresa, el código de conducta, el protocolo de sostenibilidad y otras cosas que parecen inventadas para aburrirme hasta la muerte. Me pilló con prisa y respondí a las preguntas lo primero que se me pasaba por la cabeza. De haberme detenido a leerlo hubiera perdido el autobús y el siguiente pasaba dos horas más tarde. Así que me limité a firmar sin más.

—El proyecto Matched, sí —murmuro. Me da vergüenza confesar que me apunté para algo sin leer las condiciones—. Lo había olvidado.

La forma en la que me miran me está poniendo nerviosa. ¿Acaso he accedido a irme a vivir a Saturno durante un año? Por sus expresiones parece tratarse de algo así de drástico.

Me despido con una sonrisa forzada.

A mis espaldas, reconozco la voz de la más joven cuando comenta:

—No sé si deberíamos darle la enhorabuena o rezar por su alma.

—No exageres. Es millonario, cualquiera querría…

Sus voces se desvanecen cuando me alejo. Aunque me hubiese gustado quedarme para escucharlo todo.

Qué leches. Estoy empezando a estresarme. De camino a la mesa saco mi móvil para buscar información en la web de S4L, pero no llego a teclear nada porque me llama un número con una extensión larguísima. Temo que sea alguien queriendo venderme algo, pero contesto de todos modos por si se trata de alguna emergencia.

—¿Brenna Abernathy? —pregunta una voz femenina, con un acento adorable.

—Sí, soy yo.

—Buenos días, señorita Abernathy. Soy la secretaria del señor Thompson. ¿Puede reunirse con él ahora?

—La secretaria de… ¿quién?

La mujer al otro lado de la línea titubea desconcertada por mi pregunta.

—Tal vez me he confundido de persona. La Brenna Abernathy que busco trabaja en el departamento de limpieza de S4L Corporations.

—Sí, soy yo —repito.

Hay una breve pausa.

—De acuerdo. El señor Thompson al que me refería es el señor Christopher Thompson.

Mi silencio parece desconcertarla.

—El señor Thompson es el CEO de S4L Corporations —me informa sin mucho entusiasmo.

Mierda. ¿Cómo puedo ser tan idiota?

En mi defensa, no tengo ni idea de cómo se llaman los jefes de arriba. Nunca los he visto porque no tengo asignada la planta de los directivos.

—Claro, el señor Thompson. Por supuesto. —Compongo una mueca de dolor por mi metedura de pata y procuro sonar convencida.

Debe ser sobre el proyecto Matched, y es posible que ahora me quiten el premio o me despidan por mostrar tan poco interés en la jerarquía de la empresa.

Al menos no tendré que irme a vivir un año a Saturno. Viviré en la calle.

—Como ya debe saber —prosigue la secretaria, aunque por su tono parece dudar que yo sepa nada en absoluto, y tiene toda la razón—, ha sido seleccionada por Matched y el señor Thompson se preguntaba si puede reunirse con él en su despacho para discutir los detalles.

Mierda de tiranosaurio. ¿Cómo voy a discutir con él los detalles si no tengo ni idea de qué es Matched? Con ese nombre parece un reality show de parejas. El CEO va a ponerme de patitas en la calle en cuanto se entere de que no he leído su documentación. Lo que significa que tendré que volver a Glasgow con el rabo entre las piernas. Me imagino la cara de satisfacción que pondría mi madre al verme regresar sin un centavo en los bolsillos y me entran unas ganas tremendas de rogarle al señor Thompson que me dé otra oportunidad.

Lo hará, me animo, no puede ser un desalmado.

—¿Señorita Abernathy? ¿Sigue ahí?

—Sí, claro. El caso es que mi turno empieza en diez minutos y…

—No se preocupe por eso —me interrumpe divertida—. Por favor, acuda al despacho del señor Thompson cuanto antes. Sexta planta, al final del pasillo.

—De acuerdo —acepto antes de colgar.

Suspiro resignada. Mi cruasán y mi café me miran con pena desde la bandeja. Noto punzadas de dolor en las sienes. No tenía que haber bebido tanto anoche, pero mi orgullo escocés no me permitió retirarme antes que Esther y Paul. Tendría que estar medio muerta para que una portuguesa y un inglés tuvieran más aguante que yo.

Aturdida por la resaca, la falta del desayuno y las preocupaciones, me dirijo hacia el ascensor y pulso el botón de la sexta planta mientras tecleo el nombre de la empresa en el buscador. Necesito saber de qué va todo esto antes de reunirme con el señor Thomas… Thompson, ¡joder! Estaría bien, al menos, recordar su maldito apellido.

Una vez se abren las puertas me encuentro cara a cara con la cruda realidad, también conocida como espejo. Tengo ojeras grisáceas y el aspecto de un zombi. La mayoría de las veces me recojo mejor el pelo, pero esta mañana no tenía energía ni para desenredarlo. Las horas de sueño que me faltan han cobrado su precio del tono de mi piel. Debería haberme bebido el café de un trago en lugar de dejarlo en la bandeja, solo me hubiera llevado unos segundos y tal vez no tendría el aspecto de haber dormido en un contenedor con gatos callejeros. Mi camisa de cuadros ha conocido tiempos mejores, tiene bolitas blancas por todas partes. ¿Por qué no me he deshecho de ella antes? Ah, sí, porque no tengo dinero para comprarme nada nuevo.

Doy un respingo al darme cuenta de que he perdido cinco valiosos segundos lamentándome por mi apariencia. Ya vamos por la segunda planta y el ascensor vuelve a detenerse para que entre gente. Me aprieto contra la pared para darle espacio a los recién llegados mientras ojeo, sin éxito, la página de inicio de S4L. A mi izquierda hay dos chicos con pinta de ser unos empollones. Aunque sea feo etiquetar a personas desconocidas, espero que sean del Departamento de

Informática.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar información sobre el proyecto Matched? —pregunto un tanto desesperada.

—Hay varios artículos en el blog de nuestra web —me responde una voz profunda a mi espalda.

De reojo noto que es alto, lleva un traje caro y desprende una fragancia que me hace inspirar de placer varias veces.

—Gracias —murmuro, y busco la sección que ha mencionado.

El problema es que hay un porrón de artículos y ya hemos llegado a la sexta planta.

Al salir del ascensor me sorprende la luminosidad de la sala. Acostumbrada al sótano y a la planta baja, siento que de pronto he ascendido al cielo. La estancia es amplia y cuenta con ventanales que llegan del suelo al techo, permitiendo el paso de toda la luz que la ciudad de Londres está dispuesta a ofrecer. El pasillo central divide dos zonas de mesas de trabajo y algún que otro despacho, pero es evidente que el del CEO es el que veo al fondo y que ocupa todo el ancho del edificio.

Tras echar un vistazo curioso al lugar, devuelvo la atención a mi móvil y sigo buscando. Estoy a dos pasos del despacho de Thompson, es obvio que no me va a dar tiempo, pero mi desesperación me impide parar. Solo necesito una idea aproximada sobre la que improvisar.

—Disculpa, amigo —murmuro de forma automática cuando mi hombro choca contra el brazo de alguien.

Por su perfume intuyo que es el tipo del ascensor que ha venido pisándome los talones, pero sigo concentrada en desplazar la pantalla hacia abajo mientras ojeo los títulos del blog a toda prisa.

—Señorita Abernathy —me saluda la voz de una mujer—. Señor Thompson.

Levanto la cabeza del móvil y me encuentro a una preciosa joven de rasgos asiáticos. Lleva el cabello negro cortado en un bob y viste un traje moderno, de esos que están de moda en esta temporada, con la chaqueta cortita. Sus labios prominentes pintados de rojo son adorables. A su lado soy una piltrafa, peor…, a su lado soy el piojo de una piltrafa.

Entonces me doy cuenta de que ha dicho algo más aparte de mi nombre, ha dicho…

Giro la cabeza para mirar por encima de mi hombro y me topo con un hombre de unos treinta años que me observa expectante, en parte porque estoy bloqueando la entrada al despacho del señor Thompson.

De hecho, ¡ella le ha llamado señor Thompson!, me informa mi cerebro, sin excusarse por el retraso.

El susodicho no es para nada lo que había imaginado. Su aspecto no concuerda con la idea preconcebida que tengo de un CEO. Es joven, atlético y atractivo. Sus rasgos faciales, sus labios carnosos y su piel dorada lo diferencian del prototipo de hombre británico. Algún antepasado de su árbol genealógico debe haber tenido una aventura con un soldado del Imperio romano, y los resultados son muy agradables a la vista.

Mierda de hipopótamo, reconozco esa fragancia. Es el tipo del ascensor. Me ha pillado preguntando sobre el Matched y me ha visto buscarlo desesperada como una mala estudiante a las puertas de un examen.

El CEO de S4L Corporations me echa un vistazo de arriba abajo, visiblemente decepcionado con que su secretaria me haya llamado señorita Abernathy, y no me sorprende, la verdad. Va a arrojarme de la sexta planta de una patada. O tal vez del edificio entero, sirviéndose de un palo. Uno bien largo para evitar el contacto físico.

Sus ojos son como dos agujeros negros, oscuros y profundos. Me marea el contacto visual, por lo que intento no subir del cuello, pero sus labios carnosos son la definición de pecado en el diccionario de Oxford, y mi vista se desvía un poco.

—Señor Thompson, esta es Brenna Abernathy, la mujer seleccionada por Matched —anuncia su secretaria, rompiendo el silencio.

—Ya veo —replica él secamente.

Ojalá me trague la tierra. Abro la boca para sugerirle que que me parece bien que seleccionen a otro candidato, pero él me interrumpe señalando la puerta frente a mí.

—Si es tan amable de acompañarme a mi despacho…

Es un poco difícil ser invitada a una estancia cuando eres tú la que está bloqueando la entrada. Me aparto hacia un lado al darme cuenta de ese detalle y le doy un codazo en el proceso.

—Perdón —suelto acongojada.

Qué situación tan incómoda. No soy una persona tímida, pero me siento fuera de lugar con esta gente tan refinada. El director general y su estilosa secretaria no parecen ser de la misma especie que yo y, para más inri, me he levantado tarde, estoy resacosa y me han pillado sin tener ni idea sobre un proyecto que probablemente sea de suma importancia para la empresa. Me pregunto qué más puede salir mal, ya que mi despido parece ser una certeza.

El señor Thompson no se molesta en aceptar mis disculpas, sino que aprovecha que he dejado paso y abre la puerta hacia su despacho.

Deben ser los nervios, porque a mis ojos no se les ocurre nada mejor que desviarse hacia su trasero y lo bien que luce en su elegante pantalón gris claro. Es un buen trasero y un buen par de piernas. Parecen musculosas…

Aparto la vista en cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, pero no antes de que su secretaria se percate y oculte una sonrisa. Debe pensar que soy una loca. La chica es demasiado discreta para expresarlo, así que solo hace un gesto hacia el interior del despacho.

Preferiría ir hasta el infierno de rodillas antes que reunirme con el señor Thompson en estos momentos, pero si quiero tener alguna oportunidad de conservar mi empleo, debo renunciar al proyecto con educación en lugar de salir corriendo, como realmente quiero hacer.

Respiro profundamente y me armo de valor para cruzar el umbral de la puerta. Da a un pasillo adornado con una pared de vegetación por la que cae agua. Algo sencillo con pinta de ser tan económico como el goteo constante del techo en el granero de mis padres.

El despacho es más grande que el apartamento que comparto en Sutton. Tiene una zona para el escritorio con estanterías y vistas a la ciudad, y otra con un saloncito con sofás blancos, mesa de café y una pared de piedra con chimenea.

El señor Thompson me espera de pie, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Cuando me ve entrar me indica que tome asiento en el sofá mientras él apoya el trasero en la mesa de su escritorio y cruza los brazos.

Me siento en el borde del sofá con la espalda tensa. No estoy cómoda en la posición en la que me he colocado, pero no pienso quedarme mucho tiempo.

—Gracias —recuerdo decir—. La verdad es que no quiero desperdiciar su tiempo. Si lo desea puede seleccionar a otro candidato para el proyecto.

Él parece un tanto desconcertado ante mi salida.

—¿Por qué haría eso?

—Bueno… es evidente que está decepcionado. —Intento sonar animada y colaboradora, pero me tiembla la voz. No solo me siento intimidada como empleada frente a mi jefe, sino también como mujer debido a su atractivo y al poder que irradia—. No tengo ningún inconveniente con que elija a otra persona más adecuada para el puesto y volver a mi trabajo.

—No puedo seleccionar a nadie más —replica serio—. Como sabe, el algoritmo de Matched funciona escogiendo a la persona indicada para que la relación sea un éxito. Reemplazarla por otra mujer no es posible.

¿Qué está diciendo? ¿Relación? ¿Algoritmo? ¿Otra mujer? Sin un contexto claro, me cuesta comprender el significado detrás de sus palabras. Además, estoy comenzando a sudar frío. Debería haber desayunado antes de subir.

—Tiene que ser usted, señorita Abernathy.

—Eh, tengo que ser yo… Yo… no estoy segura de si entiendo lo que se requiere de mí.

Mis palabras lo confunden.

—Solutions 4 Life está a punto de lanzar un producto nuevo en el que llevamos años trabajando —comienza a explicar, para mi beneficio—. Matched utiliza todos los datos disponibles sobre una persona para emparejarla de por vida con otro usuario. Nos complace decir que hemos logrado un noventa y siete por ciento de éxito entre los voluntarios de la versión de prueba. Ahora que el lanzamiento se aproxima, la junta directiva y yo hemos considerado que sería una buena idea que el propio CEO de S4L demuestre personalmente lo bien que funciona. No sé si está familiarizada con la prensa sensacionalista, pero tengo la reputación de ser un soltero empedernido. Por lo tanto, soy la cobaya perfecta para promocionar Matched, haciendo algo tan inesperado como sentar la cabeza.

Me quedo boquiabierta y atónita, esperando a que diga algo más. Algo como que está bromeando y que cada mes seleccionan a un trabajador para gastarle una broma, pero el silencio se prolonga entre nosotros y veo su indecisión.

—Tengo entendido que usted firmó la autorización y entró voluntariamente como candidata para ser mi pareja.

Suelto una carcajada.

—Un momento… ¿Está…? ¿Está hablando en serio?

Thompson suspira. Levanta una ceja en un movimiento que he visto hacer solo a los personajes malotes de las películas de Netflix.

—¿Insinúa que alguien firmó la inscripción por usted?

—No, yo… Por supuesto que no. La firmé yo misma, pero… es posible que no me lo leyera —añado en voz baja.

Si esa revelación le sorprende, lo oculta de maravilla. Más bien parece importunado por el retraso que mi desconocimiento está ocasionando, porque aprieta los dientes y comprueba la hora en el reloj de su muñeca.

—¿Y no ha escuchado hablar a otras empleadas, invitadas al programa, sobre esto? ¿No lee la prensa? ¿No usa redes sociales?

Encuentro un botón suelto en mi blusa y trato de abotonarlo rápidamente mientras hablo.

—Ah… yo, no… Lo cierto es que no. ¿Estaba Esther Pereira invitada al programa? Creo que es la única mujer joven en mi departamento. Las demás son mayores y están casadas, bueno, al menos creo que todas están casadas. ¿Cuál era la edad máxima permitida? Tal vez no le importe la edad en absoluto. —Estoy hablando atropelladamente, pero no consigo callarme hasta que los ojos del señor Thompson se detienen en mis dedos. Al diablo no se le escapa ni una. Me quedo quieta, con las manos metidas bajo el dobladillo de mi camisa.

—Nuestras investigaciones demuestran que los mejores emparejamientos ocurren entre personas de edades similares, por lo que solo invitamos a mujeres que tenían como máximo cinco años de diferencia conmigo.

—Ya veo. ¿Y cuántos años tiene usted? Parece joven, pero… Esther solo tiene veinticuatro.

—En ese caso, no fue incluida, ya que tengo treinta y dos años.

—Ah…

Para ser un sueño extraño, del que voy a reírme mañana, está lleno de detalles tontos. Incluso puedo distinguir la vena que sobresale en un lado de su frente. Que sus ojos son incluso más oscuros que hace unos minutos y que su boca se ha fruncido en un gesto de fastidio.

—Señorita Abernathy. —Su voz grave me saca un poco de la nube que parece haber envuelto mi cerebro, impidiéndome pensar con claridad—. Entiendo que no tenía ni idea de lo que firmaba al aceptar participar en Matched; no obstante, no está casada ni comprometida, de lo contrario no la habrían incluido en primer lugar. Por lo tanto, necesito su plena colaboración. Verá, es información confidencial, pero la empresa está atravesando un momento difícil. Lo hemos apostado todo a una sola carta y necesitamos que Matched tenga el éxito que estoy seguro que merece. No podemos comenzar con un cambio de pareja porque sería atentar contra el fundamento mismo de la aplicación.

Pestañeo al comprender que está insinuando que no tengo otra alternativa que aceptar convertirme en su… jajaja, no puedo ni terminar esa frase en mi cabeza. Se me escapa un hipo, que suena ruidosamente en el silencio de la oficina.

—Lo siento, aún estoy pensando que esto debe ser una broma. ¿Usted de verdad me está proponiendo…? —No estoy segura de lo que me está proponiendo.

Me tiemblan las manos y veo a dos señores Thompson en lugar de uno. Mi cerebro hambriento de glucosa me juega una mala pasada. Se me aceleran las pulsaciones y el sudor sale de mi piel a borbotones. Mi visión empeora y mis ojos recorren la sala en busca de algo dulce, lo que sea. Diviso unos sobrecitos de azúcar sobre la mesa de café y me levanto del sofá para lanzarme a por ellos. Puedo explicarle lo que me está ocurriendo después de haber solucionado mi problema.

Sin embargo, he debido calcular mal mis niveles porque al levantarme me fallan las piernas y me siento caer. Mi último pensamiento antes de que mi cerebro se apague es que voy a destrozar la mesa del jefe.

Capítulo dos

¿Cuál es tu mayor debilidad y cómo te afecta en tu vida cotidiana?

Brenna

Buff... ¿Por dónde empiezo? La maldita diabetes... Me fastidia tener que estar pendiente de mis niveles de glucosa mientras los demás viven sin preocuparse por nada. Sí, eso me molesta mucho. Aunque ahora que lo pienso también odio lo de necesitar nueve horas mínimo de sueño para no ser un auténtico zombi.

Christopher

No tengo ninguna.

—¿Señorita Abernathy?

La voz de una mujer y un haz de luz directo en mi pupila me traen de vuelta a la consciencia.

—¿Cuántos dedos tengo? —El rostro joven me observa con atención mientras muestra cuatro dedos frente a mi rostro.

—Probablemente veinte.

Su expresión se suaviza y baja la mano.

—¿Eres diabética?

Asiento y me aclaro la voz antes de intentar hablar de nuevo. Estamos en una ambulancia y me pregunto si debería haber leído mi horóscopo de ese día para anticipar todo esto.

—Tipo uno —concreto, tratando de incorporarme.

—Le hemos inyectado Glucagón, ¿sabe qué es?

Asiento de nuevo. Tengo diabetes desde los diecisiete años. Me merezco el título de idiota por haberme saltado el desayuno, además después de haber bebido anoche. Me he inyectado la misma dosis de insulina de todas las mañanas, sin tener en cuenta la carga emocional adicional.

—Ya me encuentro mejor —explico. La estridente sirena me está poniendo nerviosa, pero gracias a ella nos abrimos paso en el ajetreado tráfico de Londres y llegamos a nuestro destino en tiempo récord—. ¿Pueden llevarme a trabajar mañana o prestarme esa sirena?

La doctora sonríe y me pincha el dedo para comprobar mis niveles de glucosa en sangre. Lo curioso de la hipoglucemia es que pasas de estar al borde de la muerte a sentirte perfectamente bien.

—¿Puedo irme ya? De verdad que estoy mejor —insisto, cuando sus compañeros de la cabina me bajan en la camilla con una velocidad que me marea de nuevo. Me siento tonta con tanta atención centrada en mí.

—Tenemos que hacerle más pruebas —replica la paramédica.

Suelto un bufido, pensando en lo que va a costar la visita al hospital, pero entonces me doy cuenta de que no estamos en el público sino en el exclusivo Hospital Portland de Londres.

—Debe haber un error —me quejo. Ellos empujan mi camilla hacia el interior. Estoy tentada de agarrarme a una farola para no poner un pie dentro y tener que pedir un préstamo o vender un riñón para pagar los gastos—. No quiero ir a este hospital.

Para cuando he terminado de decirlo ya hemos cruzado las puertas, lo que debe sumar por sí solo cien libras.

Hago el amago de levantarme, pero una voz masculina me detiene.

—¿Se encuentra mejor? —El señor Thompson nos escolta y me contempla con atención.

—Su pronóstico es bueno —le responde la paramédica.

—¿Qué hace aquí? —exclamo sorprendida unos segundos después.

—Acompañarla, por supuesto. No se me ha permitido subir a la ambulancia, así que vine en mi coche.

Ha debido conducir como un loco para llegar hasta allí casi a la vez que la ambulancia.

Lo miro boquiabierta mientras nos dirigimos a un ascensor enorme. No sé si está bromeando o hablando en serio, ya que su rostro no muestra ninguna emoción.

—Por favor, no es necesario… debe estar muy ocupado —balbuceo— Por favor, márchese.

Lejos de hacerme caso, entra en el ascensor con nosotros. Me resulta absurdo el modo cómo estoy recostada, con la luz del fluorescente en mi cara mientras todos me observan desde arriba.

—De hecho, quiero marcharme yo también. A lo mejor puede hacer el favor de llevarme. Debo haber perdido medio día de trabajo.

—No se preocupe por el trabajo ahora. Su salud es más importante. Debería haber tenido en cuenta su enfermedad cuando conversamos por Matched.

—¡No estoy enferma! —resoplo, temiendo que pueda ser otra razón para despedirme. Luego recuerdo que ya tienen mi historial médico y es demasiado tarde para mentir—. Me encuentro bien, quiero irme.

Ante mi declaración, el señor Thompson mira a la doctora con una expresión interrogativa.

—Recomiendo hacerle una analítica y que permanezca ingresada bajo observación —replica esta.

—¿Hospitalizada? —chillo horrorizada—. No, no, no…

—Un episodio como este puede haber afectado a otros parámetros —insiste la doctora.

—Iré a ver a mi endocrino.

—Señorita Abernathy, se ha desmayado. Debe seguir las recomendaciones de los médicos —ordena el señor Thompson. Con el ceño fruncido, no puedo entender si su insistencia es una preocupación genuina por mi salud o si está interpretando el papel de pareja solícita —. Visitar a su especialista supondrá un retraso en las pruebas. Si está tan bien como declara, no tardarán en darle el alta.

—Entonces quiero pedir el traslado a un hospital público —negocio—. También será caro, pero al menos podré hacer frente a la deuda antes de jubilarme —estallo, y consigo incorporarme a medias en la camilla antes de que unas manos me empujen los hombros con suavidad para tenderme de nuevo.

—Tranquilícese, por favor —ruega un asistente. Su altura y peso le convierten en el candidato perfecto para cuidar a los enfermos del ala donde se usan chalecos con hebillas cerradas. Me siento como si necesitara uno.

—No se preocupe por eso —dice mi jefe.

¿Qué no me preocupe? Tal vez un millonario no piense en algo tan trivial, pero para los demás es una preocupación real. ¿Cuánto se cree que cobro por limpiar su empresa? Mi nómina semanal no me da ni para comprar una de las mantas finas que me cubren hasta el pecho.

—No puedo permitirme este lugar —confieso un tanto brusca.

Un incómodo silencio llena el ascensor. El señor Thompson tuerce el labio superior. No es una sonrisa condescendiente, pero se le asemeja mucho.

—Lo que quería decir es que no tiene que pagar nada —musita con discreción.

Los sanitarios apartan la mirada y fingen estar interesados en las anodinas paredes del ascensor.

Por suerte, llegamos a la planta a la que me conducen y decido esperar a estar a solas con él para aclarar el asunto.

Me asignan la habitación 306, que, de no ser por los artilugios médicos y la cama mecánica, bien podría ser la suite de un hotel. Por supuesto, es para un solo paciente y cuenta con un sofá cama con pinta de ser más cómodo que el colchón de mi casa.

—Enseguida vendrán de enfermería para tomarle una muestra de sangre —me informa uno de los auxiliares.

Antes de salir y dejarme a solas con mi jefe, me ayuda a pasar de la camilla al sillón reclinable que hay junto a la cama.

No espero más, temerosa de que la factura aumente por cada minuto que paso en este lugar. Me levanto, decidida a firmar el alta voluntaria y salir de allí escopetada.

—Le agradezco el ofrecimiento y siento las molestias provocadas, pero mi enfermedad no tiene nada que ver con la empresa. No hay razón para que asuma los gastos —le informo mientras me dirijo a la salida de la habitación—. Le prometo que iré al hos… —Me detengo de golpe al toparme con un bíceps frente a mi rostro. El señor Thompson ha apoyado la mano en la pared, cortándome el paso.

Por un momento me distrae su perfume. Me siento desaliñada en contraste con lo pulcro que se ve él y lo bien que huele. Jamás me he sentido avergonzada por ser pobre, así que culpo a la crisis de hipoglucemia, que debe haberme dejado débil, cuando surge un deseo inesperado de estar abrazada y envuelta en su fragancia.

—No me obligue a secuestrarla. —Su tono es inflexible pero suave. Su pronunciación es conocida como received, la más refinada entre las variantes británicas. Acostumbrada al acento escocés de los muchachos de mi tierra, nunca creí que algo así fuera a seducirme. Solía asociar ese acento a viejos pomposos y aburridos. El señor Thompson ha cambiado esa percepción con solo un susurro de sus labios carnosos—. Quédese esta noche y hágase las pruebas. Por favor.

Me siento incapaz de rechazarlo. O quizá me está hipnotizando con sus ojos negros. Tienen un brillo cansado, incluso triste. No quiero añadir más preocupaciones a su lista. Asiento y él se relaja. Aparta el brazo de mi camino y retrocede, restaurando la distancia personal entre nosotros.

—¿A quién desea que avise de que está ingresada aquí? —pregunta.

—No es necesario que avise a nadie.

—Pero sin duda su familia querrá…

Niego con la cabeza, estremeciéndome al imaginarlos aquí. Mi madre destrozándome los tímpanos con sus críticas y mi padre dando por sentado que regresaré con ellos a Glasgow, sin siquiera discutirlo conmigo.

—Mi familia está en Escocia —digo a modo de excusa.

—Hay vuelos —replica él. Me doy cuenta de la cantidad de impedimentos que encontramos la gente normal que no existen para los ricos—. Dígame cómo puedo contactarlos y mi secretaria se encargará del resto.

Suspiro, entendiendo que no va a rendirse hasta que me vea instalada y acompañada.

—Para su tranquilidad, puedo avisar a un amigo —ofrezco—. Vive en Londres y así no tiene que venir nadie desde Escocia por una noche.

El señor Thompson me observa con cautela y cierta curiosidad mientras anoto el número de teléfono de Brodie en un bloc de notas que hay en la mesita.

—Se lo sabe de memoria —comenta cuando le entrego el papel.

Me aprendí el teléfono de Brodie a propósito, ya que es mi contacto de emergencia en Londres. Dos escoceses en tierra inglesa. Me pregunto si cree que es mi novio, pero como no comenta nada al respecto, no le ofrezco más explicaciones.

—Supongo que mi móvil se habrá quedado en su oficina —farfullo.

Parece que él tampoco se ha traído el suyo. Toma el papel que le entrego y juega con él entre los dedos.

—Está bien —dice—. Me aseguraré de que esté cómoda y de que la acompañen durante la noche. Si mañana le dan el alta y se encuentra en condiciones, continuaremos nuestra conversación.

Casi me había olvidado de cómo llegué a este lugar y él me lo recuerda. Su acento es suave y su voz no muestra ninguna advertencia, pero suena como una amenaza.

Cuadro los hombros y enderezo la barbilla. Por fin entiendo que no va a despedirme, todo lo contrario. Probablemente sus planes incluyen tener sexo sobre el escritorio de su oficina, por lo que tengo que dejarle bien claros los míos, que no coinciden con los suyos.

—Bien podemos acabarla aquí y ahora. Estoy en condiciones de decirle que no me interesa su proyecto.

Esa ceja se alza de nuevo, mientras examina rápidamente mi camisa desgastada, los leggings comprados en Primark y las zapatillas deportivas cómodas. No es ni de lejos el mejor atuendo

para abrir las piernas sobre la mesa. Sin embargo, no hace ningún comentario sobre mi vestimenta, sino que extiende la mano y acaricia la zona debajo de mis ojos.

—Ojos verdes. Con el cansancio o después de haber llorado, se vuelven asombrosos.

Me pierdo en su voz como si hubiese pronunciado un hechizo. El instinto me dice que debería rociarlo con agua bendita para recuperar el control de mis sentidos, pero la impresión es tan fascinante que lo ignoro. Procuro encontrar algo en su mirada oscura; no obstante, es impenetrable. Sus pensamientos y emociones están bien ocultos. No sé qué creer, pero recuerdo que no me ha respondido.

—¿Me ha escuchado?

Su mano cae de golpe como si una fuerza la hubiese empujado.

—Descanse —responde, y hace ademán de alejarse.

Tengo ganas de ponerle la zancadilla.

—¿Qué espera de mí? —le pregunto a su espalda.

Se detiene, pero no se da la vuelta para mirarme. Sin embargo, cuando contesta, sé que ha formado una imagen que no me beneficia.

—Lo más probable, demasiado —dice y sale de la habitación.

Capítulo tres

¿Qué es intocable en tu vida?

Brenna

Mi cepillo de dientes. Mi taza de café si no me la he acabado... odio eso. Podría matar al que se lleva mi taza a lavar cuando aún quedan dos gotas de café.

Christopher

Mi tiempo.

El señor Thompson regresa más tarde y se coloca a los pies de mi cama con las manos apoyadas en el riel.

Lo estudio con suspicacia. Todavía no me he olvidado de su respuesta seca.

—Su… amigo viene de camino —me informa, contemplándome a su vez con cierto recelo.

Me resulta incómodo estar ahí tumbada mientras él me observa desde arriba. Me incorporo apoyándome en los codos, elevando la cabeza. Logro que ya no me mire desde tan arriba, pero también llega a mi nariz su fragancia.

—Gracias —musito, girando la cabeza y aguantando la respiración hasta que me zumban los oídos por la presión.

Nos quedamos en silencio y aguardo unos instantes a que anuncie que va a marcharse.

En cambio, su mirada recorre la habitación.

—¿Necesita alguna cosa?

Niego con la cabeza.

—¿Está segura? Hay artículos de aseo en el baño y creo que le traerán un camisón, pero quizá prefiera sus propias cosas.

Lo miro con la boca abierta

—No. Si no considera que debemos zanjar el asunto que tenemos pendiente, por favor, márchese. Ya ha hecho suficiente por mí. Lamento haberlo incomodado y haberle hecho perder el tiempo.

Él niega con la cabeza, desechando mis disculpas.

—No es ninguna molestia.

—Regrese a la oficina. Estoy segura de que tiene asuntos más importantes que atender.

Lo veo titubear por un momento, como si recordara una lista de tareas.

—Me quedaré hasta que llegue su amigo.

—¡No es necesario! —Agito los brazos y golpeo el colchón—. Como ve, estoy muy cómoda aquí. De hecho, creo que nunca había estado tan cómoda en toda mi vida.

Me mira extrañado por mi vehemente respuesta.

—De acuerdo, la dejaré tranquila.

Gimo interiormente al darme cuenta de que cree que me está molestado, cuando en realidad quiero evitar ser una molestia para él. Por otro lado, es cierto que su presencia me agobia. Al fin y al cabo, es el director general de la empresa y no debería estar actuando como acompañante de una de las limpiadoras a la que apenas conoce desde hace un par de horas.

—¿Está intentando sobornarme por lo de esa aplicación, Matched o como se llame? —pregunto cuando la idea nace en mi mente.

Él se queda desconcertado por un momento y luego estalla en carcajadas.

—Señorita Abernathy, Brenna, ya que vamos a conocernos, y yo soy Christopher… —se detiene cuando yo me muerdo los labios—. ¿Sí? —pregunta con educación.

—Nada —gruño.

—Es evidente que te guardas un comentario, Brenna.

Mi nombre en sus labios suena como si estuviera saboreando un whisky añejo. Trago saliva y alzo el mentón. Noto mi boca seca, pero no me callo.

—No me gusta tu nombre, Christopher.

—¿Perdón?

Sonrío con lentitud ante su sorpresa y encojo los hombros.

—No te ves como un Christopher. Te quedaría mejor un nombre dulce como Phily o suave como Chris.

—¿Suave? ¿Dulce? Señorita Abernathy, la última persona que usó esos adjetivos para describir mi personalidad fue mi niñera cuando tenía cuatro años.

—Si usted lo dice —concedo con indiferencia, procurando borrar de mi mente la imagen de un Christopher pequeño, de ojos oscuros, sonrisa traviesa y rodillas manchadas de barro.

De repente, su rostro se suaviza y una amplia sonrisa muestra sus dientes.

—Entiendo lo que estás intentando hacer, Brenna —dice, volviendo a tutearme. Gruño por lo bajo, enfurruñada por lo poco que ha durado mi victoria—. Pero no funcionará. Firmaste con tu propia mano entrar en el programa Matched y seguirás adelante. Podemos hacerlo fácil, comportarnos como dos personas que acaban de conocerse y…

Aprovecho su momento de duda para interrumpir:

—Y encajan como cajón que no cierra.

—… y desean entenderse, o podemos hacerlo más difícil… para ti. En tal caso yo te fuerzo. —Cuando acaba, es otra persona, un ser oscuro, de mirada indescifrable y mandíbula apretada—. Las condiciones del contrato te obligan. Y, por cierto —añade, de camino hacia la puerta—, si quisiera comprarte, también podría hacerlo.

Tiro mi almohada hacia su espalda y después maldigo porque tengo que levantarme para recogerla. El diablo sabe que tiene razón, pero no sabe cuánto se equivoca si se imagina que su programa encontró en mí a una doncella sumisa. No he huido de mi país y escapado de una relación tóxica para entrar en otra. Encontraré una manera de salir, incluso si eso significa hacer esa excursión a Saturno.

Enciendo la televisión para relajarme. En un hospital público tienes que echarle monedas para que la diminuta pantalla se encienda, pero en este lugar tiene cuarenta pulgadas y es gratuita. Los programas me son desconocidos, ya que nunca estoy en casa a esas horas entre semana, pero acabo enganchada a un reportaje sobre unos pájaros extraños que limpian el suelo y realizan un elaborado baile de cortejo.

—¿Qué demonios estás viendo, lassie? —La voz de Brodie me saca de mi ensimismamiento. El atractivo rostro de mi amigo me sonríe conforme se aproxima a la cama.

—El cortejo del ave del paraíso.

—Debes estar bien enferma para estar viendo un documental —se burla, colocando el dorso de su mano en mi frente.

Le doy un manotazo y él se carcajea.

—¿Qué has hecho esta vez?

Cierro los ojos y suelto un bufido.

—¿Por dónde empiezo?

—Por la parte más humillante. —Aunque trata de fastidiarme, su familiar acento escocés me reconforta al instante. Es como dejar de ser una extranjera por un momento.

—Me he desmayado sobre la mesa del CEO de la empresa donde trabajo. O trabajaba, aún no lo tengo claro.

Como es de esperar, él se desternilla de risa y lo fulmino con la mirada.

—No es gracioso que vaya a perder mi trabajo, Brodie. ¿Vas a acogerme en tu casa? Porque no pienso volver a Glasgow.

—Si te acojo, tendré que echar a Lucy.

—Es una rata.

—Pero llegó antes que tú.

—Va a pegarte alguna enfermedad —digo, arrugando la nariz.

—Si logro que me ingresen en esta habitación, espero que sí —se mofa, echando un vistazo a su alrededor.

—No podrías pagarla —le advierto.

Eso hace que me mire con curiosidad.

—No me habías contado que te estás tirando al CEO —me acusa con un brillo malicioso en los ojos.

—No me estoy… ¿Cómo sabes que el CEO me trajo aquí?

Brodie se sienta en el borde de mi cama y apoya un codo en su muslo.

—Le he conocido —apunta con el pulgar hacia la puerta—. ¿Qué le has contado sobre mí? Parecía celoso.

Suelto una risita nerviosa. Brodie ha tardado cuarenta minutos en llegar, no se suponía que debía

cruzarse con el señor Thompson.

—Qué tontería —respondo, refiriéndome a la parte de los celos.

—Está bueno.

—Ni siquiera eres gay.

—Cuando estoy contigo sí lo soy.

—Idiota.

—En serio. El tipo es un partidazo, estoy impresionado. Nunca pensé que sacaríamos algo bueno de ti. ¿Cómo le has engatusado?

—Un algoritmo lo hizo por mí.

Brodie frunce el ceño confuso, y le explico lo ocurrido esa mañana. Para cuando termino me contempla con la boca abierta.

—¿Cómo se llama esa película?

Suelto un bufido, aunque no puedo culparle. Yo misma no termino de creérmelo.

—Mi vida.

Brodie se queda pensativo durante unos instantes.

—Eso explica porque mi belleza lo ha disgustado —dice al fin.

Pongo los ojos en blanco.

—Te aseguro que no está celoso. Como mucho está preocupado de que si tengo novio eso pueda suponer un problema en el lanzamiento de Matched. Se supone que debe promocionarlo y mi rostro ya ha sido publicado.

—¿Le has explicado que solo somos amigos?

—Sí —o eso creo.

—Pero no se lo cree, claro, mírame… —prosigue él.

Ignoro su autoelogio.

—¿Has llegado a aceptar su propuesta?

—No lo hemos hablado porque he perdido el conocimiento antes.

—¿Vas a hacerlo?

Trago saliva. Por alguna razón, su pregunta me ha puesto muy nerviosa.

—Claro que no, es una locura.

—La locura sería rechazar a ese tipo. Tiene un Bentley.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he hecho un selfi con él en el aparcamiento. Quería que fuera a tu casa para traerte tus cosas, pero le he dicho que eres una chica de las Highlands y que puedes sobrevivir con el culo al aire a menos diez grados.

—¡No te creo!

No sé por qué me horroriza tanto la idea, ya que no es mentira.

Brodie se ríe.

—Te gusta.

—Le he conocido esta mañana.

—¿Qué más necesitas saber? ¿Te he dicho que tiene un Bentley?

—No sabía que eras tan materialista.

—Lassie, mi extensa experiencia en el ámbito de las relaciones me indica que ese tipo moja bragas por donde va, y lo haría aunque fuera tan pobre como mi Lucy. Estaba tan preocupado por ti que te ha traído a un hospital privado, es detallista, está forrado y quiere darte duro contra el asiento de cuero de su cochazo… ¿Qué dios supera eso?

Abro la boca sin saber bien qué responder y un tanto desconcertada ante las mariposas que empiezan a revolotear en mi estómago con la imagen que ha planteado Brodie.

—Bueno, yo puedo superarlo, pero ya te rechacé educadamente cuando nos conocimos.

—Ya se me ha pasado la decepción —bromeo distraída.

—Me alegro. —Me planta un beso en la frente y por un instante me imagino cómo sería recibir un beso así del señor Thompson. Christopher.

Sacudo la cabeza intentando apartar la fantasía, o, más bien, la extraña sensación que ha provocado en mi cuerpo.

—¿Qué ponen de comer en un sitio así? —Brodie se frota la barriga y pulsa el botón para llamar a enfermería.

—No hagas eso, van a enfadarse si llamamos para nada.

—No creo, esto es como un hotel —argumenta él despreocupado.

Dos minutos más tarde aparece una enfermera con cara de estar un poco harta de su trabajo, hasta que Brodie le sonríe y le pregunta por la comida con su marcado acento de erres guturales. La muchacha parece luchar por no derretirse, mientras asegura que hablará con mi doctora para averiguar qué tipo de menú y dosis de insulina me corresponden.

Quince minutos más tarde nos llega la comida y los resultados de mi analítica. Al parecer lo tengo todo descompensado.

—Podría haberle pasado algo grave hoy, señorita Abernathy —precisa la doctora cuando pregunto si ya puedo marcharme—. ¿Quién es su endocrino?

—No tengo uno —suelto antes de darme cuenta que era mejor no haberle proporcionado ese detalle—. Bueno, está el señor McGregor, quien me atiende desde que empecé con todo esto.

—¿Señor McGregor? ¿En qué clínica trabaja?

—En mi pueblo, en Glasgow.

La doctora abre la boca incrédula.

—Señorita Abernathy, necesita un especialista al que pueda visitar con regularidad. Puedo recomendarle varios profesionales de renombre.

—Claro, empezaré a vender cocaína para pagarlo.

Brodie se ríe, pero sacude la cabeza cuando la doctora le echa un vistazo y pone los ojos en blanco como si me creyera un caso perdido.

—Le dejaré varias recomendaciones en su informe de alta —concluye la mujer.

—¿Puedo irme ya?

—Tiene que pasar la noche en observación.

—¿Qué parte de «vender cocaína para pagar todo esto» no ha entendido?

—El señor Thompson ha cubierto todos los gastos —me informa en tono tranquilo.

Suelto un bufido y la mujer aprovecha para escapar de la habitación, no queriendo verse involucrada en nuestra trifulca.

—Es genial —celebra Brodie—. Ese tipo y tú sois como una monja y un condón. Nada que ver el uno con el otro, me parto de la risa con los ingenieros de Matched.

—No es gracioso, tenías que ver cómo me ha hablado antes. Es un psicópata.

—Playboy, querida —matiza Brodie—. A los psicópatas atractivos y con mucho dinero se les llama así. No creo que hayas perdido nada al llamar su atención.

Pero he hecho algo más que atraer la atención del señor Thompson. Desde que mi rostro apareció en los anuncios, él me necesita para evitar el colapso de su empresa. Comprendo el poder que eso me otorga, así que no me acobardaré como una ovejita frente al lobo. De eso puede estar seguro. Si no lo está todavía, va a enterarse pronto.

Capítulo cuatro

Enumera tres adicciones.

Brenna

Los KitKats. Sí, lo sé, no son lo mejor para la diabetes y usan aceite de palma, lo que deja a los monos sin hogar, pero... es que son la perfección. El cielo en la tierra. ¿Es que no pueden prepararlos sin joder a los monos? ¿Cómo de importante es el aceite de palma para el sabor? Ni siquiera tengo aceite de palma en casa y sigo viva.

Christopher

La bolsa, el café y el wifi.

—¡Me has dado un susto de muerte, Brenna! —Esther me recibe gritando a la mañana siguiente cuando entro por la puerta del apartamento que compartimos—. ¿Por qué no contestabas a las llamadas? He llamado a la policía, ¿sabes? Estaba segura de que te había ocurrido algo.

—Vengo del hospital —me defiendo.

Después veo mi reflejo en el espejo del vestíbulo y suelto un gemido. Tengo la piel cetrina, ojeras de panda y el cabello tan enmarañado que parece un nido de pájaros.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué no nos avisaste?

—Me desmayé en el trabajo y perdí el móvil. Solo me sé de memoria el número de Brodie.

—Normal, yo también me lo sabría —concede ella, con su característico acento portugués—. Podría haberme avisado él para que me quedara tranquila. No he pegado ojo.

Le doy un beso en la mejilla.

—Gracias por preocuparte, cariño, pero Brodie no tiene tu número.

—Ves, eso está fatal.

Sonrío, pues sé que pierde las bragas por él, como todas.

—No te conviene —le aconsejo, pero me guardo de revelar el motivo.

Mis compañeros de piso no saben a qué se dedica Brodie. Piensan que es actor, y no es del todo mentira. Esa fue la razón por la que abandonó Edimburgo y se mudó a Londres, pero tras años de desilusiones, de audiciones y de esperar la gran oportunidad, decidió montar su propio negocio de interpretación, por llamarlo de alguna manera.

—Ya, pues tampoco conviene desayunar un cruasán de chocolate, pero… ¿y lo bien que sabe?

Sonrío ante su pasión. Yo misma hubiera caído en las redes de Brodie, de no ser porque a los cinco minutos de conocernos, él ya me consideraba la hermana que nunca tuvo, o como le gusta decir, la hermana que nunca quiso.

—¿Me da tiempo a ducharme antes de irnos?

Esther me mira extrañada.

—¿Vas a ir a trabajar después de pasar la noche en el hospital?

—Me han dado el alta.

—Pero…

—No quiero ofrecerles ninguna excusa para despedirme —sentencio.

Ella levanta las cejas sorprendida. No tiene ni idea del lío en el que ando metida con S4L.

—Aquí hay una historia que me vas a contar sí o sí —amenaza. Luego se apiada al ver mi expresión implorante—. Más tarde, entonces. Date prisa, ya sabes cómo está el tráfico en horario de colegio.

Cuarenta minutos después cruzamos las enormes puertas giratorias de S4L. Aprovecho el camino para hacerle un resumen de mis desventuras a Esther. Ella se enteró ayer de que era la ganadora de Matched y su alma portuguesa había apostado por el romanticismo de una historia tipo Cenicienta. Le dejo claro que el algoritmo me ha emparejado con el lobo, y la sinvergüenza me replica que, en tal caso, yo soy la cazadora.

El lugar ya no me parece el aburrido sitio en el que llevo meses trabajando, sino un campo de batalla minado. Mi mirada se pasea por el vestíbulo con la paranoia de que voy a toparme con el señor «Podría comprarte si quisiera», en cualquier momento. Lo cual no tiene sentido, porque nunca nos hemos cruzado antes. Lo recordaría si hubiera sido así, porque Christopher Thompson

es un cabrón sexi y yo tengo ojos. Pero él toma el ascensor a la sexta planta y yo las escaleras de servicio al semisótano. Dos mundos distintos e incluso opuestos.

Si Esther nota que parezco un cervatillo en temporada de caza, no lo menciona. Llegamos a nuestras taquillas y, cuando trato de abrir la mía, la contraseña no funciona.

La chica me echa un vistazo de reojo al ver que llevo cinco intentos.

—¿Qué pasa?

—Ni idea —replico, empezando a ponerme nerviosa. ¿No habrá sido…? No, no puede ser.

Me dirijo al despacho de Hugh, el conserje, que está en la misma planta que nuestro vestuario, donde se encuentran todas las cosas poco glamurosas que la empresa quiere ocultar. Es curioso que nunca me haya fijado en eso hasta mi visita a la sexta planta.

Lo encuentro sentado tras su escritorio, con la silla echada para atrás para que quepa su enorme panza. Hay papeles desordenados, piezas y tornillos por toda la mesa, un café a medias y el plástico manchado de chocolate de lo que fueron un par de dónuts.

—Buenos días, Brenna. ¿Has venido a recoger tus cosas?

—¿Qué?

—Ayer fue tu último día, ¿no? Siento perderte, chica, y espero que te vaya bien en la vida.

Tengo el corazón en la garganta.

—¿Quién te ha dicho eso?

Él hombre me mira desconcertado bajo la luz del fluorescente que parpadea en el techo. Como estamos en el sótano, no hay iluminación natural y la tiene encendida durante el turno entero.

—No ha sido culpa mía. Recursos Humanos me pidió que vaciara tu taquilla. —Se inclina con dificultad para tomar una caja debajo de su escritorio y me la ofrece—. También trajeron tu móvil y no deja de sonar.

Rebusco mi teléfono entre las cosas que hay en la caja.

—¿Te dijeron por qué?

Hugh niega con la cabeza.

—¿A ti no te han avisado? —Frunce el ceño sorprendido—. Eso es muy extraño. ¿Quieres que llame a las chicas de Recursos Humanos?

Aún me queda un tres por ciento de batería, que me permite comprobar las notificaciones. Hay mensajes de Esther y Paul, e-mails promocionales, dos llamadas de mi madre, una de mi tía,

Beth y… me ha escrito un número desconocido.

▪

+44 074558652: Brenna, este es mi número privado. Ven a verme cuando llegues a las oficinas. C.T.

▪

Ya no tengo dudas de que nuestro ilustre CEO está detrás de todo esto.

—¡Será cabrón! —Hugh alza las cejas ante mi repentino despliegue de ira—. Tú no —corrijo, tomando la caja de cartón con mis pertenencias y saliendo a toda prisa de su despacho.

Se la dejo a Esther para que la guarde y voy directa a las escaleras de servicio para tomar uno de los ascensores a la sexta planta. Una vez dentro, estoy tan enfadada que suelto un bufido y golpeo los botones como si me hubieran hecho algo. Los dos ejecutivos con traje que estaban dentro me observan con curiosidad, pero no les presto atención.

—Voy a darle una patada a ese trasero tonificado —refunfuño en voz alta.

Recibo miradas perplejas que me importan un bledo.

Necesito este trabajo. Tengo cero experiencia en el mundo laboral, después de dejar el instituto a medias y desperdiciar mi juventud haciendo de ama de casa para el imbécil de Angus. Es un milagro que me cogieran en S4L de limpiadora y no llevo el tiempo suficiente como para conseguir otro puesto similar en una nueva empresa sin poder ofrecer referencias.

Al salir del ascensor, avanzo a grandes zancadas hacia el final de la planta donde se encuentra el despacho del tirano. La secretaria levanta la vista cuando me detengo delante de su mesa.

—¿Está ahí?

Ella parpadea.

—¿El señor Thompson?

—Sí.

—Me temo que no.

—Me ha enviado un mensaje para que viniera a verle —protesto, y ella se muestra confusa.

—¿A qué hora? —Consulta una agenda que tiene sobre la mesa.

—Hará cosa de dos horas.

—Ah, sí. Llegó temprano, pero ahora está en el gimnasio.

Suelto un bufido de indignación. ¿Qué se cree? ¿Que iba a venir a la oficina a las seis de la mañana?

—¿Cuándo vuelve?

—Eh, pues… —Vuelve a consultar la agenda—. Me temo que no regresa hasta mañana. Después del gimnasio tiene un almuerzo y por la tarde varias reuniones.

Pongo los ojos en blanco.

—Tengo que hablar con él, ahora. Ayer, de hecho.

La chica de la eterna sonrisa asiente y apunta algo que no alcanzo a ver en una hoja, después se levanta y me la entrega.

—Es un croquis para llegar al gimnasio —explica cuando yo lo miro ceñuda—. Está en esta misma manzana. Llamaré a la recepción para que le avisen de que va hacia allí. Es el único momento en el que no lleva el móvil encima.

Asiento tratando de no ser demasiado ruda. La muchacha es un encanto y no tiene la culpa de que su jefe me haya provocado instintos asesinos. Además, debe tener bastante ya con trabajar para él.

—¿Cómo lo soportas?

—¿A qué se refiere?

—Trabajar para alguien tan arrogante e insufrible —preciso, y ella esboza una sonrisa divertida.

—El señor Thompson es un buen jefe, aunque veo que no han empezado con buen pie.

—¿A ti también te habla como si fuera a adoptarte?

La joven se ríe y niega con la cabeza.

—Supongo que no es lo mismo cuando es tu jefe que cuando es tu prometido.

Prometido dice…

—Pues él hace que parezca exactamente lo mismo.

—Definitivamente no han empezado con buen pie, pero solo hace veinticuatro horas que se conocen —prosigue—. Seguro que su relación mejorará pronto.

No lo dudo. En cuanto le diga unas cuantas verdades a la cara y le deje las cosas claras, me voy a sentir mucho mejor.

—Gracias por tu ayuda eh… señorita…

—Llámame Bo-ra.

—Qué nombre tan especial. ¿Es…? —Dejo la pregunta en el aire a la espera de que complete la respuesta.

—Coreano.

—Gracias, Bo-ra. —Trato de pronunciarlo igual y ella sonríe ante mi esfuerzo—. Y yo soy Brenna.

Me despido y salgo hacia el ascensor.

Un ejecutivo espera delante de las puertas. Cuando me acerco, vuelve a apretar el botón y me echa un vistazo.

—Señorita Abernathy —saluda sonriente—. ¿Bajas o subes?

Me sorprende que sepa quién soy. Puede que sea de Recursos Humanos y le haya firmado algún documento que no recuerdo. Tengo que prestar más atención a lo que firmo en esta empresa.

—Parece que no estás segura.

—¿Eh? Bajo, gracias —digo, tratando de recordar de dónde le conozco.

Es muy alto y las facciones de su rostro son duras. Tiene la mandíbula afilada, la nariz un poco larga y cejas espesas y arqueadas. Sus ojos, no obstante, son de color claro, y la sonrisa que me dirige es cálida.

No parece un simple administrativo. Su traje es de una calidad excepcional, probablemente hecho a medida, y su actitud denota una vida de privilegios. Hay algo en él que me resulta familiar, pero aún no logro discernir qué es.

—Espero que no —masculla con la cabeza gacha, investigando sus lustrosos zapatos.

—¿Perdona?

Alza la mirada y durante un instante me pierdo en el hielo de sus ojos.

—Me disculpo. Mi sentido del humor es un tanto retorcido. Por ejemplo, me vino en la cabeza que mi pregunta «subes o bajas», en teoría sencilla, tiene doble sentido sin habérmelo propuesto. Hablamos del ascensor, pero también del hecho de que has subido del sótano a la sexta planta de un día para otro y me preguntaba si vas a aguantar la altitud.

Me lo explica con calma, sin dejar de prestarme atención y obviando el ajetreo de la oficina. Sonríe, pero hay algo oscuro en su sonrisa, como si guardara secretos que le divierten.

—Entiendo —musito, aunque estoy perpleja por su atrevimiento.

Me adelanto para alzar la mano y volver a llamar al ascensor. No me ofende que, en cierto modo, me haya llamado trepa, pero me incómoda que tenga la ventaja de conocerme.

—Tarda mucho, ¿verdad? —comenta él, divertido.

—Estoy segura de que iría más rápido si fuera el señor Thompson el que lo espera —suelto.

Él se echa a reír.

—No lo dudo. Christopher es capaz de mandarle a cualquiera. Ni un ascensor se atrevería a llegar tarde y estropear su horario.

Lo ha llamado por su nombre de pila, lo que me confirma que no es un simple administrativo. Debe ser amigo íntimo para hablar de él con tanta familiaridad. Al final, la curiosidad me puede.

—Lo siento, no recuerdo de qué nos conocemos. ¿Cuál es su nombre?

Chasquea la lengua y sacude la cabeza. Los rizos de su espeso cabello se sacuden con el gesto.

—Parece que no has hecho los deberes, Brenna.

Las puertas del ascensor se abren sin previo aviso y doy un brinco cuando sueña la campanita. Él tiende la mano para invitarme a entrar primero, y respondo cuando ya estamos dentro.

—No era buena estudiante —reconozco, y él se carcajea—. ¿Por qué no me echas una mano y me pasas tus apuntes?

Saca una tarjeta del bolsillo interior de la americana y me la ofrece. Cuando leo Julian Thompson, se enciende una luz en mi cabeza. Es el hermano de Christopher, el anterior CEO. Ahora entiendo porque le preocupa que no esté a la altura de mi nuevo papel en la empresa. Él también tiene mucho que perder si Matched sale mal, al ser un accionista mayoritario.

—No voy a dejarte mis apuntes, pero voy a darte un consejo: Christopher toma todo lo que quiere, cuando lo quiere, sin importar lo que tenga que hacer para conseguirlo. Yo soy una prueba de ello. No creas que va a ser distinto contigo.

—No entiendo a qué se refiere.

—Lo harás. Pareces una chica especial. Llámame si necesitas refuerzos.

—Gracias.

—Hablo en serio, Brenna. Llámame cuando lo necesites. No permitas que Christopher se haga con tu alma, no sabrá valorar su belleza.

Asiento mientras me recorre un escalofrío. Hasta su propio hermano cree que es el demonio

encarnado. Me guardo la tarjeta y me aclaro la voz.

—Lo siento —digo. Aunque no sé cuál es el problema entre ellos, parece bastante afectado.

—¿Por qué? Tú no tienes culpa de que mi hermano sea una persona sin escrúpulos.

El ascensor se detiene y Julian me sonríe. Me despido con un gesto de cabeza. Salgo, pero la conversación se queda en mi cabeza. Me gustaría creer que las palabras de Julian son injustas y fruto del rencor, pero me temo que son de lo más acertadas. Christopher Thompson es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

¿Por qué, si no, vendería su amor el CEO de una empresa tan grande?

Capítulo cinco

En una escala del uno al diez, ¿cuánto crees que eres de insoportable?

Brenna

Diría que un cuatro si preguntas a mis amigos. Mis hermanos te responderán que un billón, pero, claro, eso es porque ellos son tan insoportables que tengo que ponerme a su altura. También, a veces, soy un diez para mí misma.

Christopher

La competencia te diría que un diez.

Sigo las indicaciones del dibujo de Bo-ra hasta detenerme ante la fachada acristalada de un club deportivo de categoría.

Dos chicas me empujan al adelantarse para entrar antes que yo. Hago una mueca a sus espaldas, procurando no sentirme intimidada por sus cuerpazos y su ropa. Solo las zapatillas deportivas tienen el valor de mi armario completo, y su cintura no pasa de la talla treinta y seis. Seguro que no saben qué es un michelín.

Entro detrás de ellas y tengo que esperar en la recepción mientras cotillean con la empleada, otra muchacha de pelo rubio, maquillaje perfecto y cuerpo de maniquí. Cuando llega mi turno, la chica me repasa con una mirada profesional, que no delata mucho interés. Supongo que está calculando en su mente mi tabla de ejercicios, y que necesito reducir los muslos. Quiero decirle que estoy bastante orgullosa de mi trasero, pero recuerdo mi propósito.

—Estoy buscando al señor Thompson. Christopher. Soy Brenna Abernathy.

Asiente con un gesto de cabeza.

—Terminará la sesión de boxeo en diez minutos. Si es tan amable de esperarlo…

—No. No soy nada amable —la corto—. Quiero verlo ya.

La chica me sonríe con tensión.

—Por supuesto. Está en la sala número cinco. Por el pasillo, a la derecha. Le abriré la barrera.

Le doy la espalda sin despedirme, cuando escucho su voz.

—Enhorabuena por haber ganado Matched, señorita Abernathy.

Me detengo un momento y mascullo un «gracias», antes de buscar la sala número cinco mientras pienso si de verdad esta gente cree que he ganado el premio gordo de una lotería.

Paso sin llamar. Aunque lo hubiese hecho, los ruidos impedirían que los de dentro me oyeran, Christopher incluido. Hay un cuadrilátero, varias máquinas, sacos colgando del techo, correas y un montón de otros trastos que no sé para qué sirven. La decoración me trae a la mente un cuarto de tortura medieval. Suelto un gruñido y me centro en el cuadrilátero, donde dos chicos se pegan con furia. Uno de ellos es de color, por lo que distingo bien al otro. Mi ex jefe. Lleva un short demasiado corto y guantes de boxeo. Nada más.

¡Madre del amor hermoso! Trato de absorber el paisaje con lujo de detalles. ¿Es eso lo que esconde bajo los trajes?

De pronto suena un golpe tremendo y su contrincante cae desplomado contra las cuerdas. Christopher sonríe y le ofrece el brazo para ayudarlo a levantarse. Dice algo, pero no logro oírlo. Sin embargo, noto el momento en que me ve pegada a la puerta, como si me hubiera quedado congelada

—¿Brenna? —exclama—. ¿Qué…? —Vuelve a hablar con el otro chico y después pasa por debajo de las cuerdas, salta y se encamina hacia mí.

Me pego más a la puerta mientras él agarra una toalla y se la coloca alrededor del cuello. Qué trozo de tela tan afortunado.

—¿Estás bien? ¿Qué haces aquí? —inquiere cuando llega a mi lado.

En ese instante, me doy cuenta de que me he precipitado y que podría haber esperado a hablar con él cuando terminara su sesión. O incluso mañana. El próximo siglo sería incluso mejor. Recuerdo la conversación con su hermano y comprendo, demasiado tarde, que debería haberme preparado mejor.

Me aclaro la voz.

—Bo-ra me informó que no estarías disponible hasta mañana —digo, siguiendo con la mirada unas gotas de sudor que se deslizan desde su clavícula por el pecho.

—Es cierto que paso por una época bastante ajetreada, pero siempre encontraré tiempo para ti.

—Entonces, ella es la elegida. —dice su compañero de cuadrilátero acercándose a nosotros—. Enhorabuena. —Golpea a Christopher en el hombro y me dirige una sonrisa afable—. Un placer conocerte, Brenna, soy Charles. Cuando quieras patearle el trasero a este, ven a verme y te enseñaré unos movimientos.

—Tú no le enseñarás nada —dice Christopher—. Además, soy demasiado encantador como para que quiera patearme el culo.

—Para eso he venido.

—Es encantador solo cuando quiere —repone Charles al mismo tiempo.

Estalla en carcajadas porque parecemos un par de gallinas peleando por un grano de maíz.

Me dirijo al señor Thompson, que parece encontrarse en uno de sus momentos encantadores y me sonríe ampliamente.

—¿Serías tan amable de explicarme por qué me he quedado sin trabajo?

La sonrisa se le borra de la cara. Christopher se aclara la garganta.

En vista de lo delicado de la situación, Charles le ofrece una botella de agua y se echa la toalla al hombro.

—Me parece que voy a ducharme. —Le dedica una sonrisa piadosa de despedida—. Nos vemos. Cuídate, Brenna.

Cuando él sale, cruzo los brazos e interrogo a mi ex jefe con la mirada.

—Si esperas a que me dé una ducha, puedo posponer una reunión. Vamos a tomar algo y hablar tranquilamente.

Aprieto los dientes con fuerza.

—O podemos hacerlo ahora —replica con rapidez—. Creí que Matched descartaría a los sujetos con problemas de ira.

—¿Insinúas que soy una histérica?

Christopher se seca el pecho con la toalla.

—Espero que se trate de un episodio temporal. Pero entiendo a qué se debe: en veinticuatro horas te has enterado de lo de Matched, has tenido una crisis glucémica y has sido ascendida. Es mucho para asimilar.

—¿Ascendida? —repitoperpleja—. ¿Ascendida a qué, precisamente?

—Aún no lo he decidido. Tu currículum no es que impresione… —deja la frase a medias mientras se seca el cabello y me echa una mirada de soslayo.

—¿Qué tal secretaria «folla-jefes»? —le ayudo.

Tuerce el gesto ante mi mala lengua.

—Ya tengo secretaria, aunque entiendo que quieras estar cerca de mí —declara, tratando de fastidiarme. Me pregunto si también se acuesta con Bo-ra—. Y Brenna, me gustan las mujeres bien habladas.

—Genial, no te he preguntado —replico con una sonrisa tan angelical como sarcástica—. No quería ofender ni atentar contra tu educación en Oxford.

—Cambridge y Harvard —me corrige con simpleza.

Me quedo un momento callada y un pelín impresionada.

—Está bien, señor Cambridge y Harvard, no me interesa el puesto de una enchufada a la que pagan para chupársela al jefe a media mañana cuando está estresado.

Normalmente no soy tan grosera, pero si a él le gustan las chicas inocentes, voy a ser lo contrario.

Christopher tira la toalla en un banco acolchado con un gesto brusco, que hace que me detenga. Cuando vuelve a girarse hacia mí, distingo otra vez al ser oscuro que conocí en el hospital.

—Te he entendido a la primera. Sé lo que es una folla-jefes. He tenido varias —me informa en un susurro. Me pregunto a cuántas mujeres se estará tirando en la empresa—. No iba a requerir nada por el estilo, pero si tú tienes interés… —Su mirada se desliza por mi rostro hasta mis labios—. No hace falta esperar a media mañana, cualquier hora me va bien.

Me quedo boquiabierta, en parte por su audacia y en parte por la reacción traicionera de mi cuerpo.

Durante unos momentos, solo se escucha el sonido de nuestras respiraciones. Estamos demasiado cerca, noto su calor corporal emanar de su piel, acompañado de una fragancia agradable de sudor fresco mezclado con su perfume. Debe tener frío por el aire acondicionado de la sala porque sus pezones se han endurecido.

En cambio, a mí me entra calor. No es propio de mí ruborizarme, pero noto las mejillas en llamas y un aleteo en el vientre.

—Repito, no me interesa ese tipo de puesto. Limítate a devolverme mi trabajo. —De milagro logro sonar firme y ocultar mi excitación.

Christopher inclina la cabeza y me estudia por debajo de las pestañas. Voy a escabullirme hacia un lado para apartarme de él, pero apoya la mano en el espejo de la pared, junto a mi cabeza, y me corta el camino.

—Añade a tu currículum que tienes un talento innato para sacar lo peor de mí —susurra entre esos labios carnosos. El de abajo está más lleno que el de arriba y no puedo evitar preguntarme cómo deben besar.

Luego se aparta y da un par de pasos hacia atrás.

—Como recordarás de tu contrato de empleo, las relaciones íntimas están prohibidas dentro de S4L. —Mi expresión atontada debe delatarme. —No lo recuerdas.

Levanto la barbilla.

—Vale. ¿Por qué no dimites tú entonces?

Él estalla en risas y sacude la cabeza. No sabía que mi humor era tan bueno, pero parece superdivertido.

—La renuncia de la ganadora a su puesto de trabajo estaba estipulada en el consentimiento.

Aprieto los dientes con furia. Necesito leer esa cosa ya. ¿Quién sabe qué más he firmado?

—Me parece injusto y sexista.

—Puede ser injusto, pero no tiene nada de machista. Mi posición es la más alta de la empresa, no tiene sentido que cambie de trabajo. Si la CEO fuera mi hermana, entonces un hombre firmaría la renuncia.

—Resulta muy conveniente para ti que pierda mi puesto como limpiadora, ¿verdad? No daría una buena imagen —replico, pensando que ahora tendré que postularme para puestos aún peores. Sin embargo, me calmo al entender que me castigo a mí misma y él sigue ganando. Su hermano tenía razón, hace lo que le place con los demás—. Gracias por aclararlo.

Me giro e intento marcharme, pero me detiene.

—Espera, por favor —solicita, recuperando el tono cordial—. Necesitamos hablar y podemos hacerlo durante el almuerzo. Estaré de vuelta en unos minutos.

Me da la espalda y se aleja. Me quedo donde estoy, envidiando su piel bronceada y admirando el triángulo que forman sus hombros y su cintura. El pantalón corto de nailon se ajusta a él como una segunda piel sin dejar nada a la imaginación.

Recuerdo que me ha pedido que espere, pero que no estoy preparada para la discusión que él quiere tener.

Sacudo la cabeza, encerrando la imagen de su cuerpo casi desnudo en una caja fuerte y tirando la llave.

Después, como una chica lista, huyo.

Capítulo seis

¿Compartes el postre?

Brenna

Por supuesto. El de mi acompañante después de haberme comido el mío.

Christopher

No suelo tomar postre.

Regreso a casa cargada de comida china para recompensar a Esther por el susto de la noche anterior. Las bolsas casi se me caen mientras lucho con las llaves y el bolso se me engancha en el picaporte. Suelto una maldición y me libero con gestos bruscos. Avanzo hasta la pequeña cocina y tiro todo en la mesa, después cierro los ojos e inhalo aire con fuerza para luego exhalar lentamente.

Tengo que dejar de darle vueltas a mi conversación con Christopher o voy a volverme majareta.

Enciendo el móvil para avisar a mis compañeros de piso que les espero con la comida lista. Deben estar al llegar. Al salir del gimnasio, me he dedicado a dar vueltas a la manzana rumiando nuestra reunión y todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas. Hasta que me he visto en el callejón sin salida de Rosemary Bonne y me he dado cuenta de que, marchándome así, no he castigado a Christopher, sino a mí misma, porque la incertidumbre sobre mi futuro me está matando. Necesito hablar con él sobre Matched y aclarar las cosas. Lo haré en cuanto llene mi estómago y me desahogue con mis amigos.

Cuando enciendo el móvil, quiero ir al chat grupal de mis compañeros de piso, pero la pantalla me muestra la notificación del mensaje de un número desconocido. Lo leo sin acceder a la aplicación para que no me muestre en línea.

+44 074558652: Brenna, ¿dónde estás? Sabes que tenemos que hablar.

Dejo el móvil en la mesa esbozando una sonrisa maliciosa. Que espere.

Escribo a mis compañeros de piso y descorcho una botella de vino blanco. Me bebo la primera copa mientras distribuyo la comida en los platos para recalentarla cuando lleguen. Después compruebo mis niveles de insulina. Mi teléfono suena de nuevo y miro la pantalla, segura de que es alguno de los dos respondiendo. Pero no; es el señor Impaciente otra vez.

+44 074558652: Pasaré a buscarte a las siete.

Suelto una risa-bufido y sacudo la cabeza. Este tipo ha leído Cincuenta sombras de Grey y lo ha dejado trastornado.

Bueno, que venga, ¿para qué retrasarlo más?

Me resisto al impulso de darme otra ducha y lavarme el pelo. Es mejor que me vea desaliñada para que entienda que su preciosa aplicación para ligar se ha equivocado y así pueda liberarme del contrato.

Guardo su número bajo el apodo «Peaky Blinder Pijo» y me siento mejor al instante.

Como todavía me queda tiempo, acudo a mi pitonisa de costumbre, mundialmente conocida como Google, y tecleo su nombre completo. La cantidad de resultados me deja pasmada, y más el hecho de que en las más recientes aparezco yo. Estoy metida en un buen lío, no hay manera de que pueda escapar indemne.

Descarto los artículos donde se me menciona, no estoy psicológicamente preparada para ver cómo me destripan, y opto por otros más antiguos. Tras quince minutos de ojear y saltar de un artículo a otro su vida ya no es un secreto para mí, y me siento mareada.

La prensa lo retrata como a un depredador del mundo empresarial que logra todo lo que se propone. Al parecer, después de terminar sus estudios, fundó tres empresas diferentes junto a antiguos compañeros de clase, que más tarde vendió a precios exorbitantes. Regresó al negocio de la familia cuando su padre enfermó de cáncer, arrebatándole el puesto de CEO a su propio hermano mayor, quien había mantenido la empresa mientras Christopher se divertía por ahí. Una

vez en el poder, hizo cambios drásticos en la plantilla principal de empleados y en el programa de S4L. Matched es su proyecto más ambicioso, con el que busca demostrar que merece ser el director general. Las acciones de la empresa han duplicado su valor tras la llegada del benjamín, pero el mercado bursátil está a la espera del lanzamiento de Matched.

—Sin presiones, Brenna —me digo a mí misma, con tono sarcástico.

Sigo pensando en su hermano. Pobre hombre. Me imagino cómo debe sentirse después de haber trabajado para la empresa durante tanto tiempo y perderla de la noche a la mañana.

En lo personal, Brodie tenía razón al describir a Christopher como un playboy. Su larga lista de amoríos incluye actrices famosas, cantantes de lugares exóticos que no sabría localizar en un mapa e influencers de tendencias que mueren casi antes de empezar. Le doy puntos extra al darme cuenta de que solo se relaciona con mujeres de su misma edad, pero se los vuelvo a quitar porque todas tienen un físico espectacular. Espectacular al nivel de haber vendido mi alma al diablo por no saber qué significa la celulitis.

En fin… sin presiones, Brenna.

Tuerzo el gesto y me toqueteo el granito que tengo alojado en la barbilla.

Esther y Paul me encuentran con la botella de vino a medias y una autocompasión del tamaño de Groenlandia. Se me ha pasado el hambre y lo único que quiero es beber y olvidarme de que los últimos dos días han sucedido.

Les hago un resumen aliñado con mi humor ácido y reaccionan igual que Brodie, como si mi vida estuviera hecha y fuera a llevarlos a Ibiza un mes con gastos pagados. Ellos no conocen mi historia, no saben por qué huí de Escocia y por qué no me planteo, ni en sueños, comenzar una nueva relación.

Les permito divagar y entusiasmarse con mi «buena» suerte.

Me da un síncope al ver que Esther toquetea mi ordenador con la copa de vino al lado, imaginando que va a derramarla sobre el teclado. Encuentra una foto de Christopher en el gimnasio y moja el teclado, pero con sus babas. Al igual que hace unas horas, lleva un pantalón corto minúsculo y guantes de boxeo.

—¿Este cuerpazo es en serio o es Photoshop? —exclama escandalosamente.

—Ojalá fuera Photoshop —me quejo con un tono funesto.

—¿Cómo lo sabes? —Esther me señala con su copa de vino y entorna los ojos en sospecha—. ¿Lo has visto desnudo?

Se ríe tanto que le sale vino por la nariz. Es de las que huelen el alcohol y ya van con el puntillo.

—Lo he visto —reconozco de mala gana—. En el gimnasio, no pienses mal, ¿vale? Que no vas a

acertar.

—Y no quieres nada con este tipo porque… —Paul se inclina sobre mí para mirar la pantalla y me da un codazo—. Recuérdame por qué no quieres nada con este tipo, Bren.

Inhalo profundamente armándome de paciencia.

—En realidad te entiendo, debe ser vegano y vigoréxico —prosigue con una mueca de desaprobación. Comer y vaguear son actos sagrados para Paul.

—Pero, Brenna, si un programa informático dice que sois el uno para el otro, entonces quizá funcione —interviene Esther. Cuando ha bebido su acento portugués se vuelve casi ininteligible —. Aunque no parezca que encajáis. Seréis como JLo y Ben Affleck.

—Jennifer Lopez y Ben Affleck tienen en común la obesidad de sus cuentas corrientes —protesto—, y aun así su último matrimonio duró dos días. Christopher Thompson y yo somos más como si Jennifer López saliera con nuestro panadero.

Señalo los cachitos de pan que hay cortados en la tabla de madera.

—Oye, no te metas con Giuseppe —se ofende Paul—. Es un genio. JLo sería muy afortunada de tener este pan de nueces en su vida.

—¿Y cuándo es la boda? —prosigue Esther, ensoñadora.

—El 34 de Nuncaembre.

—No lo hagas, Bren, no aceptes —intercede Paul—. El tipo parece demasiado…

—¡Perfecto! —le ayuda Esther—. Es sencillamente perfecto. Guapo como un ángel caído, educado, inteligente y millonario. Brenna, te ha tocado la lotería.

—Si hubiera ganado la lotería, me habría comprado una isla en el Pacífico y hubiera criado cocodrilos como mascota para que ningún hombre ose pisar la arena.

—Auch. —Paul se lleva la mano al corazón.

Sé que debería decirle que él no está incluido, pero no lo hago. No hay hombre libre de pecado, seguro que él también tiene los suyos.

Mientras tanto, Esther sigue pasando fotos de Christopher, exagerando las muecas que hace.

—Me lo comería como fruta, cinco veces al día.

—Ya, tú y cualquiera. Pero ese es precisamente el problema —reconozco con pena—. El tipo obtiene todo lo que se le antoja y cree que seré otra adquisición más, pero se equivoca conmigo. A Brenna Abernathy ya no la manipula nadie, tuve suficiente con mi ex y mis padres en

Glasgow. A partir de ahora, al que intente controlarme le arrancaré las manos.

El silencio sigue a mi enérgica declaración. Entiendo que el vino me ha soltado la lengua, y procuro relajarme un poco. Mis compañeros de piso no tienen la culpa de mis traumas.

—El señor Thompson y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro.

—Eso parece —está de acuerdo Paul.

—Los contrarios se atraen —contribuye Esther

—Por eso, cuando aparezca… —consulto mi reloj—, en media hora, le voy a decir que no. Un «no» del tamaño del estadio de Wembley. O más grande aún, del tamaño de su ego.

—¿Vendrá en media hora? —Esther se levanta del sofá y salta por encima de Paul, que tiene que encogerse para dejarle paso—. ¿Y pretendes recibirlo con ese aspecto?

—¿Qué parte de «voy a decirle que no» no has entendido?

—Pero… —Esther examina horrorizada mi atuendo. Calcetines agujereados, vaqueros desgastados, la camiseta holgada que le robé a mi hermano y los pelos de ser la ama de muchos gatos. Al final suspira decepcionada—. Tenía la esperanza de vivir un Pretty Woman a través de ti. —Se arrodilla ante mí y ruega con las palmas juntas en una plegaria dramática—: Brenna, no me prives de esto. Tíratelo al menos… Nos lo debes a todas las mujeres que hemos crecido con esas películas que nunca se hacen realidad.

Logra sacarme una sonrisa.

Me imagino arreglada, con tacones, enfundada en un vestido incómodo, todo para que Christopher me mire con admiración. No, hermanas, no lo haré. Pero mi autoestima tampoco me permite presentarme como una perdedora. Iré vestida de mí misma, una chica de las Highlands, con poco presupuesto pero mucho orgullo.

Cambio los vaqueros por un pantalón y la camiseta por una blusa, y le permito a Esther recrear la típica escena de comedia romántica en la que la chica se prepara para la cita con la ayuda de sus amigos, ya que eso le hace ilusión. Pone música alegre, pero me niego a probarme varios modelitos, tendrá que conformarse con ayudarme con el pelo y el maquillaje. El cual se reduce a corrector de ojeras y máscara de pestañas. No uso pintalabios porque tiendo a comérmelo en una bajada de azúcar, pero me pongo bálsamo labial con algo de brillo. Una cinta para el cabello es el toque final, que deja mi rostro al descubierto. El espejo me muestra la imagen de una mujer común, ni guapa ni fea, alguien a quien nadie miraría dos veces y olvidaría al instante.

Cuando suena el interfono, Esther va corriendo como un perrito feliz de que haya llegado su dueño.

—Te espera abajo —me avisa, triste—. Intenta palparle los abdominales, al menos.

Le guiño un ojo para no quitarle toda la esperanza.

—Averigua si es vegano —me anima Paul—. Eso te ayudará a descartarlo.

Río y me armo de valor, pero se desvanece en cuanto salgo. Al otro lado de la puerta, me reciben destellos de flashes que me ciegan y los periodistas me acribillan a preguntas.

—Señorita Abernathy, ¿cómo se siente al haber sido seleccionada por Matched para ser la pareja de Christopher Thompson?

—¿Pueden posar juntos para una foto?

—Brenna, ¿crees que Matched acertó?

Christopher se abre paso y me rodea la cintura con el brazo, interponiéndose en la trayectoria de las cámaras.

—Lo siento, no tuve en cuenta a la prensa —se disculpa—. Vamos, escapemos cuanto antes.

Me percato de que los periodistas no se han acercado porque un par de guardaespaldas corpulentos los mantienen a raya al otro lado de la calle.

Permito que me lleve hasta su automóvil. Christopher me abre la puerta del copiloto y después de verme sana y salva en el interior, da la vuelta al vehículo y sube por el otro lado.

—¿Va a conducir usted mismo con sus propias manos? —me burlo—. Debe ser más pobre de lo que dice Forbes.

Él esboza una sonrisa apenas perceptible.

—Nunca llevo chófer a una cita, es un problema si decido echar un polvo en el asiento de atrás.

Trato de disimular el efecto de sus palabras sobre mí. No pienso sonrojarme ante este sinvergüenza.

—Amigo, esto no es una cita —le aclaro—. No me asustas ni me impresionas.

Emite un sonido similar a un «hum».

—Si no te asusto ¿por qué has huido del gimnasio?

—Tenía cosas que hacer —respondo al instante. Compongo mi mejor expresión de inocencia, con la que me ganaba un dónut extra de mi abuela para la merienda.

Arquea una ceja, pero deja de prestarme atención y se concentra en el tráfico.

Para mi sorpresa, me siento bastante cómoda. El asiento de cuero tiene calefacción incorporada y me calienta la espalda y las piernas. El interior huele de maravilla y, además, tengo debilidad por

pasear en coche durante la noche. Los sonidos externos están amortiguados por las ventanas cerradas, pero las luces brillantes me fascinan. Me pregunto a dónde vamos a ir y qué tiene planeado Christopher.

Ha dejado atrás su atuendo de oficina y lleva unos vaqueros oscuros y un jersey de color crema, que resalta su piel dorada. Se ha arremangado y los músculos de su antebrazo se tensan al girar el volante.

—¿Has completado tu lista? —pregunta tras un momento de silencio.

—¿Disculpa?

Él me echa un vistazo rápido.

—Tus condiciones, peticiones… lo que deseas.

Lo observo, preguntándome si me he perdido parte de alguna conversación anterior.

—Perdona, creo que has soñado con que acepto, pero solo he venido para avisarte que quiero recuperar mi trabajo de limpiadora y que no voy a jugar a esto contigo.

—Esa opción no está disponible, Brenna.

Lo fulmino con la mirada justo cuando el halo de la luz de una farola ilumina el interior del vehículo y sus ojos. Es como si intentara, en vano, atravesar dos agujeros negros del espacio.

—Escucha, entiendo que si no sabías qué firmabas al completar el consentimiento para Matched, el resultado ha debido suponer una conmoción para ti.

—¿Tú crees? —Dejo que el sarcasmo se insinúe en mi voz.

—Pero tú también debes entender lo importante que es todo esto para mí y para todas las familias que dependen de S4L.

Aprieto los labios ante su intento de chantaje emocional.

—¿Qué posibilidades hay de que tu aplicación se haya equivocado? —le corto.

—Un tres por ciento.

—Eso es mayor que el porcentaje de fallo de las píldoras anticonceptivas. Conozco a personas con nombres y apellidos cuyas madres tomaban la píldora.

—No es la medicina lo que falla sino esas madres. Quizá las tomaron a deshoras, las mezclaron con antibióticos o simplemente olvidaron una. Pero las máquinas no se equivocan, Brenna. Por eso invierto en inteligencia artificial.

—¿Sí? Pues yo invierto en tripas, y las mías me dicen que tú y yo tenemos la misma

probabilidad de prosperar que un pingüino en una sauna.

—Quizá tus tripas necesitan más fibra.

—Quiero salir —replico, cruzando los brazos—. Haz otro sorteo, coge a la segunda finalista, arréglalo como sea.

Suspira tan profundo que casi me da pena.

—No funciona así, tú eres mi único resultado. Y ese ni siquiera es el problema. ¿Has visto a los periodistas? Somos la comidilla de la prensa y las redes sociales. Si no seguimos adelante con esto Matched será un fracaso antes de su lanzamiento. Te recuerdo que has firmado un contrato, no hay forma de que te eches para atrás.

—¿Qué pasa si me niego de todas formas?

Él se ríe y sacude la cabeza.

—No leíste nada, ¿verdad? Si decides abandonar el proyecto por decisión propia, debes pagar una sanción de cinco millones de libras.

Se me corta la respiración.

—¿Qué?

—En solo dos días, desde que anunciamos lo nuestro, el valor de las acciones de S4L se ha triplicado y la previsión a seis meses, si presentamos la puta mejor relación de la historia, es multiplicarlo por cinco como mínimo. ¿Te haces una idea de las cantidades a las que me estoy refiriendo?

Me quedo pasmada. Si hay tanto dinero en juego, además del futuro de su compañía, será imposible convencerlo de que me deje ir. Y no solo a él, sino a todos los inversores detrás del proyecto Matched. Le destrozaré la vida a él, a los accionistas y a todo el mundo que depende de S4L, hasta mis compañeras del departamento de limpieza.

—¿Entiendes ahora por qué estás metida en esto hasta el cuello? —prosigue—. Establece tus condiciones, Brenna. Negocia conmigo, pero tú y yo apenas hemos comenzado.

Trago saliva comprendiendo el peso de lo que está diciendo y comienzo a marearme ante la perspectiva de jugar a las casitas con un hombre así.

—Vamos a ver si lo entiendo bien. —Me pellizco el puente de la nariz, intentando poner en orden mis caóticos pensamientos—. Si fingimos una relación por el bien de la aplicación… ¿Por cuánto tiempo sería? ¿Cómo de real tendría que ser? ¿Viviríamos juntos? ¿Tendríamos hijos? —Suelto una carcajada nerviosa y él se acaricia los labios con los nudillos, pensativo. Tuerce en una calle menos iluminada, que da a un parque, y estaciona el coche en un hueco disponible. Después de poner el freno de mano, se gira hacia mí y se cierne sobre la palanca de cambios

hacia mi asiento.

—Todo, Brenna. Lo haríamos todo.

Jadeo y me recuesto un poco más contra la ventanilla. Me masajeo la frente y trato de concentrarme en que mi corazón deje de saltar como un potro desbocado.

Él aguarda pacientemente, en silencio.

—¿Estás bien? —pregunta tras un instante de observarme—. Sé qué es mucho a lo que hacerse a la idea en tan poco tiempo. Yo al menos he tenido meses para mentalizarme de que sentaría la cabeza con una desconocida.

Me muerdo el labio y le echo un vistazo de reojo.

¿Sentar la cabeza? Después de lo que he leído de él, debe creer que soy una ingenua para creer que piensa hacer el papel de marido fiel y atento.

—Esto es una locura. —Suelto una risa nasal y niego con la cabeza.

—Una locura que vamos a hacer realidad. ¿Brenna? —musita con suavidad, pero con una determinación implícita en su voz grave—. ¿Estás lista para establecer tus condiciones?

Capítulo siete

¿Cuándo detienes una negociación?

Brenna

Cuando veo que todo lo que digo empieza a rebotar contra mí, como si mis palabras fueran una pelota y golpearan la pared que tengo enfrente. Sí, mamá, lo digo por ti.

Christopher

Cuando la gano.

El rugido furioso de mi estómago nos interrumpe. Christopher oculta una sonrisa y pone el coche en marcha.

—Podemos seguir mientras cenamos.

Estoy tan hambrienta que no veo razón para negarme.

—Tengo una pregunta —intervengo, tras unos momentos de conducir en silencio por un barrio de pisos lujosos de nueva construcción—. En una escala del uno al diez, ¿cómo de decepcionado estás de que Matched me haya escogido?

Él me echa un vistazo rápido y gira hacia una calle más iluminada.

—¿Decepcionado?

—Cualquier otra mujer hubiera caído rendida a tus pies sin rechistar.

Christopher reflexiona sobre mis palabras durante un instante.

—Sabía que serías el tipo de persona que no se da por vencida. Matched no hubiera elegido a alguien sumisa y complaciente para mí. Me gusta la pasión en mis mujeres.

«Mis mujeres», en plural.

—¿Qué más?

—La aplicación sabe que perdería el culo por una persona decidida, segura, inteligente y luchadora.

Estaba preparada para burlarme de él, pero cierro la boca de golpe.

¿Decidida, segura, inteligente y luchadora? Nadie de mi círculo de conocidos me describiría con esos adjetivos. Puede que Brodie, después de siete whiskies. Tengo veintinueve años, sin apenas estudios y ningún plan de futuro más allá de llegar a fin de mes. Escapé de mi propia familia y de un tirano que me trataba como a una muñeca de trapo. Si escribiera una novela de mi vida se titularía «Desastre a la fuga». ¿Y eso de que él pierda el culo por mí? Me entra una risa histérica, que casi no consigo ocultar.

—Hemos llegado —anuncia sacándome de mis pensamientos.

Estaciona en uno de los pocos huecos desocupados del aparcamiento, frente a una casa, con las ventanas bien iluminadas y luces colgadas en los árboles del exterior. Sale y, de alguna manera, llega a mi puerta antes de que logre incorporarme.

¡Malditos sillones bajos!

Me tiende la mano y me dedica una sonrisa deslumbrante mientras lucho por escapar del asiento que me ha engullido.

Rechazo la ayuda y me apoyo en el marco de la puerta para salir por mis propios medios. Los pantalones se me han bajado y la blusa se ha retorcido alrededor de mi torso. Me coloco la ropa, a la espera de un comentario burlón de su parte, pero este hombre es una estatua de hielo cuando se lo propone.

Cuando termino, me ofrece el antebrazo.

—¿Vamos?

—Puedo caminar sola sin caerme desde que tenía un año —le cuento con una sonrisa burlona.

—Impresionante.

Camino por delante de él, con la mala suerte de pisar una piedra y perder el equilibrio.

Christopher está a mi lado en un instante. Me sujeta por la cintura y evita, en el último momento, la humillante caída.

—Gracias —murmuro abochornada, con la nariz metida en su pecho. Esa fragancia deliciosa me envuelve con toda su fuerza abrumadora.

—Con mucho gusto.

Es un milagro que no me eche en cara mi broma, ya que que se lo puse tan fácil. Su brazo sigue rodeando mi cintura cuando empieza a caminar hacia la entrada del restaurante. Procuro no notar su calor o la solidez de su pecho en mi hombro. En cuestión de altura encajamos perfectamente, mi cabeza llega justo debajo de su mentón.

Me suelta cuando llegamos a la puerta, la empuja y la mantiene abierta para que entre primero. Después se adelanta para hablar con el encargado, que le hace mil reverencias. Acabamos acomodados frente a frente en una mesa junto a la ventana. Las luces de afuera y otras más sutiles del interior dan color al cristal de las copas vacías dispuestas sobre la mesa. Un piano y el sonido de la cubertería de los demás comensales nos envuelven, y me siento sorprendentemente a gusto en ese restaurante de alta gama. Por suerte no es un lugar demasiado exclusivo.

—¿No has reservado todo el restaurante? —me burlo, fingiendo asombro por tal descuido.

—Chófer privado, reservar el restaurante entero… Creo que tus expectativas no son razonables. —Christopher se coloca la servilleta—. Pensé que sería más sensato que estuviéramos en un lugar público para nuestra primera cita. Pero si te hace ilusión, puedo reservar uno para mañana.

—¿Quién dice que voy a cenar contigo mañana?

—¿Tienes cinco millones de libras?

Frunzo el ceño y lo miro fijamente.

—Expón tus condiciones entonces —prosigue, en vista de su victoria.

Suspiro, sin poder creer aún la situación en la que estoy metida y lo que estoy a punto de hacer.

—Quiero acciones de S4L —comienzo—. No pienso salir de todo esto siendo tan pobre como Lucy.

—¿Quién es Lucy?

—La rata de Brodie.

Christopher se deja caer hacia atrás en el sillón, coloca una mano encima de la mesa y alza una ceja. Es un hijo de puta sexi.

—¿Tu amigo tiene una rata?

—En realidad, ella lo tiene a él. Ya estaba en la casa cuando él llegó.

Christopher no responde, pero parece divertido.

—No volverás a tener problemas económicos en tu vida. Incluso si nos separamos. Prepararé los documentos para la transferencia de acciones.

Asiento y tomo una profunda bocanada de aire ante la magnitud de esa idea. Voy a ser rica. ¿Cómo se sentirá esa gente? ¿Haré algo extraordinario? ¿Me teñiré el pelo de rosa y me compraré un billete en el siguiente viaje espacial?

Tres camareros me sacan de mi ensoñación cuando aparecen corriendo y llenan nuestras copas de agua. Después abren una botella de cava y dejan una cesta de panecillos en la mesa. Christopher los despacha con un gesto, sin dirigirles una mirada.

—¿Algo más? —pregunta.

—Nada de bodas ni hijos.

Aunque procura mantenerse impasible, percibo que eso no le ha gustado.

—¿No quieres tener descendencia? —inquiere serio, tal vez calculando si Matched se ha equivocado al emparejarnos, considerando nuestras diferencias en perspectiva de vida.

—No de esta manera.

Christopher le da un trago a su copa.

—Puedes cambiar de idea más adelante —musita—. ¿Alguna otra cosa?

—Nada de sexo.

Suelta una risotada incrédula, desviando la mirada.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Que creas que no vamos a acostarnos —responde mirándome directamente y noto un calor subiendo desde mi estómago hasta mis mejillas.

Me mantengo firme en mis convicciones.

—Lo digo en serio. Nada de sexo.

—Ese punto queda rechazado —replica como si estuviéramos negociando un trato comercial.

Lo miro, boquiabierta por su arrogancia.

—No voy a atacarte en un callejón oscuro, Brenna —aclara, un tanto ofendido—. Estoy hablando de seducción, algo normal en cualquier relación.

—No tendremos esa clase de relación —insisto, y él me observa vacilante durante unos instantes.

—Hagamos un trato… No te tocaré sin tu permiso, pero a cambio me permitirás intentar seducirte.

No estoy segura de a qué se refiere con «intentar seducirme» y si me está tendiendo una trampa.

—¿O es que no te fías de ti misma? —Me reta y tengo que morder el anzuelo. Encojo los hombros y él levanta la copa para servir el cava y brindar por nuestro acuerdo, pero se detiene en el último momento—. Yo también quiero añadir una condición.

Alzo una ceja entre expectante e incrédula. Como si ya no estuviera pidiendo mi vida entera. Pero tengo curiosidad.

—Dispara.

—No volverás a acostarte con ese tal Brodie.

Oculto una sonrisa y me abstengo de explicarle que eso nunca ha ocurrido.

—No sabía que eras tan machista.

—¿Qué hay de machista en no querer que mi novia se acueste con otro?

—Lo es, cuando tú sí vas a acostarte con otras.

—¿Quién lo dice? —arquea una ceja sorprendido.

—Lo digo yo, que no me chupo el dedo —replico, determinada a no dejar que haga una payasa de mí.

Christopher suspira y se frota las sienes. Por primera vez me doy cuenta de que parece agotado. Toma la copa de cava que lleva una fresa dentro y me la ofrece.

Niego con la cabeza.

—Whisky escocés, por favor. ¿Tu aplicación no te lo dijo?

Se ríe suavemente.

—Un error de cien. Aún quedan dos para llegar a ese tres por ciento. —Hace una señal a uno de los camareros, que espera con discreción a distancia. Cuando se acerca, le pide una copa de whisky para mí.

Me ofrece el menú y pregunta:

—¿Vas a comer algo para acompañar el alcohol?

Capítulo ocho

¿Qué edad tendrías si no supieses que edad tienes?

Brenna

Mentalmente, doce. Físicamente, los viernes después de una semana trabajando de limpiadora, ochenta y uno.

Christopher

Treinta y cinco.

Despierto como si hubiese dormido sobre una nube y hubiera bebido ambrosía en lugar de whisky. No entiendo por qué me siento tan bien, considerando el lío en el que estoy metida. Me he quedado sin trabajo y se supone que soy la novia falsa de un magnate.

En algún momento, mi vida se ha convertido en una comedia de enredos que quizá acabe más en el género de terror.

Me incorporo y cojo el móvil de la mesita para comprobar la hora y me asusto al ver que son las nueve de la mañana. No he dormido tanto desde las vacaciones de verano del instituto. Luego recuerdo que no tengo nada que hacer y me relajo.

El móvil suena en mi mano y veo un número desconocido. Descuelgo con curiosidad.

—Buenos días, Brenna —me saluda la voz cantarina de Bo-ra—. ¿Has descansado bien?

Recorro mi habitación con la mirada. ¿Es que Christopher me ha instalado un sistema de videovigilancia?

—Ey —respondo con menos entusiasmo. No tengo nada en su contra, pero sí contra el

egomaníaco para el que trabaja y, al fin y al cabo, ella es su portavoz.

—El señor Thompson te ha preparado un horario. Solo quería comprobar que lo has recibido en el correo electrónico.

—¿Un qué? —pregunto. Debo seguir soñando, porque no puede ser real que mi «novio» me haya preparado un horario.

—Está todo explicado en el e-mail. Encontrarás una presentación de bienvenida y el horario.

Me carcajeo indignada.

—¿En plan a las diez matemáticas y a las once el recreo o cómo? —inquiero sardónica.

Bo-ra carraspea para ocultar la risa y hace una pausa, quizá esperando a que continúe desahogándome, pero no es justo que lo haga con ella. No, mejor me lo guardo todo para su jefazo.

—Es un fanático de la organización —admite en voz baja, como si tratara de no ser escuchada por el resto de la oficina.

—No he visto el correo. Pero puedes decirle al señor Thompson que le remitiré mis impresiones sobre su magnífica idea en cuanto me dé la gana.

Cuelgo, descargando mi ira en el móvil y tirándolo en la cama. Lo siento por Bo-ra, le pediré disculpas en cuanto tenga la ocasión.

Me levanto y salgo del cuarto en busca de café. El apartamento está en silencio, mis compañeros ya han salido hacia sus respectivos trabajos y por suerte me han dejado el café preparado. Procuro tomarlo mirando por la ventana, como cualquier persona que no tiene problemas y solo quiere disfrutar de un momento de paz, pero el maldito CEO de mi empresa no sale de mi cabeza. Al final, dejo la taza y recojo el móvil de entre las sábanas para leer el correo. Me muero de curiosidad por saber qué se le ha ocurrido a ese demente.

El e-mail ha sido enviado a las cuatro y media de la madrugada y me he quedado corta con lo de demente, porque contiene varios archivos adjuntos. Uno de ellos es una presentación sobre algunos datos personales de Christopher y sus gustos generales… será friki. Y el otro con el dichoso horario.

—¿A qué hora se levanta este tipo? —me pregunto en voz alta. Anoche eran casi las once cuando me dejó en la puerta de mi casa. ¿Será un robot?

Aunque tal vez lo que le quita el sueño son los millones que podría perder si me porto mal. Esa idea me hace sonreír.

Empiezo a leer el horario y se me borra la sonrisa. Si él no tiene gusto por dormir me parece genial, pero ¿de verdad piensa que yo voy a levantarme a las seis de la mañana? Me ha puesto

una sesión de yoga matutina con un tal Richie, pero yo me levanto de la cama más rígida que una percha. Después del yoga, se supone que voy a trabajar, en qué es aún un misterio, hasta el mediodía, cuando hago una pausa para ir al gimnasio con mi flamante futuro esposo, o debería decir difunto esposo. Almorzamos juntos, a no ser que él tenga alguna reunión o compromiso más importante (palabras textuales), y luego vuelta al trabajo, hasta las cinco de la tarde, cuando me ha citado con Javier para clases de español o con Jana para clases de violín en días alternos. Los viernes, sin embargo, tengo la tarde libre para acudir, si me apetece, a un club de lectura de novelas de terror y suspense.

De todo esto, lo que más me choca es que, quitando el yoga y el gimnasio, parece haber incluido todas las cosas que siempre he querido hacer y nunca he tenido tiempo, presupuesto, ánimos… o apoyo por parte de mi expareja. El cual prefería que me dedicara en jornada completa a plancharle los calzoncillos.

Debe haber sacado toda esa información sobre mí de Matched.

Me da cierta ternura que haya incluido los hobbies frustrados de toda una vida en mi agenda, aunque eso se desvanece cuando recibo un mensaje de Bo-ra que me cita con un esteticista para esa misma tarde.

Qué manera tan sutil de decirme que no le gusta mi aspecto. Quizá por eso anoche se despidió como el que deja un paquete de Amazon en la puerta para que lo encuentre su dueño más tarde, casi lanzándome del coche en marcha.

Como si no tuviera suficiente tumulto con el e-mail de Christopher y el mensaje de Bo-ra, recibo una llamada de mi madre.

—¿Por qué no estás trabajando? —me reprocha.

—Buenos días a ti también, mamá —respondo con sarcasmo.

—Sabía que te iban a despedir tarde o temprano, tú no sirves para trabajar, lassie —da por hecho, como si yo le hubiera contado justo eso.

Aprieto los dientes y noto como me sube la tensión. Mi madre es más efectiva para provocar un infarto que las salchichas con patatas.

—No me han despedido, resulta que he cambiado de trabajo a uno mejor —improviso, ya que no es del todo mentira.

Se produce un silencio al otro lado de la línea.

«Guau, gracias por alegrarte, mamá».

—Miedo me da… no estarás de prostituta con el sinvergüenza ese de Broden.

—Brodie no es prostituto, mamá, es actor.

—Ya, y yo me chupo el dedo —farfulla y prosigue como si estuviera dejando un mensaje de voz en lugar de mantener una conversación—. Le dije a tu Angus el otro día que te veo perdida y acabando muy mal si no regresas pronto a Glasgow. Ayer Jenny me contó que vio a Angus hablando muy sonriente con esa pendona de Sussan, la que trabaja en la tienda de Cleo por las tardes. Esa lleva detrás de él un siglo, y tú se lo entregas en bandeja. Es que hay que ver, Brenna. Este chico no te va a esperar para siempre.

—Tengo que irme, llego tarde a firmar el contrato nuevo —me apresuro a decir de carrerilla antes de soltarle algo muy grosero a mi progenitora—. Hablamos luego.

Cuelgo, ignorando sus protestas.

A mi madre le da igual que fuera una amargada cuando estaba con Angus. Ella cree que es lo mejor a lo que puedo aspirar, que tuve suerte de que él me eligiera. Piensa que está por encima de mis posibilidades. Un tipo egocéntrico y machista. Sin contar con que en su cabeza solo había una calabaza hueca mientras que Christopher tiene cerebro y lo trabaja como un músculo. Los demás músculos de su cuerpo tampoco son dolorosos de ver.

«Solo mirar, Brenna, —me recuerdo—, nada de tocar».

Me invade la ansiedad al pensar en quedarme en casa el resto de la mañana, por lo que me pongo un par de leggings, un sujetador deportivo y una camiseta, agarro el bolso y una chaqueta del perchero y me dirijo hacia el gimnasio. Es muy probable que la imagen de esos músculos no haya abandonado mi mente para cuando llegue allí, pero también tengo mucho de qué hablar con mi novio.

Si quiero llegar a tiempo para encontrar a Christopher, no me queda otra que tomar un taxi. La suerte me acompaña, encuentro uno nada más salir y el conductor no tiene complejo de psicólogo, sino que realiza el viaje en silencio y me lleva al destino en tiempo récord.

—Señorita Abernathy —me saluda la recepcionista, una vez ha terminado con los clientes que estaban delante de mí—. Me complace que haya decidido ser clienta de nuestras instalaciones. Le he preparado un paquete de bienvenida…

—Ya, gracias —la corto veloz—. ¿Christopher está en la sala cinco?

—El señor Thompson aún no ha llegado, pero sí, tiene sesión en la sala cinco con Charles.

—Estupendo, lo esperaré allí. —Tomo la tarjeta de socia que me permite desbloquear el torno y acceder al interior.

Ya debo haber superado mi récord de pasos diarios con tanto ir y venir. Podría salir del gimnasio sin practicar ninguna actividad y ya habría hecho más deporte de lo que he hecho en los últimos meses. Una limpiadora no necesita gimnasios, eso son caprichos para ejecutivos.

Encuentro a Charles en la sala cinco, golpeando y dando patadas a un saco de boxeo, pero se detiene cuando escucha la puerta.

—¿Brenna? ¿Todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

Asiento, todavía jadeando.

—Estoy… Bien. Nada… entrenamiento… Christopher.

—¿Querías ver a Christopher? —trata de ayudarme—. Debe de estar a punto de llegar.

Sacudo la cabeza y por fin recupero el aliento. El espejo que tengo al lado me enseña la imagen de una chalada, con la cara roja, los ojos brillantes y el pelo de un espantapájaros.

—Quiero entrenar contigo. —Por fin logro decir una frase completa.

—Ah, ¿sí? —Charles sonríe burlón—. ¿Sabes algo de boxeo?

—Por favor… Crecí en las Highlands, con tres hermanos mayores —me detengo antes de contarle toda mi vida—. ¡Por supuesto que sé algo de boxeo! Patada fuerte en la… —dirijo la mirada hacia su entrepierna— y retirada.

Charles se ríe a carcajadas y cruza los brazos sobre unos pectorales que parecen piedras de ébano bajo su camiseta sin mangas, pero su postura no resulta amenazante.

—Entiendo. ¿Christopher sabe que quieres aprender boxeo?

—Me ha apuntado él, así que supongo que sí.

—Te ha apuntado a este gimnasio, no a boxeo. Tenemos actividades específicas para chicas que puedes…

—No acabas de decir eso, ¿verdad? —Pongo los brazos en jarras y las piernas bien plantadas, tal y como me enseñó Brodie.

Charles se percata enseguida de su error. Esboza media sonrisa y se frota la nuca.

—Lo siento. Por supuesto, estaré encantado de entrenarte. No obstante, esta hora le pertenece a Christopher. Podemos revisar el horario… —se detiene al ver que pongo una mueca—. Pero tú quieres molestar a Christopher.

—Chico listo. —Le guiño el ojo con complicidad.

—De acuerdo. —Charles se rinde. Me da un poquitín de pena que esté atrapado en medio de esta guerra, le guste o no. Una vez mentalizado, se frota las palmas de las manos—. Empezaremos con el calentamiento y luego haremos una serie de…

Niego con la cabeza.

—Ponme los guantes. Quiero aprender a golpear fuerte.

—Me parece que la aplicación de Christopher funciona de maravilla —farfulla—. Eres perfecta para él.

—¿Lo dudabas? —Interviene el susodicho entrando por la puerta. Debo haberla dejado abierta porque no la he oído crujir—. Llegas temprano, Brenna.

El muy bribón me examina de arriba a abajo, y no parece impresionado con lo que ve.

Charles choca los puños con él, mientras yo me olisqueo discretamente para comprobar que mi desodorante sigue haciendo efecto.

—Charles ha tenido la amabilidad de incluirme en tu se…

Christopher alza una mano frente a mi rostro para mandarme callar y mira a su amigo con cierto fastidio.

—¿Por qué no la has enviado a zumba con las demás chicas?

Aprieto los dientes tan fuerte que siento que se van a partir.

—Brenna va a hacer que te comas esas palabras igual que ha hecho conmigo. Chist, tío, ya no estás en el atrio.

—¿Chist? ¿Atrio? —repito interesada.

Charles se carcajea con cierta sin ocultar mi interés.

—Nos conocemos desde hace mucho. Chist es un apodo que me puso en la universidad cuando callaba al grupo de debate con esa exclamación —me explica Christopher de mala gana. Casi parece avergonzado.

—Era un cabrón prepotente —añade Charles.

—¿Era? —Hago una mueca, invitándolo a reflexionar sobre el uso del verbo en pasado—. Si quieres hacer zumba hoy, adelante, señor «Soy sexista», pero no me apuntes a mí.

Charles vuelve a reírse y se frota el mentón.

—Me gusta tu chica. Espero que logres conquistarla en algún momento.

Lo miro con curiosidad.

—Sé la verdad sobre vuestra relación —explica.

—¡Perfecto! —exclamo entusiasmada—. La hora de gimnasio será mi nirvana personal, el único lugar donde no tengo que fingir que me gusta este idiota. ¿Cuándo puedo empezar a golpearlo?

—Me temo que Charles es un profesional y solo entrena a una persona por vez —interviene

Christopher.

—Haré una excepción —dice el chico.

—No lo harás. —Christopher ni siquiera lo mira cuando contesta.

—Si lo que he visto hasta ahora entre vosotros sigue igual, estaré encantado de hacer esa excepción y entrenaros a la vez.

Me mareo durante un instante y recuerdo que no he comprobado mis niveles de insulina. Pero la cara de fastidio de Christopher es tan entretenida que me olvido de eso.

—¿Empezamos? —propone Charles.

Christopher me echa un vistazo de reojo y toma a su amigo del hombro.

—Empezamos a partir de mañana. Hoy yo entrenaré con ella y tú te tomas la hora libre.

—¿En serio? —Charles y yo exclamamos a la vez.

—Soy perfectamente capaz de dar clases a una principiante —aduce, jugando con los guantes que tiene colgados de la muñeca. Lleva una camiseta de deporte y pantalones holgados hasta la rodilla, pero aun así resulta impresionante. Tiene ese tipo de cuerpo en el que cualquier trapo cae bien. Y una cara que deseo golpear y besar al mismo tiempo.

Me encojo de hombros con indiferencia. Puedo aprovechar para comentarle varios asuntos y hacerle daño a la vez.

—No debería irme… —se queja Charles.

—Acabo de ofrecerte una hora libre. Ve y sube nuevas fotos de tus pectorales en Instagram.

—No es el mejor momento, podría afectar al algoritmo y perder seguidores. Me sentiría mejor si os supervisara. No puedo arriesgarme a que alguno de vosotros resulte herido mientras no estoy.

Christopher resopla.

—Nadie resultará herido.

—Yo no estaría tan segura —amenazo, dedicándole una sonrisa maligna.

—No le hagas caso, no puede ni con una mosca —dice Christopher con un tono suave—. Lárgate de una vez.

—Solo porque me lo pides con tanto cariño. —Charles se despide con un gesto de cabeza—. ¡Nada de lesiones! —grita, antes de que Christopher le cierre la puerta en las narices.

Cruzo los brazos y miro a mi «novio».

—¿Chist es tu nombre de entrenador?

—No vas a olvidarte de eso, ¿verdad?

—Jamás —me río.

Christopher se dirige hacia los aparatos y me pide que lo acompañe.

—Tendrás que contarme cuál era tu apodo en la universidad para que estemos a la par—me pide, a la vez que empieza una sesión de calentamiento—. Haz lo que yo haga.

—¿Te refieres a ser una idiota arrogante?

Él me mira dolido, como si pensara que no se merecía el ataque.

—¡Oh, vamos! Sabes que no fui a la universidad. Última noticia, señor Pijazo: no todo el mundo va.

Se muestra pensativo durante unos instantes.

—¿Ya estás dudando del buen criterio de Matched? —me burlo con un tono agrio.

Niega con la cabeza.

—No, me estaba preguntando qué habrías escogido si hubieras ido.

Me quedo muda. Lo cierto es que ni yo misma lo sé. En mi casa nunca fue una opción porque no podíamos permitírnoslo. Tampoco era algo en lo que pensara, pues nadie me preguntaba qué tal iba en la escuela ni qué asignaturas me gustaban.

Lo único que me decían era que terminara con los deberes rápido porque había cabras que ordeñar. Además, al ser la única chica, tenía la carga adicional de tener que encargarme de las tareas domésticas junto con mi madre, mientras los huevones de mis tres hermanos lo ensuciaban todo y comían como cerdos.

Hago círculos con los brazos para calentar los hombros, me agacho y salto, siguiendo sus indicaciones. Tengo la resistencia física de un centenario, por lo que enseguida me quedo sin aliento.

—¿Ya puedo ponerme los guantes? —jadeo. Él ni siquiera está sudando.

Agacha la cabeza y lo veo riéndose por lo bajo.

—No estás ni de lejos preparada para boxear, pero ¿por qué no? Vamos a jugar.

Se aleja y regresa enseguida con otro par de guantes de boxeo. Me ayuda a ponerme los míos, después se los pone él y me invita a subir al cuadrilátero.

—¿A muerte? —me burlo, chocando los puños y sacudiendo las piernas.

—Estás como una cabra.

—Según Matched somos tal para cual —replico, guiñándole el ojo—. Podemos contarle a la gente que nos conocimos en la sala de espera del loquero.

Vuelve a sonreír, aunque trata de ocultarlo.

Una vez nos enfrentamos en el ring, me vengo un poco abajo. Ahora entiendo porque la prensa lo describe como un depredador. Rezuma masculinidad alfa por todos los poros.

—El pie izquierdo ligeramente adelantado y el pie derecho un poco más hacia atrás —dice. Él se coloca en la misma posición para darme ejemplo—. Pega las manos a los pómulos y cierra los hombros. Lo más importante es proteger tu rostro.

Me río porque me siento ridícula, pero mi mente crea la imagen de una Brenna poderosa, experta en boxeo, que acierta en golpear a los adversarios. Nunca he devuelto los golpes que me ha dado la vida, pero quiero aprender.

—El horario que me mandaste… —Procuro lanzar un golpe, pero ni siquiera llego a tocar a Christopher. Me acerco mientras él retrocede y me mira expectante—. Gracias —digo, guiñándole un ojo—. Nunca me había planteado dedicar tiempo a hacer las cosas que me gustan.

Él asiente y aparta la mirada. Parece incómodo con mi agradecimiento, o al menos desconcertado.

—Para realizar un golpe de derecha, extiende el brazo mientras giras completamente la cintura. —Se inclina y me espera para que ejecute el movimiento.

Le golpeo con toda mi fuerza en el hombro. No solo a él, sino a todos los que me han mangoneado a lo largo de mi existencia, a todos los que me han dicho qué tenía que hacer con mi vida por ser mujer o por ser yo. Logro que se eche hacia atrás un poco y que se ría sorprendido.

—Te he subestimado —reconoce—. Eres más fuerte de lo que creía.

—Recuérdalo la próxima vez que se te ocurra hacerme un horario.

—Creí que estabas agradecida.

—Agradecida por abrirme los ojos respecto a algunas cosas, pero… Nunca más te atrevas a hacerme un horario. Si tienes alguna sugerencia, me la presentas y yo te daré una respuesta.

Asiente y me contempla pensativo.

—¿Estoy perdonado después de comerme ese derechazo? —Hace un puchero, que le da un aspecto tierno e inocente.

Maldito sea, le queda bien. Casi hace que me olvide de que es un magnate multimillonario que juega con el dinero y tiene poder sobre cientos de personas, incluyéndome a mí. Y sí, le creo cuando se disculpa. Entiendo que se toma nuestra relación, falsa como es, como uno de sus proyectos. Debe haber hecho planificaciones, diagramas, cálculos y previsiones de éxito.

—Ya veremos —farfullo, dejándolo con la duda.

—Si quieres acertar un gancho, la mano tiene que salir de la parte trasera de tu cuerpo —me informa y me enseña el movimiento a cámara lenta.

Lo imito y cuando mi puño pasa por su pecho, mi pulsera se engancha en su camiseta.

Un tanto avergonzada, intento desengancharla, pero me resulta difícil hacerlo con una sola mano y él no parece querer ayudarme. Se mantiene impasible, con las manos en las caderas y observando mis dedos con minuciosa atención.

A esa distancia, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo y percibo el aroma de su perfume.

—No lo co-consigo… —musito, comenzando a sentirme azorada.

—¿Puedo? —pregunta con suavidad, indicando mis manos con un movimiento de cabeza.

Recuerdo entonces que había prometido consultarme antes de tocarme, aunque no creí que lo dijera en serio.

Asiento y él toma mi pálida muñeca entre sus cálidos dedos morenos, con tanta delicadeza que un cosquilleo se desliza por todo mi brazo, especialmente cuando su pulgar acaricia distraído la zona donde late mi pulso.

Una vez logra soltar mi pulsera, deja ir mi muñeca, pero el fantasma de sus dedos permanece en mi piel durante un buen rato.

—He arruinado tu sesión —digo, después de un instante girando el uno alrededor del otro, como dos gatos que compiten para ver cuál tiene la cola más larga.

—Ha sido instructivo, sin duda. —Sonríe y arquea una ceja—. ¿Tienes más sugerencias para mi entrenamiento?

No logro entender si se burla, si está molesto o interesado.

—Muchas más, pero no quiero agobiarte. Lo haremos poco a poco.

—Es justo como me gusta.

Capítulo nueve

Tienes cinco segundos para elegir un deseo que se hará realidad. ¿Cuál sería?

Brenna

Que mi familia me escuche y entienda cuando hablo. Especialmente mi madre, que todo lo que digo o le entra por un oído y le sale por el otro o lo tergiversa para hacerse la ofendida.

Christopher

Que Matched sea un éxito.

Tras ducharnos, Christopher me lleva a un local de comida saludable, cerca de la oficina, alegando que tiene poco tiempo para el almuerzo debido a su apretada agenda.

Pido un wrap de pollo con salsa césar porque es lo más sustancioso del menú expuesto sobre la cabeza de los cajeros.

Christopher me echa un vistazo, juzgando mi elección. Él se ha pedido uno de esos pokes con salmón, edamame, rúcula y un porrón más de cosas sanas y aspecto poco apetitoso, cuyos nombres desconozco.

—Necesito tomar algo que me alimente de verdad, por la insulina —le informo un tanto a la defensiva. Ya me ha dejado claro con lo de apuntarme al gimnasio y con la cita que tengo a las cinco en el esteticista que está disgustado con mi aspecto.

—No he dicho nada.

—Tu mirada lo dice todo.

Él oculta una sonrisa mientras nos acercamos a la barra que está frente a los ventanales y nos

sentamos en los altos taburetes. Casi me caigo al subirme al mío y él me toma del brazo para equilibrarme.

Esta vez me ha tocado sin pedir permiso, noto divertida, sopesando si echárselo en cara.

—Ha sido por encima de la ropa —replica leyéndome el pensamiento.

Ataca el contenido del bol con su tenedor de madera.

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que hacer que no puedes ni dedicar una hora para sentarte a comer algo decente? —me intereso, tras darle unos bocados a mi wrap. Lo cierto es que está delicioso y es mucho más ligero de lo que suelo comer, porque normalmente desconfío de la comida «sana» pensando que va a ser aburrida.

Se limpia la comisura de la boca con una servilleta.

—Tengo una reunión con Petersen's Publicity para ultimar detalles de la campaña promocional de Matched.

—Pensaba que tú y yo éramos la campaña publicitaria de Matched.

—Somos el arma principal —concede—, pero debe haber un plan trazado por expertos en el lanzamiento de un producto nuevo. Petersen's está detrás del anuncio de los cruceros a los fiordos, aquel en el que sale un vikingo de camarero…

—¡Me encanta ese anuncio!

—Sí, Robbie ha tenido mucho éxito con ese y con el de los bombones de avellana y coco. Tiene varios logros en su palmarés.

—¿Robbie?

—Fuimos juntos a Harvard.

—Los ricachones vais a esas universidades solo para hacer contactos y luego contrataros entre vosotros, ¿verdad?

—También íbamos a alguna que otra clase —responde burlón.

—Ya… y alguna que otra fiesta —añado, tratando de imaginarlo como el universitario caliente, forrado y arrogante que sin duda fue. La de corazones que tuvo que destrozar…

Christopher desecha la servilleta arrugada dentro del bol de cartón.

—Deberías venir, esto también te incumbe —me invita, echándome un vistazo de soslayo—. Después podemos ir a cenar con Robbie.

—Tengo la cita con el esteticista, ¿recuerdas? —Lo fulmino con la mirada y después pongo la

expresión de una criada servil—. ¿Ya les has dado indicaciones de lo que quieres que hagan conmigo?

Mi pregunta parece confundirlo, pero suena su teléfono y perdemos el hilo.

Después de una breve conversación con el interlocutor, cuelga, lo guarda en el bolsillo del pantalón y me echa un vistazo. Por alguna razón parece importunado.

—Llego tarde —me informa, mirándose el reloj de la muñeca—. ¿Nos vemos para cenar?

—Paso de hablar sobre la bolsa y de comer comida diminuta en platos grandes. Diviértete como mejor sabes —digo. Ya que empiezo a conocerlo. Lo que para él es diversión para mí es tortura. Si no fuera porque no tiene sentido, pensaría que está decepcionado con mi respuesta—. Pero, eh, dile hola a Robbie de mi parte y dile que, aunque ignoro la mayoría de los anuncios, siempre le presto atención a su vikingo.

* * *

Esa misma noche, para cuando llegan mis compañeros de piso de las clases de repostería a las que se apuntaron juntos, ya tengo la casa impecable y la cena preparada.

—Guau —exclama Paul al abrir la puerta y echar un vistazo a nuestro salón—. Marie Kondo nos ha invadido la casa.

Esther lo sigue de cerca e irrumpe en la sala con una expresión curiosa, mientras yo les observo desde el alféizar de la ventana donde me gusta sentarme a leer.

Sonrío orgullosa por su fascinación. He pagado cuatrocientas libras a dos compañeras de trabajo para que lo dejaran todo reluciente, y han hecho un trabajo excepcional. Además, me he gastado casi doscientas libras en algo de decoración para darle un toque moderno y ciento veinte más en la cena que hay sobre la mesa.

—¿Brenna? —Paul se inclina hacia delante y entrecierra los ojos como si tuviera problemas de vista o no estuviera seguro de si soy yo.

Me levanto de un salto, dejo mi novela sobre el asiento acolchado y sonrío al ver sus rostros asombrados.

—¡Tachán! —Presento mi nueva yo alzando los brazos, como si fuera un truco de magia.

Esther aspira sonoramente por la boca.

—A Brenna también le han hecho un Marie Kondo —dice Paul maravillado.

—¡Esto es como esa película de Netflix! —exclama Esther, dando una palmada como si hubiera resuelto un enigma—. La protagonista se lleva un golpe en la cabeza y despierta en una comedia romántica. De pronto, su apartamento es genial y su guardarropa también. Paul, ahora tú deberías ser un retrato cliché y encasillado del amigo gay. Y yo debería ser mala y envidiosa.

Paul la contempla con una mueca de disgusto y sacude la cabeza.

—Deja de ver tanta televisión, Esther.

Pongo las manos en las caderas.

—Aquí no hay magia, solo mucho dinero invertido —aclaro y les llamo a la mesa con un gesto —. Vamos, se está enfriando la cena.

Ambos me siguen y toman asiento, levantando las tapas para curiosear el interior de las ollas.

—Ummm, italiano… ¡Qué buena pinta! —celebra Esther.

Mientras servimos un poco de cada cosa en nuestros respectivos platos, Paul me echa un vistazo curioso.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya te lo he explicado —protesta Esther, ciñéndose a su versión de fantasía.

—No, no me he dado ningún golpe en la cabeza —niego divertida—. He hecho un trato con el señor Thompson. Así que ahora voy a ser rica.

—Ese argumento es aún mejor —responde Esther con la boca llena—. Me encanta tu nuevo look, por cierto. Estás sexi, pero de una manera elegante, como si tuvieras un título nobiliario.

—Todo gracias a Law Roach.

—¿Qué es eso?

—El estilista de Zendaya. Christopher me ha conseguido una cita con él. No me preguntéis cuánto se ha gastado, porque no tengo ni idea, pero he estado en el cielo —les informo, dándome cuenta de lo diferente que ha sido la experiencia de lo que había imaginado. Creí que iban a hacerme un cambio radical para ajustarme a los estándares de belleza de Christopher y que no reconocería a la mujer en el espejo cuando terminaran. Pero no podía haber estado más equivocada—. Me han mimado de formas que no creí que existieran y cuando me he mirado al espejo, me he dado cuenta de que siempre debería haber sido esta Brenna.

—Es como si te hubieran pulido, quitado el polvo y la suciedad que la vida ha ido depositando en ti —comenta Paul.

Las dos lo miramos con asombro.

—Es por la comida —se explica—. Mis neuronas funcionan mejor cuando están bien alimentadas.

—Entonces… —medita Esther— ¿Todos llevamos a una Zendaya en nuestro interior, pero simplemente no tenemos el dinero para descubrirlo?

—Exacto. —La apunto con mi tenedor.

Paul se da un par de golpecitos en el pecho.

—¡Sabía que había un Tom Hiddlestone escondido dentro de mí!

Esther y yo nos reímos, y Paul saborea el vino, que he traído con gusto.

Es el momento de darles la noticia para la que he preparado todo esto. Trago saliva y me chupo el dedo que se me ha manchado de salsa arrabiata.

—Tengo una buena noticia y otra mala.

Ambos me miran con interés.

—Empezaré por la mala… —decido en un murmuro—. Me marcho del piso.

Fruncen el ceño ante la perspectiva de tener que buscar a otra persona para compartir y todo lo que eso supone. He estropeado el ambiente de la velada.

—Vaya… supongo que era de esperar que no te quedaras —dice Esther desanimada—. ¿Te vas a vivir con el jefe?

Niego con la cabeza.

—Ni hablar, quiero vivir sola por primera vez en mi vida.

Asienten comprensivos.

—¿Cuál es la buena noticia? —quiere saber Paul, a continuación.

—Ah, sí. —Me froto las manos deseando ver su reacción—. He pensado que me gustaría ayudaros a cumplir vuestro sueño de abrir una pastelería. ¡Quiero invertir en vuestro negocio!

Los dos me miran boquiabiertos e intercambian una mirada desconcertada.

—Brenna… ¿estás hablando en serio?

—Totalmente.

Les lleva un momento asimilar la noticia, pero cuando por fin entienden que es verdad, se levantan de la mesa agitados y me estrujan con abrazos y besos.

Cuando acabamos, me retiro a mi habitación un poco mareada por el vino, pero feliz como no lo había estado en mucho tiempo. De hecho, no recuerdo haber sentido antes tanta ilusión por lo que me depara el futuro. Quizá cuando huí de Glasgow a Londres, pero incluso entonces era un manojo de nervios, cargada de inseguridades y con los oídos llenos de críticas por la decisión que había tomado y malos augurios sobre el resultado.

Me tiro sobre mi cama y me pongo a mirar viviendas, pero en mi estado de ánimo me aburro de eso enseguida y decido llamar a Christopher.

El tono suena cinco veces antes de ir directo al buzón de voz. Cuelgo un tanto decepcionada y me quedo mirando absorta el techo de mi habitación.

A los cinco minutos, suena mi móvil. Sonrío al leer «Peaky Blinder Pijo» en la pantalla.

—Cariño, ¿cuándo vuelves a casa? —respondo con una voz melosa.

—¿Quién es? —pregunta él serio.

Alejo el teléfono un momento de mi oído y lo miro indignada. El muy idiota ni siquiera ha guardado mi número.

—Tu alma gemela —replico con tono irónico.

—¿Brenna?

—La leyenda. ¿Terminaste la cena con el vikingo? —pregunto.

—Robbie no es el actor del anuncio, pero sí, acabo de despedirme de él. ¿Quieres que demos un paseo?

—¿Incluye un carruaje dorado y dos caballos blancos voladores?

—El carruaje está en reparación y los caballos tienen gripe. Aunque si quieres volar…

No le dejo acabar esa frase.

—¿Cómo accedo a mi dinero? —Voy al grano, ya que su confusión sobre mi identidad me ha desinflado el ego.

Christopher suspira.

—Puedo acordar una cita con los abogados para mañana y firmamos la cesión de dividendos.

—De acuerdo, me he quedado sin dinero en la cuenta corriente. Así que tiene que ser mañana sin falta.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Con qué?

Me parece escuchar que inhala, como armándose de paciencia.

—¿Qué le ha pasado a tu dinero?

—Me he gastado ochocientas libras hoy —le informo.

—¿Roach te ha cobrado algo? —pregunta confuso—. Se supone que iba a cargarlo a mi cuenta.

—No, no —aclaro moviendo la mano, aunque no pueda verme—. Lo he gastado en otras cosas. Arreglar mi piso y en una cena para anunciarles a mis compañeros que me marcho. Quise compensarlos de alguna forma.

Christopher suelta una risa.

—Así que eres un agujero negro —concluye.

—¿Cómo dices?

—Hay tres tipos de personas, Brenna: los creadores, que generamos riqueza para nuestro país; los ahorradores, que trabajan para los creadores, reciben un salario, ahorran una parte y se jubilan con cierta comodidad; y, por último, están los agujeros negros. Esos gastan antes de que el dinero toque sus manos, piden préstamos, siempre están endeudados hasta el cuello y, si les toca la lotería, en unos años acaban más pobres de lo que empezaron.

—No soy un agujero negro —protesto, notando una sensación desagradable, como si en el fondo temiera que tuviera razón y que no supiera aprovechar esta oportunidad para cambiar mi vida.

—Acordaré la cita con los abogados y te avisaré.

—De acuerdo —musito desanimada—. Hasta mañana.

—¿Brenna? —oigo que dice, pero cuelgo.

Tiro el móvil sobre la cama.

—Imbécil, sabelotodo —farfullo, esperando a que llame de nuevo, pero después de unos minutos de espera, está claro que no lo va a hacer.

Después de un momento rumiando sus palabras, le escribo un mensaje a Brodie.

▪

Brenna

Necesito consejo.

El hermano que siempre quise

Sí, dúchate, ya te va tocando.

Brenna

ja, ja

Brenna

¿Podemos quedar mañana por la mañana?

El hermano que siempre quise

Estoy ocupado.

Brenna

Es importante, Bro.

El hermano que siempre quise

A las 10 en Notting Hill. No llegues tarde.

▪

Brenna

Uff, ¿tan lejos?

▪
▪

El hermano que siempre quise

Lo tomas o lo dejas, Abernathy.

▪
▪

Brenna

Vale.

▪

Brodie me envía el nombre del local y no responde cuando me despido.

Me preparo para dormir, con la esperanza que, después de tantas aventuras, voy a caer rendida. Cuando me lavo los dientes, todavía no estoy segura de la persona que se refleja en el espejo. Soy yo, pero a la vez no lo soy. Paul tenía razón, es como si ayer hubiese sido una cuchara de plata ennegrecida y hoy mi pátina es tan brillante que rechaza la luz.

Me voy a la cama y sueño con agujeros negros gigantes que han crecido tanto que se tragan los planetas a su alrededor y cucharas que tienen mis ojos.

Capítulo diez

¿Cuáles son tus objetivos de superación personal?

Brenna

No depender de nadie. Tener lo suficiente en el banco como para que nadie pueda decirme otra vez «Brenna, ¿otro pintauñas? ¿Es que no tienes suficientes?».

Christopher

Salvar S4L.

La cafetería en la que Brodie me ha citado en Notting Hill es fácil de encontrar. La fachada de esquina rosa pastel ha sido cubierta de flores y calabazas en distintos tonos del mismo color para celebrar la llegada del otoño, junto con bonitos carteles de poemas romantizando la estación.

«Dulce estación de nieblas y abundancia». Leo el verso de Keats que han colocado en la puerta y me pregunto si es una premonición de lo que está por venir.

A través de la ventana, diviso a Brodie sentado en una mesa de madera blanca. Su masculinidad resalta en la delicadeza del establecimiento como la guinda de un pastel. Mi amigo levanta un brazo al verme llegar y me dedica una sonrisa.

Entro y, antes de sentarme junto a él, me aproximo al mostrador repleto de tartas tan bonitas que da casi pena comérselas. Le pido a la dependienta un té con leche y me decanto por una galleta con forma de bolso, porque me hace gracia la pinta que tiene y quiero hacerle una foto.

Después de pagar un riñón y medio, camino hacia Brodie con las manos ocupadas y dejo ambos platos sobre su mesa.

—Saludos, hermano de angustia, inmigrante que se ha dejado el alma en su tierra.

—Abernathy, ¿eres tú? —pregunta con una expresión perpleja.

Ya estaba contenta con el resultado de mi cambio, pero su sorpresa infla aún más mi ego.

—La misma —respondo, sacudiendo la cabeza para que mi pelo brillante se despliegue como un abanico.

—¿Te han cambiado por una criatura extraterrestre que me va a utilizar para procrear? —inquiere. Todavía tiene la mandíbula colgando.

—No temas, Brod. Soy yo, solo que un poco más guapa y un poco más rica.

—Ya veo. Estás espectacular, hermana.

—¿Qué se te ha perdido a ti en un lugar como este? —pregunto mientras me siento frente a él.

Brodie esboza una sonrisa misteriosa.

—Te dije que estaba ocupado con algo —advierte, y le da un sorbo a su café. La diminuta taza de porcelana blanca con flores resulta cómica en su tosca mano de granjero—. ¿En qué puedo ayudarte, lassie?

Inhalo profundamente antes de dar la noticia.

—He aceptado la oferta de mi jefe. Parece ser que soy su novia.

Brodie alza ambas cejas y yo reorganizo la taza y la galleta para capturar una foto en la que el ambiente de la tienda se difumine en el fondo de la imagen.

—Bien por ti. ¿Cuándo me llevas a pasear en el Bentley?

Lo ignoro.

—Le he pedido acciones de la empresa.

Brodie esboza una sonrisa ladeada, que me hace sentir muy orgullosa.

—Esa es mi chica. ¿Qué más? ¿Un castillo?

—Tú eres el que tiene fascinación por los castillos, no yo.

Brodie se ríe y sacude la cabeza. En ocasiones aún me sorprende lo guapo que es. Parece irradiar un pedazo del sol, con su cabello dorado, las cejas un tono más oscuro y la sombra de una barba muy cuidada. Incluso sus pestañas, que ahora ocultan sus ojos del color de un lago helado, parecen ser de oro. Inevitablemente, lo comparo con Christopher y debo admitir que ambos salen bien parados. Sin embargo, mientras que estar con Brodie me inspira relajación, Christopher me pone tensa y a la defensiva.

—¿Qué más puedo hacer para cubrirme las espaldas? —pregunto—. No soy más que una granjera —reconozco, aunque él ya lo sabe.

Brodie tiene el mismo origen humilde que yo, pero él ha sabido ascender en la vida y ahora mismo lleva puesta una camisa con el logo de una marca cara. Comprueba el reloj que lleva en la muñeca, otro complemento costoso que prueba que estoy consultando a la persona correcta.

—No sé a qué suma ascienden tus acciones, pero te recomendaría que vendieras un diez por ciento e inviertas el cinco por ciento de esa suma en NFTs de una cartera de valores diversificada. Sin embargo, olvídate de las criptomonedas porque son demasiado volátiles para tu nivel de conocimiento. El otro cinco deberías invertirlo en bienes inmuebles.

Me quedo mirándolo perpleja, sin tener ni idea de qué idioma está hablando.

—A ti sí que te han cambiado las alienígenas.

—Lassie, lo que te estoy diciendo es que no debes poner todos tus huevos en la misma cesta. Invierte en distintos sectores, como energía, oro, telecomunicaciones, etc., para que las crisis de un sector en particular no te arruinen. Después considera adquirir propiedad residencial o comercial que sea rentable para alquilar, pero no olvides asegurarla contra posibles eventualidades como un incendio o la ocupación ilegal.

Asiento y me muerdo el labio, lamentando no haber tomado notas.

—Tiene sentido. Pero ¿por dónde empiezo si ni siquiera sé cómo calcular el descuento del dos por uno en el supermercado?

—Consulta a tu novio. Ese tipo es un lince, seguro que tuvo a Warren Buffet como niñera. Pídele que te recomiende a un asesor financiero de confianza que te ayude con eso —me sugiere Brodie, leyendo la ansiedad en mi rostro.

No sé quién es Warren Buffet, pero sus indicaciones me tranquilizan y se me humedecen los ojos de puro agradecimiento.

En ese momento suena la campanita de la puerta a mi espalda y Brodie mira hacia la entrada con cierta alarma.

—No digas nada —me advierte.

Sin previo aviso, se inclina sobre la mesa y posa sus labios sobre los míos. Pone en el beso toda la pasión de una película romántica, presionando su boca contra la mía y ocultando nuestros rostros con sus manos, pero sin atreverse a usar la lengua. Sabe que, si lo intentara, se la cortaría sin dudarlo.

—¿Ricardo? —la voz chillona y femenina que escucho a mi derecha lo hace apartarse.

El muy idiota ha vuelto a aprovecharse de mí, a pesar de haberle advertido varias veces que no lo

hiciera. Es increíble que sus besos me dejen indiferente con lo atractivo que es.

—¿Christin-ne? —exclama, entonando exageradamente la sílaba final, en un fingido acento italiano. Nunca dejará de impresionarme lo bien que le sale cualquier acento. Es ilógico que Hollywood aún no le haya fichado—. Amore mío.

—¿Quién es esta, Ricardo? —La mujer parece al borde de la histeria. Es alta, morena, con un corte de pelo moderno, vestida con ropa cara y lleva colgado del codo un bolso de marca, de esos que abundan en Instagram.

Procuro interpretar mi papel y la despacho con una mirada calculadora. Pobre criatura, debe ser la víctima de alguno de sus trabajillos. No sería la primera vez que le pagan para seducir a alguien y luego no consigue quitársela de encima.

—Amore, déjame explicarte —se defiende Brodie.

Ella entrecierra los ojos y le da una bofetada contundente. Después me mira enfurecida y yo me pego a la pared instintivamente, esperando que no vaya a volverse violenta también conmigo. Pero en lugar de golpearme, me examina de arriba a abajo con una mueca de asco, como si no pudiera creer que «Ricardo» la esté engañando conmigo. Después gira sobre sus talones y se marcha.

—Amoreee, no te vayas —llama mi amigo, pero sin hacer el amago de seguirla.

La puerta se cierra con el tintineo de la campanilla y las dos camareras del local nos miran atónitas.

—Tenías eso planeado —afirmo. Brodie me guiña un ojo y se recuesta en su silla como un león al sol—. Odio admitirlo, pero mi madre tiene razón sobre ti, eres un sinvergüenza.

—Un sinvergüenza encantador, lassie.

—El día que te enamores de una chica, celebraré una gran fiesta e invitaré a todas tus víctimas.

—Abernathy, tendrás que alquilar el estadio de Wembley.

—Me lo puedo permitir, McDuncan.

—Hagamos las paces. —Brodie me coge las manos por encima de la mesa y pone cara de cachorro herido—. No vayas a olvidarte de mí, ahora que eres rica. Recuerda que salimos del mismo fango.

—Eres tú el que lo recuerda solo cuando le conviene. —Me libero de su agarre y me tomo el té, que ya se ha enfriado, de un sorbo—. Gracias por los consejos.

—Gracias por la actuación. Te debo una. ¡Te invito a cenar!

—Si me vas a llevar otra vez al kebab de Brick Lane…

—No seas quejica, a caballo regalado…

—Eres mezquino. Alimentas mejor a tu rata que a mí.

—Pero te aprecio más que a ella —se despide él. Coge una chaqueta de cuero del respaldo y se la pone con cuidado.

—Seguro que a Lucy le dices lo mismo.

Me guiña un ojo y se marcha.

Me acabo la galleta y luego me levanto también. No tengo nada que hacer hasta mi cita con el abogado de Christopher para firmar la cesión de acciones.

La situación todavía me resulta surrealista. Hace un par de días limpiaba los suelos y el baño de la planta de documentación de S4L. No tenía futuro ni esperanzas y ahora voy a firmar contratos que requieren que alquile una caja fuerte en un banco que, de otro modo, no me hubiese permitido entrar ni para usar el baño.

La lluvia que me encuentro al salir de la cafetería me obliga a tomar un taxi. La antigua yo habría caminado bajo la tormenta sin pensarlo dos veces, pero la Brenna después de Law Roache lleva el pelo estilizado, un vestido que cuesta trescientas libras y un maquillaje que vale la pena mantener intacto hasta la noche.

Para cuando llego a S4L, veinte minutos más tarde, ha parado de llover. Cruzo las puertas de mi antiguo trabajo y es como si el lugar también hubiera cambiado conmigo. Me sostienen la puerta, atraigo miradas curiosas y de respeto, mientras que antes era invisible. Empoderada por esa sensación, cruzo los torniquetes de la entrada con mi antigua tarjeta de empleada, que aún funciona, y me dirijo al ascensor.

La imagen que se refleja en el espejo es totalmente distinta a la de la chica resacosa, despeinada y estresada que fue seleccionada por Matched hace tres días. La sexta planta me recibe con su habitual luminosidad, pero esta vez no siento que me he colado en el cielo por la puerta de atrás.

Avanzo hasta la sala de reuniones en la que me ha citado Christopher, aunque llego con quince minutos de antelación. A través del cristal que la separa del pasillo, veo que está ocupada por un grupo de ejecutivos, sentados alrededor de la gran mesa ovalada. Christopher está de pie frente a un proyector con gráficas que señala con un puntero luminoso mientras habla.

Suspiro, permitiéndome ese instante para admirarlo. Su piel bronceada, su cuerpo bien trabajado con músculos tonificados y esos labios carnosos que parecen invitar al pecado.

De pronto, él parece intuir mi escrutinio, porque vuelve la cara hacia el pasillo y sus ojos se posan brevemente sobre mí, después se apartan hacia su audiencia. Regresan a mí de golpe, cargados de sorpresa al reconocerme, y parece quedarse a mitad de frase, con la boca abierta.

Se me corta el aliento ante la intensidad de su mirada y noto que mis mejillas se calientan. Algunos de los asistentes a su reunión giran la cabeza, curiosos por descubrir qué ha distraído al jefe. Consciente de ello, Christopher se rasca una ceja y procura retomar el hilo de su exposición. Cambia a la siguiente imagen en la pantalla y comenta algo sobre las cifras que muestra.

Decido tomar un café mientras él termina, y al darme la vuelta tengo la impresión de que sus ojos me buscan de nuevo, pero no pienso mirar hacia atrás para comprobarlo. Así que me alejo por el pasillo hacia la cocina que está junto al ascensor y hago tiempo hasta el mediodía.

Cuando regreso a la sala de reuniones, los ejecutivos se han marchado y Christopher está sentado en la mesa charlando con un hombre de unos cincuenta años y el pelo canoso. Deduzco que se trata del abogado que me mencionó anoche, así que entro en la sala y él alza los ojos hacia mí mostrando, esta vez, una expresión de indiferencia.

El abogado me sonríe y se presenta como el señor Curtis Albertoch. Me siento junto a él y frente a Christopher, quien me sigue con la mirada, ni la mitad de indiferente a mi cambio de imagen de lo que finge estar. Eso me hace sentir bien, enderezar los hombros y alzar el mentón al firmar los papeles que me ofrece Curtis aceptando las acciones de S4L. Según me ha explicado Christopher, han sido una donación conjunta de la junta de accionistas mayoritarios, como agradecimiento por mi colaboración fundamental en la promoción del lanzamiento de Matched. Los dos tienen paciencia para explicarme los términos legales usados y cada cláusula. Esta vez no firmo sin saber en qué me estoy metiendo.

Tras un apretón de manos, el señor Curtis se marcha y me quedo a solas con Christopher.

—Quería consultarte una cosa —digo sintiéndome un poco abrumada por nuestra repentina soledad, aun cuando las paredes de la sala de reunión son de cristal. Tal vez mi turbación se debe a que sus ojos han adquirido un brillo posesivo, ahora que mi firma me ata a su proyecto y en consecuencia a él.

—Dispara.

—Necesito que me recomiendes a un asesor financiero que me ayude a gestionar mi nuevo capital. —He ensayado esa frase varias veces en mi cabeza.

Los labios de Christopher se curvan en una sonrisa ladeada y parece genuinamente impresionado.

—Me parece una idea excelente —declara tras un instante. Con diversión, parece preguntarse qué ha cambiado desde que me llamó agujero negro en la conversación de anoche—. Organizaré una cita para ti con uno de los míos.

—Gracias. —Mis palabras suenan cordiales, pero lo fulmino con la mirada y él acaba riendo—. Brodie me ha dado algunos consejos, pero como no sé nada de bolsa, dice que lo mejor es contratar a un experto.

Toda la diversión desaparece de su rostro ante la mención del escocés, pero se guarda los comentarios para sí mismo.

Nos levantamos de la mesa y salimos de la sala de reuniones.

—¿Disfrutaste de tu sesión con el equipo de Law Roache? —pregunta, y sé que esa va a ser su única mención a mi cambio de look. Patán orgulloso.

—El masaje me dejó como un bebé —admito y él asiente complacido.

—Cuando quieras, puedo darte otro.

Por suerte, lo dice sin mirarme, mientras caminamos hacia su despacho, porque me pongo roja y trago saliva imaginando sus manos morenas sobre mi cuerpo, con un final muy diferente al de la tarde anterior.

Cuando llegamos al escritorio de Bo-ra, que está vacío, Christopher gira sobre sus talones para enfrentarme.

—Voy a ver el partido entre el Manchester y el Chelsea. ¿Me acompañas?

—¿Al estadio? —pregunto anonadada.

Él sonríe.

—No me da tiempo a volar a Manchester, así que tendrás que conformarte con verlo en un pub esta vez.

—¿Tú vas a entrar en un pub? —me burlo, exagerando mi incredulidad—. ¿Y si se te pega algo?

—Me gustan los pubs como a cualquier inglés —rebate él—. Aunque me abstengo de lamer el suelo para que «no se me pegue nada».

Me hace gracia como, con lo pijo que es, repite mis palabras imitando mi acento escocés.

—¿Qué dices? ¿Tú, yo, una pinta y una hamburguesa?

Por alguna razón su propuesta me suena un poco indecente y me pongo nerviosa. Aunque haya prometido que no va a tocarme sin mi permiso, no sé si puedo fiarme de mí misma. Los pubs siempre han sido mi entorno habitual en cuanto a escarceos amorosos se refiere. Creo que puedo resistirme a él en un restaurante de lujo, pero si me lleva a mi terreno…

Por suerte, Bo-ra aparece en ese mismo instante.

—Me gustaría, pero hemos quedado para tomar algo las dos —improviso y me apresuro a agarrarla del brazo, ocasionando que casi se le caigan las carpetas que lleva—. Tenemos planes. Planes de chicas —digo moviendo las cejas arriba y abajo.

—¿Ah, sí? —pregunta ella, confusa, mientras sus ojos saltan de Chris a mí.

—Sí, gracias. Bo-ra, ¿cómo se llamaba ese sitio a dónde vamos?

La chica parece un conejo atrapado ante los faros de un coche.

—Eh…

Maldigo su ineptitud para el teatro, acostumbrada a improvisar con Brodie.

—Ese sitio del que me hablaste, Bo-ra —insisto—. Que está cerca y tiene música en vivo.

—Ah, ese sitio. —La desesperación es tan evidente en su mirada que me entran ganas de abrazarla y prometerle que no volveré a meterla en un embrollo de ese tipo. Sin embargo, no me hago promesas que no pueda cumplir ni siquiera a mí misma. —El Porter House de Covent Garden —propone incierta.

—¡Exacto!

—Ahí es donde va el señor Thompson a ver el partido —me informa ella, que evidentemente ha llegado tarde a la conversación y no ha pillado que quería huir de él.

—Genial —concluye Christopher, plenamente consciente de que le estaba mintiendo—. Os acerco.

Capítulo once

Si pudieras elegir un superpoder, ¿cuál sería?

Brenna

Telequinesis para poder limpiar sin mover un músculo.

Christopher

Detener el tiempo en los momentos clave.

El oscuro pub se alza como una nave imponente, construida por dentro en madera, revestido de azulejos blancos y decorado con tubos de cobre que simulan una fábrica. Huele a cerveza y a deliciosa comida grasienta. Las enormes pantallas brillan en verde con el césped del partido que está a punto de empezar.

Nos sentamos en una de las mesas y pedimos la comida, pero Christopher no se queda con nosotras, sino que se lleva su pinta a la barra y se pone a charlar con el camarero como si ya se conocieran de antes.

—¿Te gusta el fútbol? —le pregunto a Bo-ra, cuando la descubro mirando una de las pantallas. Destaca en ese lugar como un santo con dos pistolas.

Asiente y ríe.

—Fue el fútbol lo que me trajo al Reino Unido —confiesa para mi sorpresa—. Tras el mundial de Corea, empecé a interesarme por la cultura de este país. Al final, convencí a mi padre de que me dejara estudiar aquí.

—Y decidiste quedarte…

—Sí, extraño mi país, pero es un cambio tremendo que me gusta.

—¿Cómo se lo ha tomado tu familia? —le pregunto, pensando en las críticas que recibí de la mía y que aún tengo que soportar por haberme marchado.

Bo-ra se encoge de hombros.

—Mi madre falleció hace años y mi padre se ha vuelto a casar. Es muy independiente, supongo que heredé eso de él. Se conforma con que hablemos por teléfono y verme una vez al año.

La envidio un poco por eso.

—¿Qué hay de la tuya? —pregunta a su vez.

—Es todo lo contrario. —Bajo la mirada y juego con la jarra de cerveza—. Tengo una familia numerosa y muy unida. Mis padres son muy intensos y ninguno de mis tres hermanos se atrevería a alejarse de ellos. ¿Te puedes creer que todavía van a casa a comer y a que mi madre les haga la colada?

Bo-ra se ríe.

—Así que soy la oveja negra por irme —prosigo.

—O tal vez eres la oveja blanca en una familia de ovejas negras —sugiere.

—Te adoro —bromeo encantada.

Deseo hacerle más preguntas, pero somos interrumpidas por el camarero, que se acerca con nuestros platos de comida.

Christopher regresa a la mesa, seducido por el magnífico aroma que desprende su hamburguesa de ternera y queso Monterey Jack. Me arrepiento de no haber pedido eso en lugar del sándwich Club.

—Lo siento, Chris, parece que han cometido un error con el pedido y te han traído un sándwich —digo señalando el plato frente a mí y que claramente palidece en comparación con el suyo.

Christopher echa un vistazo a la hamburguesa gigante que estaba a punto de tomar en sus manos y, resignado, empuja la tabla de madera en la que viene servida junto a unas patatas gajo y una salsa rojiza hacia mí.

—Come —dice y tira de mi plato hacia él.

Me avergüenzo de su sacrificio, pues solo estaba bromeando y no era mi intención que me la cediese, cuando es evidente que se le había antojado desde hacía horas. Me siento incluso peor cuando traen la raquítica ensalada de Bo-ra. Ella se comporta como una señorita perfecta, mientras que yo parezco un oso que acaba de despertar hambriento de un largo período de

hibernación.

—Gracias —murmuro, a sabiendas de que quedaría aún peor si rechazara su galantería.

Los contemplo el uno junto al otro. Son igual de elegantes y exóticos, exóticos entre los británicos, claro.

—¿Os acostáis? —pregunto con franqueza, antes de darle un mordisco a la hamburguesa.

Ambos levantan la mirada hacia mí, ella sorprendida y él como si le estuviera preguntando sobre el clima.

—No —replica Bo-ra en cuanto logra reaccionar—. Jamás. La política de la empresa no lo permite, pero, aunque fuera posible, no soy el tipo de persona que se involucra con su jefe.

—Tampoco tengo la necesidad de calzarme a todo lo que se mueve a mi alrededor, ¿sabes? —murmura Christopher hablándole a su sándwich.

—Pero la política de la empresa tuvo que hacer una excepción para Matched —les recuerdo—. ¿Te postulaste como candidata para Christopher?

—No, claro que no. Soy su secretaria y esa es la posición que me gusta desempeñar en la empresa.

—Si te hubieras apuntado, Matched te habría seleccionado a ti —digo. No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—¿Qué te hace creer eso? —Quiere saber él, siempre interesado cuando se trata del funcionamiento de su preciada aplicación.

Encojo de hombros como si me pareciera obvio.

—Sois tan similares, encajáis perfectamente. Elegantes, educados… —Agito la mano en el aire para señalar lo evidente que resulta para mí.

—¿Quién dice que eso es bueno para una relación? —rebate él, tras masticar y tragar. Toma la pinta de cerveza entre sus elegantes dedos masculinos que siempre parecen tener la capacidad de hipnotizarme—. A lo mejor quiero una mujer que me desafíe y me saque de quicio, para llevármela a la cama y arreglarlo entre las sábanas. Alguien que me pare los pies cuando me paso y que me saque fuera de mi zona de confort.

Me quedo boquiabierta, atrapada en la mirada intensa de sus ojos negros. Siento cómo el calor sube desde mi pecho hasta mi frente. Carraspeo y me centro en Bo-ra.

—¿Tienes pareja?

—Ahora mismo no —replica ella—. Lo dejé con un chico hace un par de meses.

—¿Qué ocurrió?

—Algo parecido a lo que acaba de comentar mi jefe. Era demasiado dócil, muy aburrido. Empecé a aficionarme a novelas de chicas secuestradas por piratas o por mafiosos… villanos, en general. Creo que lo llaman romance oscuro, y me di cuenta de que lo hacía para llenar un vacío en mi vida. La falta de emoción en mi relación.

Frunzo el ceño, tratando de entender lo que dice.

—¿Así que ahora quieres salir con delincuentes?

Bo-ra suelta una carcajada.

—No, pero me gustaría encontrar a un tipo que, aunque sea buena persona, pueda aportar la dosis justa de emoción a nuestra historia de amor.

Christopher nos interrumpe cuando da un manotazo sobre la mesa, que hace tintinear toda la vajilla, mientras grita amenazas coloridas al árbitro.

Quiero regañarlo por no prestar atención a nuestra conversación, pero me doy cuenta de que Bo-ra parece aliviada de que no la haya escuchado.

Termino mi hamburguesa y me levanto, avisando de que voy al baño. Necesito asegurarme de que tengo los dientes limpios y echarme un poco de agua fría en la cara. Lo hago y, al acabar, veo desde la distancia que Christopher y Bo-ra están inclinados por encima de la mesa hablando entre ellos. Decido darles tiempo para terminar su conversación y salgo afuera. El pub me recuerda a mi yo libre, sin preocupaciones, cuando los frecuentaba para dejar las insatisfacciones de mi vida en una jarra de cerveza.

Fuera, el cielo está tan encapotado que, aunque son solo las tres y cuarto, ya está oscureciendo. Me llega olor a marihuana y veo a un chico al lado del edificio, en la oscuridad, soltando el humo con la cabeza alzada hacia el cielo. Me descubre observándolo y sonríe, haciendo un gesto con su cigarro. Niego con la cabeza. Como estoy de lado a la puerta, veo a Christopher acercándose.

—Sí, gracias —le respondo al chico, cambiando de idea.

Le sonrío a Christopher cuando llega a mi lado y me pregunta si estoy bien.

—Ah, sois dos —comenta el chico. Abre una cajita y me ofrece un porro—. Invita la casa.

Lo acepto y estudio a Christopher para ver su reacción. Para mi sorpresa, el hooligan encorbatado no se inmuta. Saca su cartera, le ofrece un billete de veinte libras al chico y se despide de él con un gesto de cabeza, después de haberlo encendido con su mechero.

—Señor Perfecto, no me esperaba eso de ti —comento, aún sorprendida, mientras él le da una calada y observa el cigarro.

—No lo pruebo desde la universidad. ¿Y tú?

—Un par de veces, animada por el entorno. Lo único que me provoca es más hambre.

—Qué miedo.

Quiero mostrar indignación, pero acabo riéndome y él se contagia de mi sonrisa.

—Gracias por la hamburguesa, sé que te apetecía mucho —comento, apoyándome en la pared.

Él está frente a mí, en toda su gloriosa estatura, con el pie derecho apoyado en el escalón y la camisa blanca abrazando cada maldito músculo. Parece que el frío no le afecta.

Me ofrece el cigarrillo.

—¿Qué más probaste en la universidad? —curioseo, soltando el humo que tenía en mis pulmones.

Me gusta esa versión de él. Le hace parecer un poco más humano, más cercano a mi nivel.

—Cocaína una vez, pero fue una mala experiencia. No me gusta perder el control.

—Estoy segura de que no —me río, sabiendo que es demasiado obsesivo con el control como para disfrutar de las drogas recreativas.

—¿Y tú? —se interesa, y me parece que nuestros rostros están más cerca que antes.

Mi corazón se acelera y, a pesar del frío húmedo del atardecer, noto el calor recorrerme el cuerpo ante su cercanía y la forma en que me presta toda su atención.

—Nada, aparte de la marihuana —logro responder, a pesar de que sus ojos negros y las sombras de sus espesas pestañas en las mejillas me distraen—. Mi enfermedad no me lo permite. Y ya estoy como una cabra, así que no quiero empeorarlo con estupefacientes.

—Está bien que lo reconozcas —se burla.

Suelto una risilla indignada e intento golpearlo para vengarme, pero él atrapa mi muñeca y mantiene mi mano acunada contra su pecho.

¿Cómo puede estar tan caliente con el frío que hace en esos momentos?

Miro con cierta fascinación mi mano envuelta por la suya y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no alzar la otra y posarla sobre su pectoral.

—No me has preguntado esta vez —musito. No le estoy echando la bronca porque me encanta notar la solidez y el calor de su cuerpo. La distancia entre nosotros me molestaba más que otra cosa.

—Técnicamente has sido tú la que me ha tocado a mí —replica, sus ojos descienden por mi rostro hasta posarse en mis labios—. ¿Te parece bien?

Asiento despacio girando la mano para que sea la palma y no los nudillos lo que descansa contra la suave tela de su camisa.

—Tengo frío, así que me ayuda. Es por una buena causa —balbuceo.

Christopher continúa contemplándome con interés. Me doy cuenta de que su mirada es su mejor arma de seducción. Tener su atención completa resulta sobrecogedor y emocionante a la vez.

No sé qué debe leer en mis pupilas, pero sus labios se entreabren y su rostro desciende hacia mí.

Exhalo, anticipando el contacto de sus labios carnosos contra los míos, pero no es allí donde lo noto primero, sino en el hueso de mi barbilla y luego contra mi oreja.

—Hay un par de paparazzi apuntándonos con sus cámaras ahora mismo. —Frunzo el ceño al descubrir la razón detrás de su comportamiento. Quiero apartarle de un empujón, pero no sería buena publicidad para Matched.

—Eres un…

—Voy a besarte. —Es su único aviso, antes de deslizar su mano por mi cuello y recolocar mi barbilla a su antojo, sirviéndose del pulgar.

Me echa una última mirada que, si no me engaña la luz, está cargada de negro fuego líquido.

Su boca aprisiona la mía en un baile lento y coordinado. Parece que alguien le ha dado lecciones de cómo dar el beso perfecto para que una se derrita por dentro, y lo hubiera practicado hasta hacer un arte de ello.

Su sabor se intuye bajo el de la cerveza, combinado con la suavidad de sus labios y la destreza de su lengua. Decido que su boca es mi lugar favorito en el mundo.

Cuando Christopher rompe el beso, he olvidado quién soy y dónde estamos.

Mi aturdimiento debe de ser evidente, porque lo siguiente que hace es tomar mis caderas y hacerme girar sobre mis talones para regresar al interior del pub.

—Vamos, el partido ya debe haber empezado —susurra en mi oreja como si me contara un secreto.

Me hubiera creído su indiferencia de no ser porque su voz suena ronca y sin aliento.

Sonrío con la cabeza gacha.

No sé qué ve Bo-ra en nuestros rostros, pero nos estudia con una expresión curiosa.

—Bien, que continúe el juego —dice Christopher, una vez nos sentamos.

Me pregunto a qué juego se refiere y quién será el ganador.

Capítulo doce

¿Para qué deporte estás dispuesto a dejarte arrastrar de la cama de madrugada?

Brenna

Desayuno, siempre y cuando incluya cruasanes, Nutella y tortitas americanas.

Christopher

Boxeo.

Cuando me levanto al día siguiente, siento mi cuerpo descansado, pero mi mente parece no haberse detenido. Recuerdo lo mucho que ha cambiado mi vida en tan poco tiempo y aún me cuesta creerlo. Pero el vestido tirado sobre la silla, el nuevo frasco de perfume y la idea de que en un par de horas tengo citas para ver apartamentos me convencen.

Con la idea de que me espera un día agitado, planeo prepararme un desayuno abundante. Es muy temprano y encuentro a Esther en la cocina, con una taza de café frente a ella y la mirada fija en la pantalla de su móvil.

—Buenos días —saluda sin mirarme.

Busco una taza vacía y me dirijo hacia la cafetera.

—¡Uff! —exclama. Suelta un par de palabrotas y tira de repente el móvil en la mesa.

—¿Estás bien?

Me siento delante de ella con mi taza llena. Me estudia con los ojos desorbitados y los labios fruncidos. Me pregunto si me han salido cuernos durante la noche o algo por el estilo.

Asiente, sacudiendo la cabeza con fuerza.

—¿Ha ocurrido algo? —insisto, tomando un sorbo. La cafeína despierta mis neuronas.

—Brenna… ¿Te has medido el nivel de glucosa esta mañana? —pregunta en tono agudo.

—Lo haré ahora mismo —la tranquilizo—. Pero me encuentro bien.

—¿Estás segura? —insiste.

Intento encontrar una explicación para su comportamiento, pero en ese momento mi móvil suena sobre la mesa. Ella lo coge antes de que yo pueda hacerlo.

—¿Quién es Peaky Blinders Pijo? —pregunta.

—Christopher. ¿Qué querrá a estas horas? —Recuerdo su beso de la tarde anterior y se me aflojan las rodillas—. Contesta tú.

Esther rechaza la llamada y coloca el teléfono sobre la mesa, con movimientos cuidadosos, como si estuviera desactivando una bomba.

—No creo que quieras hablar con él en este momento.

—¿Por qué no? —pregunto extrañada.

—Por esto. —Me ofrece su móvil con la página web que ha estado leyendo.

No puedo creer lo que veo, pero el titular es bastante claro: «¿Cuántas parejas tiene Brenna Abernathy?»

Mi teléfono suena de nuevo.

—Apágalo —le pido a Esther y me siento para leer el artículo completo.

La mujer seleccionada por la aplicación Matched para ser la media naranja del magnate Christopher Thompson parece tener más de una pareja

Matched es un programa informático que será lanzado por la empresa S4L en muy poco tiempo y que promete un índice de éxito del 97% en las conexiones amorosas, superando a cualquier otra aplicación de citas. El propio CEO de la empresa, Christopher Thompson, apostó su vida amorosa en la versión de prueba del programa. La sorpresa vino por parte de la seleccionada, Brenna Abernathy, una escocesa que trabajaba como limpiadora en la empresa. La política de la compañía en cuanto a las relaciones sentimentales entre compañeros la obligó a renunciar a su

puesto, y parece que la señorita Abernathy está utilizando su tiempo libre para decidir entre sus conquistas.

Ayer por la mañana, Brenna fue vista besando a un desconocido en una famosa cafetería de Notting Hill, y por la noche, haciendo arrumacos con el señor Thompson en un pub del distrito financiero.

¿Con cuál de los dos será más compatible Brenna?

¿Sabía Christopher Thompson que su alma gemela estaba comprometida o es esto una prueba de amor impuesta por la aplicación?

▪

Observo las fotos que acompañan el artículo y me dan náuseas. Reconozco la decoración de la cafetería donde Brodie me besó como parte de su juego de roles. Han sido tomadas desde el interior. Las de Christopher y yo están más borrosas, se nota que fueron capturadas desde la distancia.

Me resulta inconcebible que los periodistas se dediquen a seguirme, no me entra en la cabeza que en solo unos días haya pasado a ser un personaje público.

—Te has metido en un buen lío —dice Esther, colocando una mano en mi hombro.

Por un momento, me había olvidado de que ella estaba ahí. Asiento, sin fuerzas para añadir nada más.

Mi primer pensamiento es para Brodie. Voy a matarle o algo peor. Destruiré todos sus trajes caros y sobornaré a su barbero para que le tiña el pelo de violeta. Me pregunto si los periodistas ya saben quién es él y si se han plantado frente a su apartamento para interrogarlo sobre nuestra «historia de amor».

El segundo pensamiento me lleva a Christopher, pero no me detengo mucho en él. Estará furioso. Mucho. No quiero ni imaginarme lo que estará pensando o lo que hará. Sin embargo, tendrá que aceptar que esto se trata de mí, que han invadido mi privacidad. Es humillante. Me enfurezco tanto que me levanto de golpe y asusto a Esther, que sigue a mi lado.

—¡Joder! —exclamo a pleno pulmón. Me froto los ojos y gimoteo—: ¿Cómo voy a arreglarlo?

Esther me dedica una sonrisa piadosa.

—No estoy segura, Brenna. Lo tenías bien escondido, ¿eh? Me lo creí cuando decías que Brodie no era nada, que era como un hermano. ¿Cómo pensabas mantener una relación con ambos?

Me duele que se crea la publicación basura y que no confíe en mí. Si incluso ella, que me conoce un poco, lo hace, ¿qué pensará Christopher?

—Ha sido un montaje —le explico tirante—. ¿No llegas tarde al trabajo?

Quiero pedirle que me envíe el enlace de la noticia, pero luego creo que es mejor investigarlo por mi cuenta.

Sale de la cocina y se escucha el tono de su móvil. Un minuto después regresa y me tiende el aparato.

—Es tu pareja.

Me muerdo el labio y acerco el móvil a mi oreja. No estoy preparada para hablar con Chris, pero tendré que hacerlo tarde o temprano.

—Lo sé —digo, en vez de saludar—. Lo he visto.

—Querida, te aseguro que no lo sabes. —Su voz suena tan gélida que apenas reconozco al chico que compartió su hamburguesa conmigo y me dio el mejor beso de la historia la tarde anterior—. Arréglate, mi chófer te estará esperando en la puerta.

—Escucha… —comienzo, pero él no me permite hablar.

—No hables con nadie hasta que nos veamos. Y no tardes —dice, y cuelga.

Me quedo un rato con el móvil pegado al oído, hasta que entiendo que la conversación ha acabado.

—Siento haber contestado. —Esther habla en voz baja—. Era un número desconocido. A partir de ahora lo guardaré como «No contestes, a no ser que haya un holocausto zombi y necesites un jet privado para escapar». ¿Está enfadado?

—¡Qué va! —ironizo y me río de puros nervios—. Es un tipo comprensivo, que atiende a razones y quiere encontrarse conmigo para disculparse por la invasión a mi privacidad. Al fin y al cabo, Matched no me emparejaría con un psicópata, obseso del control.

Solo que sí, lo ha hecho.

Estoy lista en media hora, saltándome el desayuno. Me pongo una camisa blanca elegante y un pantalón ejecutivo negro. Podría decirse que es un disfraz de abogada, porque siento que voy a mi propio juicio y que tendré que defenderme a mí misma.

En el último momento, busco un par de gafas de sol que rara vez uso. Están polvorientas, pero las limpio en mi camisa mientras bajo las escaleras. Me las pongo antes de salir y me siento como Julia Roberts en Notting Hill, aunque en mi caso sería más bien Hugh Grant cuando lo atraparon con una prostituta. El cielo está tan nublado que apenas puedo ver al hombre que me toma del antebrazo y me arrastra, mientras hago oídos sordos a las preguntas de los periodistas.

—Por aquí, señorita Abernathy —dice el chófer. Me conduce hasta el automóvil, aparcado justo

delante de la entrada, en una zona prohibida.

Me imagino los titulares del día siguiente: «Adúltera y con multas de aparcamiento».

Intento ensayar un discurso para defenderme, pero no logro organizar mis pensamientos. Quizá sea lo mejor, que todo termine aquí y ahora. Antes de que acabe teniendo sentimientos por alguien a quien solo le importa su empresa. Le pediré disculpas y lo ayudaré a solucionar el desastre. Encontrará a otra chica, una más compatible con él. Supongo que podría atribuir mi mala elección a un ataque cibernético por parte de la competencia.

Preocupada como estoy, apenas presto atención al edificio al que el chófer de Christopher me conduce. Solo que tomamos el ascensor hasta la última planta. La puerta se abre en un pasillo pequeño, con una pared entera de cristal. Al final del pasillo hay una única puerta que está entreabierta.

El chófer me indica que vaya hasta allí mientras él se queda en el ascensor.

Compruebo mi aspecto antes de entrar, como si aún importara. La estancia a la que entro está tan iluminada que por un momento me deslumbra. Aunque sigue nublado afuera, hay un mirador en el techo de la sala construido con cristales rojos, azules y verdes. La habitación es amplia y circular, con tres pasillos que salen del círculo. No sé a dónde llevan porque Christopher me espera delante de la ventana, con las manos en los bolsillos.

—Este es uno de los apartamentos que deberías haber visitado hoy —dice—. Pensé que nos vendría bien tener algo de privacidad.

Es precioso. A su lado hay una mesa redonda de color blanco y dos sillas de cuero, con un diseño moderno. El centro del suelo está cubierto por una alfombra de un dorado pálido. Veo un sofá en forma de media luna, una pequeña barra y un sistema de televisión empotrado.

Sin embargo, no se me escapa el detalle de que Christopher ha hablado en pasado.

Dejo escapar un suspiro, sin saber si es de alivio o tristeza. Todo ha terminado.

—¿Vas a matarme y esconder mi cuerpo en la bañera? Piensa en el susto que les darás a los próximos visitantes. El valor del piso bajará en picado, el agente inmobiliario perderá su trabajo. En serio, no vale la pena hacerlo por un beso.

—¿Un beso? —repite él con una sonrisa sardónica. Sus ojos son como una puerta abierta al mismo infierno. Cruza los brazos y los nudillos se le ponen blancos, al cerrar los dedos sobre sus bíceps—. Aceptaste el acuerdo, firmaste el contrato y has cobrado tu parte… —Alza la voz con cada palabra, luego se detiene para tomar una profunda inhalación—. Pero después vas y te besuqueas con tu novio delante de los putos periodistas. ¡En público!

—Eso no fue lo que ocurrió.

—¿Ah, no? —Se carcajea sin el menor rastro de humor—. Eso es lo que muestran las fotos. Lo

que ha visto el mundo, lo que he visto yo y los accionistas… Hasta el puto mercado de valores cree que eso es lo que ocurrió, Brenna. ¿Sabes cuánto ha caído el valor de las acciones en las últimas horas?

Pongo una mueca, lamentándome al entender el alcance que ha tenido el estúpido beso de Brodie. Por supuesto, no le presto atención a la parte de mi orgullo que resulta herido porque él no está celoso sino preocupado por su preciado dinero.

—Bueno, podría decir que ha sido un placer conocerte, pero estaría mintiendo —respondo—. Llamaré a Curtis para que gestione la devolución de las acciones, pero tendrás que darme un tiempo para reembolsarte lo que ya he gastado.

—¿De qué estás hablando? —pregunta, frunciendo el ceño.

—De todo esto. De nosotros. De nuestra relación falsa. De la mierda que es que me sigan paparazzi para tergiversar lo que hago y a ti ni siquiera… —Me detengo de golpe. He estado a punto de confesar que me duele su falta de confianza y la frialdad de sus sentimientos. Trago aire y bajo la cabeza para recomponerme.

Por suerte, no parece haberlo notado y malinterpreta mi malestar.

Arrastra una silla hasta mí y me toma del brazo para sentarme sobre ella.

—¿Tienes una bajada? —Su tono es sorprendentemente suave para alguien que estaba tan enfadado hace unos segundos.

Niego con la cabeza, pero entonces recuerdo que no he desayunado, a pesar de haberme inyectado la insulina antes de salir de mi habitación. Es posible que esté a las puertas de una bajada glucémica.

Christopher se arrodilla a mi lado y saca un par de galletas del bolsillo interno de su chaqueta.

Las tomo y me río, a pesar de lo tensa que es la situación.

—No pareces el tipo de persona que se guarda en el bolsillo la galleta que le sirven con el café.

—Ahora sí —replica él con simpleza—. Y no es la que me sirvieron con el café, la compré expresamente. Tengo entendido que te gusta el sabor a caramelo.

Mi corazón da un vuelco, pero de inmediato le recuerdo que él es un hombre práctico que probablemente solo quiere evitar que me desmaye nuevamente sobre uno de sus muebles de diseño.

Me como las dos galletas y le doy las gracias. Él aguarda pacientemente a que le diga que me encuentro mejor para continuar con nuestra conversación.

—Quiero una explicación. —Me pide con mucha educación, logrando que me sienta culpable

por no poder ofrecerle una razón creíble.

—No es lo que parece. —No pienso explicarle cuál es el trabajo de Brodie y lo que ocurrió en realidad—. Brodie me dio un beso amistoso sin preguntarme antes. Es un malentendido. Lamento lo ocurrido y que haya afectado a la empresa.

Él sacude la cabeza y se frota el pequeño espacio entre las cejas.

—No me mientas, Brenna —insiste—. Estuviste de acuerdo con mi condición. Te pedí específicamente que rompieras con Brodie.

Suspiro porque ha llegado el momento de confesarle que solo somos amigos, aunque me fastidie admitirlo porque me gustaba creer que estaba celoso.

—Brodie es un amigo, no hay nada entre nosotros.

Tuerce los labios en una sonrisa cruel.

—A cualquier hombre le gustaría tener una amiga como tú.

No se me escapa la forma en la que ha pronunciado «amiga», casi como si significara «ramera».

Por supuesto, él va a pensar mal teniendo en cuenta sus propias relaciones.

—Debe ser difícil de entender para ti. —Me levanto y le obsequio una sonrisa sardónica—. Supongo que te acuestas con todas las mujeres que respiran en tu dirección.

Christopher me contempla durante un instante.

—¿Hablas por experiencia propia?

—Yo debo ser la excepción que confirma la regla —preciso—. Tendría sentido… los magnates empoderados se acuestan con todas menos con sus propias mujeres.

—¿Y eso lo sabes por…? ¿Conoces a muchos ejecutivos que engañan a sus esposas? —Está entre ofendido y divertido.

—Es de conocimiento general —insisto en mi juicio, aunque no tenga estadísticas que lo respalden.

—¿Sabes qué más es de conocimiento general?

Levanto las cejas en una muda interrogación.

—Que dos amigos que se besuquean no son solo amigos —retoma él y cierro los ojos en rendición.

—Se me ha ocurrido una solución para ti —propongo, cargada de buenas intenciones. Voy a

darle otra oportunidad de que elija a alguien que no le decepcione tanto como yo—. Podríamos decir que Matched me seleccionó porque la competencia hackeó el programa. No solo te dará una oportunidad de encontrar a alguien mejor, sino que será buena publicidad que los demás estén asustados por una aplicación que aún no ha salido.

No aparto mi mirada de la de él. Le suelto todo y aguardo a que se lo piense y confiese que es una buena idea. Pero el idiota empieza a reírse.

—Tienes imaginación. —Veo cómo cambia su cuerpo, cómo relaja los brazos, cómo se suaviza su expresión facial y desaparece la amargura de sus ojos. Incluso se iluminan—. Pero no vas a librarte de mí tan fácilmente.

Se saca unas fotos del bolsillo y me las entrega.

Las miro con curiosidad y me sorprende ver que son de Brodie, coqueteando y besándose con una chica.

Levanto el rostro hacia Christopher con curiosidad.

—Él no te ama.

—Claro, porque solo somos amigos, como he dicho.

Christopher observa mi rostro por unos instantes, tratando de encontrar información en mis gestos en lugar de hacerlo en mis palabras.

—Supongo que tú tampoco lo amas y que lo vuestro es solo sexo. Pero se terminó, Brenna. ¿Me oyes?

—Como para no hacerlo…

—Ni en privado ni en público.

—Mierda. Voy a echar de menos los polvos en el metro.

Me mira con cierta condescendencia cargada de paciencia, como el que observa a un niño soltando un taco para hacerse el gracioso.

—Hay mucho dinero en juego, Brenna. Los accionistas no van a perdonar un segundo error.

Asiento y me doy cuenta de que estamos uno frente al otro, demasiado cerca. Tengo un recuerdo claro y nítido del beso de la noche anterior.

—Puedes hacerlo conmigo en el metro —concede casi en un susurro y, aunque está claramente bromeando, mi rostro se enciende.

Levanta la mano hasta mi mejilla, pero no me toca. Casi puedo sentir el calor de sus dedos

irradiando en mi piel fría. No me muevo. No sé si se da cuenta de que roza unos mechones de mi cabello, pero las cosquillas tan sutiles me están matando. No se lo voy a decir. No hablaré más. No respiraré. No haré nada que propicie que se aparte de mí.

—Primero tendrías que saber qué es el metro —bromeo, aunque mi voz sale más entrecortada que divertida.

Christopher trata de ocultar una sonrisa tierna de la que no le creía capaz. Pero ahí está, también en el ónix de su mirada.

Deja caer la mano, sin llegar a tocarme, y no me queda otra que batallar con mi decepción.

—Tenemos una reunión con Petersen’s, la agencia de marketing de la que te hablé, para intentar solucionar el problema.

Asiento resignada. No vamos a librarnos el uno del otro tan fácilmente.

Capítulo trece

¿Cómo defines la felicidad y qué crees que se necesita para alcanzarla?

Brenna

Tener dinero. Puede sonar banal, pero creo que es imposible ser verdaderamente feliz si en el supermercado tienes que escoger los productos a punto de caducar por sus descuentos.

Christopher

Estar orgulloso de ti mismo.

—Brodie es mi amigo y no voy a dejar de verlo —le dejo claro.

—Tiene que desaparecer de la ecuación.

—Ni de coña —respondo, soltando una risotada de indignación ante su orden. Cruzo los brazos —. Por ahí no paso.

Christopher arquea una ceja y ladea la cabeza.

—No es negociable.

Me quedo con la respuesta en la boca cuando alguien se aclara la garganta. Nos giramos hacia la puerta, donde espera un chico de la edad de Christopher, alto, con la cabeza rapada, que lleva una sudadera con capucha, vaqueros rotos y botas de combate.

—¿Llego temprano? —pregunta.

Christopher se adelanta a saludarlo.

—No. Justo a tiempo. Brenna, te presento a Robbie Petterson.

—Hola —saludo, todavía enfurruñada—. Has llegado justo a tiempo para evitar un homicidio.

Robbie se ríe mientras se acerca y deja la mochila en la mesa. Tiene el aspecto de un soldado que ha salido de permiso, por lo que no encaja que saque un portátil y lo encienda.

—Encantado de conocerte, Brenna. Vamos a apagar el incendio.

Hago una mueca.

—¿Te refieres a las fotos o a cómo voy a asesinarlo? No soy una experta, pero quizá sea mejor que la víctima no esté aquí mientras lo hablamos —susurro, arqueando una ceja en la dirección de Christopher.

—Tú sentido del humor también es escocés —dice el aludido.

Robbie agacha la cabeza, ocultando la sonrisa. Gira la pantalla del portátil hacia nosotros, forzándome a mirar una vez más la foto del problemático beso entre Brodie y yo.

—Veamos, ¿quién es él?

—Es un amigo —repito por enésima vez, agotada.

—Entiendo —dice Robbie—. ¿Tiene novia? ¿Es gay? ¿Se irá del país pronto? ¿Piensas dejar de verlo?

—No, no, no y no. —Cruzo los brazos y fulmino a Christopher con la mirada—. Es un amigo cercano, como un hermano. Esta foto es un malentendido. Nunca hubo nada romántico entre nosotros y nunca lo habrá.

—¿Eres una mentirosa profesional? —se interesa Robbie. Una chispa de humor en su mirada logra que no me sienta insultada. Me cae bien el chico.

A mi lado, demasiado cerca, Christopher tose.

—Todo lo contrario —le digo—. No sé mentir y no me gusta. Soy muy sincera.

—¿En qué condiciones estarías dispuesta a mentir? —Christopher se mete en nuestra conversación.

Reconozco vagamente la pregunta. Es posible que sea una de las muchas a las que respondí en el cuestionario de Matched.

—Solo si decir la verdad puede lastimar a otra persona y sé que revelarla no cambiaría nada.

Christopher gruñe como si mis escrúpulos le parecieran ridículos. No me extraña viniendo de Caín, el que traicionó a su propio hermano.

—¿Podemos solucionarlo sin que termine mi amistad con Brodie? —Vuelvo a dirigirme a Robbie, ignorando a mi exjefe.

El chico se frota la cara meditabundo.

—Me estás pidiendo mucho… —Después parece recomponerse—. De acuerdo, si Brodie no puede desaparecer, tendrá que hacer justo lo contrario: estar muy presente en vuestra vida como pareja.

—¿Disculpa? —protesta Christopher con una ceja alzada.

—Vamos a usar la coartada de Brenna. Brodie es el mejor amigo, casi un miembro de la familia… También lo es para ti, Christopher.

—¿Qué? —estalla en una risotada indignada.

Yo me río a carcajadas.

—Escribiremos una historia sobre vuestro pasado, cómo os habéis ayudado mutuamente, dos extranjeros en un país desconocido. Y tú, Christopher, empezarás a salir con él en planes de chicos. Estaréis tan unidos que hasta el público se preguntará si no es Christopher el que está enamorado del escocés.

—Ni hablar.

Robbie no le hace caso y prosigue.

—Y entonces Brodie vivirá su propia historia de amor. Tan pública y teatral que nadie querrá perderse los detalles. Sugiero que sea alguien de vuestro entorno, dispuesta a hacerlo a sabiendas de lo que implica ¿Se os ocurre alguna candidata?

Ninguno de los dos responde, aun haciéndonos a la idea.

—Creo que puede funcionar —digo al fin.

—¿El chico en cuestión pondrá objeciones?

—¿Brodie? —inquiero con una sonrisa misteriosa, imaginando lo mucho que va a gustarle la publicidad gratuita, actuar y estar en boca de todos—. Ha nacido para esto.

Robbie asiente y vuelve a girar el portátil. Empieza a teclear mientras musita.

—¿Esa es tu única idea? —protesta Christopher.

—No, pero es la mejor —Robbie habla mientras teclea—. Os prepararé un horario…

—Oh, no —interrumpo— ¿Otro horario? Estáis hechos el uno para el otro.

—Tenemos que empezar de inmediato —prosigue él, ajeno a mis comentarios—. ¿Qué eventos hay en la agenda cultural de la ciudad para este fin de semana?

Christopher y yo nos miramos de reojo mientras su amigo trabaja concentrado en la pantalla de su ordenador. Parece tenso ante la perspectiva de perder aún más de su escaso tiempo en hacer el paripé conmigo y ahora también con Brodie.

—Bien, me gusta… —celebra Robbie, más para sí mismo, y se frota las manos—. Creo que ya tengo algo. ¿Podéis evitar meteros en más problemas durante tres días?

Asiento y tomo mi bolso de la silla donde lo había dejado.

—¿Me avisas cuando lo tengas claro? Tengo el resto del día ocupado visitando pisos.

—Claro, estaremos en contacto —concede Robbie, y me ofrece la mano.

—Come algo antes de ir al siguiente, ¿quieres? —me recuerda Christopher bajo la atenta y curiosa mirada de su amigo.

Asiento y me despido de ambos. Soy dolorosamente consciente de que su mirada de halcón me sigue hasta la salida.

Entro en la primera cafetería que me encuentro al salir del lujoso edificio. El barrio en el que se encuentra, conocido como Knightsbridge, es fácilmente reconocible por sus tiendas de marca: Hugo Boss, Seiko, All Saints… Me van a cobrar un riñón y medio por el almuerzo, pero esas cosas ya no tienen que preocuparme.

Mientras espero a que me sirvan, le escribo a Christopher para informarle de que me quedaré con ese mismo apartamento siempre y cuando me dejen mudarme de inmediato. No creo que vaya a ser un problema, teniendo en cuenta que no hay nadie viviendo allí. El hecho de que esté amueblado me ahorra tener que contratar decoradores, como sospecho que querría Christopher. Además, y como bien ha dicho Robbie, debería quedarme quietecita por hoy antes de volver a cagarla.

▪

Peaky Blinder Pijo

¿Seguro que no quieres ir a ver otros?

▪
▪

Brenna

Crissy, ¿sabes en qué agujeros he vivido?

▪

Me contengo de decirle que incluso compartí habitación con una desconocida que olía a queso gouda, al llegar a Londres, para evitar que le dé una reacción alérgica mi pobreza. Después recuerdo que me llamó agujero negro y vuelvo a escribir.

▪

Brenna

¿Hay alguno más barato?

▪

No vuelve a responderme hasta veinte minutos más tarde, cuando ya voy por el postre. Un coulant de chocolate blanco con salsa de arándano que está para chuparse los dedos hasta los codos. Desde luego, esto de ser rica es una pasada para los cinco sentidos.

▪

Peaky Blinder Pijo

Ese es el que te gusta, ¿no? Ya tengo tus llaves.

▪
▪

Brenna

Gracias, solo intentaba ser comedida. Aún no pillo el punto medio entre agujero negro y (le envío el GIF de un tipo con gafas de sol tirando billetes al aire).

▪

No responde, y pago la cuenta para marcharme a casa.

Cuando mi móvil vuelve a sonar no es él, sino Bo-ra.

▪

La secretaria de Lucifer

¿Estabas escribiéndote hace unos minutos con el señor Thompson?

Brenna

Sí, ¿por?

La secretaria de Lucifer

Nada.

Brenna

¡No me dejes así, ahora tengo que saberlo!

La secretaria de Lucifer

Nunca le había visto mirar el móvil y reír así.

Se me forma una sonrisita tonta en la cara, lo que hace que el camarero me mire con curiosidad.

La secretaria de Lucifer

Por favor, no le digas que te conté eso.

Brenna

Ni aunque me clavaran tornillos oxidados en los ojos mientras me obligan a escuchar música electrónica desvelaría los secretos de tus confidencias, querida amiga.

La secretaria de Lucifer

¿Qué tiene de malo la música electrónica?

Brenna

Una roquera aquí.

Olvídate de «querida amiga».

Te quiero.

Paro un taxi y al entrar ya no puedo eludir las llamadas perdidas que me ha dejado Brodie. Le llamo y responde al primer tono.

—Me has hecho famoso —dice nada más descolgar.

Suspiro aliviada al entender que parece encantado.

—Te has metido tú solito en esto. ¿A quién se le ocurre besarme en público?

—Hubiera sido más extraño besarte en privado, hermanita.

—Me has metido en un buen lío, Bro. Ya daba por roto el compromiso con Christopher.

—¿Y no lo está? —Su voz adquiere un tono de precaución.

—No, no lo está. Y tú tienes el papel principal en la obra de teatro que vamos a interpretar para resolver todo este embrollo. ¡Enhorabuena!

—¿Cómo dices?

—Broden McDuncan ha sido seleccionado para el papel del «Mejor Amigo». Es sencillo, solo tienes que fingir ser el mejor amigo de mi novio falso —le explico, dándome cuenta con ese resumen de que definitivamente mi vida se ha convertido en una comedia de enredos. Sin la comedia—. No será por mucho tiempo, hasta que la prensa se canse de nosotros.

—¿Y qué piensa tu novio falso sobre nuestro trío ficticio?

—Está absolutamente encantado —ironizo.

—Me imagino —farfulla Brodie.

—Este fin de semana es nuestra primera actuación, así que, si tenías algo en tu agenda, cancélalo —le amenazo—. No quiero pegas. Este lío es tuyo y tú tendrás que solucionarlo.

Brodie suspira solo para hacerse el difícil, ambos sabemos que toda esa fama le va a venir genial.

—De acuerdo… Qué putada, si hubiera sabido que alguien nos estaba espiando lo hubiese hecho mucho mejor —se lamenta y yo miro mi teléfono indignada.

—Voy a patearte el culo cuando te vea.

—Mi culo se pasará sobre las ocho por tu casa para cenar y que lo hablemos todo bien. Ten tu pie preparado.

—Ni se te ocurra aparecer por mi casa, Brodie. Hay paparazzi apostados en la puerta.

—Ya veo, ya… —Lo peor de todo es que parece encantado. Me pregunto cuántas veces habrá soñado con ser acosado por periodistas—. Tranquila, no van a enterarse de nada.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Ya lo verás…

—¿Brodie?

—Nos vemos luego, Bren —amenaza.

—¡Espera! —lo detengo, cuando tengo claro que tiene la intención de colgar—. De verdad que

para hoy no creo que sea una buena idea. Además, quiero cambiarme de piso. Dame hasta mañana o pasado para que me mude.

—Incluso mejor —dice—. Tus compañeros de piso parecían del Tribunal Supremo cada vez que te visitaba. Me sentía juzgado —se lamenta.

No le creo, pero el taxi ya casi ha llegado a mi calle.

—Te mandaré la nueva dirección y, Brodie, no te olvides de los periodistas.

—Lo tengo controlado —se despide.

Suelto un bufido, temiendo meterme en más líos con S4L. Tendré que hablar con Christopher sobre ofrecerle un sueldo a Brodie para asegurarnos de que se toma todo esto en serio y que hace las cosas bien. Trabajando es impecable, así que tengo algo de fe en que el plan pueda funcionar.

Paso el resto del día empaquetando mis pertenencias. No he llegado a acumular muchas cosas y me fui de Escocia con apenas una maleta. Me entra todo en otro taxi, que para primero delante del edificio de S4L y espera mientras Bo-ra baja al vestíbulo para darme la llave y hacerme firmar el contrato de alquiler. Me quedo sin aliento al leer la suma que tengo que pagar y mis dedos tiemblan sobre el bolígrafo.

¿En qué me estoy metiendo?, me pregunto.

Lo del «agujero negro» de Christopher me viene otra vez a la cabeza. Debería ahorrar primero y gastar después. Pero me excuso diciéndome que, de la poca información que tengo sobre negocios, a veces, hay que invertir primero. Después de todo, es mi dinero el que gasto, y es necesario para mantener la fachada de la falsa relación. No sé qué haré cuando se acabe, pero estoy segura de que no quiero depender de nadie más. Nadie me cortará los caminos que quiero tomar, y el dinero tampoco me lo impedirá.

Cuando abro la puerta de mi flamante piso, con mi propia llave, soy una nueva Brenna.

Capítulo catorce

¿Cuál es tu mayor miedo y cómo has intentado superarlo?

Brenna

Parecerme a mi madre. Me fui de Glasgow para asegurarme de que no acababa siendo una ama de casa insatisfecha.

Christopher

Que otro llegue a la meta antes que yo. Soy el primero en llegar siempre.

Es la primera vez en mi vida que vivo sola.

Estoy encantada con lo que encontré al inspeccionar el apartamento. Hay una habitación con cama doble, una pequeña cocina con vista a un parque y un baño más grande que el que compartía en mi antigua vivienda. Está amueblado con todo lo que necesito, así que no pienso gastar más en cosas innecesarias. Hice la compra online para llenar la despensa y la nevera y no tener que cargar con todo, y dos días después de haber recibido la llave, estoy tan enamorada de mi casa que podría morder a cualquiera que se atreviera a pisar la entrada sin mi permiso.

Con la llave en la mano subo en el moderno ascensor, tras haber visitado mi antiguo piso para hablar con Esther y Paul sobre la panadería.

Cuando se abren las puertas me encuentro de frente con un mendigo.

—Qué cojones… —chillo asustada.

Me pregunto cómo ha logrado entrar en el edificio y temo por mi seguridad, pero cuando inclina la cabeza para mirarme, reconozco perfectamente el tono de azul de esos ojos.

—¿Tiene algo para mí, hermana?

—¡Puaj, Brodie! Apestas —protesto cuando se acerca. Huele a alcohol y a ropa sucia.

—Los mendigos con olor a marca cara suelen levantar sospechas. ¿No crees, Bren? Entré tambaleándome en tu portal y ni me han mirado.

Suspiro y abro la puerta.

—No estoy segura de si quiero permitirte entrar o envolverte en una manta y meterte en la bañera.

Él abre los brazos a ambos lados y me guiña un ojo.

—Me ha salido bien, ¿eh? —celebra orgulloso.

Lo contemplo poco impresionada.

—Espero que este fin de semana actúes igual de bien —le advierto, dirigiéndome hacia la mesa donde tengo el portátil—. Y que estés más limpio. El de la agencia acaba de enviarme el plan.

—¿Agencia? —Brodie me sigue interesado.

—La agencia publicitaria que ha contratado S4L.

Los ojos le hacen chiribitas al escucharme. Va a sentarse a mi lado, pero arrugo la nariz y sujeto la silla antes de que la aparte de la mesa.

—Hueles muy mal y tu ropa tiene manchas que me da miedo identificar. Quédate de pie, lejos, y no pises la alfombra.

—Pero no veo la pantalla desde lejos —protesta él.

Forcejeamos por la silla como dos críos. Por supuesto, gana él, y el acercamiento me obliga a meter la nariz en mi propia camiseta, que huele a perfume.

—Vas a tener que ducharte si quieres seguir en mi casa.

—Si me ducho, no podré salir sin que me reconozcan los periodistas. Tendrás que aguantarme.

Resoplo y abro el PDF que nos ha enviado Robbie. Tiene un diseño precioso, con elementos gráficos que se mueven, como una noria.

—Vamos a una especie de feria —resumo tras leer unas líneas.

—Qué romántico.

—Supongo que esa es la idea, es el típico lugar al que vas con amigos y con tu pareja.

Un pitido me interrumpe. Es el fogón de la cocina, que me avisa que el agua que he puesto a hervir ha llegado al punto de ebullición. Me levanto para recorrer el pequeño pasillo hasta la cocina y echar los espaguetis, cuando escucho que suena mi teléfono. Giro sobre mis talones para impedir que Brodie responda a la llamada, pero es demasiado tarde, ya lo tiene puesto en la oreja.

—Secretario de Brenna Abernathy. ¿En qué puedo ayudarle?

«Por dios —me lamento—, «que sea mi madre y no Christopher el que ha llamado».

En un par de zancadas estoy junto a él tratando de recuperar mi teléfono.

—¿Hooola? ¿Hay alguien ahí? —insiste canturreando, mientras me mantiene a raya con un solo brazo.

Brodie frunce el ceño y se aparta el aparato para mirar la pantalla.

—¿Quién es Peaky Blinder Pijo?

—¡Mierda! —grito—. Dámelo, imbécil.

—Es mudo, creo —dice, pero finalmente me devuelve el móvil.

—¿Christopher?

Mi interlocutor carraspea y puedo percibir su enfado en ese simple sonido.

—¿Te has vuelto loca?

—Nadie sabe que está aquí. Te juro que no le han visto, ha venido… disfrazado.

—¿Ahí? ¿Quieres decir que está en tu casa?

—Sí, pero no le han reconocido. Está disfrazado, muy bien disfrazado. Te lo juro. Verás que mañana no sale nada sobre esto. Necesitaba hablarle sobre el plan, y ¿dónde más íbamos a reunirnos?

—Podría haberse encontrado conmigo, en la oficina, o con Robbie. —sugiere, un poco menos enojado.

—¿Por qué le llamas Peaky Blinder Pijo? —Quiere saber Brodie, ajeno a que él es el problema.

—Porque es un mafioso y te va a asesinar —amenazo, pero luego me arrepiento de mi broma, cuando Christopher, por una vez, está de acuerdo conmigo.

—No es mala idea, ¿sabes?

Es hora de cambiar de tema.

—¿Querías algo?

—Saber si habías recibido el e-mail de Robbie.

—Sí, justo ahora lo estaba leyendo con Brodie.

—Muy bien.

Suena a todo menos a bien. Está positivamente enfurruñado. Oculto una sonrisa, preguntándome si está celoso, celoso de mí, más allá de su preocupación por la empresa.

Brodie toma una caja de pañuelos de la mesa y me la ofrece. Le hago un gesto interrogativo.

—Para las babas —me informa serio.

Se la lanzo a la cabeza.

—Bueno, te dejo, veo que estás entretenida —dice Christopher al otro lado de la línea.

—De acuerdo, hablamos mañana.

Él se queda en silencio unos segundos como si estuviera dudando entre decir algo o no.

—Hasta mañana, Brenna —se despide al fin.

—Hasta mañana.

Cuando cuelgo, Brodie esboza una sonrisita y ladea la cabeza.

—¿Ya habéis follado?

—Guarro.

Sacudo la cabeza, poniendo una mueca como si le diera por perdido y regreso a la cocina. Termino de preparar los espaguetis, mientras Brodie me sigue con el portátil en las manos, leyendo el resto del PDF en voz alta y comentando ideas sobre su papel. Está más emocionado que Rudolf en la semana de Navidad.

Nos sentamos a cenar, pero es extraño verle tan desaliñado y apestoso. Hasta se ha pintado varios dientes de negro para que parezca que le faltan. Tiene la ropa, la cara y las manos manchadas como de barro.

—¿Cómo te has hecho eso?

—Aceite de coco con café, un poco de ceniza del cenicero… —explica, y asiento curiosa.

—¿Y la ropa? —Lleva un par de pantalones demasiado grandes, un jersey de punto deshilachado y una bufanda de un marrón feísimo.

—De un contenedor de ropa para la caridad —responde.

Cuando estamos con el postre, una Red Velvet que he comprado en Marks and Spencer, llaman a mi puerta.

Frunzo el ceño extrañada, ya que aún no le he dado mi nueva dirección a nadie.

Al abrir la puerta me sorprende encontrarme a Bo-ra con un pack de cervezas en la mano.

—Perdona mi atrevimiento —dice la joven con una sonrisita avergonzada—. Se me ocurrió que aún no habíamos brindado por tu nuevo piso. No tuve tiempo de comprarte un regalo, pero…

Hay algo en esta escena que me recuerda al Show de Truman, cuando no quieren que Truman abandone la ciudad y envían a su mejor amigo con un pack de cervezas.

—¿Te ha enviado Christopher? —pregunto.

—Qué va… Yo… —Bo-ra trata de fingir sorpresa y confusión, pero se le da fatal.

—Pasa, anda. —Me aparto para que pueda entrar. La pobre no tiene la culpa de trabajar para un psicópata, y no voy a darle con la puerta en las narices.

—Espero que te pague suficiente para hacer de carabina —comento, señalando el salón y a Brodie, quien acaba de tirarse en mi sofá como si fuera un soldado haciendo prácticas de combate y ocultándose detrás del muro defensivo.

—Ese que estaba ahí hace un momento… —señalo la parte del sofá que no se ve— es…

—Hola. —Brodie emerge de detrás del sofá de un salto, sin la peluca enmarañada con la que ha llegado a mi casa. Está un poco sofocado y parece haber intentado limpiarse la suciedad de la cara apresuradamente y sin mucho éxito—. Soy Brodie, su amigo, y normalmente soy un bombón.

—Lo disimulas genial —responde Bo-ra haciéndome reír—. No sabía que tu amigo problemático es un mendigo —me susurra, pero lo suficientemente alto como para que Brodie la escuche—. Si le pasaras la información a la prensa, seguro que dejarían de especular sobre una relación íntima entre vosotros. Puedes decir que le pagas algún que otro almuerzo.

Brodie parece mortificado y sonríe forzadamente.

—No soy un mendigo. —Tira de su jersey, después se acerca tropezando con mi alfombra, algo inusual en él, y me toma del brazo para llevarme a la cocina.

—Podías haberme avisado de que ibas a tener visita —murmura entre dientes y pellizcando mi bíceps para llamar mi atención. Tenemos una vista parcial de Bo-ra, que se quita la cazadora y gira sobre sus tacones para estudiar mi salón—. ¿Quién es esa diosa?

—La ha mandado Christopher. Es su secretaria.

—¿Sí? ¿Estás segura de que no la ha mandado Dios? Parece un ángel.

Pongo los ojos en blanco.

—Muy original —comenta Bo-ra, que al parecer nos ha escuchado desde el salón.

—Quiero darme una ducha —susurra Brodie.

Niego con la cabeza.

—Recuerda que la prensa está al acecho.

Lo empujo con la punta del dedo para pasar por su lado.

—¿Bo-ra? ¿Has cenado? Me queda un poco de espaguetis.

—Sería genial —dice—. El señor Thompson no me dejó… —se detiene de golpe y se muerde el labio.

Me río y voy a prepararle un plato.

—Cree que Brodie y yo éramos amantes.

Bo-ra se encoge de hombros. Me sigue, pero sus ojos se desvían hacia mi amigo. Él cruza los brazos enfurruñado y se apoya contra la encimera.

—No lo entiendo… —musita la chica. Lo observa con curiosidad, quizá preguntándose cómo puede alguien como Thompson sentirse inseguro ante alguien como Brodie.

—No soy un mendigo —vuelve a decir este.

—Si le doy unas monedas… ¿se lo gastará en alcohol o en drogas? —me susurra Bo-ra. Tengo la sensación de que le gusta fastidiarlo.

Le ofrezco el plato y coloco sus cubiertos en la mesa. Abro tres botellines de cerveza y los invito a sentarse.

—¿Le diste algo de comer? —se interesa la joven antes de probar su plato.

Brodie me dedica una mirada suplicante.

—No es un mendigo, cariño —aclaro, pero él sigue haciendo gestos hasta que, consciente de lo que quiere que diga, pongo los ojos en blanco—. Es un buenorro y normalmente huele bien.

—¡Eso! —confirma Brodie, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—Aunque tiene una rata —añado. Brodie me fulmina con la mirada y agarra una cerveza—. Hemos quedado para hablar sobre el papel que tiene que interpretar y no podíamos arriesgarnos a que la prensa lo reconociera—le explico a Bo-ra—. Supongo que estás al tanto del teatro.

Ella asiente, mientras mastica con gestos elegantes.

—El señor Thompson no está nada contento. Lo escuché discutir con Petterson al respecto.

Desecho su comentario con un gesto de mano.

—Ya está todo en marcha. ¿Verdad, Brodie?

Mi amigo endereza la espalda y sus ojos brillan con fuego azulado en el rostro sucio.

—No te defraudaré, hermana.

—¿Él va a cobrar algo por todo esto? —se interesa Bo-ra—. Espero que sí. Así podrá comprarse ropa nueva.

Me causa risa que siga hablando conmigo sin dirigirse directamente a Brodie. Es el peor castigo para alguien acostumbrado a ser el centro de atención.

—Estoy justo aquí —gruñe él.

—Lo sé. Te huelo —replica ella, arrugando la nariz, aún sin mirarlo.

—¿Escuchaste a Brenna? Normalmente no huelo así.

—Si tú lo dices. —Bo-ra no parece nada convencida.

Brodie se levanta, se quita la bufanda y la tira al suelo. Después lucha con el jersey, se lo saca por la cabeza y también lo tira. Debajo lleva una camiseta de algodón gris con un pequeño logo de una marca cara sobre el pectoral derecho. Los contornos de sus músculos se adivinan bajo la fina tela y las mangas se ajustan alrededor de sus fuertes bíceps. Su rostro sigue sucio, pero se ve menos desaliñado.

Bo-ra da un trago a su cerveza mientras lo estudia por fin.

—¡Qué lástima! Ya no podré cambiar esa imagen de él.

Brodie frunce el ceño y murmura algo que suena a «ya lo veremos».

Me echo a reír y doy un sorbo a mi cerveza.

Capítulo quince

Si pudieras viajar en el tiempo, ¿a qué período o evento histórico te gustaría ir y por qué?

Brenna

Siempre he querido visitar la Regencia por esas malditas películas de Jane Austen que lo hacen parecer todo tan fácil. Me da envidia verlas sentadas tomando el té tan relajadas, dando paseos por el campo y hablando como si cada frase fuera a ser escrita en un libro. Yo voy corriendo a todos lados, porque siempre estoy a punto de perder el bus y me tomo el té mientras me depilo las cejas o lavo los platos. Aunque, por otro lado, me da yuyu la falta de higiene y sanidad de esa época... Mejor voy al futuro para ver si ya han inventado una cura milagrosa para la celulitis.

Christopher

Veinte años después de la fecha del lanzamiento de Matched, para ver si ha tenido éxito y si ha funcionado mi emparejamiento.

A mediados de noviembre en Hyde Park se abren las puertas de la feria navideña Winter Wonderland.

Es una de las actividades públicas donde tenemos que ser vistos y me alegro, porque si no tuviera que venir con Christopher, habría arrastrado a Esther, que odia a las multitudes.

El espacio que ocupa es enorme y pienso recorrer cada centímetro.

Me quedo maravillada ante el despliegue de luces navideñas que destacan contra el cielo oscuro y los carteles luminosos con productos tentadores, como la Fábrica de Chucherías. Atraída por el olor de la masa frita, tiro del brazo de Christopher y lo obligo a avanzar hacia el puesto de churros españoles.

—¿No prefieres una crepe? —propone él, señalando el puestecito con el tejado rodeado por decenas de bombillas de colores—. Los churros pueden resultar un poco pesados.

—Tú también y no por eso te descarto.

Entrelazo mi brazo con el suyo. Es extraño estar en un lugar así con él, vestido con ropa informal y discutiendo sobre qué vamos a comer. Bueno, todo lo informal que puede ir ese hombre. Lleva un abrigo de paño gris sobre unos vaqueros negros y una bufanda a juego. Todo de marca e impecable, como si acabara de salir de la tienda.

—En absoluto, yo soy muy ligero —me sigue el rollo, para mi sorpresa—. Como una ensalada de quínoa.

Río desviando la mirada hacia los adornos navideños del puesto a mi derecha para ocultar mi sonrisa.

—No, serías una barra de chocolate —murmuro pensando en sus abdominales, en su piel bronceada y en las ganas irresistibles que tengo de devorarlo entero, aunque sepa que no me sentará bien.

—Chocolate, ¿eh? —Sonríe con malicia, como si hubiese escuchado mis pensamientos.

Me aparto y me dirijo hacia la caseta de churros.

—Sí, lleno de calorías —afirmo con una mueca.

Christopher rodea mi cintura con su brazo para redirigirme hacia otro lugar.

—Tentador y delicioso —susurra en mi oído.

Choco contra su pecho y me quedo momentáneamente embobada. Él aprovecha mi pérdida de reflejos para conducirme hacia la caseta de vino caliente.

—No he cenado. ¿Quieres una salchicha alemana?

—Si no me queda otra… —replico, fingiendo decepción.

Nos ponemos a la cola de las salchichas, donde el olor de la carne se mezcla con el de las especias del vino caliente. Mientras yo disfruto de la situación, Christopher parece tenso y lo descubro echando otro vistazo a nuestro alrededor.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer aquí? —pregunto en voz baja.

Regresa su atención a mí.

—¿Qué harías en una cita? —El muy hijo de perra desliza su mirada hasta mis labios y, ahora que sé cómo es besarle, la sola idea es suficiente para que se me derritan los huesos.

Estamos aquí para mostrar cuánto nos gustamos. Siento un revoltijo de nervios en el estómago ante la perspectiva de lo que nos depara la noche, pero no son nervios desagradables, sino emocionantes. Esos que te hacen sentir despierta y viva.

Trato de concentrarme y crear una cita perfecta, pero, por mi escasa experiencia en la materia, me falta imaginación.

—¿Cena romántica, rosas, champán? —pregunto, hablando más para mí misma que para él.

—Muy típico, ¿no crees? —responde—. Me parece forzado.

—¿Pizza y Playstation con tus amigos? —prosigo, recordando lo que solía hacer con mi ex.

Compone una mueca de asco.

Una vez nos han servido, nos detenemos junto a unas mesas de madera altas que han dispuesto para el uso de los comensales y disfrutamos de comida feriante mientras tratamos de ignorar el frío húmedo que emana del suelo.

—Pues, la verdad es que no tengo idea de qué se supone que hay que hacer en una cita —digo tras masticar y tragar. Observo a las parejas de turistas y a las familias con niños que nos rodean —. Nadie va a reconocernos aquí. Estamos perdiendo el tiempo.

—Tranquila, Robbie lo tiene todo pensado. Como hoy es la inauguración de la feria, la prensa anda por aquí —explica, y da un paso hacia mí para alcanzar una servilleta mientras usa la lengua para recuperar un poco de salsa de su labio inferior.

Entrecierro los ojos, preguntándome si se da cuenta del efecto que causa en mi cuerpo. La última vez me besó porque vio a dos paparazzi en el pub y no puedo evitar preguntarme si lo hará de nuevo cuando divise a los periodistas. La incertidumbre me está matando. Me siento como una gacela vigilada por un león hambriento. Solo que esta gacela desea ser devorada.

Ajeno a mi ansiedad, Christopher consulta la hora en su flamante reloj de pulsera, que debe costar lo mismo que mi exsalario de un año.

—Aún nos queda un rato antes de que venga tu amigo. ¿Quieres montar en la noria?

Asiento, sin humor para recriminarle que pronuncie «amigo» de esa forma. Sorteamos a la gente hacia la imponente noria iluminada en luces azules y, tras comprar las entradas, nos ponemos a la cola.

—Cada vez empiezan antes —le oigo murmurar entre dientes.

—¿Con qué?

—Con la Navidad.

—Eres el típico Grinch que odia la Navidad, ¿a que sí? —sentencio, dedicándole una sonrisa sabelotodo—. Te pega un montón.

Christopher coloca una mano en la parte baja de mi espalda para hacerme avanzar en la fila.

—Seis mil libras —replica con una mueca petulante—. Ese fue el presupuesto que aprobé para las Navidades en la empresa.

Parece complacerle poder demostrar con cifras que estoy equivocada.

—Eso no significa que te guste la Navidad, solo que crees que el personal estará más motivado así y recuperarás esa inversión en productividad.

Entorna los ojos ante mi cinismo.

—Todas las Navidades me pongo un jersey navideño a juego con el de mis sobrinos, horneo galletas con forma de árbol y reno y los llevo a patinar sobre hielo —prosigue.

Me encojo de hombros, poco impresionada, aunque él parece tomárselo como un reto personal.

—Eres un buen tío.

—El día veinticuatro trabajo en la cocina de un comedor social y el Boxing Day canto en el coro de la parroquia de mi pueblo.

Estoy impresionada, pero no pienso admitirlo. Me imagino a las feligresas teniendo un jamacuco desde los bancos de la iglesia y babeándolo todo.

—Vaya, lo tienes todo fríamente calculado para lavar tu imagen de tiburón ejecutivo.

—¡Soy una puta película navideña andante! —protesta indignado.

Me río a carcajadas.

Ya solo queda una pareja con una niña rubia delante de nosotros. Me fijo en lo felices que parecen los tres juntos y me vengo un poco abajo. He renunciado a tener una relación real y una familia por dinero. Bueno, por dinero y porque tampoco me dejarían escapar. Estoy segura de que la junta de accionistas mayoritarios sería capaz de asesinarme si arruino el lanzamiento de Matched.

—¿Qué han dicho los de la junta sobre el artículo de Brodie? —inquiero cuando nos detenemos en las escaleras de la plataforma para acceder a la noria.

Christopher frunce los labios y me doy cuenta de que ha habido una discusión de la que no me ha hablado.

—No están contentos.

—Qué sorpresa.

Me echa un vistazo de reojo, suspira y me preparo para la bomba que parece estar a punto de soltar.

—Están presionando para que te mudes conmigo y fijemos una fecha para la boda.

Suelto una risa que termina en bufido.

—¿Solo eso? —le animo a continuar con evidente ironía.

Christopher me toma del brazo cuando el señor que lleva un chaleco reflectante y guantes gruesos nos indica que avancemos hacia el siguiente carrito. Entramos y él se sienta en el banco frente al mío. Observa unos momentos la feria desde nuestra posición, hasta que la caseta empieza a elevarse.

—Hay mucho dinero en juego y la empresa no se encuentra en su mejor momento. Si Matched fracasa… me temo que tendremos que declarar la quiebra. No insisten para presionarte, muchas familias dependen de lo convincentes que seamos tú y yo.

A pesar de que la cabina está acristalada, el aire frío de la noche se hace más notorio conforme ascendemos. Junto las manos frente a mi boca y trato de calentarlas con mi aliento. Christopher se quita los guantes y cambia de asiento para sentarse junto a mí y ofrecérmelos.

—Gracias —musito consciente de que ahí arriba, nadie puede presenciar su actuación y que, por lo tanto, debe ser genuina. Me observa con una mezcla de prejuicio y esperanza, que hace que se me corte la respiración al preguntarme si sus intenciones de que lo nuestro sea auténtico son reales. Si tal vez otro año podamos regresar acompañados por una niña con tirabuzones pelirrojos.

Mis pensamientos son peligrosos y él parece leerlos abiertamente en mi rostro. Me contempla con una intensidad que me marea. Su atractivo es magnético. Adoro los surcos que se le forman en la frente y la forma en la que sus pómulos y los huesos de su mandíbula destacan en un rostro que parece cincelado por los ángeles.

Pero el corazón dentro de ese cuerpo tan bello ha sido moldeado más bien por el demonio. Me lo recuerdo, acariciando los guantes que me ha cedido. Tengo que intentar ver más allá de su belleza y de sus gestos caballerosos.

—¿Alguien alguna vez se ha molestado en contar tus pecas? —pregunta con un tono de voz que parece una caricia.

—No que yo sepa —musito sorprendida.

—Tal vez yo lo intente —murmura y aparta la vista como si la intimidad de su promesa le diera vergüenza. Aunque no la mantiene lejos por mucho tiempo. Sus ojos enseguida regresan a mí y noto que se me acelera el corazón y me hormiguean las manos con las ganas de acariciar su piel.

—Me da mucha envidia tu bronceado —confieso como respuesta a su comentario sobre mis pecas—. Te odio un poco, de hecho.

La forma en la que me contempla me dice que no se lo ha tomado como una amenaza sino como un cumplido enmascarado. Sabe que lo que estoy diciendo es que está para mojar pan y chuparse los dedos.

Sus labios se separan y sus ojos descienden a los míos. Otra vez me veo invadida por el nítido recuerdo de su beso en el pub y todos los poros de mi cuerpo se abren, entusiasmados con la idea de repetir la experiencia. Pero en lugar de besarme, saca el móvil del bolsillo del abrigo, sin apartar los ojos de mí, y se lo pega a la oreja.

—¿Sí?

Debe haber estado vibrando, porque yo no he escuchado nada.

—En la noria —responde a su interlocutor—. ¿Están justo abajo?

Se asoma por la ventana de la cabina y después me mira.

—De acuerdo, estaremos preparados —dice y cuelga.

Le echo una mirada inquisitiva.

—Era Robbie. Sky News está grabando abajo. Suelen vender imágenes a otras cadenas. Si nos ven, eso es seguramente lo que ocurra. Prepárate para el espectáculo.

Asiento y giro la cabeza para echar un vistazo afuera. Estamos en la parte más alta y la noria se ha detenido, seguramente para permitir la entrada de más gente. Un mar de luces y personas abrigadas se concentran en medio de los árboles de Hyde Park. Aunque no logro divisar a la prensa, me alegra que Robbie nos haya avisado de antemano.

Me coloco el cabello para que no quede nada atrapado bajo la bufanda ante la atenta mirada de Chris.

—¿Todo en orden? —consulto al terminar.

Me parece ver que sus ojos relampaguean.

—Falta un detalle para la perfección —dice. Alzo las cejas con curiosidad y él hace un gesto con la cabeza hacia mí—. ¿Puedo?

Asiento, y lo que ocurre a continuación me toma completamente por sorpresa.

Christopher extiende la mano para acariciar mi nuca y me atrae hacia él. Se detiene por un momento cuando nuestras narices casi se rozan.

—Falta que parezca que te mueres por mí —murmura, antes de atrapar mi boca con la suya.

Su beso es cálido, con un sabor a vino especiado. Sus labios arden sobre los míos, su boca es segura y contundente, como si supiera exactamente cómo encajar con la mía, y su lengua me acaricia sin demora.

Mi cuerpo se sumerge en un estado de éxtasis glorioso. Sus manos se distribuyen entre mi nuca y mi espalda, acariciándome con la intensidad perfecta para despertar mi piel y pedir más.

Christopher abandona mis labios para buscar ese punto en mi cuello donde mi pulso late desenfrenado. Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos disfrutando de cada roce. Cuando vuelve a reclamar mi boca, quiero tocarle, pero aún llevo puestos sus guantes. Los arrojo sin mirar a dónde y me acerco, uniendo nuestros pechos.

Sus manos avanzan por mis costados hasta las caderas, deliciosas cosquillas que se extienden hasta mis pechos. Su mano izquierda se aferra a mi cadera mientras la derecha se posa en mi omóplato, descendiendo en línea recta hasta mi vientre.

Hay demasiadas capas de ropa entre nosotros y creo que él piensa lo mismo, porque lucha con mi bufanda mientras continúa besándome. En cuanto se deshace de ella, suelta un gruñido que reverbera en mi interior. Tira de mi espalda y entiendo que quiere que me coloque a horcajadas sobre él. Los cierres de mi abrigo se deshacen de un tirón, pero yo tengo problemas con los botones del suyo.

No logro entender cómo podemos hacer tantas cosas a la vez sin separar nuestras bocas. Pero la recompensa es gloriosa. Nuestros cuerpos se unen con menos ropa de por medio. Mis pechos anhelan su contacto y cuando sus dedos encuentran la redondez de uno, lo acuna como si hubiese encontrado su tesoro más preciado. Después acaricia el pezón con el pulgar y le imploro, aún sin saber bien qué.

Sus dedos me abandonan demasiado rápido, pero es para agarrar mis caderas y juntarnos aún más. Noto su erección y suelto un jadeo, totalmente poseída por las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Ni siquiera recuerdo dónde estamos, y mucho menos cuando me desliza un par de veces sobre su dureza. Me pierdo en su aroma, en sus gemidos, en el poder que siento al saber que yo le estoy provocando eso.

—Brenna… —susurra, y muerde suavemente mi labio inferior.

Aprovecho los segundos en que libera mi boca para tirar del lóbulo de su oreja con los dientes y deslizar mi lengua por su cuello. Su piel sabe a gloria. Se queja porque ha perdido su posición dominante, pero presiono contra sus hombros y lo mantengo pegado al respaldo del banco mientras continúo explorando la zona detrás de su oreja, su mandíbula y vuelvo a sus labios. Hay algo adictivo en la sensación de tener el control sobre él. Noto sus músculos tensos bajo mi cuerpo. Sé que se está conteniendo para permitirme disfrutar, y su rendición hace que me sienta como una diosa todopoderosa. No dejo de moverme sobre él. Quiero más. Lo quiero todo. Quiero que esté completamente dentro de mí, firme y vigoroso.

Pero me toma de la cintura y me separa de él.

—Brenna, estamos abajo —dice con la voz rota.

Casi suelto un quejido de pura frustración, pero en ese momento me doy cuenta de que hemos llegado a la altura de la plataforma y que en cualquier momento abrirán la puerta. O eso creo. El cristal de nuestra cabina ha dejado de ser transparente por el calor de nuestros cuerpos.

Trato de recomponerme cómo puedo y le echo un vistazo a Christopher, quien ya se ha puesto de pie y me sostiene del brazo.

Me da igual lo buen actor que pueda ser, no hay forma de que su respiración agitada y sus ojos vidriosos sean fingidos. Está igual de afectado por lo que acaba de suceder que yo, y ese descubrimiento me deja petrificada.

—Creo que hemos dado un buen espectáculo —digo, mientras me agacho en busca de mi bufanda—. ¿Quieres que ponga mi mano por el cristal para revivir la escena de Titanic?

Temo mirarle a los ojos, porque me asusta lo que puede encontrar él en los míos. Mi broma es un pobre intento de restarle importancia a lo que acaba de ocurrir. Le deseo y que se preparen en el infierno, porque el gran y poderoso CEO de S4L también me desea a mí.

Las condiciones de nuestro contrato acaban de igualarse. Tengo el mismo poder sobre él que el que él tiene sobre mí.

—La próxima vez —se burla.

Se encarga de conducirme hacia afuera, donde solo puedo concentrarme en que mis piernas de gelatina no se desplomen al bajar por las escaleras.

Robbie no se ha equivocado, hay cámaras grabando, reporteros y algún que otro flash vuela en nuestra dirección. Nos bombardean con preguntas, pero he aprendido a caminar con la cabeza en alto y la mirada fija en algún punto por encima de las cámaras.

Christopher me toma por la cintura y me dedica una sonrisa ladeada que, a pesar de su naturaleza ficticia, tiene un efecto muy real. Las fronteras entre lo fingido y lo auténtico se desvanecen demasiado rápido para mi gusto.

Christopher no permanece bajo el foco. Tiene el buen tino de fingir que la atención nos molesta y escabullirse hacia la zona más concurrida de la feria.

Me gusta hasta la puta forma en la que me sostiene de la mano. Si no tengo cuidado, este hombre va a destrozarme como nadie antes lo ha hecho. Sé que solo le interesa el dinero y su empresa, sé que es una persona sin escrúpulos capaz de traicionar a su propia sangre y, aun así, me resulta imposible evitar los peligrosos sentimientos que despierta en mí.

Robbie lo ha vuelto a llamar y parecen acordar algo, porque de pronto cambia de dirección y

acelera el paso.

—Vamos, tu chico nos espera en el Ártico —me informa—. A ver si el hielo puede enfriar vuestro fuego.

Capítulo dieciséis

Tu grupo favorito quiere cantar una canción compuesta por ti. ¿Sobre qué sería?

Brenna

Ya lo han hecho. Blur con Coffee & TV. No sé por qué, pero, desde que la escuché por primera vez, sentí que iba sobre mí.

Christopher

Sobre la amistad verdadera.

Tengo la tentación de soltarle la mano y patearle el culo, pero me contengo sabiendo que alguien puede vernos.

Llegamos a una zona con una pista de patinaje y toboganes de hielo, pero él me arrastra hacia una enorme cabaña de madera de tres plantas, con el letrero del Artic London Bar. El tejado a dos aguas está cubierto de nieve falsa y las luces y las guirnaldas navideñas adornan la fachada.

Brodie está sentado en un taburete, delante de una de las muchas mesitas dispuestas en el porche. Parece un soldado del dios del sol, con su cabello rubio iluminado por la cálida luz de las bombillas amarillas. Lleva unos vaqueros oscuros, unas bonitas botas marrones y una parka con la capucha llena de pelitos.

Cuando nos ve llegar, deja la cerveza sobre la mesa y se prepara para recibirnos. Le da un abrazo de oso a Christopher, tan bien ejecutado que lo levanta del suelo. Continúa con un par de palmadas fuertes en su espalda, y ruego interiormente que Christopher no le responda con un puñetazo. No obstante, me sorprende cuando sonríe y le aprieta el hombro a Brodie, como si de verdad fueran amigos de toda la vida.

Noto un sabor amargo en la boca al entender que es muy buen actor y estoy permitiendo que su actuación llene mi mente de ilusiones que nunca se materializarán.

—¡Qué alegría veros! —exclama Brodie.

Se adelanta para abrazarme a mí también, pero Christopher se posiciona delante de mí y me pierdo el intercambio de miradas de machos alfa.

—Voy por las bebidas —me ofrezco taciturna.

Dejarlos solo acentuará la impresión de que son tan amigos como lo somos Brodie y yo. Eso si alguien está prestando atención. Trato de no mirar a mi alrededor en busca de objetivos de cámaras o miradas curiosas, mientras entro en la cabaña y me acerco a la barra.

Tengo que abrirme paso a codazos porque está abarrotada, pero no es algo con lo que tenga reparos. Cuando eres una chica delgaducha en Escocia, aprendes a valerte de cualquier cosa, incluso de tus huesos para defenderte. Logro hacerme un hueco en la barra y levanto la mano para llamar a la camarera, pero la están atosigando tantos clientes que no me ve.

—¿Puedes atender a esta señorita? —le grita alguien a mi espalda.

Giro la cabeza para ver de quién se trata y descubro que el hermano mayor de Christopher se cierne sobre mí como un rascacielos sobre una casita suburbana. Me saluda con una sonrisa.

—Brenna, qué placer encontrarte aquí.

Quiero discernir si hay sarcasmo en sus palabras, pero parece verdaderamente complacido de verme. Me pregunto si es el único de los accionistas mayoritarios que no ha visto la foto del beso entre Brodie y yo. Si lo ha visto, no parece molesto.

—Julian, ¿cómo estás?

—Sumergiéndome en el espíritu navideño, al igual que vosotros, por lo que veo.

Asiento y finjo una sonrisa. El pobre hombre no tiene culpa de que su hermano pequeño me haya puesto de mal humor. Además, él mismo ha sido víctima de su falta de escrúpulos. Podríamos formar un club de personas damnificadas por Christopher Thompson, el magnate sin corazón, el buitre empresarial, el tiburón del asfalto, y todos los demás apodos que he escuchado sobre él.

—Veo que te acompaña mi hermano y tu… amigo.

Sigo la dirección de su mirada a una de las ventanas, donde los dos están charlando en el porche. No se me escapa la forma en la que pronuncia «amigo» al referirse a Brodie. Sabe lo de las fotos, pero de nuevo no me da la impresión de que esté molesto. Todo lo contrario, parece complacido por mi desliz. Lo que no tiene sentido, ya que ha perdido tanto dinero como todos los accionistas de S4L, a menos que albergue tanto rencor hacia su hermano que prefiera verlo fracasar que lucrarse con el éxito de Matched.

—¿Qué desean? —La camarera, incapaz de ignorar a alguien con la altura y el aspecto de Julian, se ha dignado a aproximarse y a prestarme su atención.

—Dos Coronas, por favor —grito, y le muestro dos dedos para asegurarme de que me ha entendido bien.

Julian estampa un billete de veinte libras sobre el mostrador, antes de que tenga oportunidad de sacar mi cartera.

—Yo invito. —Me dedica esa sonrisa oscura que lo caracteriza. Luego se inclina hacia mí. Para llegar a mi oreja, prácticamente tiene que doblarse por la mitad—. No dejes que mi hermano te mangonee, Brenna. Qué tengas una buena noche.

Da media vuelta y se pierde entre la gente, sin recoger el cambio. En eso no se parece nada a Christopher, quien tiene un respeto por el dinero que le impediría tirarlo en la pegajosa barra de un bar. Quizá Julian sea lo que su hermano llama un agujero negro, o quizá el dinero no le importa una mierda y por eso no está enfadado conmigo. Sea lo que sea, tengo claro que no tiene ni idea de lo que es ser realmente pobre.

Regreso junto a mis dos «amores», rezando para que no se hayan arrancado la cabeza mutuamente y suspiro al ver que discuten acaloradamente sobre algo. Tengo que calmar la situación antes de que alguien los vea, interprete que están peleándose por mí y Matched se vaya a la mierda.

—¿Qué ocurre? —pregunto forzando una sonrisa, pero ni siquiera me miran.

—Qué va, colega, ese álbum es supercomercial. ¿Por qué crees que Kurt se separó de ellos? —dice Brodie.

—Es un poco más melódico que los tres primeros, pero yo estuve en el concierto de Birmingham y aquello fue pura magia. El directo… uff, nunca he visto nada igual. El jodido mejor concierto de mi vida —afirma Christopher con vehemencia e incluso ardor.

Brodie abre los ojos como platos y sonríe embelesado.

—Eh, yo también estuve en ese concierto.

—¿No jodas?

—Te lo juro, aún tengo la camiseta que hicieron para esa gira, con la frase de Born to Duck, la de…

—Sé un caballero, arrodíllate y come primero —recitan los dos al unísono y después se ríen.

—Yo tengo el albornoz —asegura Christopher muy orgulloso, apuntándose el pecho con el pulgar.

¿Qué demonios está ocurriendo ahí? Todavía tengo las cervezas en la mano y no sé si dejarlas en la mesa o tirárselas en la cabeza para bajarles el calentón.

—¿Todo bien? —pregunto alzando la voz.

Por fin me miran.

—Ey, Brenn, ya has vuelto. —Brodie celebra mi llegada propinándole un codazo amistoso que me hace soltar un grito.

Le entrego una de las botellas de cerveza a Christopher y le suelto un bofetón en el brazo a mi amigo.

—Idiota.

Christopher intercambia una mirada entre ambos y me acaricia la zona dolorida. El calor de su mano traspasa las capas de ropa invernal, en un gesto odiosamente adorable. Sin embargo, el encuentro con su hermano me ha refrescado la memoria sobre quién es realmente, y no me dejaré engañar por sus truquitos.

Cuando terminamos la cerveza, Brodie propone ir a ver las esculturas de hielo.

Entusiasmada con la idea, llamo la atención de Christopher para que deje su móvil de una vez. Lleva un rato mirando la pantalla con una expresión ceñuda y escribiendo a toda velocidad.

—¿Problemas en el paraíso? —le pregunto al ver que parece tenso.

—No lo llamaría paraíso —masculla y aprieta tanto los dientes que parece que su mandíbula va a partirse.

Sin querer, mis ojos se desvían a la pantalla un instante y veo que habla con su hermano.

—¿Por qué no lo habláis en persona? —pregunto, recordando que leí en algún sitio que discutir por mensaje estresa el doble que hacerlo cara a cara. Christopher alza la vista hacia mí—. Julian anda por aquí, acabo de verlo dentro. Ha pagado las cervezas.

Parece impactado por ese detalle y mira a su alrededor con cierta desconfianza.

La disputa entre esos dos está lejos de estar zanjada, y eso no es nada bueno para una empresa.

—¿Nos vamos o qué? —insiste Brodie, ajeno al drama familiar.

—Un momento, he quedado con mi secretaria —responde Chris, abriendo y ojeando un documento con gráficas y cifras.

—¿De verdad es algo que tienes que atender ahora? —protesto, más que nada porque creo que tiene que aprender a gestionar su estrés y disfrutar del tiempo libre.

—Sí —replica sin mirarme.

—Hay mucho dinero en juego. —Hablamos a la vez, él serio, yo forzando una interpretación de su voz.

A pesar de la tensión, le divierte que haya adivinado sus palabras.

—¿Para qué queréis tanto dinero los ricos si no sabéis disfrutar de la vida?

—Sé disfrutar de la vida —se defiende torpemente—. Llevo dos horas en Winter Wonderland.

—¡Guau! —exclamo con evidente sarcasmo—. Has perdido dos horas de tu vida en ocio. Deberían despedirte de S4L, eres una lacra. Lo siguiente es vivir de las ayudas sociales el resto de tu vida.

—Seguro que sería más feliz —intercede Brodie—. Sin el palo metido en el trasero.

Nos reímos y Christopher lo tolera con sorprendente estoicidad.

Nos interrumpe el tono de llamada de su móvil. Descuelga de inmediato.

—¿Bo-ra? —saluda—. Estamos bajo el porche, junto a la ventana.

—¿Bo-ra? —repite Brodie, poniéndose serio. Se estira y mira a su alrededor. Después me respira en la cara, muy cerca—. ¿Cómo está mi aliento?

Huele a menta fresca, como de costumbre, pero me apetece fastidiarlo. No sé cómo consigue estar siempre impecable y ni siquiera huele a alcohol después del par de cervezas.

—Uff —abanico el aire frente a mi rostro con la mano—. ¿Estás enfermo?

—Ja, eres tronchante —me espeta sin humor—. ¿Por qué no me has dicho que iba a venir? Me hubiera arreglado.

Le echo un vistazo de arriba abajo con una ceja alzada. Parece sacado de un catálogo de ropa invernal. ¿Qué más quiere?

Bo-ra se acerca sonriente, me da un beso en la mejilla y saca unos papeles de un portafolio para entregárselos a Christopher.

—Tienes que firmar la primera y la penúltima —le indica, con el tono cordial que siempre usa con él.

—No puedo creer que te tenga trabajando un sábado por la noche —protesto indignada.

—Es una emergencia —replica ella, manteniendo la buena disposición.

Brodie se queda ahí plantado, mirándola mientras ella ignora su existencia. Tiene la expresión de

un niño que ve que se van acabando los regalos bajo el árbol sin que aparezca uno para él.

—Hola —se decide a hablar tras un instante.

Bo-ra lo mira entonces.

—¿Qué hay? —replica, y desvía la mirada a su móvil—. El señor Takamoto quiere saber si estarías dispuesto a hacer una videoconferencia con él mañana, aunque sea domingo.

—Claro, a la hora que más le convenga —responde Christopher, devolviéndole los papeles.

Bo-ra asiente y los guarda de nuevo en el portafolio.

—Te los haré llegar antes de la reunión para que puedas revisarlos. Y te avisaré sobre la hora en cuanto la sepa.

—Gracias, Bo-ra. —Christopher me echa un vistazo y parece leer algo en mi cara, porque regresa su atención a su secretaria—. Te agradezco mucho que estés trabajando fuera del horario habitual de oficina.

Ella parece sorprendida, pero lo disimula con una sonrisa.

—No hay de qué. Takamoto será un socio importante para S4L si decide firmar.

—¿Te quedas? —le pregunto, al ver que han terminado.

—Ah, pues… —Bo-ra echa un vistazo a su jefe.

—Por favor, ya que has venido hasta aquí, quédate con nosotros —la invita él.

Bo-ra asiente y me sonríe.

—Bien, justo íbamos a ver las figuras de hielo. —Entrelazo mi brazo con el suyo—. ¿Qué estabas haciendo cuando este patán te ha interrumpido?

—Estaba en pijama, uno de esos calentitos que parecen de peluche, e iba a ver una película —me explica, mientras nos ponemos en marcha.

—Pobrecilla. ¿Qué película?

—Drive my car. —Bo-ra ríe ante mi confusión y explica—: Es una película japonesa.

—¿Hablas japonés?

Asiente, y la miro impresionada y algo celosa.

—Jo, yo también quisiera hablar otros idiomas —me quejo, haciendo un puchero.

—¿Cómo van las clases de español?

—Bien. El profesor, Javier, es un bombón, y eso ayuda, la verdad —le respondo y se ríe.

—Me imagino que sí.

—Pero creo que ir a clase no es suficiente para aprender, al menos para mí.

—Tal vez podrías pasar unos meses en España —propone.

Me maravilla esa posibilidad. Es algo que nunca se me hubiera ocurrido cuando era pobre.

—Voy a preguntarle a Javier, a ver qué me aconseja.

Christopher carraspea tras nosotras y nos giramos para ver qué quiere.

—Esa es la entrada —anuncia, señalando un cartel hecho de hielo e iluminado con luces azules que dice Magical Ice Kingdom.

Nos recibe la enorme figura de hielo de un enano blandiendo un martillo contra una espada. Continuamos por el serpenteante camino circundado por una valla blanca hasta dar con una guerrera de cabello largo montada sobre un unicornio. Después hay un hombre luchando contra las fauces abiertas de un dragón, ambos iluminados por luces naranjas.

—¿Puedes hacernos una foto aquí? —le pide Christopher a Bo-ra.

Me toma de la mano para colocarnos frente a la escultura. Creo que vamos a posar el uno junto al otro, como haría una pareja, pero, cuando menos me lo espero, Christopher me empuja hacia atrás sobre las estacas de hielo que salen del decorado, aunque tiene la amabilidad de agarrarme por la cintura para mantenerme en vilo y que no quede atravesada. Con una sonrisa maligna, hace el amago de dejarme caer y me río nerviosa, sosteniéndome de sus hombros como puedo.

Me sorprende esa vena juguetona y gamberra en él, y creo que disfruta de tenerme a su merced y asiéndole desesperada. Por un momento parece alguien más joven, sin tantas responsabilidades pesándole en los hombros.

Cuando vuelvo a estar en posición vertical, lo fulmino con la mirada.

—No te molestes en asesinarme, todavía no he firmado un seguro de vida contigo de beneficiario.

Sus manos siguen en mi cintura y, como no sé qué más planea hacer conmigo, no me atrevo a soltarme de sus hombros.

—Lo he recordado justo a tiempo —replica burlón. Después avanza, obligándome a recular hasta que mi espalda choca contra la pared congelada de una torre de hielo—. ¿Por qué crees que no te he dejado caer?

Sus ojos negros pesan sobre mí y me siento acalorada, a pesar de estar apoyada contra una escultura de hielo. Es como si el fuego que emana de él tuviera más fuerza que todo Winterland junto.

Por el rabillo del ojo veo que Bo-ra toma algunas fotos de nosotros en esa posición tan íntima y seguramente sea por eso que Christopher me está aprisionando contra la pared. Aun así, soy incapaz de disimular el efecto que tiene sobre mí, voy a salir totalmente embelesada en esas fotos, como él bien había calculado en la noria. Odio que tenga razón y dejarme seducir tan fácilmente, pero me perdono a mí misma porque estoy segura de que ninguna persona a la que le gusten los hombres podría resistirse a la versión seductora de Christopher Thompson. Tendría que ser como esa estatua de hielo que acabamos de ver, e incluso esas creo que empezarían a derretirse en su presencia.

—Por si acaso los paparazzi no han hecho su trabajo… —Levanto el mentón hacia él y le doy un beso lento, aunque inocente, dándole tiempo a Bo-ra de tomar un par de fotos más.

Cuando me separo, me sorprende la expresión de su rostro. Cualquiera diría que me he puesto de rodillas y le he bajado la bragueta en lugar de darle un beso de adolescente.

—Sabes a canela —dice en un gruñido.

Apoya la otra mano contra la pared, encerrándome en la jaula de sus brazos y estrechándose contra mí para continuar con un beso mucho más profundo. Su lengua barre el interior de mi boca con una lentitud torturante y sus labios juegan con los míos, descongelándolos del aire frío de la noche en toques placenteros que me dejan jadeante.

¡Por todos los santos del calendario! ¿Quién ha enseñado a este hombre a besar?

Christopher me echa un último vistazo, con una mirada tan cargada como las nubes justo antes de romper a diluviar. Se aparta y toma mi mano.

Carraspeo y echo un vistazo por encima de mi hombro. Espero que Bo-ra y Brodie crean que soy la mejor actriz del universo, porque moriré de vergüenza si notan mi estado.

Por suerte, ni siquiera nos están mirando, lo que me hace preguntarme para qué hemos fingido o si estábamos fingiendo que fingíamos.

Bo-ra se ha sentado en un trono de hielo y Brodie la observa con los brazos en jarras y una expresión de desconcierto, como si ella fuera un animal que nunca ha visto antes y no supiera qué esperar.

—¿Y bien, su majestad? —dice él, abriendo los brazos a los lados.

—¿Y bien? —repite ella, alzando el mentón.

—¿Qué opina de mi verdadero aspecto? —Brodie continúa con una entonación medieval. Gira sobre sí mismo, haciendo un espectáculo para mostrar su apariencia—. ¿O es que su alteza no me

ha reconocido en absoluto?

Los dos son tan atractivos y con las luces de fondo reflejadas en el cristal mojado… Adoro la escena. Sin pensarlo, saco mi móvil y ajusto varias opciones para capturar la foto que me he imaginado.

Christopher me observa con curiosidad, mientras toqueteo las opciones avanzadas de mi cámara. He estado perfeccionando mi técnica con mi antiguo móvil y ahora quiero sacarle partido al nuevo de alta gama. Me pregunto si sabe que tengo una cuenta de fotografía con veintitrés mil seguidores en Instagram. Seguro que le sorprendería darse cuenta de que valgo para algo más que limpiar el suelo de su empresa.

Hago varias fotos sin que se den cuenta. La cámara los adora y el escenario es fantástico.

—Eres el amigo de Brenna —concluye Bo-ra, con naturalidad—. Claro que te he reconocido. Te has echado desodorante, no has cambiado de cuerpo.

Brodie se desinfla como un globo al ser pinchado por un alfiler.

—Desodorante, dice —farfulla para sí mismo—. Debe ser de hielo.

—¿Cómo? —pregunta ella inocentemente.

—Esperaba que hicieras algún comentario sobre mi cambio de aspecto —prosigue Brodie, sentándose en el trono junto al de ella.

—No creí que fuera necesario —replica Bo-ra—. ¿Qué te gustaría que dijera?

—Nada —espeta él, levantándose y dirigiéndose hacia la salida—. Lo has arruinado.

No puedo evitar soltar una risita cuando pasa a mi lado. Estoy segura de que había imaginado ese momento muchas veces en su cabeza con un resultado muy distinto.

—¿He hecho algo malo? —me pregunta Bo-ra desconcertada.

—No te preocupes. Brodie está acostumbrado a que las muchachas le lancen sus bragas a la cara —le explico—. No sabe qué hacer con tu indiferencia.

—Ah —comenta Bo-ra pensativa. Luego sonríe y encoge los hombros—. Lo siento por él, pero nunca lanzaría mis bragas a la cara de nadie.

—Bueno, lo decía en sentido figurado. —Me río por lo gracioso que suena.

—Ni figurado ni literal —concluye la chica—. Nunca he perseguido a ningún hombre. No creo que esté en mi naturaleza. Además, no entiendo por qué él se lo toma como una ofensa personal.

—Porque Brodie piensa que es un regalo de Dios para las mujeres, por eso. Y porque te

encuentra atractiva.

Bo-ra me sorprende al ponerse completamente roja. Parece que la noticia la ha dejado atónita.

—¿No lo habías notado?

No puedo creer que sea tan despistada. Brodie no se ha cortado un pelo en su admiración por ella y prácticamente le ha babeado encima desde que la ha visto aparecer.

Ella niega con la cabeza y baja la barbilla incómoda. Recuerdo entonces que Christopher está ahí, escuchando nuestra conversación, y que es su jefe.

De hecho, ahora que me fijo en él, me doy cuenta de que nos contempla con gran interés y hay un brillo animado en sus ojos, que antes no estaba ahí. Quiero preguntarle a qué viene eso, pero Bo-ra se me adelanta, mira su reloj y se pone de pie frente a él.

—Ya es la hora —le informa.

Por un momento me puede la curiosidad, pero después pienso que deben estar hablando de algún trabajo pendiente que no puede esperar hasta el lunes. Hago una nota mental para mencionarle a Bo-ra que consulte con Recursos Humanos hasta qué punto pueden hacerla trabajar fuera de su horario de oficina, pero tengo la sensación de que es una de esas adictas al trabajo. Quizás por eso no se da cuenta cuando un hombre atractivo está coqueteando con ella, porque no sale mucho.

—Tenéis alguna reunión nocturna por videoconferencia con Noruega, ¿a que sí? —adivino con tono de sabelotodo.

Bo-ra mira a Christopher con cierta diversión y él nos aparta la mirada.

¿Qué están tramando estos dos?

—Vamos —se limita a decir, y me toma de la muñeca de una forma un tanto brusca.

Encontramos a Brodie afuera, charlando con dos chicos sobre quién sabe qué. Tiene la habilidad de hacer amigos en cuestión de minutos. Se despide de ellos al vernos y da la impresión de que van a echarle de menos.

—¿Nos vamos? —pregunta al juntarse con nosotros.

Ignora a Bo-ra de forma deliberada y, a su vez, esta parece querer fundirse con la nieve. Es curioso, ahora que sabe que él está interesado, es como si no soportara estar en su presencia.

—Sí, aunque no sé a dónde —me quejo, echándole un vistazo a Christopher.

—Hay un concierto ahora —se limita a replicar este, metiéndonos prisa con su lenguaje corporal.

Tardamos unos buenos diez minutos en atravesar el parque, debido a lo abarrotado que está. Cuando llegamos a la zona que han habilitado para el concierto, se produce un gran revuelo entre los asistentes. Se escuchan algunos rumores entre el público sobre que el grupo no ha podido acudir y que no va a haber espectáculo, hasta que de pronto alguien inventa que Blur va a sustituirlos.

Pongo los ojos en blanco y suelto un bufido. No entiendo por qué la gente se inventa cosas en situaciones así, me molesta mucho. Ahora ya no me interesa quién va a tocar, porque voy a estar pensando en mi banda favorita.

—Vámonos, hace demasiado frío —sugiero resignada.

En ese momento, el público enloquece y me giro hacia el escenario donde tres tipos salen vestidos con jerséis navideños y cazadoras de cuero sobre estos.

—¡Buenas noches, Hyde Park! —dice el tipo que se coloca frente al micrófono principal. Abro la boca anonadada y estoy segura de que se me ha parado el corazón al reconocerle—. Soy Damon Albarn y esta noche Blur está con vosotros. Alex James no ha podido venir porque ha sido una cosa de última hora. ¡Espero que lo disfrutéis y que tengáis unas fiestas de puta madre!

Cuando empiezan a tocar me pongo a dar saltos como una loca.

—¡Es Blur! —le grito a mis acompañantes—. ¿Os lo podéis creer? ¡Es Blur, joder! Es increíble.

Bo-ra no parece sorprendida en absoluto, lo que me extraña, y Christopher sonríe distraído, como si supiera algo que yo no.

—Pareces feliz —me chilla al oído.

—Es una de mis bandas favoritas —le explico, acercándome a su oreja—. Me traen tantos recuerdos de mi infancia.

Él asiente y coloca una mano en la parte baja de mi espalda, para protegerme de la multitud que ha empezado a amontonarse al enterarse de que es una banda tan reconocida. No es para nada común que actúe un grupo así en el Winter Wonderland, y empiezo a preguntarme cómo ha ocurrido. Albarn mencionó que fue algo de última hora, y los carteles anunciaban a otra banda mucho más modesta.

—¿Tienes algo que ver con esto? —Me cuelgo de su cuello para poder hablarle al oído y él no me suelta la cintura, absorbiendo todos los empujones que nos llegan desde atrás.

—No sé de qué hablas —replica con la mirada perdida en el escenario.

Pero cuando echo un vistazo a Bo-ra y veo el brillo travieso en sus ojos, sé que estoy en lo cierto y que Christopher Thompson, el CEO de S4L, ha movido hilos para darme esta sorpresa.

Miro hacia delante, sonrío y salto al son de la música. Voy a dejar el rompecabezas que es mi

novio falso para mañana. Esta noche voy a disfrutar.

Capítulo diecisiete

¿Qué valores son más importantes para ti y cómo influyen en tus acciones y decisiones?

Brenna

Bueno, supongo que lo normal, ¿no? No joderle la vida a nadie con intención. Ayudar, si puedo. Ser compasiva, si el otro se lo merece. Lo del perdón no lo llevo bien que digamos.

Christopher

La responsabilidad de mis actos y la voluntad de acabar un trabajo y hacerlo bien.

Al día siguiente, las redes sociales y los medios de comunicación se inundan de artículos que comentan la última hora de la pareja de Matched. Algunos reportajes sensacionalistas se burlan del vaho que empañaba la ventana de nuestra cabina de la noria o inventan historias absurdas sobre Brodie.

Robbie había proporcionado información sobre él a la prensa de antemano, presentándolo como un buen amigo de la pareja, pero era de esperar que algunos atrevidos insistieran en la versión de un trío sentimental. Por suerte, los medios más serios han publicado las fotos de mi amigo y Bora, que yo he subido a mi cuenta de Instagram, y nos consideran dos parejas normales y corrientes.

Lo importante, al fin y al cabo, es que la mayoría ha recuperado su confianza en nuestra falsa historia de amor. Espero una llamada de Christopher para que me informe sobre el rendimiento de las acciones de Matched, pero me sorprende su silencio.

—Ha ido bien, ¿verdad? —pregunto a Robbie cuando me llama.

—Todavía queda mucho por hacer, pero sí, no está nada mal —reconoce él—. Escucha, quiero

comentarte algo. ¿Puedes almorzar conmigo?

—¿Buenas noticias o malas? —inquiero. No puedo con la curiosidad, ya que por su tono parece que es un tema serio, y he aprendido que no se juega con el marketing del proyecto Matched.

—Te van a parecer buenas noticias, o eso espero.

Me preparo para salir, pendiente de mi móvil y la ausencia de comunicación por parte de Christopher.

Brodie, por su parte, me llama entusiasmado y encantado con su actuación. Me intereso por cómo ha ido con Christopher, porque no hemos tenido tiempo de charlar a solas, pero se muestra misterioso y solo me asegura que todo va bien.

Después me pongo en contacto con Bo-ra para preguntarle cómo se siente con las imágenes en las que aparece. Me disculpo por no haberle pedido permiso antes para usar las fotografías, pero se ríe despreocupada.

—Las envié a mi padre y le encantaron. Pensaba que estaba al borde de la depresión después de mi última ruptura, pero ahora vuelve a imaginarme vestida de novia. Es un romántico empedernido y no entiende que no necesito un hombre para ser feliz.

—Menos mal. —Respiro aliviada por no haber metido la pata de nuevo.

Me despido de ella, encantada con que vaya a ser parte de mi circo.

Mientras salgo, compruebo una vez más si Christopher ha dado alguna señal de vida, como si no hubiese tenido el móvil en la mano todo el tiempo.

Decido dejar de pensar en él y centrarme en mi encuentro con Robbie.

El restaurante donde hemos quedado es un lugar pequeño, de tipo menú, y los dueños son una pareja de ancianos que me reciben como a una reina.

—Ya era hora de que nuestro chico encontrara a una muchacha —suspira la mujer, después de que yo me haya sentado.

Levanto una ceja en dirección a Robbie, esperando que me explique a qué se refiere la mujer con esa afirmación.

—Espero que no sea eso lo que querías contarme, porque ya estoy metida en dos relaciones… —me detengo antes de decir «falsas».

Robbie estalla en carcajadas y responde a la mujer.

—Matilde, Brenna es una clienta muy importante. Y es la novia de Christopher.

—¿Ah, sí? —La mujer se inclina para estudiarme con curiosidad—. Bueno, quizá tenga una hermana para ti. Sea como sea, espero que me traigas bebés antes de que mi alma descanse en paz para siempre.

—Falta como un millón de años para eso.

La mujer se ríe a carcajadas.

—Queremos… —empieza Robbie, pero ella lo manda a callar con un gesto.

—Lo que a mí me dé la gana —dice, y se aleja farfullando—. Sabré yo lo que os conviene. Estáis en los huesos.

Robbie sonríe y se disculpa.

—Lo siento. Pensé que era buena idea vernos aquí, porque Matilde y Henry son amigos íntimos de mis padres y prácticamente nos han criado a Christopher y a mí. Aquí estamos a salvo de la prensa, aunque Mati no nos permita escoger la comida.

Desestimo sus disculpas con un gesto. Hemos hablado tanto últimamente, ya sea por llamadas o correos electrónicos, que le siento igual de cercano que Brodie. Es un chico meticuloso, que se encarga personalmente de la cuenta de Matched, no deja el trabajo en manos de sus empleados.

—Da igual. Cuéntame de qué se trata.

Robbie bebe un poco de su vaso de agua antes de responder.

—Quiero que sepas que esta idea es mía y no tiene nada que ver con Christopher. De hecho, él no sabe nada al respecto, porque esto te concierne a ti y quería darte total libertad de elección.

—Me asustas —reconozco.

Henry, el marido de Matilde, se acerca para servirnos vino. Por suerte, es mucho más callado que su mujer y se aleja enseguida.

—Quiero ofrecerte trabajo —desembucha Robbie.

Me quedo patidifusa. Estaba esperando algo fatídico, como que la prensa no se había tragado nuestra actuación y que Matched iba a ser un fracaso.

—He estado curioseando tus redes sociales, no en plan acosador, tranquila. Me llamó la atención la foto de Bo-ra y Brodie, y a partir de ahí seguí investigando. Creo que tienes potencial.

—Vaya, gracias —replico pletórica.

Estoy acostumbrada a recibir comentarios positivos de mis seguidores, pero no es lo mismo que los reciba de un profesional como él.

—Aunque ninguna de tus publicaciones se haya hecho viral, tus ideas son muy buenas. El enfoque de tus collages es bastante original y creo que podrías tener un futuro como creadora de contenido.

—¿Creadora de qué? —pregunto. Las palabras se traban en mi lengua.

Robbie sonríe.

—Un creador de contenido es un profesional que elabora materiales para ser publicados en las redes sociales, con el objetivo de posicionar una marca.

El lenguaje que usa supera mis conocimientos, pero creo tener una idea general de a qué se refiere.

—¿Cobrar por hacer fotos y subirlas a las redes sociales?

Asiente.

—¿Y me dices que tu amigo no tiene nada que ver con esto? —añado, buscando aclarar cualquier posible conexión.

Robbie niega con la cabeza de nuevo, esta vez en señal de negación.

—Tendrías que completar algunos cursos de marketing digital y aprender a usar programas de edición de fotos, pero lo que me importa es tu creatividad.

Tomo un sorbo de vino, mientras mi mente va a toda velocidad. Ya tengo un millón de ideas relacionadas con Matched, el anuncio del vikingo y el de los caramelos que tanto me gustan.

Abro la boca para comentárselo a Robbie, pero la cierro. No quiero desvelar mi entusiasmo tan pronto, sería el error de negociación de un novato.

—Podemos discutir las condiciones. —Hablo con el mentón en alto.

Robbie se carcajea.

—Si Matched me encuentra a una chica como tú, no dudaré en usarla.

Probamos los entrantes, que son deliciosos. Matilde no nos permite hablar más sobre el trabajo, no para de revolotear alrededor de nosotros. Nos trae panecillos salados recién sacados del horno, palitos de queso con salsa de orégano y crumpets con mantequilla de cacahuetes. Los platos son sencillos, pero encuentro en cada bocado el sabor del amor con el que han sido elaborados. Aún tengo los entrantes en la boca cuando deja en la mesa dos platos gigantes de judías con tomate y un trozo inmenso de pescado asado. Cuando llega el segundo plato, Robbie le pide clemencia y yo le aseguro que voy a necesitar que una grúa me mueva de la mesa.

—Gracias por invitarme y por la propuesta —digo.

Robbie me estudia con intensidad, con una expresión que reconozco de Christopher. Está calculando algo en su mente.

—Escucha, Brenna, tengo que confesarte que tu estilo no es lo único que me motiva.

—¿Ah, no? —Oculto mi decepción tras la copa cuando la levanto para tomar un sorbo de vino.

—Si no te hago una oferta yo ahora, lo harán otros. Voy a aprovecharme de tu notoriedad para obtener contratos ventajosos.

Alzo una ceja.

—De acuerdo. Aparte de la nómina, quiero un porcentaje de esos contratos.

Se echa hacia atrás en la silla y estalla en carcajadas.

—Es curioso que Christopher haya encontrado una chica a mi gusto.

—Te he oído —habla claro Matilde a mi espalda. Se ha acercado en silencio, por lo que doy un brinco—. Muchacha, ¿tienes una hermana?

—Por desgracia, no, señora.

—Qué pena —se lamenta—. Pocas mujeres logran que este chico levante la mirada de la pantalla.

—Matilde, tus intentos de buscarme novia no ayudan a mi imagen —protesta él, pero su tono es cariñoso—. Has estado hablando otra vez con mi madre, ¿verdad?

Me resulta hilarante su expresión de inocencia. Con la cabeza rapada, la camiseta negra impresa con el logo de un grupo roquero y los piercings de las cejas, no parecería un chico bueno ni siquiera si le crecieran alas de ángel. Pero la señora lo tiene bien adiestrado.

—A diario. La pobre ya no sabe qué hacer contigo. Mira tu hermana, con tres críos ya, y tu única novia es Siri. Pero llegará tu día —amenaza y vuelve a retirarse—. Voy a traeros el postre.

Robbie gimotea por lo bajo.

—Al final, puede que no haya sido una buena idea traerte aquí.

—Desde luego que no lo ha sido. He comido la ración de una semana.

—Y yo no podré volver hasta que encuentre a una chica como tú.

Está tonteando, aunque sea de forma inocente. Lo que no me disgusta en absoluto. Me gustaría restregárselo al señor «No llamo al día siguiente de mi cita falsa».

Quedamos en que me enviará los formularios de empleo por correo electrónico, y me cuenta un

poco sobre el equipo. Me recuerda los cursos que tengo que hacer y me aconseja sobre los mejores. Le propongo que entre como asistente en prácticas hasta que obtenga las acreditaciones necesarias. Me sentiría más confortable empezando desde abajo, aprendiendo a base de observar a los demás. Además, entre los cursos y el tiempo que tengo que dedicarle a Christopher y a Matched, no puedo comprometerme con un trabajo a tiempo completo.

—Estoy de acuerdo con todo, pero lo necesito por escrito —dice con una mueca—. No te creerías de lo que es capaz la competencia. Estoy dispuesto a subvencionar tus cursos si te comprometes contractualmente conmigo durante un par de años.

—Los ejecutivos sois una especie aparte —me quejo—. Queréis un contrato hasta para ir al servicio.

—Aprenderás que en nuestro mundo una firma tiene el valor de la persona que la pone.

Empiezo a entender que, para gente como ellos, su empresa lo es todo. Hay algo que admiro en esa dedicación. Voy a estudiar su oferta con atención y le pediré consejo a mi abogado para no venderme demasiado barata o firmar algo que me meta en líos de nuevo.

Cuando nos despedimos es tan tarde que Matilde está preparando el restaurante para la cena. Todavía me siento llena y decido caminar hasta mi apartamento, aunque sea un paseo largo.

Sigo sin tener noticias de Christopher y no sé cómo tomarlo. Aunque no nos veamos a diario, no suele pasar un día sin que me llame o me envíe un mensaje de texto. Recuerdo que tenía una videoconferencia importante y decido esperar. En cambio, tengo tres llamadas perdidas de mi madre, que ignoro a propósito. Planeo pasar el resto del día buscando información sobre los cursos que me ha recomendado Robbie y sobre qué demonios significa ser creadora de contenidos. Me detengo para hacer fotografías de los árboles casi desnudos y del cielo encapotado.

Cuando diviso la fachada de mi edificio, veo a Christopher parado en la puerta. Me detengo, sorprendida, y aguardo a que mis pulsaciones regresen a la normalidad.

Se acerca para recibirme.

—Hola.

Avanzó unos pasos más, pero vuelvo a detenerme. Su mirada interrogante y esperanzada me provoca sentimientos extraños. No estoy segura de lo que transmite. Los recuerdos de la noche anterior acuden a mi mente y pierdo el aliento. Por la forma en que me estudia, creo que está pensando en lo mismo.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

Esboza una sonrisa que me parece triste y echa un vistazo a mi edificio.

—Vengo a buscar a mi chica. ¿Qué tengo que hacer para que me haga caso?

No sé qué responderle.

—¿Cómo van las acciones? —pregunto.

Empieza a anochecer y las farolas de la calle se encienden de repente. Chris parpadea porque la luz de una de ellas le deslumbra.

—Bien, están subiendo de nuevo. Parece que nos estamos recuperando del batacazo.

Entonces… ¿Por qué pareces tan triste?, quiero preguntar, pero me abstengo.

—Me alegro. —No sé qué más añadir. Nos comportamos como dos extraños o como dos personas que ya se conocen demasiado, pero ocultan secretos que pueden herir al otro—. ¿Quieres un té? —propongo, avanzando hasta el portal.

—Solo si va seguido de un whisky.

Abro y le invito a entrar. Subimos en un silencio incómodo y pesado. Cuando entramos al apartamento, voy directa a la barra de la cocina y sirvo dos vasos de scotch. Brindamos y los vaciamos de un trago.

—Bien —digo. Me quito la chaqueta mientras hablo y cuelgo mi bolso en el respaldo de una silla. Christopher se deshace el nudo de la bufanda y desabrocha su abrigo—. ¿Cómo ha ido tu día?

—No mejor que el de ayer —responde. Nuestras miradas se encuentran, pero aparto la mía con rapidez—. ¿Y el tuyo?

—Muy bien, de hecho —comento.

—¿Mejor que el de ayer? —insiste, y una sonrisa arquea sus labios.

—Diferente —reconozco—. Robbie me ha ofrecido trabajo.

—¿Mi Robbie?

Noto un vuelco en el estómago. Su rostro es tan hermoso. Parece sorprendido e incluso un poco asustado.

—Tú y tus posesivos —me burlo—. Si te refieres a Robbie Petterson, sí, el mismo.

—¿Pero…? ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Cómo…?

Le explico brevemente el tema del almuerzo con su amigo.

—Me alegro por ti —dice y parece genuino—. Pero te advierto, lo conoces como cliente, pero como jefe puede ser un verdadero cabrón retorcido.

—¿Igual que tú, quieres decir?

Se ríe y agacha la cabeza. En algún momento ha apoyado un codo en la barra de la cocina y se ha subido las mangas del jersey hasta los codos. Yo estoy sentada al revés en una silla, cabalgándola y descansando mi mentón en la parte superior del respaldo.

Le hago un gesto para que vuelva a llenar nuestras copas, pero cuando se acerca y noto el olor de su perfume, me pregunto si es buena idea.

—Un buen jefe no se preocupa de enriquecerse, sino de mantener a sus trabajadores a flote —afirma con convicción.

Le observo un instante.

—¿Qué pasó con tu hermano? —suelto entonces.

Se congela mientras está inclinado y deja mi vaso en la mesa. Cuando se levanta lo hace con movimientos cuidados, como un anciano que teme por sus huesos.

—¿Por qué me lo preguntas si ya lo sabes? Has leído sobre ello, ¿verdad?

Odio que sea otra persona de un momento a otro. El color de sus ojos pierde el brillo y la calidez, y queda solo oscuridad. Profunda. Insondable. Su cuerpo se tensa y su rostro se vuelve anguloso.

—Porque quiero que me lo cuentes tú. He aprendido a no fiarme de la prensa.

Agita el vaso entre los dedos, después lo vacía de un sorbo.

—No estás preparada para lo que yo quiero contarte —replica. Se acerca y se arrodilla frente a mí—. Pero puede que lo estés para lo que quiero hacerte.

El corazón se me sube a la garganta. No hay forma de malinterpretar su mirada. Hay pasión allí, tanta que si la libera…

Trago saliva.

—No hay cámaras aquí —le recuerdo.

Suelta un bufido, después enarca una ceja. Busca su móvil en el bolsillo de sus vaqueros, abre la aplicación de grabar vídeos y lo apoya en la mesa, enfocando hacia nosotros.

—Ahora sí —susurra, regresando a su posición. De rodillas frente de mí. Nos separa el respaldo de la silla y temo que no es barrera suficiente para lo que leo en su mirada. Para lo que ansía mi cuerpo.

Suelto una risotada nerviosa y aprieto el respaldo entre los dedos. Christopher lo presencia y quita mis manos con suavidad. Gira la silla para que el respaldo quede a un lado y se alza sobre

las rodillas hasta que nuestras caras quedan a la misma altura, separadas por centímetros de distancia.

—¿Sabes? —murmura—. Antes de que te conociera en persona, vi la foto de tu expediente y la contemplé durante un tiempo. Estudié la información que Matched tenía sobre ti. Intentaba conocerte antes de hacerlo, quería que el algoritmo me contara quién eres, cuáles son tus sueños y por qué cree que eres perfecta para mí.

—¿Encontraste las respuestas?

—Aún no… —murmura, acercándose un poco más—. ¿Puedo mirar más de cerca?

Asiento en silencio, aun sin saber muy bien a qué estoy accediendo. Puede que me haya pedido que saltemos juntos de un puente, pero algo está cambiando entre nosotros, o al menos eso quiero creer.

Lo entiendo cuando acuna mi mejilla en su gran mano y acerca mi rostro al suyo. Me concede el tiempo de un suspiro para cambiar de idea. No lo necesito. Estoy atrapada en la tormenta de su mirada.

Me besa suavemente, una vez, dos veces, hasta que nuestros alientos se mezclan en un suspiro profundo de anhelo. Presiona con la otra mano la parte baja de mi espalda y une nuestros cuerpos. Mis piernas rodean su cintura y, cuando está conforme con la posición, desata su lengua y sus dientes, y me abandono a la marea de sensaciones maravillosas de tal forma que temo no volver a encontrarme.

No obstante, termina tan rápido como ha empezado.

Chris se detiene, deposita un beso suave en mi mejilla y se levanta.

—Hasta mañana, Brenna —dice.

Observo cómo desaparece de mi campo de visión y oigo el sonido de la puerta al cerrarse detrás de él. Cuando me recupero, paseo la mirada por la cocina en busca de su chaqueta, pero solo encuentro el vaso vacío y el sutil rastro de su fragancia como prueba de que no ha sido un sueño.

Recibo una notificación en mi móvil. Trago saliva y me froto la ceja, mientras compruebo de qué se trata. Es él. Lo abro y no necesito darle al botón de play para entender que el muy cabrón me ha mandado el vídeo de nuestro beso.

Un segundo después escribe:

▪

Dulce sueños, querida Brenna.

Capítulo dieciocho

Si pudieras pasar un día con alguien famoso, vivo o muerto, ¿quién sería y qué le preguntarías?

Brenna

¿Solo uno? Vale... Si tengo que escoger, me hubiese gustado conocer a Tolkien y ver si de verdad tenía tiempo para mear o dormir con todo lo que se inventó para sus novelas.

Christopher

Warren Buffet. Joder, lo que sea que me quiera contar ese tipo.

Tengo una agenda.

No es un cuaderno para evitar que me pese en el bolso, sino que uso la aplicación de Google Calendar para apuntar las tareas diarias. La necesito, porque mis días están llenos. Entre los cursos que he comenzado, las horas que paso en la empresa de Robbie, las sesiones de yoga, el club de lectura y las clases de español, estoy más ocupada que mi novio falso.

Christopher se queja de que soy inaccesible, pero me concede tiempo para adaptarme a mi nueva vida, tal como le he pedido. Nos hemos encontrado solo durante un almuerzo y un café rápido en la última semana, y en ambas ocasiones se comportó con el decoro de un caballero medieval. Y yo no estoy nada decepcionada con eso…

En absoluto.

Anoche me llamó para informarme que hoy tenía que actualizar mi agenda con una reunión urgente de la junta de accionistas. Después añadió como si nada que sus padres iban a estar presentes.

Como si no fuera suficiente «conocer a sus padres» y enfrentarme a los accionistas al mismo

tiempo, llego empapada al encuentro. El cielo se abrió y me lanzó toda su furia encima. No había ningún taxi libre y me negué a llamar a Christopher para que me mandara a su chófer.

Nada más entrar en el edificio de S4L me doy cuenta de que no quiero presentarme ante la junta en general y su familia en particular con el aspecto de un gato callejero. Lo hice al conocer a Christopher con resaca y sin desayunar, y no estoy dispuesta a repetir esa experiencia.

Busco el baño de la planta baja y me examino en el espejo. Llevo puestas mis prendas más caras, un pantalón de cachemira y unos botines nuevos. Incluso planché mi camisa de seda, pero la lluvia ha calado la fina chaqueta y estoy empapada. Se me nota el sujetador negro por debajo de la suave blusa verde y mi cabello está pegado a mi rostro. Del maquillaje solo quedan dos medialunas pringosas en la zona de las ojeras.

Cojo un manojo de servilletas del dispensador y me froto con ellas desesperada por secarme. Por suerte, he llegado con tiempo de sobra. Intento meter mi cabeza bajo el secador de manos automático, pero finjo haber perdido algo en el suelo cuando una mujer entra y me observa sorprendida.

¿Qué hago ahora? No concibo presentarme con este aspecto, pero tampoco doy con una solución. Esther está en el edificio, pero incluso si le pidiera prestado su atuendo, lleva dos tallas más que yo. La primera tienda de ropa está a un par de manzanas de aquí, no me da tiempo a ir de compras y regresar.

Una chica sale del cubículo y se acerca a lavarse las manos. Le doy la espalda cuando noto que me lanza miraditas curiosas.

Estoy temblando de los nervios. Cuando se va, vacío el contenido de mi bolsa en la encimera porque estoy demasiado agitada como para buscar el móvil. Lo diviso entre mis cosas y marco el número de Christopher. Contesta al segundo tono.

—Necesito que canceles la reunión —digo.

—¿Brenna? ¿Estás bien? ¿Es tu diabetes? ¿Debo llamar al médico?

—No. Estoy bien —le aseguro, sintiéndome culpable por la preocupación que noto en su voz. Cuidar mi salud es otra cosa que estoy haciendo mejor desde que lo he conocido. Acudo a las revisiones médicas, me tomo la medicación con regularidad, como a mis horas y me alimento mejor desde que empezó a enviarme platos saludables de comida preparada a domicilio—. Pero necesito que canceles la reunión. Posponla para mañana.

Mi piel está erizada y tiemblo.

—¿Qué ha ocurrido? —exige saber—. ¿Dónde estás? Voy a recogerte. Aún puedes llegar a tiempo.

—No necesito llegar, estoy aquí. Pero no voy a subir.

Ya he tomado la decisión, y aunque sé que no les va a gustar nada mi desplante lo prefiero a convertirme en la burla de unos ricachones egocéntricos. De ningún modo voy a perder la poca confianza que he acumulado y la pizca de orgullo que me queda apareciendo frente a su familia como una rata mojada.

La línea se queda en silencio unos momentos.

—No lo entiendo —dice Christopher—. Y me temo que, si no me das una buena razón, no puedo posponer la reunión. Todos los participantes tienen una agenda apretada, algunos han volado de otros países y no puedo simplemente cancelarla sin motivo.

—¡Estoy mojada! —grito por teléfono.

Me imagino la cara de Christopher. Ha vuelto a quedarse en silencio y parece que quiere traducir lo que le he dicho, como si hubiese hablado en un idioma desconocido para él. Se escucha una puerta cerrándose al otro lado de la línea.

—Disculpa. ¿No vas a asistir a la reunión porque estás mojada? —susurra.

—Sí, eso es.

—Y cuando dices mojada… —deja la frase en el aire, y yo pongo los ojos en blanco.

¿Qué se estará imaginando?

—Está lloviendo. He venido caminando. Y no quiero subir con la pinta que tengo ahora mismo.

—¿Dónde estás?

—En el baño de mujeres de la planta baja.

—Quédate ahí —ordena y me cuelga.

Sé que está en camino, pero no sé si viene a ayudarme o a matarme.

Dos minutos después oigo unos pequeños golpes en la puerta. Solo puede ser él, ya que una mujer entraría sin pedir permiso.

Me agacho y me aseguro de que los cubículos estén vacíos antes de responder.

—Adelante.

Cruzo los brazos para ocultar el sujetador, pero no puedo parar de castañear los dientes. Odio al instante lo perfecto que se ve, el oscuro traje caro, el cinturón de piel, cómo su camisa blanca hace resaltar su piel bronceada.

Él inclina la cabeza y me analiza de arriba abajo.

—Hola —saluda al fin.

Frunzo el ceño en respuesta.

—¿Por qué has venido? ¿Tienes una varita mágica? Como no me metas en una secadora no veo cómo puedes arreglar mi problema.

Se apoya en la pared y cruza los brazos.

—En primer lugar, quiero saber cómo llegaste mojada.

Suspiro, pero mi pelo frío me toca el cuello descubierto y me estremezco. Aprieto los brazos a mi alrededor con más fuerza.

—Ya te lo dije. Caminé.

—¿Por qué? ¡Vives a dos millas! ¿Has oído hablar de Uber, del autobús, del tren? Podrías haberme llamado, habría enviado un conductor para recogerte.

—¿Has venido a regañarme? —replico con sorna.

—No, Brenna. He venido a salvarte. —Se acerca mientras se quita la americana y la pone sobre mis hombros. Se inclina para susurrar en mi oído—. Pero empiezo a pensar que no te lo mereces.

Por un segundo me pierdo en el perfume que desprende su chaqueta y en el calor que irradia su cuerpo. Hasta que mi cerebro, casi congelado, procesa lo que ha dicho.

—¡Que te den! —exploto y hago el ademán de irme.

Él me agarra del antebrazo para detenerme y tira de mí. Nos quedamos cara a cara, a centímetros de distancia. Su mirada se desvía hacia mis pechos y una sonrisa sensual se asoma en sus labios.

—¿Puedo…? —solicita como si no estuviera ya tocándome. Su forma de mirarme me hace sentir que estoy completamente desnuda.

—Un poco tarde para eso. Suéltame.

—Lo haré, pero solo si me prometes que no vas a huir antes de que encontremos una solución.

Por fin devuelve su atención a mi rostro, y creo que prefiero que se centre en mi cuerpo porque esa mirada es… incendiaria y oculta intenciones para nada inocentes. La oscuridad habitual de sus ojos ahora brilla con el fuego del deseo.

¡Por todos los santos del calendario! Me sofoca el calor que estalla en mi interior.

La puerta se abre, pero Christopher ruge antes de que entren.

—Este servicio está cerrado.

La persona de afuera le hace caso y se esfuma.

—Tienes que posponerla —insisto—. O hacerla sin mí.

Aprieta la mandíbula visiblemente.

—De ninguna manera. Quieren vernos a ambos y creo saber por qué.

—¿Por qué? —pregunto notando un peso en el estómago. Los dientes me castañean otra vez.

—Las acciones no han subido tanto como esperaban. Robbie tiene sus métodos y un calendario de eventos públicos planeados, pero lleva su tiempo, y la junta está impaciente por recuperar todo el dinero perdido. Creen que anunciar un compromiso funcionaría de inmediato.

—¡No voy a casarme contigo!

Esboza una sonrisa ladina.

—Por supuesto que sí. Pero lo haremos cuando estemos preparados. Todo a su debido tiempo. Por ahora, vamos a ponerte guapa.

—¿Insinúas que no lo soy? —inquiero, aleteando mis pestañas pegadas de máscara corrida.

Él sonríe de lado.

—Estás perfecta para recrearte en mi imaginación esta noche cuando me dé una ducha, pero no tanto como para presentarte en una sala ante toda esa gente.

Lo miro boquiabierta por lo que ha insinuado.

—Esa gente es igual que tú —le recuerdo.

Finge que no me escucha.

—¿Tienes todo lo necesario para retocar tu maquillaje? —pregunta al ver el contenido de mi bolso tirado en la encimera.

—Que va.

Se rasca la cabeza pensativo. Después busca su móvil en el bolsillo del pantalón y llama a alguien.

—Lo solucionaremos —me promete antes de que su interlocutor le responda—. Bo-ra, estoy en el baño de mujeres de la planta baja. Ven y trae… No… ya lo verás… demasiadas preguntas —la corta, cuando es evidente que su secretaria necesita algunas respuestas. Recuerdo el apodo por el que Charles lo llama—. Brenna necesita un secador de pelo, un modelito nuevo y algo de maquillaje… Sí, vale, eso también. ¿Qué es un iluminador? —me pregunta a mí con la mirada y a su secretaria a través del móvil. Cuando niego con la cabeza, vuelve a la conversación—. Sí,

sería genial. No tienes que llamarla, estoy con ella. Gracias.

Cuelga y me sonríe radiante.

—Ya está. Quiero que me nombres tu caballero de armadura brillante.

—Ni lo sueñes —replico, tirando de las solapas de su chaqueta para que me cubran mejor—. Ya había pensado en llamar a Bo-ra, pero no quería distraerla de su trabajo. Te estás atribuyendo méritos que no te corresponden.

—Mi futura esposa es muy intensa —dice, como si lo estuviera anotando mentalmente. Abre los brazos—. Ven aquí. Te vas a congelar hasta que lleguen los refuerzos.

Abro la boca, atónita ante su oferta de abrazarme para que entre en calor.

—Tu americana está destrozada —le informo mientras camino hacia él de mala gana.

Se encoge de un hombro despreocupado.

—Tengo ropa de repuesto en mi oficina. —Cuando me acerco lo suficiente, me abraza por detrás y su barbilla roza mi coronilla mientras habla—. Escucha. Quiero que mantengas la calma durante la reunión.

Tiemblo entre sus brazos. No solo por el frío, me da pánico estar ante un grupo de personas que van a juzgarme sin importar lo que haga.

—¿Cómo son tus padres?

Se toma unos momentos para responder.

—Mi padre no pondrá pegas. Todavía se está recuperando del cáncer. Él cree en mí y me apoya en todas mis decisiones. Mi madre…

Trago saliva, ya oliendo los problemas.

—… ha tenido una vida dura, se ha hecho de piedra y actúa en consecuencia. Hemos discutido varias veces sobre mis ideas para la empresa. Ella no cree en Matched.

—Genial —susurro—. Podías haberme explicado esto antes.

Puedo sentir como niega con la cabeza.

—Ellos no son tu problema y no quiero que intentes ser alguien diferente. Solo te pido que muestres tu versión más sensata.

El pecho se me hincha de orgullo. ¡Cree que soy sensata! En ocasiones, al menos. Ya no debo parecerle un agujero negro.

Me relajo en sus brazos y tengo la tentación de acurrucarme en el hueco de su clavícula, pero voy a mojarle si lo hago. Me abstengo a duras penas. Su calor y su solidez es todo lo que he soñado en la vida. Quiero cerrar los ojos y disfrutar, pero Bo-ra irrumpe en la habitación con tal ímpetu que la puerta choca contra la pared.

—¡Ya estoy! —grita—. Nos quedan once minutos, descontando el tiempo que toma llegar a la sala de reuniones.

Sus brazos están cargados de ropa y un maletín le cuelga del hombro.

Christopher se endereza y me estremezco por la ausencia del calor de su cuerpo.

—No necesito los detalles —declara, dirigiéndose hacia la puerta—. Te veo arriba.

Bo-ra deja el maletín sobre la encimera, lo abre y saca un secador de pelo, que enchufa con velocidad. Me lanza la ropa y demanda que me la pruebe.

No tengo tiempo para decir ni una palabra antes de que me empuje hacia uno de los servicios y me grite que me dé prisa.

Cuelgo las prendas en el gancho detrás de la puerta y lucho por quitarme la ropa empapada. Hay un pantalón de tela gris que va genial con los botines, casi no se nota que me quedan un poco pequeños. Lo combino con un jersey del mismo color, pero un tono más oscuro, tan fino que llega a ser demasiado transparente para mi gusto, pero la alternativa es una camisa sin mangas con un escote que deja ver mis pechos hasta Escocia.

Salgo decidida a comprobar mi aspecto en el espejo, pero Bo-ra no me lo permite. Empieza a secarme el pelo, a la vez que usa un peine de púas anchas, sin una pizca de consideración por mi cuero cabelludo.

—¿Cómo es que estabas tan preparada? —grito por encima del ruido del secador.

—De los errores se aprende. Me pasó lo mismo y ahora guardo una muda de ropa en la oficina. Por suerte tenemos tallas similares.

Ojalá fuera cierto, pero quiero a Bo-ra por salvarme a la vez que me hace cumplidos. Su postura es más erguida, su forma más andrógina. Su jersey se pega demasiado a mi pecho y el pantalón me marca el culo. En ella, esta ropa se vería como si estuviera encima de un maniquí del escaparate de una tienda cara, mientras que yo parezco haber elegido una talla dos veces más pequeña.

—Gracias. —La abrazo cuando acaba con mi peinado.

—Cinco minutos —dice ella—. Tienes que sentarte para que te arregle el maquillaje.

—Puedo hacerlo yo misma.

Consigo quitarme las marcas de la máscara y lavarme el rostro, pero cuando intento volver a aplicar los productos, los dedos me tiemblan tanto que me pincho en un ojo con el delineador.

—Déjame ayudarte —Bo-ra vuelve a tomar el mando—. Procura tranquilizarte. Respira hondo y piensa que no hay motivo de preocupación. Es solo una reunión y ni siquiera tendrás que hablar. También puedes usar el truco de imaginarte a los demás desnudos.

Su sugerencia surte efecto. Aunque no esté aquí, puedo imaginarme a Christopher desnudo con detalles asombrosos.

—Mmm… —gimoteo, sonriendo embelesada con los ojos cerrados.

—A los demás —corrige Bo-ra, leyendo mis pensamientos—. La idea es relajarte, no alterarte aún más. Tienes que conseguir que se vean ridículos.

—¿Tú has visto a Christopher desnudo? —pregunto a la vez que espero que su respuesta sea negativa—. Este hombre no tiene ni un gramo de ridiculez en su cuerpo.

—Por favor, no me obligues a imaginarme a mi jefe en cueros —se queja.

—Cambia la imagen por la de Brodie —la pico—. Es un buen ejemplo de cero ridiculez también.

—Eso es incluso peor —gimotea—. Dos minutos.

Me observo en el espejo y asiento satisfecha. No tengo la apariencia impecable con la que salí de casa, pero me veo presentable. Los padres de Christopher no caerán de espaldas, aunque espero que me respeten.

Salimos y me doy cuenta de que he perdido el miedo al encuentro con los accionistas por la charla liviana con Bo-ra. Me conduce por el pasillo hasta el ascensor. Ambas caminamos casi corriendo, con los tacones marcando un ritmo acelerado y en el ascensor reímos como dos colegialas que han salido indemnes de un embrollo.

—Buena suerte —declara ante una puerta. Las persianas de los cristales están bajadas, no tengo ni idea de lo que me espera al otro lado.

—Gracias por todo. —Le aprieto el codo en señal de despedida, respiro hondo y entro con la sensación de que me estoy metiendo en un nido de víboras.

Capítulo diecinueve

¿Cómo defines el amor y qué significa para ti?

Brenna

El amor es resistencia. Es respirar hondo y morderte la lengua. Vamos... que es lo único que hace que no mandes a tomar por culo a tus parientes y amigos, y te vuelvas una ermitaña que vive sola en la montaña. Bueno, el amor y la necesidad, claro, porque si vives sola en la montaña vas a estar en paz, sí, pero cuando necesites un trasplante de riñón o una transfusión de sangre, lo llevas claro.

Christopher

Es un sentimiento de afecto hacia otra persona que te impulsa a tomar decisiones que no tomarías sin sentir esas emociones.

Me detengo bajo el vano de la puerta abierta.

En el cuarto, sentado con las piernas cruzadas y dando sorbos a una taza de té, está solo Julian.

—Ah, Brenna, has venido —saluda con una sonrisa deslumbrante.

—¿Aún no ha llegado nadie? —pregunto.

No sé qué silla elegir. La mesa es ovalada y encima están preparadas doce carpetas.

Él nota mi desconcierto y me explica.

—Están intercambiando abrazos falsos en el salón principal y negociando sobre quién cede votos a quién.

Decido quedarme de pie, a una cierta distancia de Julian y bastante cerca de la salida para poder seguir a Christopher cuando entre.

—¿Y tú no necesitas votos o abrazos?

Deja la taza en la mesa y se quita una pelusilla de la manga.

—Desde que mi hermano tomó el control, soy un simple objeto de decoración, obligado a aplaudir todo lo que él hace.

—¿Lo siento? —comento, esperando que me cuente más.

Pero no tiene tiempo de hacerlo. Se oyen voces en el pasillo y los participantes empiezan a entrar.

Me aparto hacia un lado, casi pegada a la pared hasta que están todos dentro. Los últimos son mi novio falso y un señor con apariencia frágil, de piel translúcida, por la que se adivinan venas azuladas, y camina de forma cuidadosa. Christopher me ve, se inclina para besarme en la sien y coge mi antebrazo mientras avanza.

Acabo sentada entre él y el señor que, sospecho, es su padre. No me cuesta nada encontrar a su madre. Es una mujer elegante, con un corte bob, los ojos muy maquillados y la misma piel morena que ha heredado su hijo. Me estudia con una mirada hostil desde el asiento frente al mío, al otro lado de la mesa. A su lado, Julian sigue teniendo pinta de estar tan relajado como un león tras un festín.

—Señorita Abernathy, es un placer conocerla al fin —empieza un hombre, ubicado en la otra punta de la mesa.

Tengo que girarme hasta quedar casi encima del padre de Christopher para ver al que habla. El caballero palmea suavemente la mano que tengo en el respaldo y me dedica una sonrisa sincera. Me enamoro de él al instante. Sus ojos son igual de oscuros que los de Christopher, pero moteados de un dorado cálido.

Asiento en respuesta al saludo del hombre, pero no le respondo verbalmente.

—Todos albergamos ciertas dudas cuando Christopher… —tose y se cubre la boca con el puño — presentó sus ideas tan innovadoras.

Se oyen murmullos entre algunos de los asistentes.

—Pero mi hermano ha demostrado que sabe lo que hace —continúa Julian.

—Eso está por verse —comenta su madre.

—Las acciones aún se sitúan un diecisiete por ciento por debajo del máximo que alcanzaron tras el anuncio del compromiso de Christopher y la señorita Abernathy —continúa el hombre,

hojeando las carpetas.

Varios de los participantes las abren, pero otros no se dignan a tocarlas. Yo estoy entre estos últimos, al igual que Christopher.

—No podemos tomar como referencia esa cifra —dice él—, porque estaba treinta y ocho puntos por encima de nuestras previsiones. Incluso después de la bajada, nos hemos recuperado y estamos a solo un cuatro por ciento de alcanzar el pronóstico.

El portavoz de la junta asiente, pero su rostro tenso deja en evidencia su desacuerdo.

—Cuando le cedimos parte de nuestras acciones a la señorita Abernathy, como recompensa por su colaboración, perdimos un once por ciento de lo que inicialmente nos habías prometido, Christopher —insiste él—. Y tú perdiste el triple. Me pregunto por qué no muestras más interés en recuperar ese dinero.

Me he perdido. ¿Por qué dice que Christopher ha perdido más que ellos al cederme las acciones? Le echo un vistazo al susodicho, pero está inmerso en un enfrentamiento de miradas con el otro hombre y no me hace caso.

—Os he prometido que vais a recuperar vuestro dinero. Os mantengo al tanto con actualizaciones diarias…

—Faltan tan solo tres meses para el lanzamiento de Matched —interviene la madre de Christopher, mientras Julian sonríe distraído a su lado—. Debéis comprender que los accionistas necesitan una garantía para evitar que vuelva a haber… contratiempos.

Termina su intervención y me mira directamente, casi como si me estuviera desafiando a responder. Decido mantenerme en silencio, aunque en mi interior siento que se avecina una tormenta. Me enfurece que hablen de nosotros como si fuéramos el menú de un restaurante, discutiendo qué pedir.

Se escuchan algunos comentarios de aprobación y los murmullos se propagan por la sala.

—Las cosas que se inventan hoy en día. —El padre de Christopher me susurra en el oído—. Comercializar el amor, ¡lo que nos faltaba! Querida, dime… ¿la máquina de mi hijo acertó? —pregunta—. ¿Estás enamorada de él?

Siento un sudor frío recorrerme. Tartamudeo frente a su mirada ilusionada sin saber qué contestar.

Pero alguien me salva, hablando con determinación.

—Está claro que todos dormiremos mejor si Christopher y la señorita Abernathy se comprometen oficialmente. Una fiesta pomposa y sonada. La fecha de la boda podría ser el mismo día del lanzamiento de Matched —dice una mujer elegantemente vestida y peinada, de edad similar a la de su madre.

Aunque agradezco que me haya salvado de responderle al padre de Christopher, estoy a punto de desmayarme. Nunca había tenido un ataque de pánico antes. Todo se vuelve oscuro, sudo y respiro apresuradamente. Mi mente se niega a aceptar que, en tan solo tres meses, estaré casada simplemente porque un grupo de ejecutivos lo ha decidido.

—¡Es una idea estupenda! —exclama un hombre delgado, de voz chillona.

¡No lo es!, quiero responderle, pero en lugar de hacerlo, aprieto los dientes con fuerza.

—Eso es cosa nuestra —dice Christopher—. Apresurar un enlace puede ser contraproducente y dar la impresión al público de que nuestra relación es un mero reclamo. No queremos que parezca una estrategia de marketing, sino un ejemplo real de lo que nuestra aplicación puede hacer por dos personas. Debemos tomar las cosas con calma.

Siento unas ganas inmensas de abrazarlo delante de todos esos estirados.

—Ha dejado de incumbiros a vosotros en el momento en que decidiste ofrecer tu vida amorosa al servicio de Matched —espeta su madre.

—Mamá, ni siquiera eres miembro del consejo —responde Christopher en un susurro furioso.

Entiendo su frustración porque es la misma que la mía.

—Esta empresa sigue siendo de la familia Thompson. Estaba en el consejo cuando se votó rebajar el puesto de Julian y elegirte como presidente. Hiciste promesas en aquel momento y todos esperamos que las cumplas —concluye ella.

Un silencio tenso se cierne sobre la sala, anunciando malas noticias. Sé que hemos perdido antes de que vuelva a hablar el portavoz.

—Votemos para que el día de la boda se anuncie junto con el lanzamiento de la aplicación. Antes de eso se duplicarán las apariciones en eventos públicos. Y, si el valor de las acciones no sube en el siguiente mes, propongo cambiar la empresa de marketing que gestiona la cuenta de Matched.

Las manos se levantan antes de que tenga la posibilidad de abrir la boca. Me enfurece que crean que Robbie no hace bien su trabajo, cuando sé lo implicado que está con nuestra causa. Al final, tengo que asumir la culpa. Si no fuera por el beso de Brodie, no estaríamos aquí, a merced de estos hombres trajeados.

Cuando la sala comienza a vaciarse, permanezco sentada e inmóvil, aún asimilando lo que acaba de suceder. Algunos me saludan, como si, por fin, me vieran, pero no creo que comprendan lo que acaban de hacer. Han votado sobre mi vida y no hay dinero en el mundo que me convenza de que eso está bien.

Christopher se detiene en la puerta, conversando con su padre durante un minuto más después de que todos se hayan ido.

—Niña —dice, sonriendo—, mi muchacho te informará sobre los planes para el fin de semana de toda la familia, tú incluida.

Por alguna razón, mis ojos se humedecen. No sé de qué habla, pero no me importa. Estoy demasiado conmocionada.

—Gracias —respondo en un susurro.

Cuando se va, Chris cierra la puerta.

—Estás enfadada, y con razón —empieza, todavía de espaldas a mí.

¿Enfadada? No sé lo que siento. Estoy atónita.

—¿Es siempre así? —pregunto en voz baja. Me flaquean las fuerzas, como si esos chupasangres me hubieran dejado seca. Ni siquiera quiero pelearme con él, y eso sí que es raro.

Christopher se da la vuelta y noto en su mirada el mismo agotamiento que me aqueja.

—Sí, normalmente así es cómo va la cosa. Es como uno de esos documentales de depredadores de la televisión. Lo siento, Brenna —se disculpa, encogiendo un hombro.

—No quiero volver a participar en una reunión de ese tipo —le aviso—. Tengo ganas de matar a la mitad de los presentes. Excepto a tu padre —añado—. Es un hombre maravilloso.

Asiente en silencio.

—Me he tomado el resto del día libre. ¿Estás disponible?

—¿Para qué? —pregunto curiosa.

Él sonríe, pero esta vez no hay rastro de su habitual arrogancia en su expresión.

—Para distraernos —propone—. ¿Qué te gustaría hacer? Algo que hayas deseado desde siempre, pero que nunca pudiste.

Me toma por sorpresa y no sé qué responderle. No es que haya vivido cinco vidas. No he hecho casi nada de lo que me hubiera gustado. Pero no creo que este sea el momento adecuado para pensar en eso.

—No —digo, y me levanto—. Hagamos algo que te apetezca a ti.

Lo dejo boquiabierto.

—¿Qué?

—Es lo que quiero hacer ahora. Algo que te apetezca hacer a ti —insisto—. Y si puede ser un deporte de riesgo, mejor.

Estalla en carcajadas y sacude la cabeza. Me alegro tanto de ver cómo se suavizan las líneas de tensión de su rostro que sonrío a mi vez.

—No dejas de sorprenderme, futura esposa.

—Mejor no me recuerdes eso —le advierto—, o descargaré toda mi adrenalina sobre ti.

—Estoy a tu completa disposición, especialmente si planeas hacerlo de un modo en particular.

Se me ocurren cosas que harían sonrojar a una prostituta.

—Veo que tu idea coincide con la mía… —celebra él con un brillo malicioso en los ojos.

—Cállate —le espeto, sorteándole para ir hacia la salida y así ocultar mi rubor.

Él da varios pasos hacia mí y se me adelanta para abrirme la puerta como el perfecto caballero.

—Como desee mi…

Le tapo la boca con la mano, amenazándolo de muerte, pero no puedo evitar que se forme una sonrisa en mi rostro.

Una vez en el rellano, oigo que avisa a Bo-ra de que estará ausente el resto del día, pero enseguida vuelve a estar a mi lado.

—¿Estoy bien vestida para el lugar al que vamos? —pregunto.

—Vas a tener frío —replica.

Aunque lleve la ropa de Bo-ra y me falte un abrigo, no quiero pasar por mi apartamento para cambiarme. Estoy demasiado alterada y no es una idea sensata estar en un espacio cerrado sola con Christopher. Me conozco, no confío en mí misma en esos momentos.

—¿Podemos parar en alguna tienda para comprar algo?

Christopher enarca en una ceja y se pone el móvil en la oreja. Creo que va a llamarme agujero negro de nuevo, pero me sorprende cuando le pide a alguien, al otro lado de la línea, que prepare abrigos y botas confortables de mi talla y también de la suya.

—Ya está —me informa.

Se sabe mi talla de memoria e intento no parecer impresionada.

Qué fácil lo arreglan todo los ricos. Yo habría perdido toda la mañana comparando precios y buscando ofertas.

El ascensor nos deja en el aparcamiento subterráneo, lo cual es una suerte, porque ambos vamos muy poco abrigados. La lluvia ha parado, pero el frío es intenso.

—¿Vas a decirme a dónde vamos? —pregunto, cuando ya estamos en el coche y ha cogido la carretera principal.

—Primero iremos a la tienda —me explica—. Después a jugar a los bolos.

—¿Bolos?

Me remuevo en el asiento y empiezo a relajarme por el calor que desprende en mi espalda. Relajarme demasiado también es un estado peligroso. De hecho, empiezo a pensar que todo lo que me provoca este hombre suena peligroso de formas muy placenteras. Eso es lo que lo hace aún más arriesgado.

—Es algo que… —Christopher mantiene la vista en el horizonte—. Bueno, es algo que nunca se me ha dado bien.

—¿Qué? —me incorporo en el asiento para no perderme nada—. ¿Existe algo en el mundo en lo que Christopher Thompson no sea bueno?

—Más cosas de las que imaginas —farfulla—. Pero si se lo cuentas a alguien, tendré que demandarte y te advierto que mi ejército de abogados podría invadir algún país pequeño, como Escocia, por ejemplo.

—Ohhh —niego con la cabeza, sin poder creer que se haya atrevido—. ¿Quieres morir?

Se carcajea al ver mi mueca de indignación.

—Basta el meñique de una escocesa para acabar con un inglés engreído.

Él observa el dedo que sacudo frente a su rostro con una ceja alzada y media sonrisa en los labios. Me viene a la mente la imagen del hombre serio y estirado que conocí hace un par de meses en la puerta de su despacho, y no puedo creer que sean la misma persona. Ahora parece mucho más relajado y risueño, así que el huracán Brenna no debe de sentarle tan mal.

Toma una curva, y al incorporarse en un carril lleno de coches, me echa un vistazo fugaz.

—Como te decía, los bolos son algo que no se me da bien. —Sonríe cuando gruño de pura incredulidad—. Mis amigos se reían de mí porque no lograba acertar. Es decir, ¿qué idiota inventó algo así? ¿Cómo se supone que tienes que coordinar tu mano, tus ojos, la postura, calcular trayectoria y velocidad, todo a la vez?

—Claro… es una tortura —me burlo. Me encantan los bolos, y estoy segura de que él lo ha sacado de Matched, al igual que lo de Blur.

—Eso mismo digo yo —suspira, obviando mi sarcasmo y haciéndome sonreír.

—Y gracias por lo de Blur, por cierto —recuerdo decir un tanto avergonzada. Me enternece el gesto de que removiera cielo y tierra para darme esa sorpresa.

—¿Otra vez con eso? —protesta él sin mirarme—. No tuve nada que ver.

—Ya.

Bo-ra me contó todo a cambio de una musaka de carne en su restaurante griego favorito. Cantó como un canario, con la tripa llena. Pero no le digo nada a Christopher para no meterla en un aprieto.

Por el rabillo del ojo, veo que él sonríe.

—¿Quién te ha sacado el palo del culo? —le pregunto, divertida—. Estás más simpático conmigo desde la noche que fuimos a Winter Wonderland.

Christopher regresa la vista a la carretera y cambia de carril pensativo.

—Esa noche me di cuenta de que me decías la verdad sobre Brodie —confiesa al fin—. Al veros juntos se nota que sois como hermanos.

—Te lo dije —canturreo con tono de sabelotodo.

—No te conocía bien, Brenna —se defiende—. Ninguno de los dos sabe todavía quién es el otro.

Asiento, aunque tengo la impresión de que hay partes de él que empiezo a conocer bien. Cada vez me resulta más familiar estar aquí sentada a su lado.

De repente, el ambiente en el coche se vuelve un tanto incómodo y no sé qué decir para solucionarlo.

Christopher humedece sus labios y nos miramos de soslayo al mismo tiempo.

—Me doy cuenta de que todavía tenemos mucho de qué hablar —prosigue él, pero el brillo travieso de sus ojos me dice que está bromeando—. Como el hecho de que no sé si te gustaría que te llamara con un apodo cariñoso, del tipo «conejito mío» o «bruja escocesa». Por si te lo preguntas, a mí me van los normales «amor mío», «mi vida», incluso «dios», siempre y cuando se usen con moderación y en las circunstancias adecuadas.

Me río como una idiota. Debería mandarle a la mierda, pero empiezo a entender el humor de Christopher y me gusta esa faceta suya.

—¿A dónde se supone que vamos con tu familia? —pregunto para cambiar a un tema un poco menos embarazoso.

Él se rasca la barbilla antes de responder.

—¿Tienes bañador?

A tres semanas de Navidad hace un frío de muerte fuera y sé que ocurre lo mismo en toda

Europa, así que debe estar hablando de un lugar muy lejano. Lo miro expectante.

—Mis padres tienen un alojamiento en Tenerife.

—Guau.

—¿Tienes pasaporte?

—No. —Soy tan patética. Esa gente tiene casas en otros países y yo no tengo ni la documentación necesaria para salir del Reino Unido.

—No te preocupes, tengo un amigo en una comisaría de Whitechapel que puede hacerte uno al momento.

Asiento un tanto incómoda.

—¿Cuánto cuesta volar a…?

Christopher hace un gesto para cortarme.

—Ni lo pienses, Brenna. Los vuelos corren por cuenta de S4L, lo consideramos un viaje de negocios, lo cual nos beneficia para deducir impuestos y demás. No vas a gastarte mucho, ya que el hotel es nuestro.

Un hotel entero.

—Guau —repito anonadada.

—¿Estás bien?

—No estoy acostumbrada a estas cosas. De pequeña, nuestras vacaciones se limitaban a ir a la casa del pueblo.

—¿Nunca has viajado? —inquiere él con genuina curiosidad y me tranquiliza no captar ni una pizca de soberbia en su tono.

Niego con la cabeza.

—Podemos hacerlo ahora —me consuela—. Haz una lista de sitios que te gustaría visitar por orden de preferencia y le pediré a Bo-ra que lo vaya organizando para cuando tengamos tiempo. Podemos incluso añadirlo al programa de Robbie. Además, en este caso en particular, eres la invitada de mi padre. No sé qué sería capaz de hacerme si te permito pagar una botella de agua. Sé que no te gusta, pero espero que puedas hacerle un favor a un anciano enfermo.

Vuelve a intentar manipularme y le funciona. Aunque nuestra relación esté en la cuerda floja, no puedo negarme a ofrecerle unos días de paz a su padre. Me siento halagada porque me haya incluido en su familia.

—Gracias. —Le dedico mi sonrisa más sincera—. Y gracias por no ser un esnob al respecto.

Él se ríe.

—Entonces, ¿por qué me llamas Peaky Blinder Pijo?

Me entra una tos que casi me hace saltar del asiento. Acabo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo sabes…? —consigo decir al final.

—Nuestro mejor amigo común —me explica.

—Este chico habla demasiado. Le voy a coser la boca con hilo de pesca.

—¿Qué significa lo de Peaky Blinder? —prosigue él. Parece llevar tiempo queriendo preguntármelo.

Me quedo boquiabierta.

—¿Disculpa? —casi escupo—. ¿No has visto la puta mejor serie de la historia?

Él niega con la cabeza y me pongo la mano en el pecho como si me estuviera dando un infarto.

—Qué vergüenza. Estoy tan decepcionada que no puedo ni mirarte.

—Siento que lo veas así —bromea como si hubiera descubierto algo realmente humillante sobre él, como que sigue siendo virgen a los treinta.

—Por favor, para el coche. No puedo ir a ninguna parte contigo ahora —prosigo con seriedad.

—Gracias por no ser una esnob al respecto. —Me tira mis propias palabras a la cara y me entra un ataque de risa.

Cuando llegamos compruebo que Christopher no exageraba con lo de ser pésimo. Me río tanto de sus intentos de hacerlo bien que me duele la barriga. Él se lo toma con una estoicidad envidiable. Admiro la forma en la que es capaz de encajar las críticas con tanta templanza. Supongo que es una cualidad necesaria para alguien de su posición y con semejante trayectoria.

Al final acabamos siendo la risa de todos los que usan el campo, la mayoría personas mayores. Cada vez son menos quienes juegan a los bolos en césped, ya que los más jóvenes prefieren la variante del bowling. A mí me encanta porque es uno de los pocos juegos que podíamos practicar en familia sin acabar matándonos.

Pasamos un día que recordaré durante mucho tiempo. Allí, en el campo abierto, bajo el cielo nublado, Christopher se presenta ante mí lleno de barro y manchas verdes de hierba, con el rostro reluciente por el sudor y la piel enrojecida por el viento gélido. Ese día él me demuestra que sabe perder y que puede hacerlo riendo.

Capítulo veinte

¿Cuál es tu recuerdo más preciado de la infancia y por qué es tan especial para ti?

Brenna

El día que mi abuelo me regaló la bicicleta roja. Porque me sentí importante para él. Nunca me habían dado nada tan caro. Además, me permitió huir de mis hermanos a mayor velocidad.

Christopher

Aquel viaje en familia a Disney World.

Los días siguientes me esfuerzo el doble y trabajo sin descanso para poder terminar todas las tareas pendientes antes de volar con la familia de Christopher. Dedico más horas de lo habitual al equipo de Robbie y pido los deberes de mis cursos por adelantado.

Durante toda la semana he tenido la maleta abierta en el salón y voy arrojando cosas en su interior cada vez que surge la duda de si las necesitaré o no. No tengo ni idea de cómo preparar un equipaje para una escapada a otro país, pero he aprovechado los momentos muertos para informarme. Me lavo los dientes viendo tutoriales de YouTube y, mientras hago la compra, me pregunto si acabaré siendo uno de esos turistas ingenuos que llevan un triángulo blanco con protección solar en la nariz y les roban la cartera en cuanto salen del aeropuerto.

Agradezco el hecho de no ver a Christopher durante este tiempo o hubiera sido imposible llegar a todo. Ha hecho dos salidas públicas sin mí, acompañado por Brodie, para que la prensa crea que su amistad es real, pero por mucho que he intentado sonsacarles información sobre cómo les ha ido, no sueltan prenda. Me tranquiliza comprobar en las publicaciones de las redes sociales que ninguno de los dos presenta heridas visibles en el rostro.

Se me pasan los días volando y por las noches caigo rendida.

Cuando llega el jueves, saco casi todo lo que he acumulado en la maleta y lo cambio por otras cosas… no estoy para nada en pánico. Tengo que subirme encima de ella para conseguir cerrarla, pero al lograrlo suelto un grito triunfal y me siento como si hubiera conquistado el Everest.

Estoy sudada y dolorida. Soplo para apartar el flequillo de mis ojos y me levanto de un salto. Puedo hacer esto. Puedo salir de Reino Unido sin que se acabe el mundo.

Compruebo una vez más el pequeño bolso de mano, aunque sé que está bien porque Bo-ra me ha ayudado a meter allí todo lo necesario para sobrevivir tres días a más de veinticinco grados. Son productos indispensables en su opinión, como el protector solar, bruma en espray, servilletas refrescantes y polvo fijador. En las notas del móvil tengo apuntado cómo y cuándo se debe usar cada uno. Soy una paleta jugando a ser rica.

Satisfecha con el resultado final de mi equipaje, voy a darme una ducha y después me visto con un conjunto cómodo de pantalón estilo joggers y sudadera, que creo que serán adecuados para las horas en el avión.

Estoy lista cuando Christopher viene a recogerme. Tiene la llave de mi apartamento porque decidimos que resultaría raro que tuviera que esperar afuera a que le abra, pero no usa la de la puerta principal. Cuando llama, ya llevo el abrigo sobre el antebrazo y la maleta está al lado de la puerta.

—Mírate —comenta divertido—. Apenas estás impaciente.

Me detengo para absorber su imagen de una sola pasada. Por supuesto que no le he echado de menos, pero al verlo siento como si recibiera la tibieza del sol en la cara después de haber salido de un agujero en la tierra. Y cuando me sonríe, como si el sol hubiese salido para él también, el calor llena mis venas y me derrite los huesos.

—Tenemos que llegar al aeropuerto con más de tres horas de antelación para vuelos internacionales si facturamos equipaje —recito. Al ver el brillo burlón de sus ojos trato de dejar de comportarme como si fuera una vieja que nunca ha salido de su pueblo.

No obstante, no me van a pillar en un imprevisto. Soy un folleto andante. Me he leído los derechos de los pasajeros, las condiciones del seguro de salud, el reglamento en caso de pérdida de maleta…

—Vamos con tiempo de sobra —me tranquiliza.

Debe haber volado millones de veces y no entiende mis nervios.

—No lo sabes. Podemos pillar un atasco en la carretera por un accidente, que se ponga a llover a cántaros y tener que parar, que nos impida avanzar un control policial…

—¿Llevas sustancias ilegales en este bolsito de hechicera? —Se burla de la pequeña bolsa que cuelga de mi mano.

Es como un saquito, cerrado arriba con una cuerda de cuero, todo blanco, pero impreso con alas multicolores. Bo-ra me aseguró que es el último grito en moda y que es adecuado para el clima que encontraremos allí.

Entrecierro los ojos en sospecha.

—No te burles. No sabes qué llevo aquí —replico, pasando por su lado—. Podría ser un mazo destrozapenes.

Él chasquea la lengua en decepción.

—Por muy curioso que suene eso, no permiten armas blancas a bordo ni nada que pueda ser utilizado como una. —Saca el paraguas que asoma por el lateral de mi maleta—. Lo que incluye esto. ¿Dónde va una escocesa con un paraguas? A España no creo.

—Es posible que esté un poco nerviosa con todo esto de salir del país —reconozco.

Christopher se ríe y deja el inapropiado objeto de protección atmosférica junto a la puerta antes de salir y apartarse para que yo pueda cerrar con llave.

Toma el asa de la maleta de mi mano y tiene que forcejear un poco para que yo la suelte.

«Relájate, Brenna», me digo a mí misma.

Llamo al ascensor y, mientras esperamos que se abran las puertas, salta con algo distinto.

—¿Sabes qué? Me apetece jugar a algo.

Enarco una ceja perfectamente delineada.

—¿Otro? —le respondo cuando ya estamos dentro.

—Uno nuevo. Cuando estemos en España, para cada cosa que me pidas yo te pediré algo a cambio.

—Umm… Eso suena arriesgado —comento.

—Miedica —susurra en mi oído, mientras se acerca para pulsar el botón de la planta baja.

—De acuerdo. Pero puede que te arrepientas de darme tanto poder sobre ti. No sabes dónde te metes.

Me estudia medio apoyado en la pared. Frunce los labios y agacha la cabeza.

—Tal vez quiero averiguarlo.

Me sonrojo al entender el doble sentido de sus palabras.

En cuanto salimos me coge por el codo y me recuerda que me prepare porque la prensa nos está esperando.

Esta vez no intenta ocultarnos de los paparazzi. Sonríe con la cabeza en alto y les explica que nos marchamos un par de días a un destino con mucho sol. Con una mano rodea mi cintura mientras que con la otra tira de mi maleta.

—Brenna, ¿Christopher es el hombre de sus sueños? —me pregunta una joven a grito pelado.

—Por todos los santos del calendario —farfullo para mí misma.

No entiendo el concepto del «hombre de mi vida» y me da miedo considerarlo. Todavía tengo pesadillas en las que Angus me persigue, alentado por mi sobrebienintencionada madre, que no para de recordarme que he perdido a un ejemplar masculino excepcional.

Algunas veces siento que aún no he salido de Escocia. Cuando no consigo entender el temario de los cursos, cuando me equivoco en el trabajo, cuando pruebo un vino caro y no aprecio el sabor. No quiero olvidar quién soy, no deseo subir a un nivel donde no me reconocería a mí misma, pero sí quiero avanzar y aprender de mis errores. El hombre de mi vida está en la última posición en la lista de mi crecimiento personal. No obstante, sospecho que no es buena idea explicárselo a los periodistas y mucho menos a Christopher, quien me mira y arquea una ceja.

—Matched dice que sí —respondo con una sonrisa amplia.

—Esperamos con ansias tus historias de Instagram —grita otro.

Sonrío y camino, a la vez que alzo el mentón para mirar a Christopher con lo que espero que sea pura adoración.

—¿Cuándo van a parar? —me quejo una vez estamos en el coche.

—Vamos a ver… —Chris maniobra para salir del aparcamiento—. Si les damos lo que quieren, nos ofrecerán un poco de espacio hasta que anunciemos el compromiso. Por cierto. Ya he establecido la fecha de salida de Matched para el catorce de febrero.

—El día de San Valentín. Qué acertado.

—Es el mejor marketing. Habrá millones de jóvenes que se sentirán solos y la usarán para encontrar pareja.

Lo entiendo y lo odio a la vez, ya que he comprobado en persona que la aplicación no funciona.

—Me gustaría que tu próxima aplicación valga para que las personas aprendan a valorarse y a aceptar que no tienen que depender de otro para sentirse completas.

Me mira extrañado.

—No es mala idea —musita.

—Es genial y lo sabes.

—Ya. Pero no todo lo que es genial se puede poner en práctica. Semejante proyecto llevaría años.

—Muy bien. Que salga cuando nuestros niños sean capaces de leer —me burlo.

—¿Sabes? Soy bastante rápido cuando me lo propongo. Deberíamos empezar a trabajar ya en la parte de concebirlos.

—Ya quisieras —farfullo entre dientes.

Me dejo caer sobre el respaldo, esperando que me envuelva la sensación familiar de calidez y me relaje, pero no funciona. Mi mente decide recordar cómo se conciben los niños y fantasear con cómo sería crearlos con el sujeto rebosante de ego que está a mi lado. Ahora el asiento está demasiado caliente.

Cambio de posición y me giro para mirar por la ventana. Christopher enciende la radio, pero las canciones se interrumpen cuando atiende un par de llamadas a través del ordenador incorporado al automóvil. No hace más que ordenar a la gente que se ocupe de no sé qué contratos, que analicen previsiones, que preparen estadísticas, que le manden documentos y cosas así.

Cuando llegamos al aeropuerto le deja las llaves del coche a un chico que le estaba esperando. Pasamos por el mostrador de facturación y el control de seguridad, pero para cuando llegamos a la sala de espera todavía queda una hora para que embarque nuestro vuelo.

—¿Tienes hambre? —me pregunta al colgar. Ha podido hablar y chatear con diez personas en lo que hemos tardado en llegar del control de seguridad a la puerta de embarque—. Mi familia está almorzando en un restaurante cerca de aquí.

Niego con la cabeza. He comido un sándwich mientras le esperaba.

Nos sentamos y hacemos tiempo cada uno a su manera. Él trabajando como un poseso y yo curioseando el lugar. Observo a los demás viajeros y me invento historias sobre ellos.

Cuando sale la azafata y los demás viajeros se ponen a hacer cola, me levanto, pero Christopher niega con la cabeza y vuelvo a sentarme confusa.

—Volamos en clase ejecutiva —me explica, antes de ponerse a teclear en su móvil.

No tengo ni idea de lo que es eso, pero debe significar que no tenemos que hacer cola con el resto de la «plebe».

Su familia aparece entonces. Su madre, con cara de estar disgustada con el mundo, empuja la silla de ruedas de su marido mientras habla con Julian y la joven que los acompaña.

—¿Quién es ella? —curioseo antes de que nos alcancen.

Christopher despega la vista de su pantalla el tiempo suficiente para comprobarlo. Parpadea con la vista fija.

—Supongo que es la acompañante de Julian.

—Ah —replico secamente.

Procuro no compararme con la chica, aunque me cuesta porque parece que ha nacido para volar a lugares exóticos. Va vestida con vaqueros ajustados, una cazadora de cuero y botas de tacón. Me imagino lo incómodo que ha debido ser quitárselas en el punto de seguridad y las veces que habrá pitado el escáner por toda la joyería que lleva encima. Aunque no parece estar estresada o sudada, ni siquiera lleva una maleta de mano que la incomode, solo un bolsito diminuto de marca colgado del brazo.

—Buenas tardes, Brenna —me saluda el señor Thompson con una sonrisa adorable.

Me levanto y le planto un beso en la mejilla simplemente porque me apetece.

—¡Brenna! —le sigue Julian, guiñándome un ojo.

—Señorita Abernathy. —El entusiasmo se divide por tres con cada miembro de la familia hasta estrellarse en el suelo con la acompañante de Julian, que me echa un vistazo de arriba abajo desconcertada.

—¿Esta es? —suelta anonadada. Julian le rodea la cintura, pero puedo ver que es para pellizcarla, y el gesto me sorprende. Ella improvisa una sonrisa y me ofrece una mano, cuya piel no ha tocado un plato para fregarlo en su vida—. Encantada, soy Sammy.

—Lo mismo digo —replico, intentando mantener la compostura.

¿Qué tendrá en mi contra si ni siquiera la conozco?

Christopher se levanta, les echa un vistazo como si los estuviera contando para asegurarse de que estamos todos y me toma del brazo.

—Vamos —ordena y va directo hacia la puerta de embarque, saltándose a la gente de la fila como si no existieran.

—Te estás colando… —murmuro avergonzada por las miradas que nos echa la gente.

—No, ya te he dicho que vamos en clase business.

Suspiro y saco el pasaporte cuando me lo pide la azafata sonriente. Christopher escanea el código de barras de su billete electrónico en el láser del aparato que sostiene la joven y desliza la pantalla para hacer lo mismo con el mío.

Entramos a un pasillo muy largo que conecta directamente con la entrada del avión.

—¿Qué? —exclamo decepcionada—. ¿No vamos a salir a la pista y subir por las escaleritas?

—Eso es mucho más incómodo —replica Christopher, mientras vuelve a mostrar nuestros billetes al personal de la cabina—. Además, está lloviendo.

—Lo he visto en las películas y me hacía ilusión ir por la pista —protesto, dejando que me guíe por el angosto pasillo de la aeronave.

—¿No volaste de Glasgow a Londres? —pregunta él extrañado.

—Nah, cogí un bus por veinte libras, era más barato que el avión.

—Qué horror… Tuvo que ser un viaje larguísimo —comenta horrorizado. Seguro que no se ha subido a un autobús en su vida.

Alza mi pesada maleta como si fuera una hoja seca para guardarla en el compartimento de encima del asiento.

—Eres más de campo que las margaritas —se burla mientras contemplo los detalles de la cabina con fascinación.

—Mejor eso que ser un esnob —replico—. No me pegan los señoritos delicados… ¿Será ese el segundo error de Matched? Porque, chico, cómo lleguemos al tercero, te saludaré desde la distancia.

Me responde después de que tomemos asiento y me estudia un momento.

—No, en realidad no lo es. Era solo un comentario sobre tus rarezas… que me parecen maravillosas, por cierto —añade, cuando yo enarco una ceja.

Vuelve al móvil mientras forcejeo con el cierre de mi cinturón de seguridad. Por el tono de urgencia que usa en su llamada parece que va a morir en unos instantes y quiere dejar su herencia zanjada.

Julian y Sammy se sientan junto a nosotros al otro lado del pasillo, y sus padres un asiento más adelante. Aparte de nosotros hay otras dos mujeres volando en clase business. Cuando ya estamos cómodos, empieza a entrar el resto de la gente. Al pasar, algunos nos observan con curiosidad y cierta envidia antes de cruzar una cortina. Sé que conduce a los asientos normales, pero me lo imagino como un gallinero.

Cuando la nave está repleta, suena un pitido y varios iconos sobre nuestras cabezas se iluminan.

—Señor, por favor… —Una azafata se inclina sobre Christopher—. Debe apagar su dispositivo.

Él guarda el móvil en el bolsillo de la cazadora a regañadientes y pestañea, como si se diera

cuenta de repente de que está en un avión.

—Señorita, por favor… —Levanto el brazo y finjo que la llamo—. Una inyección de morfina para mi acompañante. Le va a dar un ataque si no puede usar su móvil durante tres horas.

—Muy graciosa —responde Christopher con una mueca.

Lo noto un poco ausente y me imagino que sigue pensando en los negocios.

Una vez estamos en el aire, el ambiente en la cabina se tranquiliza y se vuelve íntimo gracias a que la iluminación es más tenue.

Un azafato pasa por nuestro lado y le pregunta algo a Christopher en español. Él responde en inglés que tomará un café solo y pide un té para mí. La mujer que trae nuestro pedido también se dirige a él en español.

—Me suele pasar, asumen que soy español —me explica cuando le pregunto al respecto.

—Claro, porque eres moreno y guapo —deduzco con tono de haber caído tarde en algo que es obvio.

—¿Insinúas que los británicos no lo son? —inquiere él. Supongo que entra en mi juego solo porque no puede trabajar e ignorarme.

—No tanto.

—¿Morenos o apuestos?

—Morenos. Piensa en Brodie. Es el típico británico y sí que es atractivo.

—Mejor no —protesta—. Ya había logrado veros como amigos. ¿Quieres volver al principio?

—Lo somos, pero no porque yo no lo intentara —le informo solo para molestarlo.

Christopher suelta un bufido y ojea el pasillo en busca de algo.

—Si hubiera otro asiento libre… —murmura, haciéndome reír. Sé que no va a ir a ninguna parte.

—El caso es que… —recapitulo—. No encajas con el estereotipo de inglés, en absoluto.

—Parece que has pensado mucho en mi aspecto. Cuéntame.

Pongo los ojos en blanco, pero es una farsa. Pienso en lo apuesto que es lo suficiente como para ir a terapia.

—Me pregunto por qué tienes esta apariencia…, es decir, mi mente a veces se cuestiona cómo y por qué las cosas se volvieron así. Me he imaginado que en algún momento de tu árbol genealógico tuvo que haber un soldado romano que invadió Britania y violó a una anglosajona

pecosa.

Christopher suelta una risotada incrédula.

—¿En serio?

—¿Qué? Esas cosas pasaban, ¿sabes?

—¿Y por qué la tuvo que violar? Tal vez se enamoraron.

—Qué va, ni siquiera hablaban el mismo idioma.

—¿Y qué? ¿No has visto Love Actually? Colin Firth se enamora de una portuguesa que no habla una pizca de inglés.

—Sí, Love Actually es tan real. —Mi tono va cargado de sarcasmo.

Christopher mira para otro lado y sacude la cabeza como si se negara a darme la razón.

—Tal vez pasó tanto tiempo en Britania que aprendió el idioma —insiste.

—Escucha, Crissy, me da mucha envidia tu bronceado natural, tus pestañas tupidas, tus ojos negros, tus labios carnosos y tu… —serpenteo la mano frente a su cuerpo—. Todo. Necesito creer que hay un crimen atroz detrás de tus genes para vivir en paz. ¿De acuerdo?

Christopher vuelve a carcajearse y entonces me percato de algo muy extraño. Todos nos observan en silencio, bueno, a mí no, a él. Su padre sonríe embelesado, su madre parece patidifusa y Julian frunce el ceño.

—Guau —exclama Sammy, notando que les presto atención—. Esto es nuevo.

—¿Qué?

—Chris riendo. —Algo en cómo lo dice y en las miradas evasivas de los demás me pone en alerta. No me hace falta pedir explicaciones porque ella misma clarifica—: Él no se reía tanto cuando salía conmigo.

Capítulo veintiuno

¿Qué opinas de la monogamia en una relación?

Brenna

Que es como hacer dieta, entre semana... Bueno, pero el fin de semana se hace más duro. Depende de lo que se te ponga delante de las narices y de lo que tengas en casa.

Christopher

Es absolutamente necesaria. Por eso no tengo relaciones.

Cuando entiendo que Sammy es la exnovia de Christopher, no sé de dónde saco las fuerzas para no desmoronarme.

—Supongo que yo soy la correcta —respondo, y le agradezco con una sonrisa el dato innecesario.

Me siento como una tonta porque ha permitido deliberadamente que creyera que era la novia de Julian, cuando en realidad está aquí por él. Lo de que es la acompañante de Julian es un pretexto. Si de verdad ya no estuvieran juntos, ¿por qué vendría a un viaje de la familia?

Tras llegar a esa conclusión me dejo caer en el asiento y cierro los ojos. Noto los dedos de Christopher apretando los míos con fuerza. No sé qué pretende transmitir con el gesto, pero no me importa. Al ver que no respondo de ningún modo, se inclina hasta mi oído.

—Lo hablaremos cuando estemos solos —susurra.

Lo haremos, sin duda, y van a oírme hasta en las Highlands. Pero lo que me interesa ahora mismo es mantenerme de una sola pieza hasta que lleguemos. Refunfuño en silencio, tratando de contener las emociones en mi interior, pero me zumban los oídos por la ira. Me giro hacia él de

repente.

—Cariño, ¿me pides un scotch? —Le sonrío a Christopher con la misma alegría de un cocodrilo hambriento al ver a su próxima víctima en la orilla del río.

Me mira como si ya estuviera entre mis fauces, pero se estira y presiona un botón de encima de nuestras cabezas. Cuando llega la azafata, habla con ella en voz baja, y poco después esta regresa con dos vasos de whisky.

—No es mala idea —comenta Henry—. Ayudará a que nos tomemos una buena siesta hasta llegar.

La madre de Christopher susurra algo que incluye la palabra «tratamiento», pero el señor no le hace caso, y Julian se une. La refinada de Sammy, cómo no, se pide una copa de champán francés.

—¿Brindamos? —propone Christopher.

Me ha cedido el asiento del lado de la ventana. Como está girado hacia mí, y ya estamos en el aire, el sol le da de pleno en la cara. Cometo el error de mirarlo a los ojos, y su oscuridad es más profunda y cautivante que la inmensidad de tener un suelo de nubes rosadas bajo mis pies.

—¿Por qué? —me intereso. No puedo ocultar la amargura de mi voz, pero él no parece notarlo.

—Por nuestro futuro.

No sé qué tiene en mente, pero cuando chocamos los cristales yo brindo por el mío. Por un futuro en el que no volveré a dejarme engañar por ningún hombre.

Finjo que duermo hasta que aterrizamos. Mantengo la cabeza en alto durante el trayecto en coche hasta el hotel y no parpadeo cuando llegamos al lujoso apartamento con vistas al interminable océano Atlántico. El paisaje despejado hasta el horizonte me quita el aliento. El agua tiene tonos de azul que desconocía, es oscura en algunos lugares y cristalina en otros cuando la luz se fragmenta sobre las olas.

Christopher deja las maletas al lado de la puerta, se despide de los botones y se acerca por detrás.

—Brenna, no tenía ni idea de que Julian vendría acompañado de Sammy.

No respondo.

—Creo que sé por qué lo ha hecho —continúa.

Abandono el salón e inspecciono el resto del apartamento. Me asomo por la puerta del baño. Tiene un jacuzzi gigante frente a una pared acristalada con vistas a una playa privada. La siguiente puerta da a un dormitorio con una cama gigante en el centro y una decoración suntuosa. Se podrían vivir momentos inolvidablemente románticos en esta suite… si mi acompañante no

fuera un hijo de puta mentiroso.

En teoría, no ha mentido. Me dio a entender que no iba a acostarse con otras al responder a mi acusación con un «¿Quién lo dice?», pero sin haber hecho promesas. Es un truco rastrero.

—Este es mío —le informo a mi falso novio falso, valga la redundancia en este caso tan necesario—. Puedes usar el sofá, el suelo o la playa, lo que te convenga más.

Paso junto a él para recoger mi equipaje. Quiero deshacer la maleta, ponerme el traje de baño y zambullirme en el océano.

Christopher no me toca, pero me sigue a muy poca distancia.

—Necesitamos hablar. Nos esperan tres días de vacaciones. Quiero…

—Pues hazlo —espeto interrumpiéndolo—. Yo no tengo nada que decir.

Dejo la maleta encima de la cama y la abro. La furia me nubla la vista y no veo qué prendas tengo en las manos. Las revuelvo en la maleta sin sacar ninguna.

—Me sentiría mejor si me prestaras más atención que a tus calcetines.

—Mala suerte, resulta que les tengo más respeto que a ti.

—Vale. —Observo a través del espejo de encima de la cabecera de la cama que se apoya en la pared con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Suspira ruidosamente—. Julian está resentido porque le quité el puesto de CEO. Es capaz de hacer cualquier cosa para desafiar mi autoridad, aunque suponga hundir la empresa. Lo mío con Sammy acabó hace tiempo y no fue de mala manera. Somos adultos civilizados, pero le puedo comprar un billete de vuelta esta misma noche si así lo deseas. No sé qué cree haber conseguido Julian al traerla aquí, pero sin duda no ha considerado tus sentimientos.

—¿Mis sentimientos? —Me río como si fuera una broma desternillante.

Debo ser mejor actriz de lo que pensaba. Veo en el espejo una chispa de duda en sus ojos, pero enseguida parece descartar mi insinuación de que no siento nada por él, ya que endereza los hombros.

—Lamento que te hayas visto implicada en nuestra guerra fría. Mi intención desde el principio ha sido protegerte…

Me doy la vuelta y me acerco a él con movimientos bruscos.

—¿Protegerme de qué? ¿De quién? —vocifero con el mentón alzado—. Cuando de lo único de lo que necesito protección es de ti. Tenemos una relación falsa. No necesito explicaciones ni detalles sobre tus amantes. Estamos interpretando papeles para la prensa, nos besamos frente a las cámaras.

—No. —Enfatiza su negativa con sacudidas de cabeza—. Puede que así quieras creerlo, y sabes qué, si eso te hace sentir mejor, adelante. Miéntete. —Se endereza y suelta una risotada que suena más amarga que un amaretto—. Pero, aunque no te guste, te diré la verdad. Te besé porque me apetecía. Me aproveché de la presencia de las cámaras para no asustarte. Pero quise hacerlo cada puñetera vez. Y no fue suficiente. Quiero más. Quiero besarte a cualquier hora del día y de la noche. Quiero robarte las sonrisas con mis labios. Quiero escucharte gemir mi nombre. —Vuelve a reír cuando ve que me he quedado con la boca abierta, pero es como si se riera de sí mismo—. Estás en todos mis sueños, Brenna.

—Claro que lo estoy. —Consigo reponerme milagrosamente. Mi voz suena ronca. Mis piernas tiemblan y siento mi corazón en la garganta—. Matched tiene mi rostro. Debes tener pesadillas horribles, pobrecito. No te preocupes, seguiré jugando el papel que me has asignado delante de las cámaras.

Da un paso hacia mí y la expresión de su rostro cambia.

—Nadie puede fingir tan bien —se mofa.

—¿Perdón? —espeto incrédula ante su audacia.

Se inclina hasta que su nariz roza mi sien.

—Noto tu presencia, mi amor. Y lo que está ardiendo entre nosotros no es mentira —susurra.

Lucho por no cerrar los ojos, por no sentir nada en absoluto. Mi cuerpo se arquea de forma involuntaria hacia él. Parece que estamos en el interior de una burbuja invadida con nuestros alientos, con el calor de nuestros cuerpos, con el ansia de tocar y ser tocado. Pero en esta burbuja también hay falsas ilusiones y palabras que jamás se van a decir. Así que sacudo la cabeza y trago saliva.

—Cree lo que quieras. Ahora vete.

Alza la cabeza y me estudia durante un momento. Noto la decepción en su mirada. Debió creer que me tendría tras ese discurso sacado de novelas románticas.

—Matched no es un juego. He entrado en esta relación convencido de que puede funcionar. No esperaba que fuera fácil, pero no puedo luchar solo. Tú también tienes que poner de tu parte —dice—. Ha sido un día largo. Descansa, mañana por la mañana quiero llevarte a un lugar que va a gustarte —declara antes de salir—. Y, Brenna, recuerda, el que avisa no es traidor.

Cierra la puerta con cuidado detrás de él, pero sus palabras reverberan en el cuarto incluso segundos después de haberse marchado.

No sé a dónde va. Como el hotel pertenece a su familia, no dudo de que consiga otra habitación, aunque va a ser difícil explicar por qué no compartimos la nuestra. Me imagino que ya lo tenía hablado con Sammy. Pues que se lo pase bien.

Quiero llamar a Brodie para contarle lo ocurrido, pero lo más seguro es que le dé la razón a Christopher, porque los hombres se apoyan entre ellos en este tipo de cuestiones. Esther lleva medio enamorada de mi novio falso desde el primer día y Bo-ra es su secretaria y entraría en conflicto de intereses. Me siento sola, pero ¿cuándo no lo he estado? No puedo contar con nadie para salir adelante. Me niego a dar por perdidas las primeras vacaciones de mi vida.

Los tonos del cielo anuncian que faltan menos de dos horas para que anochezca, pero eso no me hace cambiar de parecer. Me preparo para bajar a la playa con el bañador puesto por debajo de un vestido veraniego y una bolsa en la que tengo la toalla y un par de cosas más. Pregunto en la recepción cómo llegar a la playa privada y me indican unos pasillos.

Cuando estoy allí, inspiro con avidez el aire con olor a sal y algas. Hay una zona de arena a un lado, pero me encamino hacia una pequeña montaña de rocas. Las piedras se adentran en el océano y forman otra playa en forma de media luna. No hay nadie más. Me acompañan el viento suave y el sonido de las olas al romper contra la costa.

Me quito las chanclas y subo encima de una roca, con el móvil en la mano. Las fotos que hago son espectaculares. Subo a Instagram un collage bajo el título «Las olas se llevan nuestros sueños», después dejó el móvil, me quito el vestido y meto los pies en el océano.

El primer toque del agua en mi piel es una caricia mágica. Me carcajeo con una alegría inocente. Se nota un poco fresca, pero no tanto como para no seguir. Doy un par de pasos más y cuando considero que es suficientemente profunda, me lanzo de golpe. Voy nadando y jugando, descansando de vez en cuando, girando para que las olas me alcancen de espaldas. No sé cuánto tiempo paso allí, pero no salgo hasta que estoy agotada.

El sol ya está bajando con rapidez. Me envuelvo en la toalla y me quedo mirando el anochecer. En este sitio debe haberse reunido toda la paz del mundo. No me decido a irme. Me siento y compruebo el móvil. Paso del mensaje de Christopher que me pregunta si me uno a ellos para la cena. Respondo a uno de Robbie. Ha visto mi publicación y me alienta para que mantenga activa la cuenta, con recomendaciones sobre las mejores horas para publicar. Repaso los comentarios y me detengo cuando encuentro uno de mi hermano menor, Archie. Dice «Hermanita, ¿qué haces tan lejos de casa?». Archie es el más soportable de mi familia, pero también el más fisgón. Seguramente le ha enseñado la foto hasta a la cajera del supermercado. No me extraña cuando el móvil suena y aparece el número de mi madre. La tengo guardada bajo el apodo «Porque lo digo yo».

Me debato un instante entre contestar o fingir que no estoy, pero decido que es mejor zanjarlo cuanto antes.

—Hola, mamá —saludo con alegría.

—¿Brenna? —pregunta como si estuviera segura de haber marcado el número equivocado—. Lassie, ¿dónde estás?

Frunzo el ceño porque me parece notar preocupación real en su voz. No es algo usual. Ella puede

preocuparse porque llueve demasiado y se le pudran las coles, pero no por mí.

—Estoy…, he salido un par de días de vacaciones. A España.

—¿España? Pero eso está lejos. ¿Qué haces allí? ¿Cómo has llegado? ¿De dónde has sacado el dinero para pagar el viaje? ¿Estás con el sinvergüenza de Broden? —Empieza a acribillarme a preguntas.

No sé a cuál contestar primero.

—Mamá, recuerdas que te conté que cambié de trabajo. Ahora puedo permitirme viajar.

—Pues si puedes ir a España igual podrías venir a visitar a tu madre.

«Ya, pero no quiero», no lo digo en alto.

—… la gente aquí te echa de menos, ¿sabes? —prosigue.

Me pregunto cuál de ellos lo hace más. ¿Será mi hermano mayor, que me dejaba a los niños para salir con su esposa cuando le daba la gana? ¿Será ella, que necesita ayuda para cumplir con los deseos de todos? ¿O se trata de mi ex, que, después de meses, se ha dado cuenta de que no estoy porque la nevera está vacía y el cesto de la colada lleno?

Murmuro algo ininteligible y le permito continuar, pero en algún momento tengo que detenerla o se tirará horas repitiéndome el mismo sermón de siempre.

—Estoy bien. Todo me va muy bien —digo fantaseando con que mi madre note en mi voz que no es así, que necesito hablar con alguien, que quiero un abrazo y una promesa falsa de que, sea lo que sea, todo se arreglará.

—Anda, pues menos mal que te va bien a ti y da igual cómo estamos el resto. El mayor de tu hermano pilló un resfriado que lo tuvo en la cama una semana entera. ¿Y quieres que te cuente lo de Angus? Ya te ha olvidado, niña.

Presto atención y la esperanza me infla el pecho.

—…sale con Bonnie. ¿Te imaginas la vergüenza que estoy pasando? Con tu mejor amiga, ni más ni menos.

La risa burbujea en mi interior. Bonnie ha sido mi compañera de travesuras, pero no la amiga de corazón que se imagina mi madre. Nos llevábamos de maravilla borrachas, pero sobrias no nos soportábamos. La compadezco si sale con Angus y espero que abra los ojos a tiempo. Pero la entiendo. Poco se puede desear en ese sitio si no se ve nada más. Además, creces engañada por todos sobre que conseguir un hombre, por despreciable o inútil que sea este, es lo mejor que le puede pasar a una chica.

—Angus me contó que sus mensajes no te llegan y que no puede llamarte —continúa ella—. Mi

Archie cree que es porque lo tienes bloqueado. Pero me pidió disculpas, ¿me escuchas? El pobre Angus, tan grande como es, me vio en la calle cuando salía de haber comprado harina y se disculpó por si me había fallado en algo. Le dije que no, por supuesto, ¿cómo se puede imaginar eso? Si es un santo.

—Me alegro por ti. —Casi le suelto que yo también tengo otro novio, pero recuerdo que no es verdad. Que mi madre se entere de otra relación fallida mía es lo último que necesito.

Empiezo a recoger mis cosas preguntándome cómo colgar sin que se sienta herida y justo entonces oigo voces. Me asomo desde las rocas para ver de quién se trata. Julian está correteando detrás de Sammy mientras ambos ríen.

¡Mierda! Quiero convertirme en un grano de arena para que no me vean.

—En fin, espero que por lo menos para Navidad estés en casa.

Regreso a la conversación, no obstante, mi voz suena mucho más contundente de lo que quiero.

—No estaré.

—¿Pero cómo te atreves? No te he educado así. Abandonar a tu familia cuando más te necesita…

Las voces se están acercando. Es evidente que quieren investigar qué hay detrás de las rocas, igual que hice yo.

—Mamá, tengo que irme —la corto con rapidez—. No puedo veros para Navidad. Pero estaremos en contacto, ¿vale? Mándale mis mejores deseos a Bonnie.

Cuelgo sin escuchar su respuesta, justo cuando Julian y Sammy me han descubierto.

—Oh. —Ella se detiene en seco y lanza una mirada interrogativa a su acompañante.

Él tiene mucho más aplomo, una característica común de los Thompson.

—Brenna. ¿Te has instalado ya? Veo que has descubierto esta maravilla de playa.

Sammy lleva solo la parte de arriba del bañador y un pareo transparente le cubre las caderas. Julian enseña bastante piel con el pantalón corto y la camiseta sin mangas, pero, aunque no tenga la tonalidad blanco fantasma de mi piel, tampoco puede presumir del bronceado de su hermano.

—Sí, gracias. Es fantástico —replico, mientras recojo mi bolso—. Justo me iba.

No se le escapa mi pelo mojado, las piernas llenas de arena y la sal seca en mi piel.

—¿Dónde está mi hermanito? ¿Cómo se atreve dejarte sola?

—Supongo que trabajando —respondo encogiendo los hombros.

—No te vayas por nosotros —dice Sammy—. Acompáñanos.

Me parece raro que no encuentre malicia en sus palabras o en su rostro. Me sonríe y su expresión es abierta, incluso un poco agradable.

Pero qué sabré yo, tan buena como soy en juzgar a la gente.

—No me van los tríos.

Ella enarca una ceja y parece divertida.

Julian se carcajea.

—Una pena que mi hermano no pueda decir lo mismo —comenta y le echa un vistazo significativo a Sammy—. Disfruta, Brenna, relájate. Todos sabemos que Chris no sabe hacerlo. Te dejará sola o se llevará el portátil con él adonde vayáis. Acompáñanos, será divertido.

—Estoy cansada, pero gracias. —Paso por su lado—. Adiós.

Les oigo hablando mientras me alejo, probablemente de mí, pero no me importa. A estas alturas, nada me importa.

Capítulo veintidós

¿Cuántos viajes al año te propones?

Brenna

¿Al baño? Jajaja, no, en serio, eso de viajar es para la gente con dinero y que no se pierde aun teniendo la aplicación de mapas del móvil, como lo hice yo al llegar a Londres. No sé si podría viajar por placer a otros lugares.

Christopher

Suelo viajar varias veces por negocios. Mi secretaria puede darte un número exacto.

El bufet del desayuno es impresionante. Hay cuatro mesas largas repletas de todas las delicias que jamás se hayan inventado en la gastronomía continental. Por desgracia, mi humor no me permite disfrutarlo como me hubiera gustado. Los dulces no me saben a nada y el café me resulta amargo. Las impresionantes vistas del restaurante a la piscina de borde infinito, que parece conectar con el mar, apenas logran distraerme.

Me he pasado toda la noche dando vueltas entre mis sábanas hasta que han ardido en llamas, mientras me repetía el mismo mantra: a Christopher solo le importa la empresa y los millones que sacará con su preciosa aplicación. Quizá debería ponerlo como fondo de pantalla en el móvil y pegar notas adhesivas por toda la casa, escritos en negrita: «El amor no forma parte de este trato».

Ninguno de los Thompson ni la invitada sorpresa aparecen en el restaurante. Seguramente piden el desayuno a su habitación en lugar de mezclarse con la clientela para evitar que les contagien alguna cosa. Lo cierto es que, por el aspecto de los comensales y del hotel, la única pobretona aquí soy yo, e irónicamente soy la más cercana a los dueños. Todo por caprichos del azar o, más bien, de un sistema informático.

Cuando regreso a la suite, encuentro a Christopher esperándome en el salón. No sé dónde ha pasado la noche, pero puedo imaginarlo. Concretamente me viene una imagen de él arrancando lencería cara del cuerpo esbelto de Sammy. Me repito una y otra vez que no me importa, pero tengo un agujero en el pecho que grita lo contrario.

De camino al desayuno me he topado con Julian saliendo de la suite contigua a la mía, con los ojos aún hinchados y el pelo despeinado. Cuando le he preguntado por Sammy, cosa que no debería haber hecho, se ha encogido de hombros y me ha asegurado que no la había visto desde la noche anterior. Sammy ha pasado la noche en paradero desconocido, al igual que Christopher. No hace falta ser Sherlock Holmes para deducir lo que ha ocurrido.

—Buenos días —Christopher me saluda y se levanta del sofá—. ¿Has dormido bien?

Hay precaución en su mirada, pero también determinación.

—De fábula.

Mi mente es cruel conmigo porque al notar su perfume rememora los besos que hemos compartido. Debo librarme de esos recuerdos y reemplazarlos con la imagen de él besando a Sammy.

—Te mencioné que tengo algo planeado para hoy, que creo que va a gustarte.

—¿Qué sabrás tú de mis gustos?

—¿Me he equivocado en algo hasta ahora?

Pienso en las cosas que he empezado a hacer porque él me enseñó a pensar en mí misma: el gimnasio, el club de lectura, el yoga, aprender español, comer sano, controlar mi enfermedad… Recuerdo que, a pesar de fingir tedio, nos lo pasamos fenomenal en la feria de invierno y que pagó a un grupo famoso porque sabía que me gustaba. Pero después recuerdo que hizo todo esto porque se lo dijo un algoritmo y para que nos viera la prensa.

—Sorpréndeme —digo con una docilidad que le hace fruncir el ceño.

No se fía de mi buena disposición y hace bien. Ni yo lo hago.

Tras meter un par de cosas en un bolso de playa, bajamos y salimos del hotel, donde nos espera un aparcacoches con un Porche Panamera.

—¿Y este?

—Es de alquiler —me informa mientras nos abrochamos el cinturón.

El rugido del motor indica más caballos que todos los coches de mi familia juntos.

Me maravillo con el peculiar paisaje de la isla. Las palmeras, la arquitectura costera y la

rocosidad de la montaña son completamente distintas de cualquier cosa que haya visto en el Reino Unido. Incluso el sol parece ser de otro planeta, brillante y mucho más luminoso.

Conducimos en silencio montaña arriba durante unos veinte minutos. A pesar de lo que ocurrió ayer, no es un silencio incómodo, sino que vamos disfrutando de la música, el paisaje y los animales autóctonos que nos encontramos a lo largo de la estrecha carretera. Odio estar tan a gusto en su presencia, como si fuéramos amigos. La tristeza me invade porque mi orgullo no me permite entablar una conversación para compartir impresiones. Me siento sola y extraño las tonterías de Brodie.

A mitad del ascenso, Christopher gira para tomar un camino de tierra poco transitado. El coche se sacude conforme las ruedas se enganchan en la arenilla y las piedras.

—Los de la empresa de alquiler de coches van a estar encantados —me burlo.

Me inclino para vislumbrar el sendero a través del parabrisas, ya que los laterales del coche están prácticamente rozando la vegetación.

Christopher encoge los hombros con despreocupación.

Por un momento pasa por mi cabeza la idea de que los Thompson han planeado este viaje para asesinarme y resolver lo de Matched sin mi participación. Incluso el amor verdadero tiene fecha de caducidad con la infame frase «hasta que la muerte los separe».

Llegamos a un pequeño desfiladero con unas vistas imponentes de la isla. Decido mantenerme alejada del borde, solo por si acaso.

Christopher detiene el vehículo y apaga el motor, pero no sale del coche.

—Quería enseñarte este lugar. Lo descubrí por accidente un día, pero me gusta volver siempre que puedo. Me pareció perfecto para que hablemos.

—¿De qué? —le respondo con una sonrisa adorable y él me observa con desconfianza.

—De dos de nuestros acuerdos.

Levanto las cejas en señal de interrogación.

—Hicimos un trato en Londres cuando te aseguré que nunca te tocaría sin tu permiso y a cambio tú accediste a permitir que yo intentara seducirte. Yo he cumplido, tú no. Apenas te he visto en Londres y anoche te faltó echarme a patadas de la suite —suelta—. Necesito saber que estás dispuesta a hacer que lo nuestro funcione.

No le falla la voz, debe haber ensayado este discurso antes en su cabeza.

Tenso los labios para tragarme la respuesta y no decirle que la falta de tiempo no es nuestro problema. El poco tiempo que hemos pasado juntos ha sido suficiente para hacerme desear más y

anhelar cosas que no debería. Involuntariamente, recuerdo sus besos, a veces a propósito, y a menudo me encuentro sonriendo mientras evoco nuestros encuentros. Me he acostumbrado tanto a hablar con él a diario, incluso a través de mensajes, que se ha vuelto una necesidad. No, no es la falta de tiempo juntos, es el hecho de que me haya mentido y tratado de engañarme.

—Me tienes aquí ahora —decido responder, forzando una sonrisa servicial—. ¿Qué quieres? ¿Borrón y cuenta nueva?

Lo veo tragar saliva y dudar por un instante. Saca la llave del contacto y abre su puerta, invitándome a seguirlo con un gesto de cabeza.

Nos situamos delante del coche y, cuando contemplo las vistas de la ladera de la montaña, entiendo por qué a Christopher le gusta tanto este lugar. La árida montaña está adornada con cactus, flores y palmeras, creando una combinación fascinante. El océano se despliega como una manta de seda hasta la línea del horizonte y se vierte de golpe en la nada.

Suspiro maravillada y noto de reojo que él me contempla expectante esperando que le agradezca que me haya llevado hasta allí. No voy a darle el gusto.

—Es bonito —me limito a decir—. ¿Y bien? ¿Qué otra regla estoy rompiendo?

Sus labios forman un mohín adorable.

—Ayer acordamos que, mientras estemos en España, por cada cosa que me pidas, yo te pediré algo a cambio. Anoche quisiste que desapareciera y así lo hice.

Sí, para irte con Sammy, pienso manteniendo una expresión impasible.

—Así que me debes un favor —concluye cruzando los brazos y apoyándose en el capó del coche.

Me gustaría gritarle a todo pulmón que tiene mucho descaro al esperar que yo cumpla sus normas y me deje seducir, cuando él sigue usando sus encantos con otras.

—Muy bien. —Me planto frente a él. Cuando no dice nada le animo a seguir con un gesto de la mano—. ¿Vas a decirme qué es lo que quieres o debo adivinarlo?

Christopher se pasa la punta de la lengua por los labios y pasea la mirada por los alrededores. Cuando sus ojos regresan a mí, no hace falta que añada nada. Sus palabras de la noche anterior me vuelven a asediar con la intensidad de un incendio.

Trago saliva y trato de controlar mi respiración

«Recuerda que está jugando contigo, Brenna», me digo a mí misma. Pero yo también puedo jugar, decido, y doy un paso hacia él.

—Si te refieres a la apasionada discusión que tuvimos anoche… —comienzo en un tono más

sugerente—. Me parece que pides mucho para un favor tan pequeño como el de dejarme un poco de espacio después de enterarme de que trajiste a una de tus chicas en este viaje, ¿no crees?

Él cierra los ojos e inspira.

—No la traje yo y no es mi chica —insiste—. Te he explicado lo que intenta Julian.

Inclino la cabeza hacia un lado. Se me acaba de ocurrir cómo voy a vengarme.

—De acuerdo, digamos que eso es cierto. —Avanzo otro paso. Él pestañea sorprendido con que sea yo la que invade su espacio personal—. Pero volviendo a mi deuda contigo… ¿Puedes ser más específico?

Se le separan los labios y sus ojos se deslizan por mi rostro, tratando de discernir si estoy hablando en serio o no.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa burlona—. Nunca has sido tímido. No me digas que ahora te has quedado mudo. Seguro que tienes algo en mente. Si no, no hubieras empezado esta discusión.

Su mirada se endurece ante mi desafío y toma mis caderas para acercarme más a él. Ignoro las sensaciones placenteras que siento en los lugares donde me toca. La fina tela de mi vestido no supone un obstáculo entre la palma de su mano y mi piel, porque puedo sentir el calor que desprende.

—Te quiero a ti, Brenna. —su voz suena ronca, cargada de pasión—. Te lo dije anoche.

—En este momento solo puedes pedirme una cosa. Lo que desees —ronroneo aproximando mi boca a la suya sin llegar a rozarla—. ¿No te parece una oferta de lo más generosa?

Christopher vuelve a mojarse los labios con la punta de la lengua mientras su mirada baja hacia mi boca. Me pregunto si es un gesto inconsciente o si lo hace a propósito porque sabe que son una tentación irresistible y está tratando de seducirme. No permitiré que funcione, aunque me encuentre sin aliento y haya partes de mi cuerpo cobrando vida a una velocidad vertiginosa.

—¿Nada? ¿No se te ocurre nada? —pregunto con fingida sorpresa.

—Se me ocurren mil cosas que quiero hacer contigo. No necesito pensarlo. Pero no me fío de que quieras lo mismo —confiesa en voz baja.

—Un trato es un trato y con esto, además, estaría cumpliendo ambos —razono con lógica—. Vamos, cuéntame.

Él exhala sonoramente y me doy cuenta de que su respiración está tan agitada como si estuviéramos subiendo la montaña a pie. Al menos no ha mentido acerca de que me desea. Ese descubrimiento no me ayuda a mantener el control.

—Dame permiso para tocarte en cualquier momento mientras estemos en España —pide.

Niego con la cabeza.

—Es demasiado genérico —replico, pensando que eso sería la muerte de mi cordura—. Dime qué deseas ahora, en este mismo instante.

Puedo mantenerme firme si se trata de un momento aislado.

—Brenna… —Sacude la cabeza ligeramente, nada contento con mis condiciones.

—Sé lo que te gustaría —susurro. Sus ojos vuelven a estudiarme con curiosidad y algo que reconozco como anhelo. Dirijo mi mirada hacia su entrepierna para que entienda a qué me refiero—. Recuerdo que me dijiste que eso te apetecía en cualquier momento.

Él suelta una risa por la nariz.

—¿Qué…?

—¿No es así? —inquiero con inocencia.

Me reprendo a mí misma por lo mucho que estoy disfrutando cuando Christopher inhala profundamente.

—Joder, claro que me gustaría, pero… no creo que tú… Ahora… Esto es ridículo. —Se frota la cara con una mano, y yo oculto una sonrisilla al verlo doblegado ante sus instintos más primarios.

—No me importa —le aseguro—. Si es lo que escoges, no tengo objeciones. —Me aparto un poco, pongo una mano en la cadera y levanto el pecho, intentando ser lo más seductora posible. Seguro que me veo ridícula.

Me entran ganas de huir. ¿En qué momento creí que una chica de pueblo como yo podría jugar en la liga de Christopher Thompson?

—¿Y bien? —lo apremio en un último intento—. ¿Zanjaría eso mi deuda?

Pasan unos instantes en los cuales le veo dudar. No obstante, la testosterona en su cerebro no le permite pensar con claridad. Finalmente asiente de manera apenas perceptible y observa mis movimientos con la atención de un águila acechando al conejito que planea devorar.

La tensión entre nosotros se vuelve palpable cuando me pongo de puntillas para acercar nuestros rostros.

—Voy a pedirte que hagas un par de cosas por mí antes —susurro contra sus labios—. Resulta que tus besos se han convertido en mi nuevo pasatiempo favorito.

Es más una confesión que una actuación. Una alarma se enciende en algún lugar de mi cabeza, advirtiéndome que tenga cuidado y recordándome mi plan inicial.

Christopher no se hace de rogar. Me toma por la cintura para estrellarme contra su pecho y desciende los pocos centímetros que nos separan para volarme los sesos con su boca.

Pensé que me iría acostumbrando, pero no es así. Me derrito igual que las demás veces que me ha besado y me rindo a la pasión. Dejo de intentar no disfrutarlo y me excuso con que merezco al menos ese premio.

Tras unos instantes de permitir que su boca obre maravillas por todo mi ser, recuerdo mi plan y cuelo las manos por debajo de su camiseta. Me lleva un momento acostumbrarme a la sensación de tocar sus marcados abdominales en lugar del vientre flácido de mi ex novio. Tengo que admitir que es más interesante de lo que había imaginado y que, aunque suene superficial, es una sensación fascinante sentir los músculos bajo mis dedos. Recupero la compostura y continúo con mi idea de venganza, levantándole la camiseta para sacársela por la cabeza.

—Esta era la segunda cosa que quería —anuncio sin aliento, deslizando mi mano de sus desarrollados pectorales hasta su abdomen firme.

—Cuando quieras —concede él, aún más jadeante que yo, permitiendo que tire su camiseta al suelo.

Llegados a este punto, no tiene sentido mentirme a mí misma sobre que no estoy igual de excitada que él con lo que está ocurriendo. Me merezco disfrutar en compensación por la noche que he pasado.

Voy con todo. Cumplo cada fantasía que he tenido desde que le conozco. Hundo mis dedos en su pelo, mi nariz en su cuello, dejando que se llene de esa fragancia enloquecedora y que mi lengua pruebe la tersa piel morena. Noto el pulso acelerado de su yugular bajo mis labios y el latido frenético de su corazón bajo mi mano.

Explorando descubro que no es hasta debajo de su ombligo donde empieza a haber vello. Las yemas de mis dedos se deleitan con su tacto y tengo que usar cada onza de voluntad en mi cuerpo para apartarlos de su piel y llevarlos hasta la cinturilla de su bañador.

Pero Christopher no se queda tan impasible como hubiera deseado. Trata de bajarme el tirante del vestido. Me alza por las nalgas para que note su erección y me susurra unas cosas asombrosas en el oído mientras empieza a hacerlas realidad con su lengua. Deseo tanto cerrar los ojos y abandonarme a sus promesas que no sé cómo encuentro la fuerza para negarme. Debo tener un lugar asegurado en el cielo por la tortura que me impongo a mí misma al rechazar ese placer.

Le empujo el pecho y tiene que apoyarse con las manos en el capó del coche para equilibrarse. No protesta cuando le bajo el bañador por las caderas, hasta los tobillos. Tengo un momento de flaqueo cuando diviso su miembro completamente erecto. Me ayudo de una imagen de Sammy para no perder el rumbo y sucumbir a lo que me pide mi cuerpo a gritos. Si alargo la mano para

acariciarlo, como me gustaría hacer, me perderé.

El truco de recordar a su supuesta ex funciona, y mis neuronas vuelven a responderme. Me ciño al plan y me acuclillo, acariciando sus piernas morenas, fibrosas y cubiertas de vello negro, en su justa cantidad. Trato de ignorar, en la medida de lo posible, su entrepierna mientras dejo besos en su muslo y en la rodilla, y con la otra mano tiro del bañador que está aún enganchado en sus pies, para que los levante y poder quitárselo.

No sé si él va a sospechar del gesto, ya que es innecesario. Su bañador no molesta ahí para hacer lo que he prometido. Por si acaso le da por preguntarse si planeo algo, acaricio el interior de su muslo con mis dedos, ascendiendo hasta llegar a sus testículos y tomarlos en mi mano.

Aventuro una mirada hacia arriba y lo veo cerrar los ojos con expresión de sufrimiento. El pecho le sube y le baja en respiraciones aceleradas. Sus músculos están tensos y me responde con una mirada vidriosa. Aunque no pretendía llegar tan lejos, tengo que distraerlo un poco más antes de desenroscar el bañador de sus pies. Por lo que tomo la base de su pene en mi mano y la muevo un par de veces.

Christopher echa la cabeza hacia atrás y me acaricia la sien con tanta ternura que se me encoge el corazón por la sorpresa. Angus solía asirme del pelo de manera brusca y denigrante, como si estuviera tratando de copiar alguna escena de porno que hubiera visto. No puedo evitar apreciar la asombrosa diferencia.

Cuando ya he conseguido liberar el bañador, lo lanzo por el barranco y hago lo mismo con la camiseta. Lo siento por el medio ambiente, pero es la única forma en la que puedo deshacerme de las prendas sin que él se percate.

Me cuesta soltar su pene. Casi me despido con un «Adiós, cariño. Qué bien podríamos haberlo pasado».

Christopher nota que he detenido mis avances y abre los ojos para ver qué ocurre. Me levanto entonces, me echo hacia atrás y le dedico mi sonrisa más maliciosa para que no le queden dudas de lo que está ocurriendo. Enderezo mi vestido y recorro su cuerpo desnudo con la mirada disfrutando cada momento.

—Vale, así que ese era tu juego —constata. Se inclina para rebuscar alrededor, debajo del coche y tras una piedra. Al no hallar nada, muestra su famosa estoicidad, que he llegado a admirar—. ¿Dónde está mi ropa?

Jugueteo con un mechón de mi cabello y señalo los alrededores.

—En alguna parte —ofrezco de buena gana—. ¿Quieres que te ayude a buscarla o llamamos a Sammy?

Él esboza una sonrisa cohibida. Hace un momento no le importaba estar desnudo frente a mí, pero ahora la situación ha cambiado.

—Pueden aparecer excursionistas por aquí en cualquier momento —trata de razonar conmigo mientras se cubre con las manos.

—No era un problema cuando creías que te la iba a chupar.

—Cierto —admite—. Nada me parece un problema si pienso que vas a hacerme una mamada.

Lo dice en un tono tan formal, que se me escapa una risita. Intento disimularlo lo mejor que puedo. Se supone que estoy llevando a cabo una venganza, pero con la batalla ya ganada se me suben a la cabeza los humos de la victoria.

Christopher va hasta el coche y yo aprovecho para deleitarme con las vistas de sus glúteos torneados. Toma una carpeta del asiento trasero, que se habrá traído para trabajar como el adicto que es. Cuando se cubre sus partes con ella tengo problemas para disimular lo mucho que estoy disfrutando de verlo en una posición tan vulnerable.

—¿Puedo preguntar a qué viene esto? —prosigue con paciencia. El sudor hace que su piel reluzca de una forma muy tentadora.

Me pongo cómoda sobre una roca grande.

—¿Puedo preguntar yo dónde dormiste anoche?

—En la suite doscientos veintiuno —replica recolocando la carpeta frente a su entrepierna—. ¿Por qué?

—Y, por supuesto, esa es la de Sammy —espeto.

—No, no lo es.

—Por favor, no me tomes por tonta. Has ido directo con ella, después de decirme que me deseabas y que soñabas conmigo.

Mi acusación le hace perder la pose pacifista y entorna los ojos. Empieza a parecer molesto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Podías haber dormido en el sofá de nuestra suite, pero desapareciste.

—¡Has dicho que quieres espacio! —se defiende.

—Julian tampoco supo nada de Sammy en toda la noche —presento mi última prueba, notando el amargo escozor de los celos.

Él suelta una risotada irónica.

—Eso lo dudo mucho. Si no estuviera tirándosela, ella no hubiera venido.

—No le hace falta Julian si te tiene a ti. No puedo creer que hayas caído tan bajo como para pedirle a tu hermano que trajera a una acompañante para poder acostarte con ella durante un viaje familiar.

Christopher me mira perplejo por un momento, después frunce el ceño.

—Es Julian y ella, no yo y ella, ¿quieres entenderlo? Ellos dos han pasado la noche juntos.

—Me he encontrado a Julian saliendo de su habitación esta mañana y me ha dicho que no ha visto a Sammy desde la tarde anterior —explico sin desvelar la parte en la que yo he preguntado por ella particularmente.

Christopher se ríe entonces y sacude la cabeza.

—No has podido encontrarte con Julian saliendo de su habitación porque la suya está en la sexta planta. La suite que está en la misma planta que la nuestra es la de Sammy. Mi hermano te ha mentido en la cara porque, como bien te expliqué ayer, quiere entorpecer nuestra relación para hundir mi proyecto.

Le miro boquiabierta sin saber qué creer.

Él pone los ojos en blanco y regresa al coche para tomar su teléfono móvil. Teclea durante unos instantes y después me ofrece el aparato para que pueda leer la pantalla. Es una especie de lista con números de habitaciones y nombres de huéspedes.

—Por favor, comprueba la doscientos veintiuno, las seiscientos catorce, la cuatrocientos dos y la cuatrocientos seis —me sugiere.

Regresa al coche y rebusca en el bolso de playa. Vuelve con una toalla de playa anudada en la cintura y su dignidad casi recuperada, de no ser porque la toalla es mía, de color fucsia, con un impreso que dice «Vamos, chica».

Me muerdo los labios para contener la risa y estudio las habitaciones. Efectivamente, la doscientos veintiuno está a su nombre, la seiscientos catorce a nombre de Julian y las dos de la planta cuatro están a mi nombre y al de Samantha Howland respectivamente.

Julian estaba saliendo de la suite de Sammy esa mañana cuando me lo encontré despeinado, y me mintió en la cara. ¿Cuál de los dos miente mejor?

Christopher alza las cejas.

—Te advertí sobre Julian. Tendría que haberlo hecho desde el principio, pero no creí que llegaría tan lejos.

Suspiro resignándome a la idea de que esa noche no había ocurrido lo que yo creía.

—No lo entiendo… Si la ha traído para darme celos y sembrar la duda, ¿por qué se acuesta con

ella?

—Sammy no vendría con él solo para hacerse la idiota delante de ti. Debe creer que Julian está interesado en ella.

—Pero es tu ex. Julian no debería inmiscuirse con ella.

Christopher pone una mueca.

—No es la primera vez que ocurre.

Abro la boca incrédula. Con todas las mujeres que hay en el mundo, ¿de verdad necesitan compartirlas?

—Julian y yo siempre hemos sido muy competitivos el uno con el otro. No es una relación sana, pero me temo que es la que tenemos. Últimamente está degenerándose en algo aún más tóxico.

Asiento. No me extraña que le haya quitado el puesto como director general si ya se robaban novias. A saber qué otras puñaladas traperas han intercambiado.

—Por fin. Gracias —espeta burlón—. ¿Ahora puedes devolverme mi ropa?

Sonrío examinando su cuerpo. Es una pena que no vaya siempre así.

—No estoy segura —declaro y echo un vistazo al acantilado—. Asómate a ver cómo de lejos ha caído.

Capítulo veintitrés

¿A cuál de tus parientes le tienes más apego?

Brenna

A los que no han nacido aún. No pienses mal de mí... es que hay que conocerlos.

Christopher

A mi padre.

Al parecer, la familia de Christopher nos esperaba en un mirador cercano para un pícnic. No tenía ni idea de ese detalle cuando decidí dejarle en pelotas. Lamento no poder participar, pero la satisfacción de haberme vengado eclipsa la culpa de haber arruinado los planes familiares.

Christopher llama a su padre para cancelar el encuentro y regresamos al hotel. Casi no aguanto la risa cuando lo veo entrar en el elegante complejo vestido con nada más que una toalla de playa rosa. Admiro su aplomo, pero intento caminar detrás de él, con la vista en la decoración, para que no parezca que vamos juntos.

El muy cabrón, me agarra de la mano y me sonríe complacido.

—¿Te lo has pasado bien?

Frunzo los labios y asiento.

—¿Estamos en paz? —pregunta—. ¿Ya estás satisfecha?

—De momento —suelto con desenvoltura.

Estoy eufórica por la victoria, tan contenta que le espero en la suite a que se cambie. Cuando

regresa, convertido nuevamente en un hombre civilizado con pantalones vaqueros cortos y un polo blanco, se frota la cabeza y me mira.

—¿Quieres que mande a Sammy a casa?

Dejo el móvil que usaba para comprobar las redes sociales y reflexiono unos momentos sobre su pregunta. Si lo que me ha contado Christopher es verdad, me compadezco de ella. Además, me sentiré más madura si aprendo a lidiar con la envidia irracional y mis inseguridades respecto a la chica.

—No —respondo—. No será necesario.

Suspira.

—Vale. Estas vacaciones no han empezado como esperaba, pero no hay razón para que no disfrutemos del resto.

Estoy de acuerdo. Quiero preguntarle si tenemos otros planes para ese día, pero Christopher se adelanta y habla de nuevo.

—No te culpo por tu reacción. Si la situación fuese al revés, no sé qué sería capaz de hacer —suelta y frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Pues… —Retira la mirada inquieto—. Que no disfrutaría de verte cerca de antiguos novios.

—¿En serio? —me burlo—. Qué buena idea para mi siguiente venganza lo de darte celos.

—No estoy celoso. Los celos son para la gente insegura —refuta. Después se acerca, apoya las manos en el sillón, encerrándome entre sus brazos y me sonríe—. Soy mejor que cualquiera de tus ex.

Su cercanía es como mi manta preferida. Me envolvería en ella y no saldría hasta que el mundo se acabara o estuviera demasiado hambrienta.

No quiero pensar en Angus en este momento. Quiero creer que soy la razón de la sonrisa de Christopher y de la luz que chispea en su mirada. Quiero que me bese. Y hasta me tiembla el pecho en anticipación cuando su aliento roza mi mejilla.

—Y, si no lo soy, puedo pagar a alguien para que los elimine—dice y se incorpora.

Lo miro espantada, pero me tranquilizo cuando advierto que su frente está despejada y que se ríe de mi expresión.

—Vamos. Te invito a un helado.

Me gusta la idea.

Salimos a dar una vuelta por la ciudad y acabamos el día cenando fuera con la familia. Me enamoro cada vez más de su padre y, aunque su madre tiene un espíritu contundente, todos me tratan como si fuera un hecho que me voy a casar con el hijo menor. Me alegra constatar que Sammy no resulta ser odiable. No obstante, Julian empieza a darme malas vibraciones. Puede que sea porque Christopher me ha abierto los ojos, pero creo notar demasiado interés de su parte.

—Brenna, ¿me oyes? —insiste Julian. Se ha cambiado de silla para quedarse a mi lado aprovechando que Sammy ha ido al servicio.

—Perdona, estaba saboreando esta cosa… No sé lo que es, pero puede ser lo mejor que he probado en mi vida.

—Los españoles lo llaman croquetas —replica Henry tomando una del plato—. Magníficas, ¿verdad? Estos canapés los ha preparado Martín Berasategui.

No tengo ni idea de quién es, pero que los dioses bendigan sus manos.

Sammy regresa del servicio y descubre, no muy complacida, el cambio de silla, pero como Julian se hace el tonto se sienta en la que él ha dejado libre entre Christopher y su madre.

—Tengo que decir, Brenna, que estoy admirado con el cambio que has obrado en mi hijo —declara Henry, alzando su copa de champán—. Un brindis por cómo el amor verdadero nos hace ser mejores.

Choco mi copa contra la de él, un tanto avergonzada por engañar al buen hombre. El único amor verdadero aquí es el de su hijo por el dinero y el éxito.

—¿Cuándo estará disponible Matched? —Sammy se lleva la copa a los labios. Parece un poco triste, lo que me hace preguntarme si no es tan indiferente a lo nuestro como asegura Christopher.

—No lo necesitas, tienes a Julian —le responde este con simpleza.

—Tu hermano y yo hemos durado incluso menos que tú y yo —aduce, y le echa un vistazo dolido a su acompañante que finge no escucharla. He malinterpretado su tristeza, nosotros no éramos la causa, sino Julian. Lo que quiere decir que Christopher me ha dicho la verdad sobre ellos—. Lo cierto es que, ahora que os he visto juntos, estoy deseando probar Matched.

—Nuestra idea es que salga para San Valentín —declara Henry entusiasmado—. Al principio no tenía mucha fe en dejar que una computadora juegue a Cupido, pero, al igual que Samantha, he cambiado de parecer gracias a estos dos tortolitos.

Esbozo una sonrisa forzada y bajo la mirada a mi plato, notando un peso desagradable en el pecho. Le doy vueltas al sentimiento hasta que me doy cuenta de qué se trata. En algún momento he pasado de querer salir del embrollo de Matched a desear que fuera cierto. Y eso es muy

peligroso.

Estar en otro país no me ayuda a recordar cuándo y por qué empezó mi relación con Christopher. Verlo sin sus trajes, con tiempo libre, disfrutando con las cosas sencillas, hace que mis defensas bajen y que me pregunte cuál es su verdadera naturaleza.

Cuando regresamos al hotel me tiro en un sillón situado cerca de las puertas acristaladas y me sumerjo en mis pensamientos, con la vista en el mar. Regreso a la realidad de golpe, cuando el olor fresco a gel de ducha invade el salón y Christopher se pasea por ahí con una toalla anudada en la cintura.

Esas vistas sí que son buenas, aprecio sin perderme detalle. Aunque su cuerpo no es una sorpresa para mí, hay algo íntimo en que salga de la ducha con la familiaridad que comparte una pareja verdadera. Pero si lo fuéramos, ya me sabría de memoria el sabor de su piel, la sensación de sus músculos flexionados bajo mis dedos…

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta cuando me pilla mirándolo.

Me pongo seria y me enderezo en el asiento.

—El diseño de la toalla es muy interesante.

—Es blanca —me informa secamente.

—Seguro que es cien por cien algodón. Parece absorber bien el agua —digo, aunque a estas alturas no sé qué está saliendo por mi boca.

Christopher se acerca y se detiene a mi lado.

—Deberías tocarla para comprobarlo —me reta con una mirada desafiante y provocativa.

Sacudo la cabeza con fervor. Me pican las puntas de los dedos por el deseo de acariciar su piel. Me imagino qué sencillo resultaría quitarle la toalla, pero el recuerdo de hace unas horas regresa a mi mente y rompo a reír.

Christopher averigua la dirección de mis pensamientos. Separa las piernas y pone las manos en las caderas.

—No te olvidarás de eso jamás, ¿verdad?

—Ni idea de a qué te refieres —respondo entre risas.

Él suelta un suspiro apenado.

—Matched me ha dado lo que he pedido y más.

—Enhorabuena —me mofo, muy contenta conmigo misma.

Una gota de agua se desprende desde el cabello de Christopher resbalando por detrás de su oreja y por su cuello. Sigo su trayectoria y me imagino deteniendo su avance con mi lengua.

—No te has frotado bien —le informo—. No te has secado bien con la toalla —aclaro, cuando sus cejas se alzan, malinterpretando mis palabras y sus ojos se oscurecen.

En un ataque de audacia decido aprovechar que ha entendido otra cosa y preguntárselo:

—¿Lo haces? ¿En la ducha u otros sitios?

Me arrepiento al momento de haber hablado. Espero que no me conteste.

—¿En el pasado o desde que estamos juntos? —pide que le aclare y se me calientan las mejillas.

Encojo un hombro porque he caído en mi propia trampa y no soy capaz de hablar. Me levanto de golpe con la idea de poner distancia entre nosotros, pero consigo lo contrario porque él está justo a mi lado. Se inclina unos centímetros y susurra contra mi oído

—Sí. Bastante desde que nos conocimos. Es tu culpa. Me provocas, montas esas escenas… ¿recuerdas? La de follajefes aquel día en el gimnasio, el día de la reunión cuando apareciste empapada y… lo de hoy se ha llevado la palma —recita con un tono de voz que es como una caricia sobre mi piel—. Claro que lo hago, Brenna, lo hago y pienso en ti hasta que se me funden los plomos.

El calor sube por mi cuerpo como si estuviera metida en una sauna. Aprieto las piernas y cierro los ojos, procurando olvidarme de que está desnudo bajo esa maldita toalla, que odio con todo mi ser.

Christopher inhala el aroma de mi pelo. Su pecho casi toca el mío, su aliento arde y respira entrecortado, igual que yo.

—Además, tengo bastante imaginación. Y quiero hacerte un millón de cosas. Descubrir en qué partes de tu cuerpo tienes más pecas. Besarte. Mucho. En sitios que guardas ocultos al mundo. Saborearte —ronronea. No estoy segura de si sus labios me tocan o no. Creo sentirlos, pero es más la sombra de una caricia, que me hace llorar por la frustración—. Así que sí. Me la cojo y me imagino que estoy en tu interior o que me cabalgas o que…

—Ah… —jadeo y le empujo el pecho.

Respiro un par de veces y, cuando me siento persona con cerebro de nuevo, trato de bromear para disimular mi azoramiento.

—Señor Thompson, su respuesta es muy inapropiada.

«Y tienes una erección».

Supongo que no es necesario informarle de la reacción de su cuerpo en alto, que además es

visible a través de la toalla.

—Señorita Abernathy, usted me preguntó cómo me las arreglo cuando me rechaza tan vilmente. Los juegos de rol también me van —confiesa guiñándome un ojo—. La fantasía de jefe-empleada me hizo las noches un par de veces, aunque también me gustaría probar lo opuesto. Estoy abierto a todo lo que quieras experimentar conmigo.

Muéstramelo. Tócate por mí.

La idea estalla en mi cabeza y vuelvo a sentirme en llamas. Hace solo un par de horas que tuve en mis manos la polla de Christopher. Y, aunque en esos momentos estaba conducida por la venganza, me excité sin habérmelo propuesto. De hecho, basta con que me imagine que nos tocamos para pulsar el botón de inicio de mi cuerpo. Estoy igual de insatisfecha que él.

Suspiro arrepentida porque no puedo pedirle que se toque delante de mí. Después de dejarle con las ganas no volverá a confiar tan pronto en mis intenciones.

—Lo pensaré —respondo, a sabiendas que, de un modo, le confirmo que he cambiado de opinión y que le permito seducirme—. Gracias por la oferta —añado con toda la dignidad que consigo reunir—. Voy a ducharme también.

Asiente y sonríe.

Cuando me alejo, me llama.

—¿Brenna? Aprovecha para tocarte en la ducha también. Nos espera una larga noche. Aunque duerma en el sofá, estamos demasiado cerca. Si no hacemos algo para aliviarnos, es posible que incendiemos el hotel y el seguro no cubre los daños provocados por parejas que quieren follar pero no lo hacen.

Encuentro un cojín decorativo y se lo lanzo. Mi puntería da pena y el cojín golpea un jarrón que adorna el alféizar de la ventana. Cuando se estrella en el suelo, Christopher da un salto hacia atrás para protegerse de los trozos de cristal. El movimiento desata el nudo de la toalla y queda completamente desnudo.

—La fuerza de tu deseo me asombra —declara teatralmente—. Me desnudas sin haberme tocado.

Me tapo los ojos con la palma de la mano.

—No he visto nada. Pero estás descalzo… ¡Ten cuidado con los cristales!

—Está bien que te preocupes por mis pies, pero no por mis testículos, que son la verdadera víctima en todo esto.

—Espero que esté todo limpio cuando salga —digo ocultando una sonrisa. Después se me ocurre que no va a barrer él, sino que llamará al servicio de habitaciones—. Y no se te ocurra abrir la

puerta así a la limpiadora. Ponte algo de ropa.

—Celosa y mandona —lo escucho farfullar.

Cierro la puerta del baño detrás de mí y me apoyo en ella, dejando escapar la risa por fin.

Capítulo veinticuatro

¿Dónde dejas las toallas después de ducharte?

Brenna

Pues, como aquí no para de llover y la ropa está amontonada con la de Esther y Paul en el pequeño tendedero que nos cabe en el pasillo del piso, pues vuelvo a dejarla detrás de la puerta porque, total..., soy escocesa, la humedad es mi elemento.

Christopher

En la secadora para facilitar el trabajo de Eleonor.

Me siento melancólica cuando nos despedimos de España. No sé si tendré la oportunidad de regresar algún día ni si quiero hacerlo sin Christopher. Creo que la impresión que nos llevamos de los lugares que visitamos está irremediablemente influenciada por las personas que nos acompañan.

Aprovecho el vuelo para hacer que Christopher confiese haber ascendido a Javier, mi profesor de español, solo para que deje de darme clases personales, y me burlo de sus celos. No tenía ni idea de que la escuela de idiomas le pertenecía, pero me explica que siempre diversifica sus inversiones en distintos sectores y cuando enumera todos sus negocios me sorprende la larga y variada lista que componen. Le hablo de la pastelería de Esther y Paul y él frunce el ceño, pero no comenta nada al respecto.

Una vez aterrizamos en Inglaterra, la culpa por tanto descanso me invade y me convierto en una versión femenina de Christopher el CEO.

Mi intención había sido repasar los apuntes de mis cursos durante el vuelo y responder comentarios en las redes sociales, pero Christopher me ha distraído durante todo el viaje y olvidé

mi lista de tareas por completo.

Robbie me llama cuando salimos del aeropuerto. Aunque no estoy en el equipo de marketing de Matched por conflicto de intereses, me mantiene al tanto de cualquier decisión. A mí, antes que a mi novio falso. Christopher también ha notado ese detalle porque frunce el ceño y me pregunto si va a comprar la empresa de Robbie para quitárselo de en medio.

—¿Has visto los comentarios de las fotos de Brodie y Bo-ra? —me pregunta Robbie por teléfono, ajeno a las miradas que me está echando su amigo.

Ya estamos en el coche, de vuelta a la realidad húmeda y gris de Londres. Me castañean los dientes y tirito como si mis huesos se hubieran olvidado de que fueron fabricados en las Highlands.

—Por supuesto —le tranquilizo—. Ha tenido un buen alcance.

—La gente quiere más de su historia.

Empiezo a intuir a dónde quiere llegar, pero Christopher interrumpe la conversación y mis pensamientos.

—¿Qué dice? —quiere saber.

Sonrío, pero no le contesto y le pido a Robbie que me repita la última parte de lo que me comentó.

—¿Recuerdas cuando hablamos que Brodie tendría su propia historia de amor? Creo que lo hemos arreglado sin querer. Él y Bo-ra encajan perfectamente. El público los ama.

Medito la idea, con la vista perdida en la decoración navideña de la ciudad. En los días que hemos faltado, Londres se ha vestido de guirnaldas hechas de flores de Pascua, de globos multicolores y de luces, millones de luces. Puedo oler el ambiente navideño aunque esté en el interior del coche, puedo sentir las ilusiones de la gente que camina con prisa bajo la fina lluvia que está cayendo.

—Entiendo —digo—, pero ellos tendrán que estar de acuerdo. Con Brodie será fácil, pero no sé cómo se lo tomará Bo-ra.

—¿Qué pasa? —vuelve a preguntar Christopher.

Le fulmino con la mirada y me llevo el móvil al pecho para contestarle.

—Yo no he interrumpido tus conversaciones. Sé educado. Te lo contaré cuando acabe.

—Lo mismo pensé —está de acuerdo Robbie cuando vuelvo a tener el teléfono al oído—. La verdad es que no quiero insultar a la secretaria de Chist ofreciéndole dinero para que interprete este papel. ¿Te parece mal si lo dejo en tus manos?

—Para nada —replico.

Estoy halagada por la confianza que deposita en mí. No sé cómo voy a convencer a Bo-ra de que siga actuando en nuestra historia, pero lo haré.

—Vale. Te veo mañana. Le he presentado al cliente de los tés orgánicos una de tus ideas y quiere saber más. Tendrás trabajo. Disfruta del par de horas que les quedan a tus minivacaciones.

—¡Gracias! —exclamo.

Robbie cuelga y yo sonrío como una boba. Mi mente se está llenando ya de ideas para la marca de té. Creo que nunca me había sentido tan realizada en mi vida y me dan miedo estas nuevas sensaciones porque temo que sea todo un sueño y se esfumen en el aire.

—¿Me lo vas a contar de una vez? —insiste Christopher.

Me río por su impaciencia. Me gustaría tomar una foto de la expresión contrariada que pone para enseñársela cada vez que le impone a la gente que haga las cosas en el mismo instante en que él lo ordena.

—Robbie cree que la relación ficticia de Brodie debería ser con Bo-ra.

Se lo piensa un instante y encoge el hombro con despreocupación.

—Es una buena idea. ¿Cuál es el problema?

—Que no sabemos qué va a opinar Bo-ra de eso.

—Es mi secretaria, hará lo que le digo.

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Repite conmigo: ¡No damos órdenes a la gente fuera del rol de su trabajo! Además, Bo-ra es más que tu secretaria, es una chica sensible, inteligente, y se ha convertido en mi amiga.

—¿Le subo el sueldo? —pregunta dudando.

Me sonríe, dándose cuenta de que no es la respuesta correcta.

—Un día tendrás que mostrarme la nómina de esta chica que vale oro, pero no. Debemos convencerla de forma…

—Manipularla —propone—. Mi método favorito.

Tiene razón, pero no se lo voy a decir.

—Eso no es ético. Ya veré cómo lo consigo —le tranquilizo—. No le comentes nada antes de que hable con ella.

—Ahora te has apoderado de mi secretaria —farfulla enfurruñado—. A ver qué será lo siguiente.

—Tu vida entera, mi amor —le prometo complacida—. Robbie me ha enviado un e-mail con el resultado de una encuesta sobre cuánto subirían los índices de la bolsa si nos mudáramos juntos.

—Me lo mandó a mí también —admite precavido.

Recibí el correo al día siguiente de llegar a Tenerife. Si él lo recibió a la vez, debe haberle costado la vida no presionarme para que lo hagamos de inmediato.

—Está bien, entonces puedes traer tu equipaje a mi apartamento.

—¿Al tuyo? ¿Por qué íbamos a usar tu piso cuando yo tengo una casa mucho más completa? —se indigna.

—Usas tu casa solo para dormir. Yo acabo de mudarme al mío y no quiero cambiar otra vez. Además, en cuanto acabemos con esta farsa, será más fácil que te vayas tú.

—No vamos a terminar con nada —gruñe por lo bajo. Procuro no hacerle caso—. Necesitaría mover todo mi equipo informático, instalar un router de alta potencia y tener un espacio que funcione como oficina —me explica.

No había tenido en cuenta eso. Estamos a mediados de diciembre, faltan dos meses para el lanzamiento de Matched. Sé que Christopher solo usará la casa para dormir, pero tiene razón en que necesita su equipo para emergencias y para los fines de semana. No obstante, ya me había hecho a la idea y me fastidia cambiar el plan.

—¿Cuántas habitaciones tiene tu casa? —pregunto.

Espero que no se me note que estoy pensando en la noche anterior y que él tenía razón al predecir que ninguno de los dos dormiría tranquilamente sabiendo que nos separa una puerta y que sería muy fácil compartir la cama. Pasé la mitad de la noche con los oídos alerta, tratando de oír algún sonido de su parte, y me negué a usar el baño durante la madrugada por miedo a encontrármelo despierto y sentir la tentación de saltar sobre él.

—¿Qué te parece si vamos ahora y lo inspeccionas a tu gusto? —propone, y mira la pantalla del navegador—. Aún estoy a tiempo de desviarme.

—De acuerdo —accedo a regañadientes—. Veamos la guarida del lobo.

Resulta que la guarida del lobo es un pequeño palacio. Christopher es el dueño de una preciosa casa de dos plantas, con un jardín trasero, un salón donde seguro se organizaron bailes en la época de la Regencia y ni más ni menos que siete habitaciones. Una es su dormitorio, al cual me atrevo solo a echar un vistazo rápido. Otra habitación contiene todos los aparatos electrónicos que él necesita más que el aire que respira, y aún quedan cinco habitaciones sin utilizar.

—He pensado en esta para ti —dice abriendo la puerta de la habitación que se encuentra junto a

la suya.

Lo primero que noto al entrar es la puerta abierta que comunica con un baño y otra que está cerrada.

—¿A dónde da esta puerta? —pregunto levantando las cejas.

—¿Has visto el paisaje? —dice corriendo las pesadas cortinas.

Estamos en la segunda planta, con vista hacia la parte trasera de la casa. Puedo vislumbrar las luces lejanas de la ciudad, pero no es lo que me interesa en ese momento.

—¿A dónde da esta puerta? —insisto.

Él se detiene frente al baño.

—Ven a ver el servicio, es fantástico. Tiene bañera de hidromasaje y ducha con efecto lluvia.

Me cruzo de brazos y continúo observando la misteriosa puerta.

—Estoy empezando a creer que comunica con Narnia o es una entrada al infierno. Pero si no me respondes, tendrás que traer tus cosas a mi piso.

Deja caer los hombros y resopla.

—Conduce a mi dormitorio —reconoce por fin—. Es una antigua casa victoriana, así las construían en aquel entonces para que los matrimonios pudieran… reunirse convenientemente durante la noche sin que el resto de la casa se enterara.

—Así que no iba tan mal encaminada con lo del infierno —comento pensativa.

Él alza una ceja y sé que se le están ocurriendo formas de jugar con mi metáfora dándole otro sentido. Es culpa mía por ponérselo tan fácil.

—¿No hay más habitaciones disponibles?

Cruzo los brazos y me apoyo sobre la puerta en cuestión.

Christopher me dedica una sonrisa maliciosa.

—No son tan bonitas.

—¿Podría verlas y escoger yo?

—Por supuesto —concede, pero la expresión en su rostro muta. Intuyo que acabo de perder el poco control que tenía sobre la situación—. Pero no contarás con los mismos beneficios.

—¿Qué beneficios? —Tengo que aclararme la voz. Por supuesto, no tiene nada que ver con su

cercanía, con la forma en la que me examina por debajo de las pestañas, ni por la oscuridad líquida de sus ojos.

—Esta habitación incluye ciertos servicios ofrecidos directamente por el señor de la casa.

Trago saliva. No sé si es la arquitectura victoriana o sus palabras, pero de repente me encuentro inmersa en una fantasía. La visión de la cama doble no ayuda, ni el espejo de cuerpo entero en la pared opuesta, que seguramente refleja la cama desde el ángulo adecuado.

Me asombra la cantidad de fantasías que Christopher despierta en mí. Jamás me he considerado una seductora y mucho menos una adicta al placer carnal, pero el deseo de estar con él me nubla la mente. Trato de pensar que es malo en la cama, pero no funciona y sigo imaginándonos desnudos, nuestros cuerpos entrelazados.

—Cuenta con un atrapasueños para que no tengas pesadillas. Puedes usarlo siempre que lo desees, incluso en medio de la noche —susurra en voz baja.

Quiero reírme en su cara, pero estoy cautivada por su juego. Me viene a la mente el recuerdo de su cuerpo desnudo y sudoroso bajo el sol español. Podría tenerlo si quisiera. Podría tenerlo exactamente como él lo describe, en cualquier momento del día o de la noche. Y en este instante no recuerdo con precisión por qué me estoy negando a tal festín.

—¿Qué más? —indago tratando de mostrarme impasible.

Se ha acercado tanto que tengo que levantar la barbilla para mirarlo a los ojos.

—El colchón es nuevo. Necesita una prueba de resistencia, pero me han asegurado que es como dormir entre las nubes.

—Me refería a que otros servicios otorga el señor de la casa. —digo sin molestarme en disimular la excitación en mi tono de voz.

Christopher lo nota. Pone las manos sobre la superficie de la puerta a ambos lados de mi cabeza. Me mira directamente y me pierdo en las promesas de su mirada.

—También ofrece orgasmos alucinantes.

Me carcajeo por lo serio que habla, como si yo fuera un cliente potencial y él quisiera venderle el producto a toda costa. Al menos la risa me ayuda a disimular mi sonrojo.

—Aunque hay una condición —continúa, ladeando la cabeza.

—¿Y es…?

—Que tú te desnudes primero.

El interior de mi cuerpo es como el contenido de una botella de cava. No sé qué burbujea allí, si

es alegría, diversión o inquietud, pero es la promesa de algo intenso, de algo que no creo que haya probado en mi vida.

Levanto el mentón y lo analizo. Su cara hermosa, su cuerpo de calendario de bomberos y el deseo que se desprende de él en llamaradas de calor. Cambia de posición para que nuestros cuerpos encajen.

Llegados a este punto, me estoy maltratando a mí misma al resistirme a su oferta. ¿Por qué rechazar las ventajas de nuestro acuerdo cuando sufro las consecuencias? Lo único que tengo que hacer es no enamorarme, pero me merezco este regalo.

—Está bien —accedo.

Me mira incrédulo, con las cejas alzadas y la mandíbula desencajada. Seguro que esperaba otra negativa de mi parte y que estaba preparado para volver a insistir.

—De acuerdo —repito—. Acepto tu oferta.

Se aclara la garganta.

—¿Con todos los extras, señorita?

—Con todos los extras —le aseguro.

Algo relampaguea en sus ojos. Se me aflojan las piernas al deducir las cosas que se le están pasando por la cabeza. Se cierne más sobre mí y cierro los ojos, preparada para el beso y lo que sea que le siga.

No obstante, nada ocurre. Escucho un clic. Cuando abro los ojos, veo que Christopher ha desbloqueado la cerradura y se está guardando la llave en el bolsillo.

Se aparta de mí, dejándome decepcionada y consciente de cómo se enfría mi cuerpo mientras se aleja.

—Vamos a por tus cosas, entonces —declara con un brillo malicioso en los ojos.

Punto para el señor Thompson, admito mientras hago una mueca a su espalda.

Capítulo veinticinco

Conjuga el verbo ser, en primera persona del singular, completando la oración con la primera palabra que te venga a la mente.

Brenna

Yo soy la chica que interrumpe la trama de la película para hacer comentarios sobre lo que está pasando, pero hace que te rías y que la disfrutes más.

Christopher

Yo soy profesional.

Son las diez de la noche cuando me doy cuenta de que hay un error en nuestros planes.

Creí que tendría suficiente ropa para pasar la noche y para el día siguiente, pero en mi maleta solo hay prendas veraniegas que no me sirven de nada en Londres.

Bajo a la primera planta para comentarle mi problema a Christopher y recordarle que, debido a él, hemos llegado a su casa en lugar de la mía. Dentro no hace frío gracias al sofisticado sistema de calefacción por suelo radiante y a las ventanas de cierre hermético, que conservan el calor en el interior. Lo encuentro en su despacho con un pantalón de pijama que ha descendido demasiado en sus caderas y sin camiseta. Me parece una provocación innecesaria.

Golpeo la puerta con los nudillos para anunciar mi presencia, a pesar de que está abierta.

—Sabes que hay como cero grados ahí fuera, ¿verdad? —le informo señalando su torso desnudo. Me planteo si esto es parte de su plan de seducción, pero él, distraído, levanta la vista de los papeles que está leyendo—. ¿Te molesto?

Sacude la cabeza y se rasca una ceja.

—Tengo que ocuparme de algo. —Se acerca, descalzo, por la mullida alfombra de su despacho —. No puedo irme de la oficina, porque empieza a desmoronarse todo.

—Ya veo. —Tiene el cabello mojado y sospecho que aún no ha cenado. Su cocinera me ha preparado un sándwich en la cocina sobre las ocho de la noche, antes de irse, y cuando he preguntado por él me ha indicado que estaba duchándose—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Él niega con la cabeza, sin prestarme mucha atención, pero justo cuando estoy a punto de irme, me llama.

—Gracias —recuerda decir, forzando media sonrisa.

—De nada. —Dudo un momento si marcharme o insistir—. ¿Quieres que te traiga algo de comer o de beber?

—No, gracias. Comeré algo cuando solucione esto —responde, mientras se pasa la mano por el flequillo y vuelve a concentrarse en los papeles.

Asiento, aunque sé que no me está mirando, y me dispongo a salir.

—¿Brenna? —Vuelve a llamarme y empieza a resultar cómico—. ¿Necesitabas algo?

—Ah… no. Bueno, tengo un problema, pero seguro que te parece una tontería en comparación con lo que sea que tienes entre manos. No te molesto más.

Decido que no le echaré la culpa por tener que salir el día siguiente en manga corta, y me aparto de la puerta.

—¿Brenna? —Me vuelvo y lo veo asomado al pasillo desde su despacho—. Dime qué sucede.

—Es solo que no tengo ropa de invierno. Todo lo de la maleta eran prendas para el clima de Tenerife… —le explico, sintiéndome mal por importunarlo con algo tan trivial.

—¿Quieres que le pida a Bo-ra que te traiga algo? —me pregunta.

—Ni se te ocurra molestarla de nuevo un domingo.

Se ríe suavemente.

—Le pediré a mi chófer que venga temprano mañana para que pueda llevarte a tu casa a buscar algunas cosas.

—Gracias, eso sería de gran ayuda.

En ese momento me sonríe y echa un vistazo a su despacho. Parece molestarle tener que trabajar.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Me encojo de un hombro.

—Puede que leer un rato.

Asiente y de pronto parece no tener tanta prisa, sino estar muy interesado en mis planes para el resto de la noche.

—¿Qué vas a leer?

—Una novela.

—¿Cuál?

—No la conoces.

—¿Cómo se titula?

—Creí que estabas liado.

—Qué título tan extraño —se burla—. Creo que tengo diez segundos para escuchar de qué trata tu novela. Permíteme tener un momento de ocio, ya que soy un desgraciado trabajando un domingo a las diez de la noche.

Sé que no debo, pero no puedo evitarlo.

—Se titula Esclava de sus fantasías. La protagonista es una joven que se convierte en niñera de un viudo un tanto retorcido, quien comienza a pedirle que haga cosas poco convencionales y ella, siendo pobre y sin otro lugar adonde ir, no tiene más opción que aceptar.

Christopher abre la boca, para nada esperándose esa respuesta. Su móvil suena y sin despegar sus ojos de mí se lo lleva a la oreja.

—¿Qué cojones quieres? —le gruñe al pobre interlocutor, y tengo que ocultar una sonrisilla. Después cierra los ojos y suelta un bufido—. De acuerdo, voy a comprobarlo.

Cuando cuelga, su expresión vuelve a suavizarse.

—Tengo que ocuparme de algo ahora, pero… —me señala— continuaremos hablando sobre esa novela tuya.

—Cuando quieras —respondo inocentemente.

Me giro y me alejo por el pasillo, consciente de que él me observa y de que llevo pantalones cortos.

Me quedo dormida en el sofá y me despierto a las cinco y cuarto de la mañana. Estoy tapada con una manta y el libro que leía está sobre la mesa de café. Christopher debe haber pasado por allí para arroparme y recoger el libro, que no es una novela erótica como le hice creer, sino algo más

aburrido.

Junto al título, Fundamentos del marketing en redes sociales, hay una nota adhesiva escrita con su letra en la portada que dice: «Esta te la cobro, escocesa».

Sonrío, cambio de postura y vuelvo a quedarme dormida con la sonrisa en los labios.

La mañana resulta rara. Mientras yo me desperezo, Christopher ya lleva puesta la armadura, uno de sus trajes de ejecutivo ambicioso, y está listo para salir. Le veo pasando por delante del salón, haciendo malabares con dos maletines, el abrigo y un vaso de café para llevar, a la vez que habla por el móvil.

El reloj marca las siete menos diez.

—¿A quién le funcionan las neuronas a esta hora? —farfullo.

Hago el esfuerzo de levantarme y estirarme. Enciendo una lámpara que llena la habitación con haces dorados.

Charles, mi monitor del gimnasio, estaría muy orgulloso de mí si pudiera ver cuántos estiramientos hago. Me agacho para tocar el suelo con las puntas de los dedos y después alzo las manos hacia el techo. Casi lo consigo, si no fuera porque una de mis piernas se enreda detrás de la otra y termino de rodillas, maldiciendo como un auténtico pirata.

Christopher aparece en el vano de la puerta.

Lleva el móvil al oído, pero tengo la impresión de que se pierde parte de la conversación mientras yo me levanto con la gracia de una bailarina octogenaria.

—Buenos días —saludo sonriente.

—¿Qué has hecho? —me contesta con un gruñido.

—¿Yo? —Aleteo las pestañas, aunque me duelen las rodillas—. Nada, acabo de levantarme.

Tiro de mi camiseta, de pronto consciente de que no llevo sujetador. Supongo que tendré que comprarme uno sin costuras para sentirme cómoda cuando él esté en casa, porque apuntarlo a diario con mis pezones erectos no es una opción.

—Luego te llamo —avisa Christopher a su interlocutor antes de colgar.

Deja caer los maletines, se guarda el teléfono y se adentra en la habitación, dejando el café y el abrigo en una mesa. Estoy adormilada, pero mi cuerpo se despierta de golpe por la forma en que me mira.

Me alcanza y me rodea la cintura, elevándome hasta que estoy de puntillas. Y me besa, bueno, mejor dicho, me devora como si fuera su desayuno. Abre mis labios con su lengua y la enrosca

en el interior de mi boca. Gruñe cuando le respondo. Estoy aturdida, pero me adapto rápido al ritmo que impone. Hundo los dedos en su cabello y, aunque nuestros cuerpos están pegados, tiro de su nuca para acercarlo incluso más. Sabe a café intenso y a mis sueños eróticos.

Sus manos se deslizan debajo de mi camiseta primero por la espalda, luego en mis costados, rozando los lados de mis pechos. Ahogo un gemido de impaciencia mientras espero a que los acaricie. Me fallan las rodillas cuando su pulgar frota con suavidad un pezón, pero Chris está allí para sostenerme. Con su otra mano me agarra por el trasero y me mantiene sobre su muslo. Su boca se desliza por mi cuello hasta el hueso de la clavícula, donde encuentra un punto que hace que me deshaga en mil pedazos cuando lo roza con su lengua.

—Sí, son buenos días —susurra.

Su aliento cálido eriza mi piel.

Arqueo el cuello hacia atrás, ofreciéndole más espacio. Muerdo suavemente el lóbulo de su oreja y deslizo mi mano sobre su pecho, pero solo me permite disfrutar de esa firmeza por un instante antes de levantarme la camiseta sobre la cabeza y lanzarla con un movimiento rápido.

—Vale —jadeo—. ¿Este es el desayuno en esta casa?

—No —contesta riendo. Su mirada es un fuego negro—. No es suficiente. —Sus dedos se enroscan en la cinturilla de mis pantalones y descienden bajo la tela, hasta mi trasero desnudo, mientras vuelve a besarme.

—Oh… —exclamo sorprendida.

Mis dientes chocan cuando Christopher se inclina y toma uno de mis pechos en su boca. No puedo evitar mirarlo. Veo su cabeza oscura y sus labios pecaminosos lamiendo mi piel pálida.

—Dios… ¿qué?…

No creo que pueda razonar en este momento, pero lo intento. No, dejo de intentarlo, porque él mueve su lengua al otro pecho y usa su mano en el que acababa de abandonar. Pellizca un pezón mientras succiona el otro. Estoy perdida. Mi cuerpo clama por liberarse.

Christopher abandona mis pechos, pero no tengo tiempo de quejarme porque me alza entre sus brazos y me tiende en el sofá. Lo miro interrogante, procurando enfocar la vista. No sé cómo sentirme, desnuda y casi desmayada de placer, cuando él sigue vestido con su maldito traje.

—Si vamos a hacerlo… —comienzo, tirando de su corbata.

Chasquea la lengua en negación. Se apoya en las rodillas, por encima de mí, y besa mi abdomen, subiendo por los costados, hasta que vuelve a tomar mis pechos entre sus labios.

—Dulce —murmura con una voz gutural.

—Joder… eso es… —intento hablar, pero él me deja sin palabras.

Sus dedos deslizan la cinturilla de mi pantalón a lo largo de mi cadera, mientras sus labios siguen el mismo camino. Mi piel se enciende bajo la caricia de sus yemas y el calor que desprende. Su nariz roza la cara interna de mi muslo.

Me vuelvo líquida y arqueo la espalda. Mis senos se sienten pesados por el deseo.

Christopher acaricia el interior de mis muslos, llevándose mis pantalones junto con la ropa interior hasta las rodillas. Inhalo y exhalo temblando, con las manos hundidas en su cabello.

¿De verdad va a darme sexo oral antes de las siete de la mañana?

Su lengua me tortura, ascendiendo cada vez más, pero su pulgar llega antes y me abre, sosteniendo mis caderas con sus manos. Continúa besando mis muslos y los alrededores sin tocar directamente mi centro.

Me está devolviendo lo que le hice en España. La próxima vez que se me ocurra algo así debo recordar que él sabe torturar mejor que yo.

—Si quieres vengarte, lo estás haciendo de maravilla—digo sin aliento y con los ojos cerrados.

Unos segundos después los abro porque Christopher ha dejado de besarme y ya no siento su cálido aliento en mi piel.

Me mira y estoy segura de que se va a retirar. No obstante, su dedo se desplaza lo suficiente como para ejercer la presión perfecta arriba y abajo. De mi garganta sale un gemido implorante.

—Si crees que te estoy torturando a ti, es porque no sabes lo que siento yo.

Se apoya sobre un codo. Está medio caído del sofá, con las rodillas sobre la alfombra.

—Dímelo —exijo—. O mejor, enséñamelo.

Me pierdo en la oscuridad de su mirada y en la forma en la que respira apresuradamente, su pecho subiendo y bajando con cada inhalación.

Me incorporo con la intención de ayudarle a desprenderse de toda la ropa que le sobra, pero en cuanto pongo las manos en las solapas de su americana, me detiene.

—No.

Acomoda mi cadera y se inclina, alzando mi pierna por encima de su hombro. Antes de sentir el roce de sus labios, percibo su aliento, y en esos breves instantes pienso que voy a desfallecer. Y entonces su lengua está en mi sexo, lamiendo y presionando.

—Voy a… —no tengo idea de lo que quiero decir así que me callo.

Estoy mareada de placer. Levanto las caderas para encontrarme con su boca. Me retuerzo en el sofá, mis dedos se aferran a la tela desesperados. No puedo respirar y no me importa. La tensión se intensifica en mi pecho, y quiero más.

Christopher me penetra con un dedo y roza mi clítoris con la lengua en movimientos circulares. Una y otra vez. Es como si pudiera sentir lo que yo siento. Combina los lametazos con embestidas que presionan ese punto dentro de mí. De vez en cuando se detiene solo para atormentarme aún más.

Me rindo. Me arqueo, me abro y me ofrezco entera. Y él me toma con su boca hasta que abandono este mundo para viajar a uno mucho mejor. Su embate es frenético ahora, como si buscara la misma liberación que yo. Hunde las manos en mis muslos y me atrae hacia su rostro. Me devora y no se detiene hasta que me deshago por completo.

Respiro con dificultad. Mantengo los ojos cerrados al principio por pereza, y luego por el temor a lo que veré al abrirlos. Mi cuerpo aún se estremece por las oleadas de placer que me recorren.

Christopher deja besos fugaces en mi abdomen, mis pechos, hasta que llega a mis labios. Siento su aliento en la cara, pero no me besa. El aire resulta fresco en mi piel cuando se incorpora.

—Orgasmos alucinantes —dice—. Estaban en el contrato.

Estallo en carcajadas y me cuelgo de su cuello. Oculto mi rostro bajo su mentón.

—Señor Thompson —ronroneo y hago una pausa para escuchar el latido apresurado de su corazón—. Has sido muy… bueno.

—¿Lo dudabas?

Asiento con la cabeza, pero siento la necesidad de explicárselo.

—Tenía la esperanza de que fueras malo en la cama.

—¿Por qué? —ríe confuso—. Debes ser la única mujer que desea eso en una pareja.

Me suelto de su cuello y busco la manta con la que me ha tapado durante la noche para ocultarme debajo de ella. No voy a explicarle que me da miedo enamorarme de él, eso solo le daría más poder sobre mí.

—Debes hacer algo mal. Nadie es tan… —no quiero decir perfecto porque es casi como declararme— competitivo.

—No compito con nadie más que conmigo mismo. Y ya sabes que soy terrible jugando a los bolos.

—¿Qué más? —me intereso.

Christopher suspira y comprueba su reloj.

—No soporto llegar tarde. Tengo que irme.

—¿En serio? ¿Vas a irte así? —Me subo la manta hasta la nariz y señalo con la mirada el bulto de sus pantalones—. Eso podría ser un problema.

Suspira y se rasca una ceja.

—Lo es. No sé cómo voy a concentrarme hoy.

—Podría ayudarte con… eso —mi voz sale mitigada por la tela de la manta.

Esboza una sonrisa peligrosa.

—No lo dudo. Pero si no empiezas a prepararte, no llegarás a tiempo al trabajo. Recuerda que tienes que pasar por tu apartamento primero.

Suelto un bufido y dejo caer mi cabeza hacia atrás sobre el respaldo del sofá.

Christopher se levanta y desabrocha el botón y la cremallera de sus pantalones. Expectante, me mojo los labios, pero pronto me queda claro que lo hace para volver a colocar su camisa. Después estira las mangas de su americana y se da la vuelta.

—Nos vemos luego —se despide.

Inhalo profundamente y lleno mis pulmones con su fragancia.

—Supongo —le digo a nadie en particular cuando escucho el sonido de la puerta principal cerrándose.

Espero no volver a verlo en el tiempo suficiente para que se me pase la vergüenza o voy a parecer un fantasma, andando por la casa cubierta por una manta.

Capítulo veintiséis

¿A qué hora llegas a una cita que tienes establecida para las dos de la tarde?

Brenna

Si la cita es con Brody llego sobre las dos y media para que no tenga que esperarlo.

Christopher

Un minuto después de las dos.

Tengo solo una hora para almorzar.

Con el ritmo que me he impuesto en los últimos días, empiezo a entender a Christopher y su obsesión por cronometrar todo lo que hace. Voy a comer rápido, regresar al trabajo y luego dirigirme directamente a las clases de la tarde.

La hora del almuerzo es casi una reunión de negocios, pues he quedado con Bo-ra para hablarle sobre la idea de Robbie.

Elijo un restaurante mexicano que me recomendó Esther. El lugar resulta acogedor con sus luces ambarinas, música de mariachis y camareros llevando el abultado sombrero típico del país. El olor a chili y queso fundido me abre el apetito aun antes de sentarnos y recibir el menú. Lo ojeo rápidamente, pero mi mente está centrada en la estrategia que voy a usar para convencer a Bo-ra de que acepte mi propuesta.

Cierro la carta y la dejo a un lado sobre la mesa.

—¿Podemos pedir un combo de entrantes mientras esperamos a mi invitado? —propongo.

Bo-ra levanta la vista de su menú y me mira sorprendida.

—¿Viene el señor Thompson?

—No. ¿Cómo está hoy? —me intereso, con la esperanza de que Bo-ra me confiese que mi novio falso ha pasado la mañana con la mirada perdida y sonriendo como un bobo.

—Como siempre, o incluso peor. Quiere recuperar los días que habéis pasado de vacaciones. Despidió a un becario y al jefe de programación de Matched. Dice que no arregló los fallos que él encontró. —Se detiene y baja la cabeza—. Perdona, no sé por qué te cuento esto.

Una sensación fría se apodera de mí y se me eriza la piel.

No sé qué había esperado. Christopher no va a cambiar solo porque vivamos juntos y me haya conocido… íntimamente.

Ha cumplido su promesa, pero no ha ido más allá. Su trabajo sigue ocupando todo su tiempo y yo soy parte de ello. Un proyecto que quiere que tenga éxito. Me dedica el tiempo necesario para que siga funcionando, pero no va a empezar a sonreír en las reuniones, canturrear mientras hace cálculos o perderse en sueños conmigo.

—No te preocupes, también tengo acciones de S4L, me interesa todo lo que tiene que ver con la empresa —afirmo, mostrando una serenidad inaudita. Me pregunto cuándo he aprendido a actuar tan bien—. Supongo que habrá tenido sus razones para despedirlos.

«Espero que me lo cuente cuando nos veamos», pienso.

Tomo un sorbo de agua y me centro en el propósito de este almuerzo.

—Tengo algo que decirte —confieso.

Bo-ra frunce el ceño al ver mi expresión de culpa.

—¡Te quiero muchísimo! —suelto, acobardándome en el último momento.

—¿Gracias? —Bo-ra se acomoda en la silla. Es evidente que desconfía de mi repentina declaración de sentimientos.

Mierda, lo tenía todo planeado. Iba a llenarle la barriga de comida, la convencería de beber algo, aunque tenga que regresar a la oficina, y le presentaría su papel como un juego de niños.

—Pero no es por eso que te he invitado a comer.

—¿Ah, no?

—No, es decir, sí. Te aprecio mucho como persona, quiero que lo sepas antes de…

Vuelvo a callarme. Qué vergüenza. No puedo pedírselo. Es la secretaria de Christopher, me conoció hace poco y no me debe nada.

—¿Me voy a morir? —inquiere ella con una sonrisa—. Brenna, te comportas como si mañana se acabara el mundo.

Tuerzo la cabeza de un lado a otro.

—Casi, pero no… —la tranquilizo cuando noto una expresión asustada en su rostro—. Esto no te va a gustar. Me temo que vas a ser una víctima colateral de Matched. El plan de marketing de Petterson incluye conseguirle una novia a Brodie para poner fin a los rumores sobre él y yo a raíz de aquel estúpido beso.

—Lo sé, estaba con el señor Thompson cuando lo repasaron. ¿Qué tiene que ver conmigo?

Siento que un sofoco sube por mi cuello hacia mi rostro, y eso que aún no he probado nada picante.

—El caso es que… —empiezo, pero sus ojos se elevan por encima de mi cabeza.

—¿Qué hace ella aquí? —Brodie aparece a mi lado e intercambia la mirada entre ambas.

Por una vez en su vida, en la ocasión equivocada, llega puntual. Le he citado para comer conmigo, pero no le he dicho que Bo-ra también estaba invitada, ya que, según sus palabras literales, no pensaba volver a honrarla con su presencia después de lo ocurrido en Winterland. Tendría que haber aparecido cuando ya tenía convencida a Bo-ra. Ahora tengo que luchar contra los dos.

—Siéntate —le ordeno y señalo la silla junto a ella—. Tengo que hablar con vosotros.

Bo-ra lo observa por el rabillo del ojo antes de apartar la mirada hacia otra mesa, y Brodie se sienta a regañadientes junto a ella.

Ni siquiera se miran directamente, es como sentar a dos primos enemistados juntos en una boda.

Por suerte llegan los entrantes, y el ir y venir del camarero rompe algo de la tensión que se respira en el ambiente. No hay situación, por incómoda que sea, que no pueda aliviarse con unos tequeños con salsa.

Brodie no espera ni a que el plato toque la superficie de la mesa y ya está cogiendo alitas picantes con las manos. Se las mete en la boca y las devora con soltura, como si estuviéramos solos en mi casa. Es un comportamiento bastante inusual en él, especialmente frente a una posible conquista. Siempre ha sostenido que gran parte de la seducción consiste en convencer al otro de que eres un dios, ocultando los aspectos más vulgares de la humanidad, como las necesidades fisiológicas.

«¿Te gusta ese chico, lassie? —me ha dicho en innumerables ocasiones—. Entonces actúa como la protagonista de un anuncio de perfume: elegante, sublime, refinada, tan irreal como una diosa terrenal».

Pero ahí está ahora, chupándose el dedo pulgar para aprovechar todo el condimento que ha dejado la carne en sus manos. Eso me dice que ha abandonado la idea de conquistar a Bo-ra y la ha relegado mi nivel, el de las infollables. Supongo que es mejor así, hará la situación más fácil.

Abro la boca para explicarles lo que me ha pedido Robbie.

—Si es lo que creo, puedes olvidarlo —se me adelanta Bo-ra—. No sé actuar. No valgo para eso.

Brodie alza una ceja y se digna a echarle un vistazo.

—¿De qué está hablando? —me pregunta.

En lugar de responder, saco el móvil del bolso y busco la foto de ellos que subí después de Winterland. Lo pongo sobre la mesa y lo deslizo para que ambos puedan verlo.

—Más de treinta mil likes —dice Brodie—. Lo sé, he respondido un par de comentarios.

—¿En serio? —exclamo, con la necesidad visceral de comprobar en este momento qué ha dicho. Respiro hondo y regreso a mi problema—. Os aman. A los dos juntos, y necesitamos eso. Matched necesita esto.

Brodie se rasca la cabeza sin levantar la vista de la pantalla, pero a Bo-ra le trae sin cuidado la repercusión mediática.

—Es ridículo. Es solo una foto. No demuestra nada.

Mi amigo gruñe, pero sigue teniendo una expresión de máxima concentración.

—Si no te convence, podemos intentarlo con otra —concedo—, aunque Robbie asegura que va a funcionar.

—¿Qué va a funcionar? —pregunta Brodie—. ¿De qué habláis?

Lo miro boquiabierta, no puede ser que no lo haya entendido.

—La agencia de marketing de Matched cree que deberías fingir una relación romántica con Bo-ra.

—¿Qué? —Tose con violencia y se levanta de la silla para recuperarse.

No tengo paciencia para sus escenas y se lo digo.

—Te recuerdo que necesitan hacer eso porque tú me besaste aquel día para… —me detengo antes de desvelar sus asuntos frente a Bo-ra.

Brodie vuelve a sentarse. De algún modo se las arregla para separarse incluso más de la chica. Están el uno junto al otro, pero igual podrían encontrarse en planetas de diferentes sistemas solares por el caso que se hacen.

—Ya… De acuerdo, cuenta conmigo —claudica.

Satisfecha con su respuesta, vuelvo a intentar convencer a Bo-ra.

—Solo unas cuantas citas, será suficiente con mostraros acaramelados en público un par de veces. —La veo dudar y sé que es el momento de utilizar su sentido de la responsabilidad en su contra. Coloco mi mano sobre la suya—. La empresa te necesita.

Bo-ra suspira y esboza una de esas sonrisas angelicales que la caracterizan.

—De acuerdo. Puedo intentarlo, pero creo que será un desastre. No sé fingir, se me nota cuando miento.

Brodie la fulmina con la mirada.

—¿Tan irreal te parece la idea de salir conmigo? —espeta indignado—. Cualquiera diría que te están pidiendo que finjas saber kung-fu.

—Eso sería genial —replica ella—. Soy cinturón rojo en kung-fu.

—¿En serio? —Brodie la escanea de arriba abajo con una mirada incrédula, como si estuviera tratando de descifrar de qué planeta viene esa chica que no encaja en ninguno de los estereotipos de mujer que tiene bien definidos en su mente.

Bo-ra parece desanimarse al ver la expresión de Brodie.

—Él tampoco va a saber fingir que le gusto.

—Tranquila, le gustas, ni siquiera tiene que fingir —intervengo.

Ambos me miran estupefactos a su manera, ella anonadada y él furioso.

—Ah…

—Eso no es cierto —hablan al unísono.

Brodie deja escapar una risotada que pretende ser divertida pero resulta un tanto avergonzada.

¿Qué le ocurre? Nunca antes lo había visto perder el control, incluso en situaciones tensas. Como alguien que se dedica a mentir y seducir a otros, está acostumbrado a meterse en líos.

—Además, es actor. Y el papel de enamorado lo tiene más que aprendido —continúo, fulminándolo con la mirada—. Se podría decir que es su especialidad.

Comienzo a preocuparme por su capacidad para llevar a cabo esta farsa en particular. Pero lo conozco bien y sé que es un gran actor. Debe ser su orgullo masculino interfiriendo con las conexiones neuronales de su cerebro. Se me ocurre que puedo solucionarlo con una pequeña

mentira, pero debo esperar a que Bo-ra no pueda escucharnos.

Durante unos minutos comemos en silencio.

—Le pediré a Robbie que os envíe el plan. Me aseguraré de que no implique nada difícil.

Se lanzan miradas esquivas, como si quisieran escapar del contacto visual. Si no empiezan a comportarse con un mínimo de normalidad, el plan va a ser un auténtico desastre.

Logro mantener la conversación fluida durante la comida, salvando la situación. Para cuando terminamos el postre estoy segura de que tengo que intervenir o nadie se creerá que esos dos tienen algo más que una alergia extrema el uno por el otro.

—Gracias por acompañarme al almuerzo y por estar de acuerdo con esto —digo—. Pero creo que deberíamos aprovechar este momento para practicar un poco.

Las cejas de Brodie se alzan provocativas. Bo-ra casi oculta su rostro en el plato vacío.

—No sé cómo hacerlo —susurra—. ¿Cómo finges que te gusta alguien?

Brodi podría darle clases, pero no lo sugiero porque no me fío de él. En lugar de eso, le dedico una mirada significativa a mi amigo para que se ponga manos a la obra. El chico inicia su ritual de preparación. Inhala, exhala, rueda los hombros, se endereza, se posiciona frente a Bo-ra y le sonríe con tal mezcla de ardor y ternura que hasta a mí me entra taquicardia.

—Hola, preciosa —susurra con voz grave.

Es cierto. Bo-ra es un icono de la moda. Lleva un conjunto morado compuesto por una falda y una especie de chaleco de cuero sintético, que cubre una camisa de mangas abultadas en tono gris perla. Su maquillaje resalta sus ojos y sus labios están pintados en un vibrante tono violeta que ha resistido incluso después de la comida.

Ella no se queda indiferente al halago. Entreabre los labios y lo mira fascinada.

—Gracias —musita con timidez. O ha mentido respecto a ser mala actriz o no está fingiendo en absoluto y mi amigo le gusta bastante más de lo que decía.

Brodie, reuniendo valor, se atreve a rodear el respaldo de la silla con el brazo. Bo-ra salta como si le hubieran dado una descarga.

Suspiro, a punto de rendirme, pero ella se recupera.

—Perdón —se disculpa, y se obliga a mirarle.

—Guau, podría perderme en tu mirada —continúa él.

Bo-ra y yo ponemos los ojos en blanco a la vez.

—¿Qué? —se defiende Brodie—. A las chicas les gusta cuando les hablas de estrellas, la magia del amor y esas cosas.

—No soy una de esas chicas —le aclara Bo-ra.

Intervengo para calmar la tensión.

—Él ya lo sabe, cariño. Tú solo asiente y sonríe.

—No voy a comportarme como una descerebrada, ni siquiera por la empresa.

—Es un papel, Bo-ra. Que te comportes como una, no significa que lo seas.

—Él se lo va a creer —insiste ella, apartando la mirada de mi amigo.

Resoplo y procuro encontrar la calma en mi interior.

—Si se lo cree, es su problema, no el tuyo.

—Te aseguro que no voy a creérmelo y te sugiero que hagas lo mismo. Te desnudaré con los ojos, pero lo haré solo porque tenemos público, no porque me pregunte qué hay debajo de toda esa ropa cara. Me voy a acercar a ti y voy a susurrarte al oído lo que parecen ser palabras de enamorado, pero en realidad te estaré recitando el menú del Burger King. Puede que te bese…

—¿Bese? —Bo-ra se espanta de nuevo.

—¿Un par de abrazos? —propongo con rapidez, antes de que se eche atrás.

Asiente resignada.

—Espero que se duche antes de acercarse a mí.

—Me ducho dos veces al día —la informa ofendido.

—Vale, creo que es suficiente por hoy. Deberíamos intentar repetirlo en una cita doble. ¿Qué os parece? —propongo. Necesitan más práctica y les ayudará no estar solos en su primer encuentro.

No me atrevo a pedirles que se despidan con un abrazo, pero salimos los tres afuera y le sugiero a Brodie que coja la mano de Bo-ra y le dé un beso en el dorso.

Por la expresión que pone la chica, parece que sujeta el tentáculo de un pulpo. Espero a que ella se suba al taxi antes de intentar arreglar la situación.

—Escucha, ameba… —Tomo el brazo de Brodie para obligarle a enfrentarse a mí—. No eres muy perceptivo, ¿verdad? ¿No ves que a Bo-ra le gustas, pero es demasiado tímida como para reconocerlo?

—¿Tú crees? —Mi amigo no parece para nada convencido, pero surge un brillo de esperanza en

su mirada.

—Ella no es como las mujeres de teatro a las que estás acostumbrado. Es una flor delicada, un ratoncito de biblioteca…

Brodie siempre sabe cuando voy de farol y en esta ocasión no es diferente.

—Cállate, Abernathy. Lo haré porque te lo debo, pero es el papel más difícil que he interpretado en mi vida.

—Con que lo hagas me basta —acepto.

Tengo suficiente con su promesa, pero estoy cansada de todo esto. Me siento culpable por implicar a Bo-ra. A esas alturas estoy tan en deuda con ella que no sé cómo voy a devolverle el favor. La chica se ha ganado mi corazón y espero mantener nuestra amistad aun después de separarme de Christopher.

Capítulo veintisiete

En tu infancia, ¿te comías las uñas o los mocos?

Brenna

Tenía comida en casa, gracias. Nunca entenderé por qué mis compañeros se automutilaban hasta que sus dedos parecían barritas de queso. ¿Y no echaban en falta poder usar sus uñas? Joder, con lo bien que vienen para un montón de cosas. Tenerlas comidas es casi como una minusvalía física: no puedes ni levantar un folio pegado a una mesa, no puedes rascar cuando te hace falta... Los mocos, por otro lado, aumentan las defensas. Así que hay una explicación científica sobre por qué a los niños les da por comérselos. Pero para mí nunca fue una tentación.

Christopher

Las uñas.

Los siguientes días me sumerjo en el trabajo y los estudios.

No veo a Christopher. Llega tan tarde y se va tan temprano que sospecho que solo usa su dormitorio, pero nuestros caminos no se cruzan. Nos comunicamos a través de mensajes y correos electrónicos. Pero esta noche hay un cambio: Christopher y yo coincidimos en el sofá del salón, con la televisión encendida y el volumen bajo.

No es algo fortuito, sino una situación que hemos planeado. He planeado, en honor a la verdad. Christopher accedió a regañadientes y me lo demuestra, sentado en el extremo opuesto a mí, con el portátil sobre las rodillas.

Apuesto a que no ha utilizado el sofá para ver la televisión desde antes del Brexit.

—¿Estás listo? —pregunto con el mando en la mano, esperando a que deje el portátil de una vez.

Asiente, pero tengo que mirarle fijamente para que baje la pantalla y lo coloque sobre la mesa de café. Espero que no se retracte en el último momento. Por si acaso, tengo preparada la prueba escrita de su conformidad, el mensaje que me envió.

Recuerdo que dudé antes de proponerle que me acompañara, porque no quiero que piense que tengo intenciones ocultas. El hecho de que no nos hayamos visto puede parecer algo forzado después de nuestra mañana especial, pero no lo he evitado adrede y creo que él tampoco. Simplemente hemos priorizado el trabajo a nuestros encuentros románticos. Es lo mejor, es lo que se espera de una relación falsa. Y, además, me recuerda que es lo que le importa de verdad a Christopher en todo esto. Que de vez en cuando tenga dolor de estómago es consecuencia del estrés impuesto por mis nuevas metas, nada tiene que ver con nuestro futuro como pareja.

Christopher me hace caso. Extiende los brazos sobre el respaldo del sofá y sube los pies a la mesita. Parece incómodo con el gesto, como si no pudiera reconciliarse con la idea de dejar las cosas sin hacer para perder el tiempo de esa forma.

—Relájate, ¿quieres? —le pido, mientras busco la serie en la pantalla—. Te acostumbrarás a holgazanear si practicas un poco más. Hasta podrías disfrutarlo sin que parezca el fin del mundo, ¿sabes? Hará maravillas con tu estrés y tu insomnio.

—No tengo estrés ni insomnio —farfulla malhumorado y tieso como un espantapájaros.

—Por favor… he recibido e-mails tuyos a las cuatro de la mañana, llegas a la oficina antes de las siete, y anoche seguías trabajando cuando me quedé dormida, pasada la medianoche.

Se encoge de hombros.

—No necesito dormir demasiado.

—Bo-ra me contó que te tiembla el ojo desde hace dos meses.

—¿Sabes que sería genial? —Solo por el sarcasmo de su tono adivino sus siguientes palabras—. Sería genial si fueras amiga de mi secretaria, le sacaras información confidencial sobre mí y se aliara contigo en mi contra.

Trato de no reír por su expresión frustrada.

—Las dos nos preocupamos por ti.

—¿Ah, sí? —pregunta con mucho más interés que cuando lo invité a pasar una noche tranquila en casa.

—Eso me recuerda que te he comprado un suplemento de magnesio que debes tomar tres veces al día —digo desviándome del tema de mi interés en su bienestar—. Mi naturópata dice que ya no hay suficiente magnesio en la comida y que ayuda en tiempos de estrés. A ver si puede solucionar lo de tu ojo.

—¿Has consultado lo de mi ojo con tu médico? —La sonrisita que se dibuja en su rostro me hace sonrojar.

—La conversación surgió por casualidad —balbuceo concentrándome en el mando de la tele como si fuera algo fascinante.

Evito su mirada mientras inicio el primer capítulo de Peaky Blinders.

En la pantalla se muestra a un hombre montado a caballo recorriendo las calles de un antiguo Birmingham mientras suena Red Right Hand de Nick Cave and the Bad Seeds.

—La música no encaja con la ambientación —comenta Christopher.

—Oh, por favor, la música es lo mejor —protesto ofendida, como si yo misma hubiera creado la banda sonora de la serie.

—Solo digo que no es muy exacto históricamente hablando —replica él levantando las manos en señal de autodefensa.

—¿A quién le importa? ¡Esa es la magia del espectáculo! —Le apunto con el mando—. Y cállate o te pondré en silencio. Estás arruinando el comienzo.

—Pero si tú ya lo has visto —protesta.

No es hasta la mitad del primer episodio que deja de refunfuñar. Le echo un vistazo de reojo y veo que está concentrado en las imágenes.

Dos horas más tarde hemos terminado el segundo capítulo de la mejor serie de la historia y estoy tan enganchada como la primera vez. Echo un vistazo hacia Christopher.

—¿Y bien?

—No está mal —replica, sin mostrar el entusiasmo que esperaba.

—Oh, vamos, no te hagas el duro. Te ha gustado. ¡Exijo que lo reconozcas!

—Es previsible, manipula al espectador con las secuelas que la guerra ha dejado en la mente del pobre Tommy, pero qué más se puede esperar. Los dos sabemos lo suficiente sobre marketing para entender que se vende lo que el público demanda.

—No te atrevas a mencionar marketing y Tommy Shelby en la misma frase —le advierto.

Se ríe y un par de chispas se encienden en sus ojos.

—Reconoce que tengo razón y no volveré a mencionarlo. Acepto que te dejes manipular…

Suelto un bufido, sintiéndome insultada.

—Y, de todos modos, todavía no entiendo por qué me has apodado Peaky Blinder en tu lista de contactos.

Cuando lo dice, me doy cuenta de que no ha sido buena idea engancharlo a la serie. Si la ve completa, entenderá mi admiración por Thomas Shelby, su ingenio y su fortaleza interior. Cuando lo hice tenía en la mente a un mafioso que arregla los problemas a la fuerza, pero Tommy es mucho más que eso, y, al parecer, Christopher también.

Pongo los ojos en blanco ante su negativa a admitir que ha disfrutado del inicio de la serie casi tanto como yo.

Por lo menos parece mucho más relajado que antes. Yo también estoy a gusto, aunque inquieta. Cuando le di permiso a Christopher para que me tocara, creí que se lanzaría enseguida a conseguir lo que tanto afirmó querer. Pero, después de haberme regalado un orgasmo alucinante, parece que se ha olvidado del tema.

Me sorprende que se lo tome con tanta calma, y eso me mantiene en tensión. ¿En qué momento piensa hacerlo? Ni en sueños voy a darle señales de que estoy muy interesada en el asunto. Una cosa es dejarse arrastrar hacia el pecado y otra es lanzarse a por él.

Christopher está descalzo, lleva unos pantalones de pijama de franela a cuadros y una camiseta blanca. En la mesita quedan los envases vacíos de la comida que pedimos para llevar y las copas de vino a medio terminar.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta con un solo ojo abierto.

—Te recuerdo que hace casi una hora que no miras tu móvil —me burlo.

Está oculto en la mesa, bajo algún envase, en modo silencioso.

Él encoge un hombro y vuelve a cerrar los ojos.

—Seguro que se ha hundido la economía de varios países en este rato.

Me carcajeo por la forma en que lo dice.

—¿Tan influyente eres?

Él asiente con una expresión arrogante, pero sé que está bromeando. Por primera vez me doy cuenta de que, si salvó la empresa, también aseguró la estabilidad económica de sus empleados y socios. Aunque haya tenido que traicionar a su propio hermano en el proceso, hay algo bueno en sus acciones. O tal vez yo quiero encontrarlo porque es un hijo de puta sexi…

«Tengo que vendar mis ojos».

La pantalla de su teléfono se ilumina bajo un envase vacío.

—¿No vas a mirarlo? —pregunto al ver que no se mueve.

—No estoy tan enganchado como crees.

—¿A quién quieres engañar? —Me cruzo de brazos—. No podrías dejar las riendas de la empresa ni por un solo día.

Me echa un vistazo.

—¿Apostamos?

—No, porque lo arruinarías. Lo harías solo para demostrarme que puedes, pero temo que te dé un ataque si lo intentas.

—Ja —suelta sin una pizca de diversión. Luego se endereza y se apoya en un codo—. Televisión, comida basura. Eres una mala influencia.

—Ya era hora de que te dieras cuenta —replico muy satisfecha conmigo misma.

Tengo que enderezarme yo también porque mi móvil se desplaza por la mesa debido a las vibraciones de una llamada. Un rápido vistazo me indica que es mi madre, una vez más, y sé que no voy a contestar.

—¿Quién es «Porque lo digo yo»? —se interesa Christopher.

—Mi madre.

—¿Tienes a alguien bajo su nombre real en la agenda de tu teléfono? —pregunta divertido.

—Sería muy aburrido —replico, y me vuelvo a tumbar de forma brusca.

—¿Es un asunto serio?

—Asunto cerrado —digo.

—¿Sabe lo nuestro?

Mi cuerpo se sacude con las carcajadas.

—Eso sí que sería el fin de la civilización.

—Tendrás que decírselo en algún momento. No puedes ocultarme indefinidamente.

Vuelve a hablar del futuro, de un futuro después del lanzamiento de Matched, y da a entender que vamos a seguir juntos. Yo no puedo pensar tan lejos, no puedo permitirme creerlo.

—¿Cómo es tu relación con ella? —insiste.

Tomo una profunda bocanada de aire y exhalo sonoramente.

—Ya veo… —dice. Me observa con atención—. Entonces empiezo yo. Me preocupa que a mi padre no le quede mucho de vida y tengo la impresión de que no he pasado suficiente tiempo con él.

Estábamos tan bien y ahora me entran ganas de llorar cuando pienso en el pobre Henry.

—¿Has tenido una infancia feliz?

Se queda con la mirada perdida.

—Sí. Todo lo feliz que se puede. Pero me he emancipado temprano, a los doce años ya no aceptaba la autoridad de mis padres. —Se ríe—. Me pregunto si he llegado a ser lo que esperaban de mí.

—No lo dudes —le tranquilizo—. Se nota que te aman.

Asiente y me mira.

—¿Qué hay de ti?

Hago una mueca de dolor.

—¿Tenemos que hacer esto? —me quejo—. Tenía planeado unas horas para relajarnos, no para hablar sobre traumas infantiles.

—¿Has tenido algún trauma infantil? —se interesa, enderezándose de golpe.

Debo contestarle para que se quede tranquilo.

—No, descuida. Mi madre tiene un carácter fuerte. Es lo que ella dice o nada. Mi padre es un pusilánime que prefiere hacer cosas a escondidas que enfrentarse a ella. En eso son la pareja ideal. Me llevo bien con ambos durante diez minutos, después de ese tiempo quiero asesinarlos o suicidarme, lo que sea más rápido. Creo que por eso me marché de Glasgow, para… poder descubrir quién soy sin verme reflejada en ellos.

Christopher asiente. Me da la impresión de que encuentro entendimiento en su mirada.

—No vas a creértelo, pero allí solía ser dócil y sumisa.

—¿Tú? —enarca una ceja y tuerce la comisura de la boca.

—Lo sé, es como si me hubiera rebelado desde que te conocí —me burlo.

Christopher chasquea la lengua negando eso último.

—No, no creo que sea por mí. Creo que te cansaste de dejar que otros dicten tu forma de vivir.

Creo que cambiaste el mismo día que hiciste las maletas y te fuiste de la ciudad.

Medito sobre sus palabras y me gusta como suenan. Realmente requirió todo mi valor dar ese paso y aún recuerdo la expresión de sorpresa e incredulidad en los rostros de aquellos que me conocían. Ninguno me creía capaz de lograr nada, por eso creo que ni se molestaron en desearme suerte.

Me río amargamente cuando el techo sobre mi cabeza y la decoración del salón de Christopher me recuerdan que aún estoy lejos de ser libre y que, aunque mi nueva jaula es dorada, sigue siendo una jaula.

—¿Qué? —quiere saber él ante mi repentina risa.

—No me he liberado, solo he cambiado de dictador —expreso mis pensamientos—. En lugar de mis padres y mi ex, ahora eres tú y la junta de accionistas de S4L los que guían cada paso que doy.

Su semblante se vuelve serio y, cuando aparta la mirada, creo percibir un destello de tristeza.

—Es una lástima que lo veas de ese modo —articula. Se sienta en el sofá y apoya los antebrazos en las piernas—. Brenna, si deseas abandonar… puedes hacerlo. No voy a cobrarte ninguna multa.

Dicho eso, se levanta y se marcha. Me quedo mirándolo boquiabierta, y sigo así incluso cuando ya ha desaparecido del salón.

Me cuesta irme a dormir porque no entiendo a Christopher. Me ofrece la libertad, a sabiendas que el precio no son los cinco millones de libras que tendría que pagar en caso de no cumplir con el acuerdo, sino el bienestar de las personas implicadas en el proyecto. Y me enseña la puerta abierta cuando he empezado a sentirme cómoda adentro.

Hace un mes hubiera saltado a esta oportunidad y hubiera salido por piernas, dejando un agujero en la pared con la silueta de mi cuerpo como en los dibujos animados. Sin embargo, ahora me estoy haciendo la remolona. Solo han pasado dos meses, pero cuando pienso en mi vida de antes, recuerdo a una Brenna que se dejaba los riñones trabajando, se sentía como la fregona tirada en la esquina en la que nadie se fija, se alimentaba mal, no sabía quién era ni para qué valía, no dedicaba tiempo a nada de lo que le gustaba ni a su propio desarrollo personal… No extraño a esa Brenna.

Es cierto que ahora tengo mi carrera y, aun sin Matched y las acciones de S4L, podría continuar por el camino que he trazado, aunque fuera con un presupuesto más reducido. ¿Entonces por qué no estoy chillando de alegría?

Decido que no lo haré, después de haber maltratado la alfombra del salón con mis pasos inciertos.

Me dirijo hacia la habitación de Christopher, pero me imagino que ha vuelto a trabajar y cambio

el rumbo.

Calmo mis pasos cerca de la puerta, pero él me oye y sale a mi encuentro.

—Brenna, ¿por qué no duermes?

—Porque no puedo, ¡joder! No puedes decirme que no vas a cobrarme la multa e irte como si nada.

—¿No puedo? —pregunta con curiosidad.

La expresión que adquiere es pura poesía, si tan solo me gustara la poesía. Frunce los labios, esforzándose para no sonreír, pero sus ojos no ocultan su alegría dorada.

—Por supuesto que no puedes. Justo estábamos hablando sobre hacer lo que quiero, y te informo que lo que quiero es quedarme aquí —afirmo levantando la barbilla y cruzando los brazos.

Christopher deja de luchar contra su sonrisa y muestra sus dientes blancos al elevar las comisuras de sus labios.

—Creo que hemos alcanzado un nivel avanzado en nuestra falsa relación —prosigo.

—¿Y estás segura de querer jugarlo?

—Sí. Me da miedo la altura —reconozco—, no la altura de hecho, la caída desde tan alto, pero… vamos a intentarlo.

Le ofrezco mi mano para sellar nuestro nuevo acuerdo. Él la toma y me atrae hacia él, hasta que choco contra su pecho. Creo que va a besarme, pero, en cambio, me toma por la cintura, me levanta en sus brazos y da unos pasos adentrándose en la habitación, comenzando a girar conmigo en sus brazos.

—Hoy ha sido un día magnífico —dice riendo—. No creo que pueda ser superado.

La cabeza me da vueltas. Me aferro a sus hombros y tengo que rodearle la cintura con las piernas para no caerme.

Cuando acaba, sigue abrazándome y noto cómo su corazón late con fuerza contra mi mejilla.

—No creas —digo—. Sé que Tommy Shelby puede dejar impresiones fuertes, pero es un día que se puede superar fácilmente. Espera a que lleguemos a la segunda temporada.

Él da un paso atrás, pero deja los dedos enganchados entre los cabellos de mi nuca.

—Tommy Shelby es lo último en lo que pensaba cuando dije que ha sido un día fantástico.

Y entonces me besa.

Reconozco el calor de sus labios y abro la boca, ansiosa por el húmedo roce de su lengua. Es un beso explorador, que recorre mi mentón, el cuello, la oreja y vuelve a empezar. La impaciencia de Christopher llena mis venas de un sentimiento de poder. Tengo la piel sensible, a la espera de sus caricias. Me sorprende al pasar su lengua suavemente por mis labios antes de morderlos con ternura.

Sus manos se aferran a mis costados, abriéndose paso por mi espalda, con los pulgares reposando bajo mis pechos. Me retuerzo por el deseo, anhelando transmitirle sin palabras mis fantasías más profundas, y él no me suelta. Tiro de su cuello y encuentro alivio en frotarme contra su torso. Gruñe en el interior de mi boca.

No es suave. No sé si es todo lo que él desea, pero es todo lo que yo quiero. Intenso, apremiante, exigente. Brindándome su completa atención. Está conmigo en cuerpo y alma. En este momento no existen acuerdos, algoritmos ni temores. Solo estamos nosotros y el ardiente deseo que nos consume.

Pero Christopher reduce la intensidad de las caricias hasta detenerse por completo.

—Sí. Quizás no sea tan difícil superarlo. Reflexiona sobre ello —dice con la voz ronca, y se aleja.

Capítulo veintiocho

¿Qué recuerdas del baile del fin de instituto?

Brenna

Me lo perdí. Tomaba antibióticos para la amigdalitis y creía que no iba a sobrevivir a la infección. Tuve tanta fiebre que hasta deliraba.

Christopher

Que conocí a nivel olímpico a la profesora de Educación Física.

Christopher utiliza información de Matched para darme otra sorpresa.

La noche del evento de beneficencia que ha organizado S4L para ayudar a familias monoparentales, me recoge en la puerta de casa.

Aparece a las siete de la noche, como si él no viviera bajo el mismo techo que yo, en una limusina negra y con un traje elegante. No sé dónde se habrá arreglado, pero ha tenido el detalle de no estar en casa, para crear la ilusión de que viene a buscarme para nuestra cita. Incluso me ha traído un ramillete de flores que se sujetan en la muñeca, como los que se ven en las películas americanas. Y todo porque una vez escribí un post sobre que no pude ir al baile de instituto por tener una amigdalitis terrible y que se me quedó una espinita clavada desde entonces. Matched utiliza todo lo que existe sobre ti en internet para formar un perfil de tu personalidad, tus vivencias, tus sueños e ilusiones. Así es como recopila toda esa información sobre los usuarios para poder emparejarlos entre sí dependiendo de su compatibilidad.

Eleonor, la criada, se apresura en abrir la puerta por mí y cuando Christopher hace el paripé de presentarse como mi pareja del baile y preguntar si ya estoy lista, me queda claro que es porque él se lo había pedido.

Cuando se acerca para ponerme el ramillete, hay apreciación en su mirada. Habla bajo para que no lo escuche la mujer, que no está lejos de mí.

—Es curioso, te ves exactamente como en un sueño mío.

Jamás me había imaginado que me pondría un vestido de ese tipo. Es de color verde bosque, con un escote palabra de honor, que deja mis hombros desnudos, pero unas fajas de tul cuelgan hasta mis codos. La falda es espumosa alrededor de mis rodillas, y la tela es de un color más oscuro, sembrado de pequeñas piedras brillantes como estrellas. Una horquilla gigante me recoge el pelo en lo alto de la cabeza, y es lo más parecido a una tiara.

—Soy una princesa —digo.

Estoy hecha de sonrisas. Me giro sobre los tacones, presumiendo de mi aspecto y del júbilo que siento.

—No lo eres, cariño —niega, haciéndome fruncir el ceño—. Eres una reina. Hoy y todos los días —declara Christopher, con la mano en el pecho, delante de su corazón.

Eleonor y yo sonreímos. Después me pongo el abrigo y me cuelgo el diminuto bolso del brazo.

—Tráela de vuelta antes de la medianoche —bromea la mujer haciendo el papel de madre.

—Por supuesto —replica Christopher—. Pero será mejor que no nos esperes despierta.

Lo sigo hasta la limusina, bajo el inmenso paraguas que sostiene para que no nos calemos con la lluvia torrencial que está cayendo. Los paparazzi lo tienen difícil para grabarnos. Hay un par plantados alrededor del coche y unos flashes destellan con rapidez, pero las preguntas se pierden entre los truenos y el chapoteo de la lluvia.

Dentro del coche se está confortable y calentito. Suspiro, contenta, y me hundo en el asiento. Christopher elige el asiento frente al mío. Me parece demasiado lejos.

—¿Va a haber una bola de discoteca y ponche? —pregunto—. Si no, estaré muy decepcionada.

—Somos británicos —me recuerda.

—Lo sé, por eso la lluvia solo da por saco. Si fuéramos americanos sería muy romántica —digo observando los riachuelos de agua que se deslizan por la ventana.

Él sonríe.

—¿A quién le importa la lluvia? ¿Puedo volver a decirte que estás preciosa?

Se me calientan las mejillas, pero lo disimulo con mi sentido del humor.

—¿Eso es todo? ¿No hay más sinónimos en tu diccionario?

—Sí, pero me he vuelto idiota nada más verte. ¿Qué debo hacer para descubrir qué llevas debajo de esta falda?

Abro la boca, pero de primeras no sale nada.

—Levantarla —sugiero al fin. Me sorprende lo traviesa que me siento.

Christopher se carcajea.

—No puedes incitarme de esa forma y esperar que se me olvide.

Me recorre un cosquilleo de anticipación. Mis propias palabras se vengan de mí. A la vez que me imagino a Christopher ejecutando la operación. Sueño con cómo le arrancaría esa pajarita y los botones hasta dar con su piel.

—Lo sé.

Christopher me observa con atención. Hasta parece que puede ver el hilo de mis pensamientos dibujados en una nube por encima de mi cabeza. Me pone nerviosa que averigüe que él es la razón por la que no he aceptado la escapatoria que me ha ofrecido. Me hechiza la atención que me presta, los detalles que tiene conmigo, la forma en la que valora mis opiniones. Sea lo que sea, hace tiempo que no quiero pensar en contratos, cláusulas y firmas. Me he admitido a mí misma que no deseo escapar. Lo que de verdad deseo es que todo esto sea real.

A estas alturas tengo muy claro cómo mostrar afecto por Christopher Thompson. Mi problema ahora es cómo ocultarlo.

La limusina hace una parada y, cuando se abre la puerta, entra Brodie ataviado con la misma elegancia que Christopher. No tenía ni idea de que íbamos a compartir coche.

—Lassie, estás para chuparte todo el jugo como a una gamba —me halaga.

Se sienta en el sofá junto a Christopher y espero una discusión por su comentario. Christopher puede malinterpretarlo como interés erótico, cuando en realidad es la observación clínica de un experto en seducción.

Sin embargo, me sorprende ver que se relacionan con una comodidad y una confianza impresionantes.

—En serio, McDuncan, ¿a quién se le ocurre comparar a esa preciosa mujer con una gamba? Como mínimo es una langosta —dice Christopher.

Ambos estallan en carcajadas, dejándome boquiabierta.

—¿Qué pasa aquí? ¿Cómo es que os lleváis bien? Chris, ¿recuerdas que no querías ver a ese escocés ni en fotos?

—En las fotos en las que te besaba —me replica él—. Ahora ya sabe que lo tiene prohibido.

—¿Lo sabe? —me intereso, interrogando a Brodie con la mirada también.

—Por supuesto, hermana de corazón. No se toca lo que es de… —Se detiene de golpe al ver mi expresión y cambia el tema—. Menuda resaca me dio esa porquería que bebes, amigo. Tres días me duró el dolor de cabeza.

Christopher se carcajea.

—Mi abuela tiene más resistencia que tú. Nunca pensé que un escocés pudiera ser tan blandengue.

—Lo de que somos buenos bebiendo es un estereotipo racista y me ofende.

Christopher vuelve a carcajearse y yo no doy crédito. Sé que han salido juntos varias veces por «exigencias del guion», pero no me esperaba este cambio tan drástico en su dinámica.

Me pierdo parte de su conversación, pero me despierta la risa de Brodie.

—¿Y Lachlan, que no se entera de lo del calamar? —pregunta Christopher.

—Sí, lo ví antes en el grupo. Menuda cogorza llevaba, ¿no? Incluso hay una foto de él con el calamar.

—¿Qué grupo? —me intereso.

Me ignoran por completo.

—Es un personaje. A ver cuándo traes a gente más normal —continúa Brodie.

—Lachlan es tu amigo, yo traje a Charles —le explica Chris.

—Es cierto —reconoce—. No tengo ni idea de dónde le conozco.

—¿De qué habláis? —insisto.

—Pensé que le conocías porque también es escocés —Christopher responde a Brodie, sonríe en mi dirección, pero me da la impresión de que no me ve.

—Claro. Porque Londres es tan pequeña y solo hay cinco escoceses aquí —se burla Brodie.

—¿Seguro? Tú, Brenna, Lachlan…, ah, y aquel tipo de las costillas crudas.

Dejo de esperar a que terminen, porque empiezo a creer que tienen hilo para toda la noche.

—Eh… ¿Queréis que os deje solos?

Ambos me miran como si acabaran de recordar que estoy ahí.

Por suerte, la limusina vuelve a estacionar para recoger a Bo-ra. Tampoco lo sabía, pero después de Brodie me lo esperaba porque es el plan de marketing de Robbie Petterson.

La chica está despampanante con un vestido tipo americana, rojo, a juego con sus labios, que le permite lucir sus delgadas piernas en unos estilosos tacones transparentes. Parece como si flotara por encima del suelo.

Me saluda con una sonrisa y a Christopher le dedica un «buenas noches» formal. Su expresión cambia a una de batalla cuando se vuelve hacia Brodie, que se ha quedado perplejo admirándole las piernas.

Esa va a ser su primera velada oficial como pareja. Espero que hayan mejorado su actuación desde el almuerzo que compartimos.

No he terminado el pensamiento cuando me queda claro que no lo han hecho. Brodie tira de la muñeca de Bo-ra para que se siente a su lado, pero ella tiene otras intenciones y va hacia el lado contrario. Por los movimientos bruscos acaba sentada justo en su regazo.

—Disculpa —dice él.

Le rodea los hombros para ayudarla a levantarse justo cuando ella se echa para un lado, ocasionando que las manos de Brodie se detengan en sus pechos. Los dos se quedan paralizados. Un instante después él aparta las manos, alzándolas en el aire exageradamente, mientras Bo-ra da un salto de su regazo. Ambos balbucean algo ininteligible al mismo tiempo.

Christopher y yo los contemplamos boquiabiertos.

—Nadie va a dudar de que sois pareja. Lo estáis haciendo de fábula —ironiza este.

—No me extrañaría que crearan una categoría de parejas falsas en los Oscars solo para poder premiar vuestra interpretación —añado yo cargada de sarcasmo.

—Lo haremos mejor la próxima vez —promete Brodie, instando a Bo-ra con la mirada a que apoye su afirmación.

Ella suaviza el semblante, incluso prueba una sonrisa.

—Por supuesto. Me he pasado los últimos días aprendiendo interpretación.

—¿De YouTube? —se burla Brodie.

—En realidad de Tik Tok —responde ella.

—No necesitas tomar clases de chavales de doce años, que se ocultan de sus padres cuando graban los vídeos. Yo soy actor profesional, puedo ayudarte.

—¿En serio? ¿En qué película te he visto?

Brodie pierde el aplomo, pero no se acobarda.

—En realidad, en las pocas en las que tuve papeles, moría en un par de minutos. Pero justo ayer conseguí un agente mejor. Pronto te llevaré a pasear por Hollywood.

—¿No deberías preguntarte si quiero que me pasees por Hollywood? —inquiere Bo-ra.

Decido intervenir antes de que lleguen a sacarse los ojos. Han mantenido una conversación casi civilizada, es un gran avance.

—¡Hemos llegado! —exclamo.

La limusina se detiene. Un minuto después el chófer abre la puerta con un paraguas en la mano porque no ha parado de llover en todo el tiempo.

Antes de salir, Christopher se gira hacia su secretaria y mi amigo, que tienen la expresión de dos niños a los que han pillado tirándose de los pelos.

—Por favor, intentad… —Agita la mano en círculos delante de ellos con expresión de dolor—… hacer cualquier cosa menos eso que acaba de ocurrir.

El evento se organiza nada más y nada menos que dentro del Tower Bridge. No quiero ni pensar en lo que le habrá costado a la empresa alquilar el emblemático monumento por una noche.

Los periodistas nos esperan en la parte alta de la torre sur y esta vez es de agradecer que sean periódicos serios y cadenas invitadas en lugar de los paparazzi de la prensa sensacionalista que suelen gritar preguntas indiscretas mientras usan el flash de las cámaras sin tener en cuenta el peligro de un ataque epiléptico. Los que están presentes usan una zona especial y nos permiten pasar sin agobiarnos con su cercanía. Se turnan para preguntar sobre los fines benéficos del evento o sobre el lanzamiento de Matched.

Después de varias poses, que me hacen sentir como una actriz en la alfombra roja con un hombre atractivo y exitoso al lado, empiezo a pensar que podría acostumbrarme a esto. Aunque no tengo claro a dónde mirar cuando poso y espero que no aparezca en la prensa del día siguiente con los ojos cerrados. La adoración con la que miro a Christopher no es fingida. Gracias a él estoy viviendo este tipo de situaciones, inalcanzables en mi antigua vida.

Cruzamos el puente hacia la torre norte por un pasillo con suelo de cristal, que me permite ver los coches que cruzan el río por la carretera del Tower Bridge. Perdemos un buen rato mientras intento capturar algunas fotos buenas de mis zapatos y los de Bo-ra aprovechando el efecto del suelo transparente. Después obligo a la «pareja» a sentarse el uno frente al otro para tomar una fotografía romántica. Sonrío entusiasmada al ver que es una de mis mejores instantáneas, pero no se la muestro a ninguno porque aún tengo que trabajar sobre ella. Brodie se pone pesado con que quiere verla y acabamos forcejeando por mi teléfono. Nada que no solucione un buen codazo en las costillas. Me percato entonces de que Christopher se ha mantenido a buena distancia de

nosotros, en la parte no acristalada del suelo y que parece un poco pálido.

Voy hasta él.

—¿Te encuentras bien?

Asiente con una expresión sombría que indica que no es del todo sincero. Por un instante me pregunto si le ha molestado que lo dejásemos de lado o mi forcejeo con Brodie. Se me ocurre que sacarme una foto con él puede solucionarlo. Tomo su mano y tiro hacia mí, pero él bloquea las piernas igual que un burro que no piensa moverse. Observa la zona acristalada como si tuviera serpientes venenosas.

—Te dan miedo las alturas —deduzco, y él aprieta los dientes en respuesta. Parece no gustarle que sus debilidades sean reveladas sin su consentimiento. Lo de los bolos, al menos, lo había decidido él de antemano. Me doy cuenta de que sabe muchas cosas sobre mí porque tiene acceso a Matched, pero yo no tengo el mismo privilegio—. Ven, te ayudaré a llegar hasta el otro lado.

Por lo general, cuando alguien descubre una de tus fobias, su reacción suele ser condescendiente o paternalista, diciendo cosas como «pero si no pasa nada» o «no hay peligro real». Sin embargo, razonar no ayuda cuando uno se enfrenta a un miedo irracional. Por ese motivo no le digo nada. Permito que Christopher me tome firmemente de la mano y lo acompaño al otro lado lo más deprisa que su orgullo le permite caminar.

Cruzamos un arco hacia una sala donde han dispuesto una docena de mesas redondas al estilo de un banquete. Christopher me rodea la cintura para acercarme a él y susurrar un «gracias» en mi oído.

Nos sientan en la mesa de los Thompson y nos sirven exquisitos aperitivos creados por un chef imaginativo. Todo ello acompañado de vino caro. Para cuando sirven el plato principal ya estoy a reventar y un poco piripi.

Aprovecho un momento en el que Christopher está profundamente absorto en una conversación con su padre para acercar mi silla a la de Bo-ra.

—Necesito un favor.

Ella pestañea y le echa un vistazo rápido al escocés grandullón que está sentado a su otro lado.

—¿Otro más? —Su tono me deja claro que aún está teniendo problemas con ese primer favor, que ya parece un poco borracho. Christopher tiene razón, para alguien de su tamaño, Brodie no aguanta nada la bebida—. Pedirme que finja salir con tu amigo el vagabundo cubre tu cupo de favores por un año.

—Es algo fácil, te lo prometo. —Levanto mi mano derecha como si prestara juramento en un tribunal. Brodie no nos quita ojo de encima e inclina su cuerpo hacia nosotras tratando de escuchar descaradamente nuestra conversación—. Tu jefe tiene información privilegiada sobre mí, como bien sabes. Creo que es hora de igualar un poco la balanza y que yo también pueda leer

algo sobre él.

Bo-ra abre la boca y baja la cabeza. Sé que está a punto de negarse, así que me apresuro a explicarle mi punto de vista.

—Es por su propio bien. Antes, en el puente, casi tuvo un ataque de pánico por la altura y yo ni siquiera sabía qué le estaba pasando. Todos queremos que nuestra relación sea un éxito, y me sería de gran ayuda saber algunos detalles sobre él. Miedos, deseos, fantasías —añado guiñándole un ojo.

La veo titubear y vuelvo a levantar la mano, ignorando cómo Brodie se atraganta un poco cuando menciono las fantasías y los deseos. Estoy segura de que piensa que hablamos de él; el alcohol lo vuelve un egocéntrico. O tal vez siempre lo es, pero cuando está borracho se olvida de ocultarlo.

—Prometo utilizar esa información solo para el bien. Además, él tiene toda mi información, no es muy feminista que yo no tenga acceso a la suya.

—Eh, claro que soy feminista, no le digas eso —se queja Brodie apuntándome con el tenedor.

—No estamos hablando de ti y deja de fisgonear —replico en alto.

—No juegues la carta del feminismo conmigo —prosigue Bo-ra ignorando al espía sordo— ¿Recuerdas que es mi jefe? Al final vas a conseguir que me despida.

—Oh, vamos, Christopher no sabría ni dónde tiene la minga sin ti.

Bo-ra hace una mueca de disgusto ante mi ejemplo, lo cual me hace reír.

Brodie levanta una ceja interesado. Ha debido de escuchar la palabra minga porque entrecierra los ojos concentrado y se inclina aún más hacia nosotras tratando de captar mejor lo que decimos.

—¿Podrías dejar de comportarte como tu madre? —le espeto. Después me vuelvo hacia Bo-ra—. Es la cotilla del pueblo.

Nos sirven los postres a continuación. Yo estaría satisfecha con un brownie o una tarta de queso, pero se ve que no son lo suficientemente glamurosos. En lugar de eso, nos sirven una cosa rarísima, que no parece un postre sino el vómito de un perro que ha comido algo indebido.

Bo-ra ríe ante mi expresión y me explica lo que es, porque al parecer le enviaron la descripción de varios menús y ella escogió este.

—Por encima tiene un flameado de nueces —termina de explicarme.

Brodie esboza una sonrisa encantada que se vuelve seductora al dirigirse a la chica.

—Gracias —dice.

—¿Disculpa? —pregunta ella confundida.

—Has dicho que encima tengo un cuerpazo de muerte —replica él arrastrando un poco las palabras—. Solo te agradecía el cumplido… sí, sé que estáis hablando de mí.

Bo-ra y yo intercambiamos una mirada y no podemos hacer otra cosa que reírnos. Por suerte, en su estado, él lo toma como un buen signo.

Christopher aparece a mi lado.

—¿Te estás divirtiendo?

Levanto la cabeza y le sonrío.

—Sí. Mucho.

—¿Te apetece bailar? —pregunta con la mirada puesta en la pista de baile, donde empiezan a reunirse algunas parejas.

Una pequeña orquesta toca una suave música instrumental y llena el ambiente con su melodía.

—No creo que esté cualificada para ese tipo de baile —respondo.

—Nos las apañaremos. —Me ofrece la mano y no puedo resistirme.

Al llegar a la pista noto que han bajado la iluminación y el ambiente se vuelve íntimo, especialmente cuando los brazos de Christopher me envuelven. Descanso la cabeza en su pecho y me muevo al compás de la música.

—Esto es maravilloso —suspiro.

—Sí, lo es —responde, después me besa la sien y me aprieta más entre sus brazos.

—Mi vida es mucho mejor desde que te… —me detengo al ver la forma en la que me contempla —, tengo dinero.

Christopher me observa con cierta diversión, debe intuir que he cambiado el discurso en el último momento al darme cuenta de lo que estaba a punto de decir.

—El dinero es genial —admite—. Lo hace todo mucho más cómodo. Y supongo que yo no tengo nada que ver con esa… mejoría en tu calidad de vida —prosigue fingiendo resignación.

—Nada en absoluto —respondo y ambos esbozamos una sonrisa embarazosa.

Cuando acaba la canción no estoy preparada para que nos separemos y deseo que bailemos la siguiente también.

Pero a nuestro lado aparece Julian, que ha sido la pareja de su madre.

—¿Cambiamos? —propone.

—¿Te parece bien? —me pregunta Christopher.

No puedo negarle que baile con su madre, por lo que tengo que aceptar la compañía de Julian.

—¿Cómo está Sammy? —me intereso.

Sus manos están en mi cintura y nuestros cuerpos no se tocan, pero no me siento a gusto.

—No lo sé —responde—. Ya no nos vemos.

—¿Entonces solo la usaste para hacerme daño?

Se ríe y el sonido vuela por encima de mi cabeza.

—Por supuesto que no. ¿Por qué te haría daño mi relación con Sammy?

—La tuya me da igual, pero ella ha salido antes con Chris.

—Ah —pronuncia, como si no hubiese tenido en cuenta esa parte.

—Entiendo que sueles perseguir a sus conquistas —comento como si nada.

—Si eso fuera cierto, estaría detrás de ti en este momento.

Me detengo horrorizada con la idea. Un par de personas nos empujan sorprendidos porque nos hemos parado en el medio de la pista de baile.

—Christopher y yo estamos juntos —le recuerdo.

Julian muestra una sonrisa torcida.

—No durará. Con o sin Matched, lo suyo no son las relaciones serias. Te olvidará al día siguiente del lanzamiento de la aplicación.

Siento un dolor en el pecho mientras contengo el aliento.

—No estés tan seguro —consigo decir.

—Cuando lo haga —él continúa como si no le hubiese respondido—, tienes mi número. Sigo estando disponible para ti a cualquier hora del día o de la noche. Mi especialidad es secar lágrimas, no causarlas.

—Así que eres como un pañuelo arrugado y lleno de mocos. —Aunque es mucho más alto que yo, levanto la barbilla y arrugo la nariz para que entienda que lo considero inferior como persona. Luego reúno todo el sarcasmo que puedo y replico—: ¿Aún no has entendido que tengo al CEO de S4L a mis pies? No necesito rebajarme a tu nivel.

Me doy cuenta demasiado tarde de que la música ha dejado de sonar durante mis palabras y que Christopher y su madre están a nuestro lado.

Él me ofrece el brazo, obviando mi declaración, que, sin duda, ha escuchado. Lo sé porque su forma de mirarme no es la de las últimas semanas, sino la misma mirada que tenía el día en que nos conocimos; con la mandíbula tensa y una expresión oscura e indescifrable.

La de su madre es incluso peor y no es de extrañar. No he insultado a uno, sino a sus dos hijos a la vez. No era mi intención sonar tan arrogante, solo quería contrarrestar la superioridad con la que me trata Julian. Ese tipo me irrita hasta el punto de perder los estribos y soltar cualquier barbaridad.

Ahora tengo un Christopher muy molesto al lado y, si no me equivoco, incluso herido.

—Lo que acabo de decirle a tu hermano…

Me silencia con un siseo.

—Nos están observando —me advierte con una expresión neutral.

Para los ojos desprevenidos, somos una pareja bailando y disfrutando el uno del otro. Pero noto que algo ha cambiado. Se acabaron los besos en la sien y la calidez de sus ojos está congelada.

Suspiro y trato de ocultar mi estrés ante la imposibilidad de explicarme.

Le dedico una sonrisa y le doy un beso cariñoso en la mejilla para minimizar cualquier daño que pueda haber causado el hecho de que alguien nos esté observando en este preciso momento.

Sin embargo, al besarle me doy cuenta de algo que me deja petrificada. Tengo sentimientos por él. No me atrevo a pensar que lo amo, porque la idea me aterra demasiado, pero es evidente que ya no es solo atracción física. Hay mucho más. He hecho justo lo que quería evitar y mi corazón va a pagarlo muy caro, porque si Julian tiene razón, lo mío con Christopher lleva fecha de caducidad. Una fecha de lo más irónica: el día de los enamorados.

Capítulo veintinueve

Cuéntame tu fantasía más vergonzosa.

Brenna

Bueno... eh... no sé por qué, pero me ponen los uniformes de la guardia de la reina del palacio de Buckingham. Con el sombrero incluido, el sombrero es muy importante.

Christopher

Encontrarme a una mujer desnuda en mi cuarto, a oscuras.

Tres días después todavía le doy vueltas a la escena que me convirtió en la mala de la película. Necesito explicárselo a Christopher y espero que esté dispuesto a escucharme.

Con la barbilla apoyada en la palma de mi mano, tamborileo los dedos en mi mejilla mientras le espero en la oscuridad. Estoy sentada sobre su cama aburridísima de la muerte porque se supone que tendría que haber llegado hace media hora.

—Esto me pasa por salir con el tipo más ocupado de Londres —murmuro en voz baja mientras suelto un suspiro de frustración.

De pronto, capto un ruido en el pasillo. Me pongo alerta, enderezo mi postura y agudizo el oído. Los pasos de Christopher suenan decididos, como siempre. Es curioso que en el corto tiempo que llevamos viviendo juntos, he aprendido a reconocer su forma de caminar y moverse por la casa. Aunque no debería romantizar ese talento, ya que también puedo reconocer los de Eleonor, la empleada.

Cuando le oigo tocar el pomo de la puerta, mi corazón se desboca y empiezo a cuestionarme si esto ha sido una buena idea. Esperarle a oscuras en su cuarto, desnuda, porque, según Matched,

es una de sus fantasías; me pareció una buena idea cuando lo leí. Ahora que está ocurriendo, empiezo a tener mis dudas.

Desde el evento benéfico del Tower Bridge, las cosas han estado tensas entre nosotros. Necesito que escuche mis disculpas, pero también quiero saber en qué momento nos encontramos ahora mismo, porque tengo la impresión de haberme perdido algo.

Tampoco es que nos hayamos visto mucho. Entre trabajo, estudios, gimnasio, reuniones, clases y lo demás, nos habremos visto un total de quince minutos.

La puerta se abre y los engranajes chirrían con la finalidad de un hacha cayendo sobre el cuello de un condenado a muerte. Trago saliva. Escucho cómo Christopher acciona el interruptor varias veces antes de darse cuenta de que la luz no va a encenderse. Imposible, ya que he bajado el diferencial del cuarto.

Me pregunto si va a ir directo a la caja eléctrica y voy a hacer el ridículo del siglo, pero, por suerte o no, Christopher decide entrar y cruzar la habitación a oscuras para llegar hasta la lámpara de su mesita de noche.

Aprovecho para caminar de puntillas hasta la puerta para cerrarla y evitar que entre la escasa luz del pasillo.

—¿Quién anda ahí? —exige saber.

El tono que usa le helaría la sangre a los ladrones más despiadados. Se me eriza la piel, pero decido no responder. Me dirijo hacia el sonido de su voz y hacia donde creo que está, mientras él intenta encontrar el interruptor de la lámpara.

Mi forma de encontrarle es un poco brusca; la oscuridad hace que choque la mano contra su abdomen. Por eso las fantasías son mejores en la imaginación que en la realidad.

—¿Brenna? —pregunta.

Supongo que ha reconocido mi perfume. Me salvo de que me golpee creyendo que soy un ladrón o un sicario.

—Shhh —siseo intentando sonar seductora.

—¿Qué estás haciendo?

Explorando con mis manos, localizo sus hombros y, una vez encontrados, subo por su cuello hasta llegar a su rostro. Hundo mis dedos en su cabello abundante, disfrutando del tacto y del olor de su champú.

Él parece tener el don de la visión nocturna, ya que no tiene problemas para encontrar los huesos de mis caderas. Inhala profundamente cuando se da cuenta de que no llevo nada puesto.

—¿Quieres matarme? —Su voz suena más grave de lo habitual y un poco entrecortada.

—Esa era la idea —me regocijo. Hay algo absolutamente indecente en que él esté vestido y yo desnuda. Tengo curiosidad por saber qué era lo que esperaba de esa fantasía—. ¿Qué sientes?

Acaricio sus labios con mi pulgar, rememorando todas las veces en que los he mirado fascinada o los he notado sobre mi cuerpo.

Él inhala profundamnte y me rodea la cintura, estrechándome contra su pecho. Siento los fríos botones de su chaqueta en mi estómago y la tela roza mis pezones. La oscuridad o la situación, no estoy segura, agudizan mis sentidos del tacto y del olfato.

—Por lo que veo has consultado mi información de Matched —gruñe. Hunde la nariz en mi pelo y roza mi piel hasta el cuello—. Quiero saber cómo la has conseguido.

Dejo caer la cabeza hacia atrás para ofrecerle más espacio y me río.

—Por supuesto que no.

Comienza a besarme sirviéndose de todo lo que tiene, lengua, dientes, labios… y la experiencia del demonio.

Suelto un jadeo notando que se me aflojan los músculos y él tiene que cerrar aún más el brazo alrededor de mi cintura para evitar que me caiga.

—¿Estás enfadado?

No responde, al menos no con palabras. Toma mi mano y frota el pulgar por mi palma mientras la conduce con delicadeza hasta su entrepierna para mostrarme que físicamente está lo opuesto a enfadado.

—Ya veo —respondo tratando de sonar graciosa. En realidad, sueno como alguien a quien le cuesta subir escaleras.

Christopher me suelta, dándome la libertad de dejar mi mano en su entrepierna o alejarla. No la aparto, sino que acaricio su pene abultado. El calor que desprende y el poder que me concede son afrodisíacos para mi cuerpo.

Me toma por la nuca para besarme profundamente. Suelto un gruñido, de esos que nacen en el fondo de la garganta y que me dejan en total evidencia.

A esas alturas no me importa. Los dos estamos completamente a merced del otro y empiezo a creer que Matched sabe lo que hace. Al menos en el terreno de la cama. Nunca me ha excitado tanto nadie, jamás me he sentido arder de esta manera ni había venerado la forma de moverse sobre mí de otro ser humano. Es como si Christopher hubiera nacido para complacerme, como si pudiera leer mi mente y conociera mis deseos más ocultos, o supiera las necesidades de mi cuerpo que ni yo misma entiendo.

Apremiado por la forma en que lo estoy acariciando y por la sensualidad de haberme encontrado desnuda a oscuras en su cuarto, comienza a besarme más deprisa. Su boca pasa a mi cuello, toquetea con la punta de la lengua justo antes de usar los dientes y la presión de sus labios para succionar con maestría. Se me eriza la piel a la vez que suelto un gemido de puro gusto. La información viaja hasta mis pechos, donde noto cosquillas intensas, y ese punto entre mis piernas cobra vida.

¿Cómo puede alguien lograr semejante respuesta erótica con solo un beso en el cuello?

Nuestras respiraciones aceleradas resuenan en la habitación y mis planes de hacer todo esto muy despacio se van al carajo.

«Deberíamos hablar», pienso, pero no tengo prisa en hacerlo. No sé por qué Christopher no me ha empotrado contra la pared hasta ahora, pero me queda claro que no ha sido por falta de ganas.

Intento quitarle la americana, pero él coge mis manos y me detiene.

—Espera —dice.

Me estremece lo ronca y cargada de deseo que suena su voz. De primeras no me doy cuenta de que quiere parar.

—Brenna, espera. —Mantiene mis manos entre las suyas, a la altura de su pecho y respira con dificultad—. No vamos a continuar hasta que no estés dispuesta a implicarte seriamente.

Me río y sacudo la cabeza.

—¿Qué?

—Cuando negociamos los términos del contrato dijiste «nada de sexo».

—He cambiado de idea —me apresuro en decir.

—Resulta que yo también.

Por fin entiendo que quiere hablar de algo importante para él. Mi excitación no se disipa, pero trato de prestarle atención.

—Explícate —hablo tras carraspear—, y hazlo rápido.

Noto la sonrisa de Christopher cuando se inclina para besar brevemente mi mejilla.

—Por muy anticuado que suene, creo que para dar este paso debes estar convencida de que puedes enamorarte de mí. En algún momento —añade. Habla sin pausas—. En varias ocasiones te aseguré que creo en lo nuestro, pero tú sigues suponiendo que es un juego, uno con fecha de caducidad.

—¿Nada de sexo antes de la boda? —me burlo.

—Eso —responde Christopher. Suena decepcionado e incluso triste.

Hago un esfuerzo por entenderlo. Tiene razón. Aunque me ha demostrado muchas cosas, sigo creyendo que estamos interpretando unos papeles. Mis sentimientos son confusos, pero reconozco que existen. Procuro enterrarlos y matarlos antes de que echen raíces porque temo el momento de la despedida.

—Si eso tiene que ver con lo que dije en la gala benéfica, lo sie…

—No —me para—. Tiene que ver con nosotros dos. Tú y yo. Nadie más. Ni contratos, ni Matched, ni accionistas ni la prensa.

Intento alejarme, pero Christopher me abraza y masajea mi nuca.

—¿Pido demasiado? —susurra.

Sí. No. Ni idea. Me pide confiar en él. Reconocer que lo nuestro es real. Aceptar un futuro juntos.

—Podrías haber encontrado un momento mejor para esta discusión —me quejo—. Si no lo notaste, estoy desnuda y creía…

Se carcajea suavemente contra mi sien. Los temblores de su cuerpo despiertan las terminaciones nerviosas de mi piel.

—Lo he notado. Estoy impaciente porque respondas.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Vas a darme una oportunidad? ¿Una de verdad?

Asiento antes de pensarlo, y me doy cuenta de que no necesito hacerlo. Christopher ya está en mis pensamientos, en mis sueños, y quiero que esté en mi interior de todas las formas posibles. No le falta nada para alcanzar también mi corazón. Me aterroriza la idea, pero acepto.

—Sí —digo.

No tengo tiempo de considerar a qué he accedido. Christopher me besa y me alzo sobre las puntas de los pies para llegar a su altura. Él se inclina a su vez y nos encontramos a mitad de camino. En mi cabeza hay música. Colores. Sentimientos. Nuestros alientos agitados. El olor de su piel. La suavidad de sus labios. Promesas. Esperanzas. Sueños.

Ambos estamos demasiado excitados como para ir despacio. Le ayudo a quitarse la americana a toda prisa y abro los botones de la suave camisa a tirones. Me da igual que cueste un ojo de la cara.

—Te compraré otra mañana —digo, hablando entrecortado, porque debajo me encuentro unos pectorales sólidos como una roca, cubierta de piel tersa y cálida.

Mis dedos encuentran sus pezones a la vez que los suyos suben por mi cintura y acarician los laterales de mis pechos. Ambos exhalamos e inhalamos como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación.

—A la mierda la ropa —es su respuesta.

Necesito que vaya más rápido.

Parece leerme los pensamientos. Intensifica el beso y conduce su mano directa a mi entrepierna. Cuando comienza a masajear mi clítoris en círculos me veo embargada por oleadas de placer. Me retuerzo entre sus brazos y monto un buen escándalo. Sus dedos se deslizan un poco más hacia la entrada de mi vagina y al notar la humedad que se está acumulando ahí lo oigo inhalar de golpe.

Me toma por las caderas y me empuja en la oscuridad unos cuantos pasos hasta que mi trasero se topa con un mueble que, si no me equivoco, debe ser su cómoda. Es una suerte que conozca bien su cuarto y sepa a dónde quiere llevarme.

Me levanta entonces y me apoya sobre la superficie, metiéndose entre mis piernas abiertas. Usa el pulgar de la mano que rodea mi muslo para continuar presionando contra mi clítoris. La tensión comienza a acumularse dentro de mí y sé que no me falta mucho.

—Espera —tartamudeo, mientras trato de encontrar el botón de su pantalón y la cremallera—. Se supone que yo iba a hacerte cosas a ti.

Mi protesta suena débil, mientras le abro el pantalón con torpeza. Me ha llevado demasiado cerca del orgasmo y ahora me tiemblan las manos. Respiro profundamente para aclarar un poco la mente. Meto la mano por dentro de sus calzoncillos y tomo su miembro con la fuerza justa para masajearlo con intensidad.

—Joder, Brenna…, no es buena idea —protesta ronco, y coloca su mano sobre la mía para detener el masaje.

—¿Tienes un preservativo?

No responde, pero le noto echar mano a uno de los cajones del mueble en el que estoy sentada para abrirlo un poco y rebuscar en el interior. Ahora entiendo porque me ha llevado hasta ahí en lugar de girar hacia la cama. Cuanto intuyo, por el ruido del envoltorio, que lo tiene en la mano, se lo quito y lo abro para colocárselo.

Una vez hecho, Christopher me toma por las caderas y yo uso mi mano para guiarlo a mi interior.

No entra de sopetón, como en ocasiones hacía mi ex, sino que va poco a poco, torturándome y haciéndome perder la poca paciencia que me queda.

—Christopher, por favor —le ruego jadeante, cuando ya creo que no puedo soportarlo más.

Uso mi pierna para hacer un gancho, traerlo más cerca de mí y que me llene del todo. Le divierte mi brusquedad. Para vengarme decido empezar a mover las caderas en círculos y contraer mi vagina sobre su miembro. Se le quitan las ganas de reír, y resopla como si se le estuviera yendo la vida en ese mismo instante.

Encontramos un ritmo que nos enloquece a ambos. Christopher lo impone, alternando embestidas fuertes y hondas con fricciones imposiblemente lentas. Cuelgo de su cuello y él me levanta por el trasero para que nuestros cuerpos se froten arriba, abajo, adentro y afuera. Los jadeos que compartimos suenan en la habitación a oscuras. No quiero que se acabe, pero alcanzo el orgasmo casi por sorpresa. En vista de ello, él deja de aguantarse y se deja ir al mismo tiempo.

Nos quedamos muy quietos, aún unidos y respirando como si acabáramos de completar un triatlón. Mi pierna sigue enroscada sobre sus glúteos, sus manos siguen clavadas en mis caderas y las mías alrededor de su cuello.

Ahora que la bruma mental está pasando vuelvo a sentirme un tanto vulnerable y empiezan a asediarme las dudas. Ha sido el mejor polvo de mi vida, y me pregunto en qué escala de puntuaciones habré estado para él. Además, no quería comprar el perdón de mi insulto con sexo y temo que lo haya interpretado así.

Christopher tenía razón. Entramos en otro nivel de nuestra relación. Hemos dado un salto tan alto que la caída va a destrozarme.

Capítulo treinta

¿Qué haces si el mando a distancia del televisor no funciona?

Brenna

Me acuerdo de todo el árbol genealógico del casero, lo golpeo y después maldigo que se me haya olvidado comprar pilas.

Christopher

Eleonor se encarga de eso.

—No me gustó escucharlo, pero tenías razón en lo que le dijiste a Julian. Me tienes a tus putos pies, Brenna —Christopher rompe el silencio.

Un sentimiento helado se cuela en mi interior.

—No era lo que quería decir —empiezo. Me deslizo hacia un lado, maldiciendo ahora la falta de luz. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad, pero necesito vestirme, levantar la armadura de la ropa a mi alrededor, y no la tengo cerca—. Tu hermano es un cabrón que me dijo que estaría a la espera de nuestra separación para… —me detengo, intentando calmarme. Doy unos pasos, pero mis rodillas chocan contra algo y me quejo.

—Espera —pide él.

Tantea hasta que da con mi mano. Después me guía hasta la cama. Me siento sin su ayuda, pero acepto la manta que me tiende y me envuelvo en ella.

—Me dijo… —Inhalo y exhalo; no obstante, todavía no encuentro el coraje para criticar a su hermano.

La mano de Christopher rodea mis hombros por encima de la manta.

—Lo sé —dice con voz suave.

Giro la cabeza de golpe y mi frente choca contra su nariz.

Christopher refunfuña y yo estallo en carcajadas.

—Parecemos Brodie y Bo-ra.

—¿Qué te pasa? —inquiere, en el mismo tono suave—. ¿Por qué estás nerviosa? La Brenna que conocí estaba dispuesta a desayunarme.

Me río.

—Todavía puedo hacerlo —presumo—. No quiero que te lleves una impresión equivocada. He sido sincera contigo, pero no lo era cuando le respondí a tu hermano. Siento que hayas escuchado algo así.

—Créeme, he escuchado cosas peores.

—Pero necesito que entiendas que no era verdad. Lo dije solo para vengarme de tu hermano. Necesito explicárselo a tu madre también, pero tuve miedo.

—¿De qué? —me pregunta.

—De ella. De lo que piensa de mí.

—¿Por qué? No debería importarte lo que crea mi madre. Además, ella sabe la verdad, yo también, todos lo sabemos.

—¿Qué verdad? —pregunto alzando la cabeza hacia su voz.

Necesito ver su rostro, no me basta con escucharle.

—Julian es… —se detiene y busca sus palabras— difícil. No es mala persona, pero es desorganizado, indiferente a cualquier situación que no le afecte de forma directa, vanidoso y tiene celos de mí. Cuando mi padre enfermó, él asumió la gestión de S4L con la idea de demostrarle a la familia que puede superar mis éxitos. Pero se olvidó rápidamente de las metas de la empresa, mientras disfrutaba de los logros personales ofrecidos por el puesto. Evitaba tomar decisiones, perdió contratos importantes… Cuando mi padre me pidió que rescatara la empresa, era casi demasiado tarde. Sabemos de lo que es capaz, Brenna. ¿Él te insultó de algún modo? —se interesa.

Todavía estoy atontada por su confesión, pero noto el cambio gélido en su voz, la promesa de una indemnización dolorosa.

—No —lo tranquilizo—. Me enojó y le respondí con la intención de herirle. No pensé en cómo se entendería desde fuera. Tu madre debe odiarme. Jamás se me va a borrar de la mente su cara de indignación.

—Veo que te importan más los sentimientos de mi madre que los míos —comenta en tono socarrón.

—Tú estás protegido por tu armadura de bastardo sin sentimientos.

—Auch.

—¿Por qué permitiste que la prensa dijera que le robaste el puesto a Julian?

Resopla.

—Estrategia de marketing. Presentarme como el ejecutivo despiadado aumentaba el prestigio de S4L. Una forma de decirle al mundo financiero que había un nuevo CEO y que era un lobo que no se amedrenta ante ninguna maniobra empresarial.

—Vaya… —musito y me cubro mejor con la manta mullida. Me estremezco porque me hace cosquillas en la piel—. Entonces lo nuestro… —Me detengo de nuevo otra vez. Jamás seré tan valiente como para poder decirle lo que pienso, lo que siento, incluso cuando no puedo mirarle a los ojos. Casi no puedo reconocerlo ante mí misma.

Me toma de la mano y estrecha mis dedos con los suyos. Me entra risa cuando pienso que está desnudo a mi lado, pero a él no parece incomodarle.

—Para mí lo nuestro ha sido serio desde el principio. Matched no es una broma, es el futuro de la compañía y el de mi vida. Quise encontrarte y me gusta lo que eres. Traté de ofrecerte tiempo y espacio, pero la situación me impidió ir a la velocidad que tú necesitabas. Es injusto, lo sé, porque yo sabía lo que quería, tenía la imagen de ti formada en mi mente, y tú ni siquiera entendías qué habías firmado.

—Oh, vamos… no me parezco en nada a lo que debiste soñar que Matched encontraría para ti —hablo en un hilo de voz porque temo tener razón y haber sido una decepción para él.

—Para mí eres como las criptomonedas. Una inversión arriesgada, pero emocionante, que me tiene pendiente todo el puto día y con la que sé que puedo perderlo todo, pero que también puedo llegar a unos beneficios que nunca antes he conocido en mi vida. Soy adicto a la adrenalina del desafío tan grande que proporcionas, Brenna.

—¿Puedes repetirlo mientras te grabo? —pido— ¿O traducirlo a mi idioma?

Christopher se gira y creo que me mira.

—Brenna Abernathy, lo repito. Lo quiero todo contigo. Quiero que vayamos en serio. Lo quería desde…

—No digas «desde que te conocí» —gruño, obviando que mi corazón da un salto mortal en mi pecho.

—¿Por quién me tomas? Lo quería desde antes de conocerte. Desde que creé Matched para encontrarte. Le pedí que me buscara a una chica con mala lengua, ojos penetrantes, corazón de oro, valiente y con la misma curiosidad por la vida y el mismo deseo de aprender que tengo yo.

—Oh —respondo enmudecida. Noto el escozor de las lágrimas de emoción. Nadie me ha dicho jamás algo tan bonito. Nadie lo ha pensado siquiera—. ¿Cuál es la pega? Siempre hay por lo menos una.

Christopher se ríe por lo bajo.

—No se me ocurrió añadir un filtro de nacionalidad a Matched, porque a mí personalmente no me interesa.

—¿Que sea escocesa es tu pega? —Me levanto de golpe.

Enseguida me percato de que no tengo a dónde ir porque no veo una mierda.

—No te preocupes, no es tan grave —se burla él—. Había tenido en cuenta un margen razonable de fallos y estaba dispuesto a aceptarlos. Por cierto, ¿despido a Bo-ra con efecto inmediato o le abro un expediente por haberte pasado información confidencial?

—Quiero que subas el diferencial del panel eléctrico del cuarto para que veas mi cara cuando te diga que como la despidas voy a contratarla como mi secretaria personal. Y no quieres que eso pase.

—Me imaginaba que lo de la luz tenía que ser cosa tuya.

Intento aguantar la risa, pero se me escapa un hipido.

Escucho que Christopher se mueve y creo que es para salir de la habitación, pero me rodea con los brazos desde atrás.

—No voy a despedirla, sino a darle las gracias. Que hayas tenido interés en conocer mis respuestas significa que has tenido interés en mí. Por lo tanto, Matched funciona.

No estoy lista para esta conversación, por lo que desvío el tema hacia uno que sé que le va a interesar.

—¿Cómo van las acciones? —pregunto.

Si alguien me hubiese dicho hace unos meses que iba a pronunciar esas palabras me hubiese reído en su cara. Ahora estoy usando «estrategia», «analíticas», «branding», «objetivos», «fidelización de clientes» y otros términos similares con la familiaridad con la que hablaba de comida basura antes de conocerle.

—No he llegado a cenar —dice—. ¿Qué tal si vamos a buscar algo en la cocina y charlar mientras?

Me levanto de golpe.

—Qué cabeza la mía. Con la cantidad de calorías que acabas de quemar y lo poco que comes, seguro que estás a punto de desmayarte.

—Es cierto, estoy en las últimas… —Christopher suelta un suspiro y coge mi mano como si buscara apoyo—. Voy a necesitar que me cuides mucho.

Alzo las cejas por lo mal que finge y me pregunto cómo habrá podido interpretar el papel de enamorado ante la prensa con tanta facilidad.

—Eres un actor pésimo —espeto—. Hablaré con Brodie para que te dé clases. Negociaré un buen precio.

—¿Ahora eres la agente de Brodie?

—Por desgracia ya tiene uno. He perdido la oportunidad de hacer dinero. Ese chico va a llegar lejos.

Christopher se carcajea.

—¿Tú has visto lo mismo que yo cuando está con Bo-ra? Parece un adolescente perdido. Como sigan así la prensa se los comerá vivos.

—No se lo digas, por favor —le pido—. Le cuesta interpretar ese papel porque Bo-ra lo descoloca.

—¿Descoloca? —Christopher suelta la palabra con una entonación curiosa, como si le resultara desconocida.

Supongo que es verdad, es un hombre que ha tenido lo que ha querido toda su vida y si no lo ha tenido ha ido a por ello hasta lograrlo. Sin miedo al fracaso. Sin mala suerte. Saltándose las dificultades y evitando las decisiones funestas.

—Bo-ra es una mujer inteligente y hermosa. Por encima de la liga de Brodie. Aunque vista de marca y cene en los mejores restaurantes, mi amigo sigue teniendo el corazón de pueblerino. En el fondo cree que no la merece.

—Lo superará en cuanto conozca a otra —Chris suena indiferente.

—No lo creo. No quiero que salga herido de todo esto. Él fue mi tabla de salvación cuando llegué a Londres. Hemos reído y llorado juntos. Hemos compartido la poca comida que teníamos o pasado hambre juntos, nos hemos hartado de soñar borrachos como cubas y hemos discutido infinidad de veces. Siempre estuvo ahí para mí y yo para él. No quiero que todo esto le haga

perder lo que ha luchado por conseguir y le haga sentir como un granjero insignificante de nuevo.

Christopher me abraza como un oso lo haría con un cubo lleno de miel.

—Si él es importante para ti, cuidaré de él también—susurra en mi pelo.

—Respuesta correcta —respondo encantada.

Me siento como si estuviera en un cuento de hadas, pero temiendo el momento en el que acabe el encantamiento.

Al menos ahora puedo fantasear con las cosas que deseo en la vida. Antes tenía la cabeza metida tan a fondo en el barro que ni se me ocurría imaginar una vida mejor.

Aunque lo nuestro no dure para siempre, Christopher me ha enseñado a no conformarme y a luchar por lo que quiero. No tiene ni idea de cuánto he aprendido de él. He aprendido a divisar mis metas y sacudirme los miedos a medida que avanzo hacia ellas.

Capítulo treinta y uno

¿Qué locura has hecho o harías por amor?

Brenna

Una vez robé una cartera de cuero para regalársela a Angus en su cumpleaños.

Christopher

Viví un mes en París por una chica.

En la semana que precede a la Navidad he estado tan ocupada que no he podido comprarle un regalo a Christopher.

En la tarde de la víspera recorro desesperada las tiendas en busca de algo que le guste. ¿Qué se le obsequia a una persona que lo tiene todo?

En mi casa solíamos regalarnos cosas de primera necesidad como calcetines, guantes, una sartén nueva para mi madre, un par de botas para mi padre. Me pregunto qué haría Christopher con un par de botas de leñador. Lo más probable es que crea que son alguna pieza vanguardista de decoración.

Los precios en estas tiendas me hubieran provocado una crisis en el pasado, pero ahora ni pestañeo cuando las dependientas me ofrecen relojes de miles de libras o corbatas que valen unos cientos. En serio, ¿de qué puede estar hecho un trozo de tela para que quieran cobrar por él más de cuatrocientas libras?

Se me ocurre preguntar a Robbie y a Charles si saben sobre algo que le haría ilusión a mi novio. Me siento en un sofá, dentro de una de las muchas tiendas que he visitado, para mirar el móvil y descansar las piernas. No pasa ni medio minuto y una empleada se acerca para ofrecerme una

taza de té. La acepto con el aplomo y la gracia de la reina madre, después pienso en mandarles el mismo mensaje a los dos amigos de Christopher para ahorrar tiempo. No obstante, antes de hacerlo, «Porque lo digo yo» aparece en la pantalla de mi móvil. Llevo mucho tiempo posponiendo esa conversación con mi madre, aunque le he asegurado que todo va bien mediante mensajes o a través de mis hermanos. Decido atender la llamada porque al día siguiente es Navidad y seguro que a Papá Noel no le parece correcto que ignore a mi progenitora.

—¡Hola, mamá! —exclamo—. ¿Va todo bien? Supongo que ya tienes toda la comida preparada para…

—¿Brenna? —me interrumpe con urgencia en la voz. No me inquieta, porque mi madre es la reina del drama, más feliz que una perdiz cuando pasa algo que le permite sobreactuar—. Esto es demasiado grande y los ladrones me han robado la maleta. Había traído queso Crowdie para prepararte cranachan y ahora no voy a poder hacerlo. Archie dice que seguro que me la van a devolver en una semana o dos, pero, hasta entonces, ¿qué hago? Y Angus se ha unido a tu padre y no para de gritarles a esos ingleses de mierda.

No respondo durante un instante porque no entiendo lo que está diciendo. Me imagino que ha probado demasiadas veces el vino para la comida.

—Seguro que tienen más queso en la tienda, mamá. —Empiezo por lo más sencillo, aunque me pregunto qué tienen que ver los ingleses con Angus, mi madre y quién le ha robado la compra.

—¿En Inglaterra? Esos pringados no saben lo que es un buen queso. Tenías que verlos, embrujados por la maleta vieja que le perteneció a tu abuela. —La voz de mi madre se pierde cuando suena un anuncio por el megáfono del… aeropuerto.

Salto del sofá como si le hubieran salido pinchos. La voz que escucho anuncia claramente el retraso de un vuelo. Tengo que esperar a que acabe para que mi madre pueda oírme.

—¿Dónde estás? Mamá, ¿dónde estás? —repito. Me llevo la mano al pecho, aunque estoy segura de que ya no tengo el corazón ahí, sino que ha huido del país.

Se oyen voces con acento escocés y después de lo que me parece una eternidad, reconozco la de mi hermano Archie.

—¿Brenna? Estamos en el aeropuerto de Londres.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? —grito en el móvil. Dos dependientas se apresuran en alejarse, con las cabezas gachas. Me obligo a calmarme—. Archie, ¿qué hacéis en Londres?

—Mamá dijo que no vendrías a casa estas Navidades y que la familia no está completa sin ti. Así que hemos venido nosotros a Inglaterra.

—¿Todos? —Me espanto, calculando mentalmente cuántos son. Madre, padre, tres hermanos de los cuales dos están casados, sus esposas, cinco niños y… — ¿Angus? —digo en voz aguda.

—Sí, todos. Y él también. Bueno, vamos a buscar el hostal, pero debes mandarme la ubicación de dónde vamos a encontrarnos.

¿En el estadio?, pienso. ¿Dónde podría encontrarme con trece personas? ¿Cómo habrán conseguido el dinero para los billetes de avión y el hotel? Y cómo, en nombre de Papá Noel, ¿habrá pensado mi madre que esto es una buena idea? He huido de casa y de mi exnovio, pero la casa y el ex novio han vuelto para buscarme.

—Os avisaré… —suelto, y corto la llamada.

Me dejo caer en el sofá con la mirada pérdida. En algún momento han dejado una tetera y una taza en la mesita de enfrente, pero no tengo fuerzas para servirme. Estoy aturdida. Mis pensamientos van y vienen sin ton ni son. No sé qué hacer. Procuro centrarme en lo primordial. Me doy cuenta de que será imposible ocultarle a Christopher la llegada de mi familia, y tampoco puedo mandarles de vuelta a Escocia. A no ser que logre convencer al Parlamento de Westminster de que han venido con intenciones bélicas.

Justo cuando parecía que lo nuestro funcionaba, tengo que decirle a Christopher que mi exnovio ha venido a verme.

«Lo nuestro». Todavía me atraganto con las palabras. Hay momentos fugaces en que creo que vivo dentro de un cuento. Nos comportamos como dos adolescentes, robándonos besos en el poco tiempo libre que encontramos y comunicándonos a través de mensajes que no tienen término medio: o parecen una charla tonta entre dos niños o tienen contenido no recomendado para menores. Empezamos las mañanas gastando calorías de formas muy creativas y charlando sobre tonterías o asuntos demasiado profundos para la hora del desayuno. La jornada parece interminable hasta que llega la noche y volvemos a encontrarnos para pasar un rato juntos en la cena, en el sofá frente al televisor o directamente entre las sábanas.

Pensar en Christopher, en sus besos, en su cuerpo duro y en su piel caliente hace que se me suban los colores. Sacudo la cabeza para concentrarme.

Lo primero es avisarle de que los escoceses han invadido Inglaterra. Tendré que mencionar el detalle sin importancia de que uno ha sido mi novio durante cuatro años. Si tuviera una hermana, podría presentarse con Angus y copiar el episodio del viaje a España. Christopher sabría apreciar la ironía.

Por otro lado, mi familia no tiene ni idea de que estoy comprometida, ah… y de que ahora soy rica. Y, en tercer lugar, tengo que averiguar cuánto tiempo se van a quedar, y sobrevivir durante ese tiempo.

Abandono la búsqueda de regalos y voy a S4L. Bo-ra me informa de que Christopher está en una reunión, pero saldrá en un par de minutos. Le espero sentada en su silla, mientras la hago girar y la paseo por su oficina para hacer tiempo.

Para cuando aparece me he tranquilizado un poco.

—Justo la mujer en la que estaba pensando —dice cuando me ve.

Me sonríe, deja las carpetas que lleva en el escritorio y se inclina para darme un beso que me derrite los huesos.

—Todo el mundo puede vernos —le recuerdo, aunque no tengo ningunas ganas de soltar las solapas de su americana.

—Tendrán mucha envidia. —Me tiende la mano para ayudarme a que me levante, pero después se sienta él y me coloca sobre su regazo.

Es una actitud muy poco profesional, una que no esperaba de parte de Christopher Thompson.

—¿Podrías venir cada lunes, miércoles y viernes, de once a doce y media? —solicita con la nariz enterrada en mi pelo.

—¿Qué pasa entonces?

Me acomodo mejor y me estabilizo entrelazando mis dedos en su nuca.

—Es cuando tenemos la reunión financiera y me entran ganas de usar una soga. No dejan de recordarme todo lo que he perdido… Que, en realidad, si lo comparas con el punto de partida de la empresa cuando llegué, han sido ganancias y no pérdidas. Al menos para ellos es así. —Se detiene de golpe y se endereza, forzándome a hacerlo también. Empieza a revolver los documentos que tiene encima del escritorio y me habla, pero sin mirarme—. ¿Por fin tienes la tarde libre? ¿Quieres que hagamos algo?

La nueva Brenna quiere contestarle con algo ingenioso, no obstante, su actitud es sospechosa. No es la primera vez que escucho que tiene que perder más que el resto de los accionistas de Matched si la aplicación no funciona.

—¿Qué es todo lo que has perdido? —inquiero con los brazos en jarras.

—¿Qué? —Comprueba su móvil y vuelve a meterlo en el bolsillo de la americana—. Quizá podamos salir a cenar esta noche. ¿Quieres que reservemos en algún sitio? ¿O prefieres ir al cine?

Cuando lo dice recuerdo que debería haber pasado por la pastelería de Esther y Paul. Lo apunto mentalmente a mi lista interminable de cosas por hacer y regreso al ataque. Me levanto de su regazo y me posiciono frente a su mesa.

—Sabes que no pienso moverme de aquí hasta que no me lo expliques.

—Brenna… —me dirige una mirada implorante, que casi me convence de abandonar la lucha.

—No más secretos —le recuerdo—. Estamos iguales.

—Umm… algunos más que otros —dice entre dientes.

—¡Bo-ra!—chillo. Podría haber usado el botón del intercomunicador para llamarla, pero quiero que Christopher entienda lo decidida que estoy en hallar la respuesta.

La chica abre la puerta antes de que él pueda intervenir.

—¿Sí?

—Nada. —Christopher la despacha—. Brenna desea que le pases más información confidencial sobre tu jefe, pero te ahorro el trabajo. Lo haré yo mismo.

Las mejillas de Bo-ra se ruborizan y sale disparada, murmurando que tiene trabajo que hacer.

—No la hagas sentirse mal por algo que has disfrutado y bastante —le acuso.

Él esboza media sonrisa.

—No está mal recordarle de vez en cuando para quién trabaja. En cuanto a lo que quieres saber, el caso es que, al principio, cuando S4L te cedió una parte de las acciones, yo puse más que los demás.

—¿Cuánto más?

—¿Un poco? —carraspea bajando la cabeza.

—¿Llamo otra vez a tu secretaria? —le amenazo.

Resopla.

—Eres despiadada. Si quieres saberlo, te di la mitad de mis acciones. Teniendo en cuenta todo lo que suponía para ti, me pareció justo que estemos en igualdad de condiciones.

Abro la boca y la cierro. No me entra en la cabeza que hiciera algo así tras dos días de haberme conocido.

—Pero ¿cómo has podido ser tan…? ¡Insensato! ¡Necio! ¡Idiota! ¿Tu asesor financiero te permitió hacer una estupidez tan grande? ¿Calculaste lo arriesgado que era? No puedes dejarte la vida en crear una aplicación que puede salvar a la empresa y regalárselo a la primera que aparece —vocifero hecha una furia.

Christopher me dedica una sonrisa tan amplia que parece el gato de Cheshire. Rodea el escritorio y se acerca con movimientos lentos. Sé que quiere alcanzarme, pero también sé que en cuanto me toque mi enfado va a esfumarse. Me posiciono detrás de una silla.

—Sí, conocía los riesgos —dice enfatizando su acento de inglés privilegiado—. A Peter, mi asesor financiero, casi le da un ataque cuando lo sugerí. Me advirtió que si nos divorciábamos lo

iba a lamentar mucho, pero, como bien te he dicho, creo en Matched y creo en nosotros.

—Estás loco. Podría fallar y perderías casi la mitad de tu patrimonio.

—Tuve un buen presentimiento… Aquel día, cuando te vi en el ascensor, desesperada por encontrar información sobre la empresa en la que trabajabas. —Se ríe recordando el momento—. No entendía por qué Matched había seleccionado a alguien tan descuidada y poco ambiciosa para mí, pero después de interactuar un poco contigo lo comprendí. Comprendí que habías llegado a mi vida para sacudir mis cimientos y para hacerme crecer justo en la dirección en la que me hacía falta.

—¿Perdón? Christopher Thompson, el tiburón empresarial, ¿le cedió la mitad de sus acciones a una desconocida porque tuvo un presentimiento?

—Lo hecho, hecho está —zanja el asunto—. Y no me arrepiento.

Resoplo por la nariz.

—Supongo. Pero me apetece seguir enfadada hasta que me acostumbre a la idea.

—¿Tardarás mucho? —pregunta, ahora a mí lado. Se inclina para rozar mi sien con la punta de su nariz—. ¿Podría hacer algo para acelerar el proceso?

Cierro los ojos para defenderme del ataque a mis sentidos, pero resulta incluso peor. Su aliento me acaricia el cuello, y respondo alzando la cabeza para ofrecerle más espacio. Creo que suelto un gemido. En realidad, me gusta el método que usa para que se me pase el cabreo.

Lo noto incluso antes de que ocurra. Con los ojos cerrados, siento cómo se acerca y los centímetros que quedan hasta tocarme. Me da la sensación de que la espera logrará que estalle en mil pedazos si tarda demasiado. Pero no, llega a tiempo. Y cuando lo hace, me coge por la cintura y apoya su frente contra la mía.

Sus dedos arden sobre mis costados, a través de la ropa.

—Zanjemos el tema, ¿de acuerdo?

Me cuesta entender qué está diciendo, pero me gusta escuchar sus ronroneos en mi oído.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —continúa.

Mis ojos se abren de golpe. Me va a estallar el corazón por la intensidad del deseo, pero recuerdo por qué he venido a buscarle. Le empujo el pecho para alejarlo. No consigo que se mueva, por lo que me aparto hacia un lado.

—Bueno… —empiezo—. Tengo noticias. No sé si son buenas o malas, porque no hemos llegado a hablar de esto. —Mi voz es chillona, como siempre que estoy nerviosa, empiezo a hablar y quiero soltarle la información, pero logro el efecto contrario—. ¡Vas a conocer a mi familia!

Christopher frunce el ceño.

—Por supuesto. Podemos organizar un viaje…

Niego con la cabeza.

—Están aquí. En Londres.

—De acuerdo. —Se frota la punta de la nariz con el nudillo, un gesto que usa cuando busca la solución a un problema—. Es una sorpresa, pero si me ayudas y me cuentas más sobre ellos…

—Mi exnovio también ha venido.

—Bromeas —gruñe.

—Me temo que no.

—No esperaras que le estreche la mano y que compartamos anécdotas referentes a ti.

—¿Por qué no? Es lo que hice yo con Sammy.

—Touché —dice con una mueca—. Eso pasa por haber ocultado nuestra relación. Tendrás que dejarle claro que ya no tiene lugar en tu vida o lo haré yo, a mi manera.

—¿Nuestra relación falsa quieres decir? —pregunto con voz melosa.

—Eso es cosa tuya, Brenna. Para mí nunca ha sido falsa —espeta Christopher—. Yo hice todo lo posible por convencerte de lo contrario. Joder, hasta me pasé día y noche con una erección de cojones porque no quería que te sintieras presionada para acostarte conmigo.

Me gusta que se defienda y me gusta que defienda lo nuestro. El Christopher que conocí al principio mostraba el entusiasmo de un bloque de hielo. Su enfado disuelve el mío. Me echo a reír imaginando la situación que describe.

—Bobo, hace mucho que no me siento presionada a hacer nada contigo. Se te dan genial las hojas de Excel, pero eres nefasto leyendo a la gente.

Christopher se frota la cara y el gesto borra la tensión de sus facciones.

—¿Tienes algo pensado? ¿Dónde se alojan? ¿Quieres invitarles a casa?

—¡Por todos los santos, no! —exclamo horrorizada—. No tengo ni idea de nada. Están muy entusiasmados porque creen que me han dado una sorpresa. Pensé en verlos primero, explicarles que he cambiado, que tengo un nov… —Estornudo una vez, después dos veces más.

Christopher se echa dos pasos hacia atrás, cruza los brazos y ladea la cabeza.

—¿Tienes alergia a la palabra «novio»?

—Solo si no va seguida de «falso» —bromeo—. Realmente no van a creerse nada de esto si no se lo pruebo.

—¿Entonces yo soy la prueba? No puedo esperar para ver cómo vas a presentarme. Avisaré al personal de que en la cena de Navidad seremos…

Me mira para que le dé la respuesta.

—Trece más.

—¿Trece? —se espanta—. Cariño, creo que necesitamos el palacio de Buckingham.

—No vamos a adoptarlos —digo—. Y, créeme, preferiría que no hubieran venido.

Christopher empieza a pasear alrededor del escritorio.

—Vamos a necesitar regalos para cada uno. Tú debes saber lo que les gusta, ¿verdad? Haz una lista y se la pasaré a mi asistente para que se encargue. Llamaré enseguida a Eleanor para informarle del cambio, necesita reorganizarlo todo.

—¿Chris? —Detengo sus pensamientos en voz alta—. Es posible que no te gusten y que no le gusten a tu familia —aviso—. Son una panda de granjeros ruidosos, maleducados y orgullosos. Tienen todos los atributos que los ingleses odian en los escoceses.

Él sonríe y se frota las manos.

—Bien. Espero que tu madre haya traído el álbum de fotos de cuando eras un bebé.

—¿Por qué lo haría? No sabía que iba a conocer a mi… —trago fuerte y me aclaro la voz.

—¿Tu qué? —me reta Christopher.

Agito la mano en el aire delante de su cara.

—Eso.

—¿Eso qué? —insiste dando un paso hacia mí— ¿Cómo me vas a presentar? Te sugiero que practiques o, de lo contrario, tu familia creerá que soy un personaje imaginario.

—No… vio —farfullo por lo bajo.

—Buena chica —dice con la expresión de querer darme golpecitos en la coronilla como premio por haberme comportado bien—. Tu familia es bienvenida, pero nada en el mundo me convencerá de conocer a tu ex. ¿Puedes resolverlo de algún modo?

—Pensaba que lo había resuelto cuando me fugué a otro país —murmuro para mí misma.

Pero ahora sé mucho más sobre el marketing, sobre cómo vender y cómo no hacerlo.

Ya tengo la idea, solo me falta ponerla en práctica.

Capítulo treinta y dos

Si pudieras cambiar algo en tu pasado, ¿qué sería y por qué?

Brenna

Cambiaría el haber malgastado tanto tiempo de mi vida con el imbécil de Angus. Lamento cada camisa que le planché a ese cretino. Debería haber fingido ser lesbiana cuando lo conocí en Sloans.

Christopher

Nada, de todo se aprende.

Al final, les pido a mis familiares que vengan antes que el resto de invitados para preparar el terreno, y que no me dejen en evidencia. Si no, correría el riesgo de que la cena de Navidad se convirtiera en un teatro absurdo, conmigo de protagonista.

Cuando a las seis de la tarde suena la campanilla y Ron, el ayudante que ha traído Eleonor para asistirle con los preparativos, abre la puerta, encuentro a los escoceses mirando patidifusos la fachada de la casa.

—Nos hemos equivocado de… —está diciendo mi padre. Tiene la expresión de alguien que busca encontrarle el sentido a una incógnita que llevaba un rato rumiando, pero se detiene al verme asomada por detrás del hombro de Ron—. ¿Brenna?

—Papá —lo saludo y aprovecho que Ron se ha apartado para ir a abrazarle.

—¿Puedo recoger sus abrigos? —se ofrece el chico, un tanto agobiado.

Él y Eleonor tienen un buen lío montado en la cocina con el pedido de la empresa de catering.

—No será necesario. Gracias. Puedes volver con Eleonor —le libero y su alivio es evidente. Se marcha casi corriendo de vuelta a la cocina.

Cuando me giro hacia mi familia, los encuentro contemplando boquiabiertos la escena.

—¡Brenna! —grita mi madre—. ¿Cómo se te ocurre traernos a la casa donde trabajas? Van a echarte cuando vean a toda esta jauría aquí.

Por jauría se refiere a mis hermanos, que son como montañas tras ella, sus parejas, mis sobrinos y mi padre. Respiro aliviada al ver que Angus no está. Desbloqueé su número y lo llamé para dejarle claro que ya no tiene lugar en mi vida y que sería un error que apareciera junto con mi familia. No estaba segura de si me había tomado en serio, así que le prometí que nos veríamos al día siguiente para charlar.

—No trabajo en esta casa, mamá —la tranquilizo, conteniéndome para no poner los ojos en blanco—. Vivo aquí.

Hay un momento de silencio que se alarga hasta que uno de mis hermanos comienza a carcajearse y todos los demás siguen su ejemplo.

—Muy buena esa, hermanita —dice Archie.

Sabía que no iban a creerme. De hecho, seguro que cuando les presente a Christopher creerán que me he vuelto loca y que soy una acosadora.

—Os he echado de menos —exclamo, forzando un tono de profundo sarcasmo.

Archie suelta el grito de guerra de los Abernathy y me preparo para que tres tipos enormes se abalancen sobre mí y me levanten en volandas.

—El vestido, por favor. ¡El vestido! —Suplico inútilmente entre risas—. ¡Mi pelo, Ciaran! Voy a patearte el culo.

Cuando por fin me dan tregua, tomo la montaña de abrigos que me ofrecen y le pido a mis sobrinos que se comporten y no entren en ninguna de las habitaciones que tienen la puerta cerrada. Los conduzco al salón entre besos y abrazos, para que aguarden mi regreso junto a la chimenea. Dejo los abrigos sobre la cama de una de las habitaciones de invitados, para no perder tiempo colocándolos en perchas en el armario de la entrada, y regreso corriendo antes de que aparezca Christopher y tenga que enfrentarse solo a ellos.

—Bueno, Brenna —presiona mi madre nada más verme aparecer—. ¿Vas a explicarnos qué diablos haces en este caserón? No serás una okupa de esas que salen en la televisión, ¿no?

—Mamá, por favor, te ruego que no hagas esa clase de comentarios delante de los demás invitados.

—¿Qué invitados? ¿Hay más okupas aquí?

Tomo una profunda bocanada de aire para llenarme de paciencia.

—Brenna, ¿te has visto? —exclama Rose, una de mis cuñadas—. ¿Estás haciendo alguna dieta?

—Sí, yo…

—¿Y ese vestido? —inquiere Eveline, mi otra cuñada.

—Estás guapísima, tía Brenna —exclama Theresa, mi sobrina mayor.

—Gracias.

—Tienes que decirnos qué estás haciendo, te brilla hasta el cabello —insiste Rose anonadada—. Y tu piel…

—¡Escuchadme bien todos! —exclamo a todo pulmón para detener el vocerío. Cuando mis familiares se reparten alrededor, me subo encima de la mesita de café como una predicadora en la esquina del callejón del mercadillo—. Tengo varias cosas que anunciaros. Hace meses hice algunos cambios en mi vida. Comencé una relación con el CEO de la empresa para la que trabajaba de limpiadora y cambié de carrera. Ahora soy community manager para una gran compañía de publicidad y…, bueno, debido a un proyecto del que formé parte en la empresa de mi… novio, tengo acciones que me reportan el capital suficiente para…

—¡Coño, eres rica! —resume Archie, con las manos en las caderas—. Por eso estás tan diferente.

—Pues…

—¿Cómo llamaste la atención del CEO? —quiere saber Eveline—. No es por nada, pero no es común que una limpiadora se relacione siquiera con el director de la empresa.

—La empresa en la que trabajaba va a lanzar una aplicación de emparejamiento y…, bueno, resulta que el algoritmo me seleccionó y me emparejó con Christopher Thompson, el director.

Se hace un silencio confuso que termina con la intervención de Ciaran, mi hermano mayor.

—¿Cómo cojones conseguiste que te dieran acciones?

Esa pregunta, al menos, me permite explicarles por qué de pronto soy rica. Les ofrezco la respuesta que he ensayado en mi mente.

—Me las dieron a cambio de ser la imagen pública de lo que la aplicación es capaz de hacer. No os habrá llegado nada de esto a Glasgow, pero aquí la prensa ha estado siguiendo nuestro romance desde el principio. Christopher es algo notorio en algunos círculos y…

—¡Guau, sí que eras tú! —exclama Eveline apuntándome con el dedo—. Vi a una chica que me recordaba un montón a ti del brazo de un morenazo en una revista de la realeza y de gente rica, pero pensé que era una especie de doble tuya. Pero no, eras tú de verdad.

—Brenna, ¿te has vuelto una de esas prostitutas de lujo? —se queja mi madre, visiblemente disgustada—. El viejo de tu empresa, el moreno de la foto que ha visto Eveline…

—Mamá, por favor —protesto llevándome las manos a la frente.

Estoy sudando a mares. Voy a necesitar una semana más para convencer a mi familia. Las horas que he calculado se van a quedar cortas.

—Buenas noches. —La voz firme de Christopher a mi espalda hace que dé un salto sobre mí misma. Se suponía que no iba a aparecer hasta poco antes de la cena.

Bajo de la mesita.

—Mi amor —me saluda y se aproxima a nosotros.

Mis familiares se apartan de su camino como si fuera Moisés abriendo el mar en dos.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—He venido a dar la bienvenida al clan Abernathy, por supuesto —replica con su mejor sonrisa.

No encuentro malicia en su rostro, solo mucho interés. El pobre no sabe lo que le espera.

—Pero se suponía que…

—¡Ese es! —exclama Eveline—. El morenazo de la foto.

Mi madre abre la boca estupefacta y lo mira de arriba abajo.

Christopher echa un vistazo por la sala y me reprende.

—Pero que mala anfitriona estás hecha, cariño. Por favor, sentaos. ¿Qué queréis tomar? Vamos a presentarnos como es debido.

Trato de recobrar la compostura mientras Christopher toma el control de la situación, sirviendo copas, refrescos, té y agua para todos. Les hace preguntas y bromea al mismo tiempo. En cuestión de minutos, se gana a toda la sala de una manera que no sabía que era capaz, aunque debería haberlo sospechado. No por nada ha llegado a salvar su empresa.

Dos horas más tarde, los niños tienen juguetes para entretenerse que no sé de dónde han salido, mi padre está examinando su colección de monedas antiguas, más feliz que un regaliz, mi madre lo mira embelesada y hasta se ha sonrojado un par de veces, y mis hermanos lo tratan de Chris y le dan palmadas en la espalda mientras hablan de fútbol.

Nos interrumpe el inicio de la llegada de los invitados y pasamos al comedor para ir ocupando los asientos alrededor de la enorme mesa que han preparado Eleonor y Ron con tanto esfuerzo. Christopher y yo les damos las gracias y les pedimos que se marchen ya para celebrar la Navidad

con sus propias familias. A partir de ahí, nos vemos relegados al papel de anfitriones, yendo y viniendo de la cocina para servir los platos que nos han dejado preparados y para rellenar las copas de todos. Es extraño jugar a ser la señora de la casa con él, y se vuelve divertido encontrarnos en la cocina para robarnos besos, solucionar los retos de la cena o comentar sobre los invitados.

El ambiente animado, los villancicos, los jerséis navideños, las luces y la decoración de la casa me sumergen por completo en la atmósfera festiva. A mitad de la noche comienzo a creer que esta es una de las mejores Navidades de toda mi vida.

Por supuesto, hay algunos momentos de tensión que son inevitables en toda cena navideña. Por ejemplo, cuando Archie flirtea con Bo-ra y Brodie lo amenaza en gaélico con barrer las calles de Londres con sus dientes. O cuando Ciaran y mi padre discuten sobre política con Christopher.

El ambiente navideño y festivo envuelve la casa, y en medio de esa mágica atmósfera se desarrolla una escena digna de una comedia romántica. Mis ojos captan el momento en el que Bo-ra y Brodie se encuentran bajo una de las ramitas de muérdago, cuidadosamente colocadas en puntos estratégicos de la casa. Oculto una sonrisa mientras observo cómo los demás los instan a besarse.

Es evidente que este es su primer beso y no parecen nada indiferentes. En ese instante, el tiempo se detiene para mis dos mejores amigos, y el resto de nosotros somos meros espectadores.

Las risas y los aplausos llenan la habitación, mientras los demás se regocijan por su valentía y la chispa que ha surgido entre ellos.

—Estás muy contento esta noche, hermano —digo poco después del suceso.

Bo-ra y él intercambian una mirada cohibida que me confirma que algo está ocurriendo.

Brodie carraspea un tanto incómodo.

—Tengo una muy buena noticia, lassie. La BBC me ha dado el papel de capitán Wentworth para una adaptación de Persuasión de Jane Austen.

—¿Qué? —grito llamando la atención de la mitad de los presentes—. ¡Eso es fantástico, Brodie! Enhorabuena. Por fin has conseguido lo que te mereces desde hace tanto.

Brodie sonríe complacido.

—Tengo la sospecha de que tu hombre ha tenido algo que ver con ello —confiesa echándole un vistazo a Christopher, que está distraído con algo que le está contando Archie.

Sin embargo, parece haber estado atento a nuestra conversación también, porque al momento se vuelve hacia nosotros.

—Moví algunos hilos para que te invitaran a la audición, pero no me deben nada en la BBC

como para darle el papel protagonista a un actor que no les guste —aclara categórico.

El rostro de Brodie se ilumina por el halago y parece que no le cabe la alegría en el pecho.

Tras la cena, nos reunimos en el salón, alrededor de la chimenea. Montamos una especie de karaoke donde mis hermanos y yo representamos el numerito que llevamos haciendo desde que éramos adolescentes. El público se desternilla de la risa, mientras Christopher me contempla boquiabierto. Es agradable y curioso mezclar los recuerdos de mi infancia con mi nueva vida junto a él.

Bebemos chocolate caliente con canela e intercambiamos regalos. Mi familia se queda alucinada con las cosas caras y elegantes que les ha regalado Christopher. Se enamoran un poco más de él.

Se lo digo por la noche cuando nos acostamos en su cama, con Solo en casa puesto en la televisión de su cuarto, que nunca usa.

—Los tienes a todos rendidos a tus pies —digo deslizando mi mano en la abertura de su pijama para sentir el calor de su pecho.

—Esa es mi especialidad —presume.

Por un momento, un viejo temor asoma en mi mente. Christopher es un manipulador hábil, capaz de seducir a la gente, incluyéndome a mí. Pero ese miedo se desvanece rápidamente, perdiendo su fuerza a cada instante.

—Al final no ha venido tu ex —comenta mientras miramos la película disfrutando del calor corporal que desprende el otro.

—Lo llamé y le pedí específicamente que no lo hiciera, pero no estaba segura de si me había entendido. En el pasado solía ignorar mis deseos. Creo que se ha quedado en el hotel y le he prometido que nos encontraremos mañana.

—Que Navidad tan solitaria —comenta Christopher, aunque se le ve complacido.

—Que le den —rujo—. No tenía que haber venido sin consultarme antes. Se ha comportado como un acosador.

—Tal vez creyó que sería romántico. Algunos tipos nunca hacen nada romántico durante la relación y luego se pasan de intensos cuando la chica ya les ha dado la patada. Es un claro error de marketing.

Me giro para coger de la mesita de noche la infusión que me he preparado para digerir toda la comida y los dulces. Un paquetito cuadrado aterriza en mi regazo. Tiene un enorme lazo rojo.

Pestañeo observándolo, sin mover ni un pelo.

Christopher finge que no pasa nada y que no ha sido él el que lo ha dejado ahí.

—¿Y eso? —pregunto.

—Tu regalo.

—Ya me has dado tres regalos —le recuerdo.

—Pero este es especial, porque es para mí también.

Mi corazón va muy rápido, porque empiezo a imaginarme lo que es. Dejo la taza para no tirarme el contenido caliente encima.

—Pero…

—Ábrelo, Brenna.

Lo hago mientras él me contempla con atención. Dentro hay una cajita de terciopelo negro, y al levantar la tapa veo una preciosa sortija con un diamante enorme en el centro.

Le miro anonadada.

—No hace falta que sea esta noche ni mañana ni dentro de un año, si no estás preparada. Pero quiero que sepas que ni una onza de mi cuerpo alberga ninguna duda sobre que eres la mujer con la que deseo casarme. Quiero que tengas esto para que te recuerde que Christopher Thompson será tuyo cuando quieras aceptarlo. Y que te estaré esperando.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él me seca las mejillas con los pulgares con tanta suavidad que me llena de ternura.

—Vale —digo, porque no hay otra cosa que pueda decirle a su rostro bello y oscuro—. Acepto el reto.

Christopher se ríe.

—Eres original hasta para aceptar mi proposición —dice, y deposita un beso lento sobre mis labios.

Nos dormimos entre besos y caricias, y una bruma de felicidad tan condenadamente perfecta que me cuesta dejar de sonreír.

Pero mi último pensamiento antes de dormir es que las cosas tan perfectas no duran para siempre.

Capítulo treinta y tres

¿Qué película de Navidad es tu favorita?

Brenna

Cualquiera en la que haya nieve, mucha decoración, canciones navideñas, la escena del beso bajo el muérdago y un príncipe enmascarado de paisano.

Christopher

Una clásica, Jungla de cristal.

La mañana llega igual de dulce, solo que, habiendo perdido la hinchazón de la comilona navideña, estamos aptos para practicar algo de deporte bajo las mantas. Christopher me lleva al cielo antes de salir de la cama para ir a darse una ducha, y yo dejo de hacerme la remolona, me aseo y me visto. He quedado con mi familia para desayunar.

Pido un taxi, ya que Christopher necesita su coche para ir a ver a sus padres y celebrar el Boxing Day con ellos. Aunque vinieron a cenar con nosotros, se retiraron temprano por la salud delicada de su padre.

Reviso el móvil durante el camino, comprobando que he contestado a todos los mensajes y las felicitaciones de Navidad. Veo que no le he respondido a Julian, y en el espíritu de las fiestas, le deseo que encuentre lo que se merece. Chateo con Esther durante unos minutos. No he podido abstenerme y le he enviado una foto del anillo. No voy a llevarlo en el dedo hasta que no esté convencida del todo de que quiero casarme con Christopher Thompson. Pero tengo la cajita en el bolso y no paro de meter y sacar la mano para comprobar que no desaparece.

Cuando llego al restaurante del hotel, encuentro solo a Angus con mi madre. Hablan en voz baja, con las cabezas muy cerca.

No me detengo. La Brenna del pasado se hubiese acobardado y huido de la discusión, pero la actual les sonríe a medida que se acerca. Ignoro la expresión de sorpresa de Angus. Se queda con la mandíbula colgando, aunque no me he molestado en maquillarme demasiado. El cambio en mi estilo de vida y los cosméticos de buena calidad han mejorado tanto mi piel que no necesito base de maquillaje. Llevo unos vaqueros de Levi's que me sientan de maravilla y un jersey de cachemira.

—Buenos días. —Estoy a punto de besar a mi madre en la mejilla, pero decido no hacerlo para no tener que saludar a Angus de un modo similar.

Me siento en la silla, me quito la chaqueta, pero mantengo el bolso en mis rodillas.

—Brenna, estás… —Angus todavía no logra recuperarse.

—Te lo he dicho —se jacta mi madre—. No lo hubiese creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pero parece que a mi Brenna le va bien el aire inglés. Tengo un montón de fotos para enseñarles a todos de vuelta a Glasgow.

—Gracias, mamá —musito. Es raro que mi madre considere que he hecho algo bien. Debe ser que está embrujada por el encanto de Christopher. Decido ir directa al grano—. Ambas sabemos que ha sido idea tuya traer a Angus.

Mi exnovio baja la cabeza, pero mi madre levanta el mentón con terquedad.

—¿Y qué querías? Dejaste al pobre olvidado como unas zapatillas viejas. Lo ha pasado fatal.

—¿Tan mal que se enrolló con mi amiga? —pregunto.

Mi voz es calma, igual que mi actitud. No siento nada cuando miro a Angus, quizá pena porque he perdido años de mi vida con él. Pero de los errores se aprende y puede que él sea mi error, que si no hubiese pasado tanto tiempo a su lado, dejando que mi espíritu se apagara, no estaría aquí en estos momentos.

Cuando aparece el camarero pido un té. Ellos están servidos, pero les ofrezco invitarles a un desayuno completo.

Angus decide hablar después de que el camarero se retire con nuestro pedido.

—Brenna… —me llama y le miro. Procuro encontrar algo en su mirada, pero, aparte de la evidente apreciación hacia mi aspecto, no veo el dolor del que habla mi progenitora—. ¿Qué pasa con todo lo que compartimos juntos? ¿No significa nada para ti?

Me parece ensayado. Él no tiene el vocabulario o las emociones necesarias para pensar en algo tan profundo. Cuando pillo a mi madre asintiendo, sé que le ha forzado memorizar un discurso.

—Querido, huir de Escocia es lo mejor que he hecho por ti. No soy lo suficientemente buena para ti y no soy capaz de hacerte feliz —declaro, impresionada por las dotes de actriz que he

adquirido recientemente.

—Eso… —mi madre interviene, pero levanto la mano, después me seco una lágrima imaginaria.

—¿Recuerdas cómo discutíamos porque el dinero no nos llegaba al fin del mes? A ti te encanta salir de copas con tus amigos, comprarte el último videojuego o un mando mejor para la PS. Y yo me he acostumbrado a gustos caros. Gasto cientos de libras en cositas… —suelto una risita inocente—, que pueden parecer ridículas. Maquillaje, perfumes, libros, bolsos… Me duele aceptar que no seamos compatibles. Nuestras madres serían tan felices si siguiéramos juntos, pero es mejor reconocerlo antes de que acabemos endeudados hasta el cuello o acabar con su amistad por nuestras constantes discusiones.

—Tienes un buen trabajo ahora —dice mi madre por pura terquedad, porque sé que está encantada con Christopher. Espero que no insinúe que trabajaré para mantener a Angus.

—Pero también tengo una pareja —contesto bajando la mirada.

—¿Así que el tipo nuevo está forrado? —declara Angus insinuando que esa es la verdadera razón por la que lo rechazo.

Aprieto los dientes y estoy a punto de estallar y dejarle claro que ningún hombre podría comprarme. Mi asesor financiero se ha asegurado de mi estabilidad económica. No obstante, asiento con la cabeza gacha.

—También sabes que no se me da muy bien lo de llevar la casa. Hacer la colada, preparar la cena, esperarte con una cerveza fría, jamás se me dio bien. No necesitas una novia tan torpe como yo.

—Hemos tenido nuestros baches —farfulla Angus, recordando las veces en las que me echaba la bronca por no tener la casa como él quería.

—¿Y mi enfermedad? —prosigo—. ¿Recuerdas todos los planes que te fastidié por olvidarme de la insulina, pasarme con las copas o no cuidar mi dieta?

Angus frunce el ceño y entiendo que hace memoria de los detalles más desagradables de nuestra relación. En realidad, le traía al viento mi salud, pero no está de más recordarle que tengo esa tara.

Le echo un vistazo a mi madre, ya que hace tiempo que no ha abierto la boca y eso es raro en ella. Tiene una expresión enfurruñada, pero no se molesta en luchar esa batalla ahora que ha conocido a mi nuevo novio rico. Su mirada se ilumina y averiguo que es porque el camarero se acerca con nuestro desayuno.

Tomo un poco de té antes de continuar y los contemplo mientras engullen como si llevaran un mes sin probar bocado.

—Puede que tengas razón —dice Angus. Habla con la boca llena y no para de llevarse el tenedor

a la boca cuando continúa—. Nunca lo he pensado así, recordaba solo los momentos buenos. Teníamos una buena convivencia, pero no la mejor.

—Por supuesto —asiento.

—No hubiese funcionado a largo plazo —continúa, enfatizando su convicción con gestos de cabeza.

Celebro mi victoria con una tostada untada con mantequilla y mermelada.

La noche de Angus parece haber sido larga, sin duda jugando o bebiendo, ya que la mañana no le hace ningún favor. Sus ojos están enrojecidos y las pecas resaltan en su piel pálida. Se ha cortado el pelo más corto que cuando estábamos juntos, pero el corte no le favorece al dejar al descubierto sus orejas ligeramente grandes. No se ha afeitado esta mañana y una sombra de barba rojiza adorna su labio superior y su línea de la mandíbula.

—Yo también lo creo. Estarás mejor sin mí, Angus —susurro.

Mi madre se aclara la garganta. De reojo veo que me fulmina con la mirada, pero me concentro en mi taza de té.

—Bueno, por lo menos cada uno de vosotros está ahora en una nueva relación —comenta ella. Una noche con Christopher y ya no es la fan número uno del viejo Angus—. Te vamos a extrañar en casa, claro está, pero qué se va a hacer si el destino tuvo otros planes para ti y no me tuvo en consideración. Ya soy vieja. Si no estás, tu padre no se dará ni cuenta de que he estirado la pata hasta que se muera de hambre.

Lucho para no poner los ojos en blanco.

—Me duele abandonaros. Pero ambos estaréis bien sin mí —finalizo—. Mamá, tienes a los chicos cerca y gozas de una salud de hierro. Cuando me necesites cogeré un avión y estaré a tu lado en menos tiempo del que tardas en hacer la compra en el supermercado. Y tú, Angus, eres libre de seguir adelante y encontrar a alguien que te haga feliz.

Espero que no noten que suspiro de alivio al ver que los he convencido. Angus piensa que le he hecho un favor al dejarle y mi madre, sin duda, encontrará una nueva víctima pronto. Probablemente alguno de mis hermanos.

—Cuídate, Brenna —se despide Angus cuando me levanto.

Me atrevo a abrazarle con rapidez, pero aguanto la respiración mientras lo hago y me imagino el olor de Chris. Le prometo a mi madre que pasaremos tiempo juntas antes de que regresen a Escocia. De hecho, anoche hice un pequeño horario con Christopher para llevar a los turistas escoceses a los puntos emblemáticos de la ciudad.

A continuación paso por mi antiguo apartamento para charlar con Esther y Paul. El negocio les va de fábula, su alegría y su agradecimiento me calientan el corazón. Me resulta maravilloso

saber que he hecho algo bueno, que les he ayudado a cumplir su sueño y como recompensa me obsequian con sus mejores productos.

Devoro un par de sándwiches deliciosos, me tomo otro té y charlamos sobre los viejos tiempos y sobre planes de futuro. Cuando me voy me llevo una bolsa de brownies con dulce de leche, mosaiquitos y alfajores de maicena. Charles va a matarme cuando regrese al gimnasio con la barriga de Papá Noel.

Encuentro a Christopher en su oficina. No debe haber llegado mucho antes que yo porque todavía viste los vaqueros y el jersey con cuello de pico que llevaba cuando salió por la mañana. No obstante, se ha quitado los calcetines, y el hecho de que sepa que le gustar estar descalzo en casa me resulta un detalle adorable.

—Te vas a resfriar —le regaño como cada vez que lo pillo sin zapatillas de casa o calcetines.

Deja el móvil encima del escritorio y sale a mi encuentro. Me besa lenta y seductoramente, hasta que me olvido de mi propio nombre. Pero mientras nos movemos por el cuarto, en una combinación de baile sin música y abrazos ardientes, recuerdo mi última frase porque le piso por accidente.

—Los resfriados entran por los pies —le recuerdo.

Es un dicho de la retorcida educación que me han dado. Sé que no es verdad, y aunque lo fuera, el suelo de la casa tiene calefacción integrada, no es la pista de hielo que tenía por suelo en Escocia.

—Sabes que no puedo respirar con los calcetines puestos —se queja.

Me río en su boca porque interpretamos esta escena muchas veces.

—No respiras por los pies, listillo.

—No sabes nada sobre cómo funciona mi cuerpo.

Lo beso para que se calle.

—¿Qué estabas haciendo?

Aunque sea fiesta, no espero que Christopher pase más de unas horas sin trabajar.

—Quería revisar los perfiles de los que se han apuntado para probar Matched. —Me confirma que he tenido razón en pensar mal de él.

Sé de qué habla porque he escuchado la idea en la agencia Petersen’s. El primero de enero S4L anunciará una lista de veinte personas que probarán la versión beta de la aplicación durante un mes. Es el último paso antes del lanzamiento.

—Espero que hayan arreglado los problemas de la interfaz… —Sacude la cabeza y se frota la frente mientras regresa al portátil encendido—. Entre los usuarios beta hay un par de periodistas de televisión con mucho alcance mediático.

Le abrazo por detrás y apoyo la frente en su musculosa espalda. No puedo ayudarlo con eso, solo mostrarle mi apoyo y confianza de que va a ser un éxito. No obstante, me doy cuenta de que no lo hago, de que no he puesto mi fe en Matched y desde el principio le he dicho que no creía que funcionara.

Capítulo treinta y cuatro

¿En qué condiciones estás dispuesta a mentir?

Brenna

Cuando mi compañero de piso me pregunta si tiene mal aliento o mi amiga quiere saber si esa falda que se acaba de comprar le sienta bien. O cuando mi madre me pregunta si la echo de menos.

Christopher

Cuando sea estrictamente necesario para lograr mis objetivos.

Las fiestas se quedan atrás y enero avanza metiéndonos de vuelta en la rutina.

Conforme se acerca el día del lanzamiento de Matched también se aproximan los exámenes de mis cursos. Y Christopher y yo vivimos en un estrés continuo, pero, para mi sorpresa, no estropea nuestra relación, sino que nos une. Al final del día nos reunimos para discutir nuestros problemas y logramos dejarlos atrás durante la noche. Le obligo a mantener un horario fijo de trabajo y a tener el móvil en silencio a partir de las nueve de la noche, y aunque le cuesta al principio, llega a acostumbrarse y comienza a dormir mejor.

Hay una cuestión espinosa que jamás discutimos. Sigo sin llevar el anillo, aunque no puedo explicar con detalle por qué me cuesta aceptar la propuesta de matrimonio de Christopher. Lo conozco demasiado bien ahora y sé que le molesta. Es como si le gritara a la cara cada día que no creo en su proyecto. Pero mientras no puedo explicarme a mí misma qué es lo que me echa hacia atrás tampoco puedo explicárselo a él. Me prometo que tomaré una decisión el día de San Valentín, cuando se lance Matched. Falta menos de un mes, pero los días pasan corriendo.

Esta noche llego agotada a casa. He tenido problemas con una cuenta que llevo en la agencia y el

hecho de equivocarme me recordó a la antigua yo, que no valía para nada. Robbie me echó la bronca y me vine abajo, aunque después se calmó y me pidió disculpas. Odio fallar porque me doy cuenta de que mi nueva confianza en mí misma está hecha de papel y cualquier viento la sacude.

La prensa tampoco ayuda. Nos tienen en la mirilla constantemente, no hay día que no aparezca un artículo sobre Christopher y yo en las redes. He aprendido a no leer a los que se inventan situaciones, insinúan o están escritos en un lenguaje insultante. Bo-ra e incluso Esther me ayudan, y me avisan sobre qué noticias no leer. A Christopher no parecen afectarle y está de acuerdo con Robbie en que incluso una mala publicidad es buena publicidad y que es preferible a que nadie hable de nosotros.

Ojalá pudiera entenderlo mi madre también. Se ha aficionado a esos artículos, y el tarado de mi hermano se los proporciona con el té de la mañana. Me falta poco para bloquear su número en el móvil, porque sus comentarios son peores que los de cualquier periodista versado.

Algunos de los participantes notorios de la versión beta de Matched también están en el foco de las noticias, aunque no les acosan tanto como a nosotros.

Christopher no ha llegado aún. Después de deshacerme del abrigo, el bolso y las botas, el estrés me tiene descorchando una botella de vino en la cocina.

Cojo un vaso y me la llevo al salón. Descorro las cortinas y miro la vegetación del jardín envuelta en la semioscuridad.

Cuando escucho el tono del móvil pienso que es Chris, que me avisa de sus planes. Pero es un mensaje corto y conciso de Julian.

▪

Me equivoqué con Christopher. No ha podido aguantarse ni hasta el lanzamiento de Matched.

▪

Frunzo el ceño sin saber a qué se refiere y entonces me llega un enlace de una publicación online.

«El CEO de Matched, la aplicación de amor más sonada de la historia, tiene amor para repartir», reza el titular.

Suspiro y en el primer momento me abstengo de leerla. Debe ser nueva y Bo-ra no tuvo tiempo de avisarme antes de que lo hiciera él. No sé qué me impulsa a hacerlo. Quizá porque tengo un mal día o esperanzas de que me vaya a dar material para reírme. Pero me equivoco. La primera frase me acuchilla limpiamente en las entrañas.

Christopher Thompson ha sido avistado en una actitud cariñosa con una mujer en escasa indumentaria, que no es la escogida por el famoso algoritmo de su aclamada aplicación de emparejamiento.

Me siento como si me hubieran echado un balde de agua helada encima para luego prenderme fuego.

«Lo sabía», dice una parte de mi mente.

«No puede ser», dice la otra.

Y, sin embargo, las fotos hablan alto y claro, y rompen todo lo que tengo dentro en diminutos pedazos. En el fondo de mi mente he sospechado que algo así podía pasar y me prometí que no dejaría que me afectara.

Quiero aferrarme al sentimiento de felicidad en el que he vivido los últimos meses y escapar del dolor desgarrador que lo ha sustituido. Busco respuestas, me planteo hipótesis imposibles. Recuerdo la cara de Christopher cuando me regaló el anillo, cuando tiene un gesto tierno conmigo, cómo me busca en la cama durante la noche para abrazarme. Pienso en la forma en la que parece menos estresado y más feliz con mi mera presencia en su vida. No quiero creerlo capaz de engañarme de forma tan vil, pero no encuentro explicación a lo que veo en las fotos.

Tomo media copa de vino de golpe y me obligo a examinarlas. Hago zoom y las reviso, aunque me esté dejando el alma en cada trozo de la imagen que voy absorbiendo con los ojos. Estoy casi segura de que la mujer es Sammy, su antigua novia, pero ella sale de costado y de espaldas, así que no puedo confirmarlo. No obstante, sobre él no me quedan dudas. El coche al que entran al final de las imágenes es el Maserati nuevo que le regaló su padre por Navidad.

Entonces mi mundo se viene abajo.

Lo primero que pienso es que quiero salir de esta casa. Aunque amo cada rincón de este lugar, de repente me resulta asfixiante. Las cosas de Christopher se burlan de mí. Cuando entro en el cuarto de baño para recoger unos pocos productos, me encuentro con el olor de su colonia. Cuando abro el vestidor para hacer la maleta con cualquier cosa, no puedo abstenerme y abro su armario también. Tiro de las perchas y lanzo al suelo camisas, pantalones y americanas perfectamente planchadas. En el pasillo me detengo delante de un ramo de tulipanes que me regaló dos días atrás porque sabe que amo todas las flores y que encuentro alegría en sus colores. Pero las quito del jarrón y las pisoteo con furia porque su belleza es igual de efímera que mi relación con Christopher.

Me detengo en la puerta, pensando a dónde ir. Esther y Paul han alquilado mi antigua habitación

a otro inquilino. Enciendo la pantalla del móvil con la intención de aceptar a la oferta de socorro de Julian y llamarle, pero me doy cuenta de que no quiero cerca ahora mismo a ningún Thompson. Entonces llamo a mi amigo, el único que sé que me entenderá.

Brodie no me contesta a la primera, pero sigo insistiendo mientras estoy en el taxi, de camino hacia su piso.

—Esta noche me quedo contigo —le aviso cuando, por fin, se digna a responder.

Me lo imagino titubeando al otro lado de la línea, pero debe conocerme bien porque acepta de inmediato.

—Te espero —dice.

Y lo hace. Me espera delante de su edificio, paga al taxista porque mis manos tiemblan demasiado y coge mi maleta hasta su piso. Después me acomoda en su sofá, me echa una manta por encima y me sirve un vaso de whisky.

—¿Quieres contármelo? —pregunta.

Se acomoda a mi lado y me rodea los hombros con el brazo. He notado que está vestido para salir, peinado y perfumado.

—He estropeado tus planes. Lo siento.

—Nada que no se pueda posponer, lassie. Parece que te han roto el corazón. Supongo que lo hizo mi nuevo amigo.

Asiento y me estremezco. Me empujo contra su pecho, en busca de consuelo.

—¿Qué pasó?

Le ofrezco mi móvil. Todavía no he salido de la página web de la noticia. A Brodie no le lleva más de dos minutos ponerse al corriente.

—Uff —murmura—. ¿Crees que es verdad? ¿Quieres que le mate? Conozco gente que puede dejarlo desfigurado…

Le doy un codazo sin ánimo para bromas.

—No lo sé —reconozco—. No sé qué pensar. No puedo hacerlo.

Le quito el móvil y en un par de minutos me compro un billete en el primer vuelo de la mañana siguiente que sale hacia Glasgow.

—¿Huir? ¿Esta es tu respuesta? ¿No lo hiciste una vez? Lassie, me da la impresión de que corres en círculos.

Odio que me conozca tan bien, pero no he venido para escucharlo, solo para pasar la noche. La idea de regresar a casa se me ocurrió en cuanto leí la noticia. ¿Qué otra cosa podría hacer? No quiero quedarme en Londres, donde Christopher puede encontrarme y los periodistas acosarme sin importar el agujero donde me esconda.

—Necesito tiempo para pensar —le explico.

—Si me preguntas a mí, debe haber una explicación lógica. ¿Por qué no le ofreces la oportunidad de contar su versión?

—Entonces no te preguntaré nada.

No lo hago porque Christopher me va a convencer de que el artículo es mentira. Lo admitiré solo porque quiero que no sea verdad, pero viviré con la duda el resto de mi vida. El antiguo él, el CEO de antes de conocerme, lo hubiese hecho sin pensárselo dos veces. Entonces, ¿cómo puedo creer que yo soy tan importante como para cambiarle? Aunque haya salido de Glasgow, me maquille y me vista bien, esté estudiando y trabajando de algo apasionante, no llego a su nivel. Sigo siendo una pueblerina nada sofisticada. Pero Christopher me necesita para salvar su negocio y por eso se ha esmerado tanto con nuestra relación. Por hacerme creer que me quería, que era real. Es su forma de ser. Dejarse la piel por trabajo y no tener ningún tipo de escrúpulos a la hora de conseguir sus objetivos.

Escucho un ruido raro y me incorporo de golpe. Parecen un millón de patitas que corren.

—No te preocupes, es Lucy —dice Brodie—. Hace carreras entre su agujero en la pared y la casita que le he montado.

—¿Le montaste una casa a tu rata? Eso sí que es amor —me burlo—. Espero que encuentres a tu media naranja y que tenga un gato.

—Cuánta maldad.

—Te lo mereces por todos los corazones que has roto —espeto, porque en este momento odio a todos los hombres que juegan con las ilusiones de las mujeres.

—Puede ser. Pero la pobre Lucy no debería pagar por mis pecados. Ningún gato va a entrar en esta casa.

—¿Y qué pasará con ella cuándo quieras mudarte a un sitio mejor? —pregunto.

—Se viene conmigo.

—¿Ella lo sabe?

Me pierdo la respuesta de Brodie porque, a pesar de que lo intento y me ayuda hablar de otra cosa, el trauma de ver a Christopher abrazar a otra mujer es demasiado reciente. El llanto me presiona el interior del pecho, pero no lloro. No quiero hacerlo, no se merece mis lágrimas.

Volveré a poner orden en mi vida, me prometo. Pero no a confiar en las promesas de un hombre.

* * *

En el avión lloro mi desgracia a solas.

Me vienen flashes de las fotos a la mente. Estoy helada por la incredulidad.

Creía que conocía a Christopher, me había convencido de que lo nuestro era real. Pero sus encantos son tantos que me olvidé de la clase de persona que es y de que todo lo que le importa es la empresa y el éxito. Yo he sido solo un peón en su juego.

De todos modos, yo también he ganado algo, me digo. Ahora sé lo que quiero en la vida, y ya no soy la chica perdida que huyó de Escocia. Si Christopher no ha podido quererme de verdad y conformarse conmigo, es por su propia culpa, no por algo que yo haya hecho mal. Le he dado todo mi cariño, le he proporcionado diversión a su vida de adicto al trabajo y hemos tenido un sexo maravilloso. Debió ser suficiente. Nadie podrá complacerle jamás. Nunca se comprometerá. O quizá me estoy engañando y resulta que ya estaba enamorado de Sammy antes de que yo apareciera. Quizá soy Lady Di en esta historia y él ha tenido que verse a escondidas con su Camila Parker Bowles, hasta que la prensa los ha descubierto. Si es así, ¿quién le manda usar su imagen como campaña publicitaria? ¿Por qué no fue sincero desde el principio en lugar de engañarme con tanto empeño?

De todas formas, sus verdaderos sentimientos ya no son asunto mío. Regresaré a casa, de forma temporal, para recomponer los pedazos de mi corazón roto.

Puedo llevar mi trabajo de community manager desde Glasgow, hasta que me sienta mejor para continuar con todo lo que tengo pendiente en Londres. Entonces seguiré con mi nueva vida sin ese cabrón adúltero.

Le dejo claro a mi familia que no es un asunto del que quiero volver a hablar. Es mi problema y espero que respeten mi decisión bajo la amenaza de que me iré a China si mencionan algo de lo ocurrido. Pero es duro recibir sus miradas de lástima y escuchar los susurros a mi espalda. Mi madre farfulla algo sobre que ese cabrón inglés era demasiado bueno como para que fuera verdad y que no sabe cómo no se me ocurrió saltar del avión sin paracaídas. No obstante, por primera vez en su vida, mi padre toma actitud y le pide que se ahorre los comentarios.

Lo más duro es dejar el equipaje, que hice a toda prisa, en mi antiguo cuarto. Mi madre no ha cambiado nada de este, y es como si me encontrara con mi antigua yo. Siento cierto rechazo por ella, por su debilidad, sus inseguridades y sus miedos.

Lo primero que hago es quitar todos los cuadros de las paredes, la colcha de la cama, las baratijas que me he comprado a lo largo de la vida en los mercados de segunda mano. Dejo la habitación

limpia, porque no necesito objetos que me recuerden lo débil que era. Lo poco que me preocupaba de mis propios sueños. Algunos los he vivido y han desaparecido, dejando un sentimiento agridulce como única prueba de que se cumplieron por un instante, como la espuma que deja una ola al retirarse.

Después salgo a dar un paseo y a llenarme los pulmones con el aire de mi infancia.

Bloqueo el número de móvil de Christopher e informo a Bo-ra que tiene prohibido hablarme de él. Estoy más que feliz de conversar con ella sobre sus problemas, me ayudan a olvidarme de los míos. Sus quejas sobre su relación falsa con Brodie son divertidas y, en ocasiones, tengo que arbitrar los partidos de insultos.

Por último, me encuentro con mi antigua amiga, Bonnie, y le deseo toda la felicidad del mundo si quiere seguir adelante en su relación con Angus. No le cuento que vino a buscarme en Navidad porque sabe perfectamente donde se mete y ya es mayorcita. No hay secretos en nuestro barrio, así que debe saberlo. Me despido de ella con un abrazo.

En un par de días me hago un horario, uno de esos que odiaba que me impusiera Christopher, pero con el tiempo me di cuenta de que me iban bien. Ayudo a mi madre con la casa y las compras, llevo las redes sociales de mis clientes a distancia, asisto a mi padre en el trabajo un par de horas y caigo rendida por la noche.

No limito los cambios solo a mi habitación. Le prohíbo a mi madre que haga cosas para mis hermanos que pueden hacer ellos mismos. Le cuesta quedarse sentada en la mesa cuando uno de ellos pide una cuchara extra o un poco más de pan, pero cuando no lo consigue, le tiro de la mano e insto al malcriado en cuestión a que mueva el culo. Solo Archie vive todavía con nosotros, pero el resto aparecen más veces de lo necesario, sobre todo a la hora de la cena. Tratan de marcharse enseguida, pero les aseguro que no van a cruzar la puerta antes de ayudar a recoger la mesa y a lavar los platos. A petición mía también colocan en su lugar los juguetes que sus hijos esparcen por toda la casa.

Curiosamente, ninguno de los miembros de mi familia discute mis decisiones, como si supieran que ya no pueden vencerme.

Todavía me duele cuando pienso en Christopher. Evito mirar las grabaciones de mi móvil y las redes sociales. No sé qué ha sido de Matched, pero no quiero información actualizada, tengo bastante con los recuerdos.

Me embargan momentos de debilidad por la noche, en la oscuridad, cuando extraño tanto el olor de su cuerpo que se me retuercen las entrañas. Lo busco sin querer por la calle, me imagino que veo su silueta entre la gente desconocida. Echo de menos su voz, la acidez de sus bromas, hasta su seriedad de pijo inglés con el palo metido en el culo.

Por supuesto que espero que aparezca, porque Christopher no es el tipo de persona que se da por vencida. Querrá explicármelo, volver a convencerme de continuar nuestra farsa porque falta muy poco para el lanzamiento de Matched y quizá todavía pueda salvar su empresa. Creo que estoy

preparada para la discusión que me espera, pero no. Cuando me lo encuentro esperándome delante de la verja de casa al volver del supermercado, me detengo, igual que lo hace mi corazón.

Capítulo treinta y cinco

Si tuvieras que describirte en tres palabras, ¿cuáles elegirías y por qué?

Brenna

Me gusta creer que he cambiado. La Brenna de Glasgow era una pusilánime que se mordía demasiado la lengua. La Brenna de Londres es bastante más peleona.

Christopher

Determinado, calculador y carismático.

Cuento mentalmente. Cinco días le ha costado. Debe haber tenido mucho trabajo y querido dejar todo en orden antes de decidirse a salir a buscarme.

Se endereza cuando me ve y yo sigo andando. No le miro. De hecho, tengo la intención de pasar por su lado como si hubiese visto un fantasma. Para mí lo es. Pero si lo hago montaremos una escena, que mi vecina, la entrometida, estará más que feliz de presenciar.

El hielo cruje bajo mis botas y mi aliento se levanta en forma de vaho en el aire congelado.

—¿Qué quieres? —pregunto.

No me tiembla la voz. Tengo la cara roja por el frío, lo que ayuda a ocultar mis nervios. Es casi de noche, el crepúsculo, cuando el sol se queda colgando en el horizonte solo unos instantes antes de desaparecer.

—Me ha tomado unos días resolver eso —dice. Después se aclara la garganta—. No quería hablar contigo antes de tener pruebas.

«Resulta que sí que sabe qué hacer con unas botas de leñador», pienso, al ver que lleva puesta

una variante cara del modelo. Junto con una parka con una capucha enorme, que, aunque no esté levantada, le oculta la mitad inferior del rostro. Y tiene las manos cubiertas por resistentes guantes de cuero.

Me entra la risa y estrecho la bolsa de la compra entre mis dedos desnudos. Inglés debilucho. Tiene un montón de defectos. Si me diera por enumerarlos en una lista, no acabaría en una semana.

—¿La prueba de que eres un desgraciado? Está por todo internet. Qué ironía que seas tú el que ha arruinado Matched.

—No está arruinado. Lo he resuelto. ¿No te has enterado?

Levanto las cejas verdaderamente impresionada.

—Debes ser alguna especie de dios si has salido indemne de eso también. Enhorabuena. Ya puedes acostarte con todo Londres.

Una sombra cruza su rostro.

—No me he acostado con nadie más que contigo desde el día que recibí los resultados de la aplicación.

Intento reír, pero el aire me congela las cuerdas vocales.

—Buen intento. Supongo que tienes preparada toda una presentación. Adelante —le indico, instándole con un gesto de cabeza.

—Te quiero —dice, alto y claro.

Se me doblan las rodillas. Creo que voy a tener un ataque al corazón por lo fuerte que late.

—¿Empiezas por el final? —me burlo—. Ni te has preparado un discurso. Qué decepción, Chris.

Vuelve a acercarse, pero interpongo la bolsa de la compra entre nosotros como si fuera un escudo.

—Lo único que puedo ofrecerte son palabras, Brenna. Ya te di mi corazón hace tiempo. Te lo di todo, pero sigues sin confiar en mí.

—Por favor. —Mi mueca de desprecio provoca destellos de dolor en su mirada oscura y odio que me importe—. Te has saltado la excusa, la explicación o lo que sea que quieres decir sobre esas fotos.

—Son obra de Julian. Encontré al periodista que escribió el artículo y le he pagado más de lo que le ofreció mi hermano para que revele la verdad.

—Por supuesto —asiento como si le entendiera.

—Lo conoces, sabes de lo que es capaz. No le permitas ganar, Brenna.

—Todo se reduce a competir con tu hermanito, ¿verdad?

Christopher suspira.

—Brenna, estamos a tiempo de arreglar todo esto.

—Y ya llegamos al tema de Matched —comento con expresión aburrida—. ¿Qué necesitas para salvar la aplicación y que salga adelante según lo planeado?

—¡Matched me importa una mierda! —estalla. Me sorprende tanto que la réplica preparada muere en mis labios. La ira de Christopher es fría normalmente, jamás lo he visto perder los papeles tanto como para gritar—. No he venido a buscarte para salvar el proyecto. Tengo más negocios y no voy a quedarme en quiebra. Venderé algunas propiedades, invertiré en otras cosas. No seré igual de rico, pero podré permitirme comprarte flores el resto de nuestras vidas.

—Hay más personas implicadas en el proyecto a parte de ti —le recuerdo.

—Sobrevivirán. Algunos perderán más que otros. Los empleados cobrarán el paro y conseguirán otros trabajos. Esas cosas pasan.

—Y todo porque tú no la pudiste mantener en los pantalones… En fin, volviendo a esas personas. Si has solucionado lo de tus fotos con Sammy o con cómo se llame y hay esperanzas para Matched, volveré contigo a Londres. Aguantaré el tirón hasta el lanzamiento y después nuestros caminos se separarán.

Christopher exhala y sacude la cabeza cansado.

—Tranquilo, puedo fingir bien hasta entonces. Al fin y al cabo, gracias a ti he llegado a ser una experta actuando.

—No mientas, Brenna. No me mientas a mí, mucho menos a ti misma. Lo que teníamos no era actuación. Era real. Es real. Lo que siento por ti es una dicha y una maldición al mismo tiempo. Lo que siento… —se detiene y su voz se rompe en jadeos cortos—, me asusta y lo deseo a la vez. Me siento afortunado de haberte conocido. Por Dios, no quiero perderte y no tengo ni idea de qué hacer para mantenerte a mi lado. Para merecerte.

No sé cómo me mantengo derecha delante de él cuando sus palabras cortan como cuchillas afiladas en mi alma. No me decido entre si quiero verme envuelta entre sus brazos o borrar el recuerdo de todo lo que hemos vivido juntos.

—No te creo —digo con simpleza—. No puedo hacerlo. Eres Christopher Thompson, el CEO despiadado, el tiburón de los negocios. Y yo soy Brenna Abernathy, de Glasgow, Escocia. No tenemos nada en común. No tenemos futuro. No hemos tenido ni pasado, solo hemos fingido

bien.

Christopher sacude la cabeza.

—Sigues con lo mismo. Suponía que no podía hacer nada para convencerte.

—¿Entonces por qué estás aquí ahora?

—Porque no aceptaba que huyeras otra vez. Si lo piensas, lo haces cada vez que algo te asusta. Te fuiste para no enfrentarte a tu ex y a tu familia. Escapaste del gimnasio cuando teníamos que hablar sobre Matched y lo hiciste hace poco, cuando entendiste que también me amas.

—Cabrón arrogante.

—Si no sintieras algo por mí, algo que te sacude por dentro, te hubieran dado igual las fotos. Te hubieras quedado, aunque fuera por el dinero.

—¿Intentas convencerte a ti o a mí? —me burlo.

—Yo ya te lo dije otras veces, sé lo que quiero, no tengo ese problema. Pero tú, desde el principio, has luchado contra ti misma. Y has perdido —dice. Y sé que ha acabado—. Lee la prensa de hoy. Halla la verdad, Brenna. Y acéptala de una vez por todas.

No encuentro una respuesta que me convenga.

Me gustaría herirle tanto como me ha herido él a mí con esas fotos, pero destruir el lanzamiento de Matched era mi única arma. Ahora que asegura que eso le da igual no sé qué hacer a continuación. Había olvidado que es un maestro de la negociación y que sus presentaciones son las más convincentes. Podría vender arena en un desierto.

Me tiende un fajo de papeles.

—Toma —dice—. Es un Excel con las previsiones de lo que pierde cada uno de los accionistas, nosotros incluidos, si Matched fracasa. No te lo doy para convencerte de que sigamos actuando, sino porque sé que te importa la vida de esas personas y quiero que te quedes tranquila. Si tú no confías en mí, Matched acaba aquí, ahora. La aplicación ha fallado. En cuanto regrese a Inglaterra, anunciaré el fin del proyecto.

—¡No! —susurro.

—Puedes corroborarlo con Robbie, tenemos la campaña preparada. Adiós, Brenna.

Miro cómo se aleja hasta que desaparece detrás de una esquina y después me muevo. Dejo la bolsa de la compra encima de la mesa de la cocina y entro en mi cuarto. Cierro la puerta con mucho cuidado y gestos mecánicos. Me siento en la cama, pero cuando me percato de que llevo un tiempo en la misma posición, me dejo caer de espaldas y miro el techo. No salgo cuando me llaman a cenar y pido que no me molesten. En algún momento me duermo, pero me despierto

apenas una hora más tarde. Me preparo un té y regreso a mi habitación.

Me duele reconocerlo, pero Christopher ha acertado en lo que dijo sobre mí. Temo darle la razón porque, si lo hago, significa que le creo, que las fotos han sido un montaje, él es la víctima y yo soy solo la tonta del pueblo que se deja manipular de nuevo por otro hombre.

Me armo de valor para hacer una búsqueda de su nombre en Google. Los resultados aparecen a montones en un par de segundos. La mayoría de los títulos dicen más o menos lo mismo: «Montaje pensado para hundir la aplicación Matched».

▪

Hace un par de días aparecieron en la prensa fotografías comprometedoras que enseñaban a una joven y a Christopher Thompson, el CEO de S4L, la empresa que prometía la aplicación de emparejamiento del futuro. Resultó ser que la joven en cuestión era Samantha Dobson, una antigua novia. En aquel momento, todavía no se sabía en qué posición se encontraba su actual novia, Brenna Abernathy.

Las acciones de Matched tocaron fondo unas horas después de la aparición de las fotografías, pero el señor Thompson no tiró la toalla. Demostró con pruebas que las fotos eran un montaje bien ejecutado de unas imágenes más antiguas. Os dejamos las originales, parte de ellas con la fecha de publicación y el montaje.

Nada más hay que decir, queda claro que Matched ha sufrido el ataque de la competencia.

▪

El móvil se me escapa de las manos. Quiero recogerlo y volver a leer la noticia, leerlas todas para comprobar que cuentan la misma historia. ¿Pero qué diría eso de mí? Que no me fío de Christopher. Que dudo de él hasta el punto en que no soy capaz de creer lo que leo en treinta publicaciones.

Pero lo hago igualmente. Resulta que Sammy tiene una relación reciente con un joven abogado, y ambos han hecho declaraciones que desmienten las fotografías.

Por Dios.

Me levanto y paseo por el cuarto, pero el espacio es demasiado pequeño para albergar mis nervios. Vuelvo a coger el móvil con la intención de llamarle.

¿Y qué le digo?

No me decido. Busco en el bolso el anillo que me regaló. Estudio la piedra bajo la luz del techo, pero tampoco encuentro respuestas ahí. Lo único que tengo claro es que no voy a resolverlo ocultándome.

Me compro el primer billete de avión hacia Londres. El vuelo sale en seis horas. Llegaré a casa, a la casa de Christopher, casi a medianoche. Tengo tiempo suficiente para pensar algo por el camino.

Por la mañana, después de haber pasado la noche en vela, le explico la situación a mi madre. Ella se encargará de que lo sepa toda Escocia. Me despido de ella como Dios manda esta vez y le prometo que vamos a hablar más a menudo. Tiene una sonrisa muy rara en la cara. Casi parece contenta. Me da escalofríos.

Después llamo a Robbie para amenazarle con que hundiré su empresa si se atreve a publicar el anuncio del fin de la aplicación. Le pido que no le cuente nada de eso a Christopher antes de que le dé mi permiso. Farfulla algo sobre escocesas terroríficas e ingleses conquistados.

Antes de coger el vuelo hablo con Brodie. Se guarda su opinión sobre la situación, pero no se corta en insultar mi inteligencia un par de veces. Me propone disfrazarme de enfermera y conquistar a Christopher en la cama o preparar una fiesta sorpresa con mucho público. No acepto ninguna de las variantes, mis nervios no aguantarían tanta tensión.

No apuesto a que lo hagan ni cuando abro la puerta de la casa. La encuentro en silencio y a oscuras. No sé si Christopher seguirá en la oficina, pero, si está, apuesto a que debe estar trabajando. Me encamino por el pasillo hacia su despacho, pero me detengo delante de la puerta abierta del salón. La televisión está encendida y muestra un episodio de Peaky Blinders. Chris está tumbado en el sofá, con un brazo bajo la cabeza y una cerveza en la mano.

Se levanta de golpe cuando me ve.

No hablo aún, no encuentro mi voz. Dejo caer el bolso y me desabrocho el abrigo.

Él sigue mirándome. Lleva un pantalón holgado de chándal y una camiseta de manga corta. No sé por qué recuerdo la conversación que tuve con Bo-ra antes de la reunión con la junta de accionistas y su consejo sobre imaginármelos desnudos. No es buena idea, porque conozco cada centímetro de su hermoso cuerpo y no hay nada que no ame de él.

—Vamos a acabar con esto —digo. Trago saliva una vez más—. Di «te lo dije».

—¿Cómo? —Christopher me mira extrañado.

—Has tenido razón en todo. Di «te lo dije», me perdonas y fingimos que no ha pasado nada.

Sacude la cabeza, pero le conozco demasiado bien. La comisura de sus labios se arquea, incluso cuando los frunce para tratar de ocultarlo.

—No. Se acabó lo de fingir.

—¿Entonces? —pregunto antes de soltar lo primero que me viene a la cabeza—. Solo quiero lanzarme a tus brazos y olvidarme de todo.

—Se podría plantear algo de ese estilo… ¿Qué más?

—Besarte —suelto en un hilo de voz.

Murmura algo que no entiendo. Me acerco para escucharlo.

—Puedo hacer otras cosas también…, traerte café cuando trabajas, recordarte cuando lo haces demasiado y forzarte a parar.

Enarca una ceja y se frota la barbilla pensativo.

—¿Ayudarte con el insomnio? —insisto.

—No sufro de insomnio.

—¿Ocupar con algo interesante las horas que «no» necesitas para dormir?

—Es una buena oferta. Pero puede que encuentre mejores —comenta él.

—No de parte de una escocesa loca.

Se echa a reír.

—¿Algo más? —inquiere.

Noto que su cuerpo se relaja y el mío lo copia. Pierdo todo el agobio y los nervios, pero cuando desaparece la adrenalina que me ha mantenido despierta las últimas veinticuatro horas me quedo con la energía de una lechuga mustia.

—Sí, lo hay —susurro—. Te amo…

—No digas «desde el principio» —me interrumpe y pone los brazos en jarras.

Recuerdo perfectamente que son mis palabras, que es lo que yo le respondí, y me muerdo los labios.

—¿Desde el principio? Ni hablar. Aunque me gustó como olías en el ascensor aquel primer día y como se veía tu trasero con esos pantalones de ejecutivo que te gusta tanto usar. La verdad es que no tengo ni idea desde cuando te amo ni creo que sea importante. No creo que haya sido un momento, sino una infinidad de ellos. Cuando reconociste que no se te da bien jugar a los bolos, cuando no te reíste de mi pobreza, cuando me consideraste tu igual, aunque fuera una granjera sin estudios y tú seas el señor Harvard, cuando confiaste en mí para cederme tus acciones, cuando apostaste por lo nuestro desde el principio… —me detengo porque hay cientos de momentos importantes y no me queda energía para enumerarlos todos—. ¿Podemos hacer esto después? —me quejo—. Estoy muy cansada.

En realidad, estoy a punto de desplomarme. No recuerdo si me he inyectado la insulina o son las

emociones las que tiran de mí hacia el suelo.

Atento como siempre, Christopher abre los brazos para mí.

Y cuando estoy allí, rodeando su cintura y con la nariz metida en su pecho, sé que no cambiaría lo nuestro por nada en el mundo.

Epílogo

¿Cuál es tu lugar favorito en el mundo y qué te hace sentir especial o conectado a ese lugar?

Brenna

A ver... tengo muchos lugares así. Más que nada por los recuerdos que me traen. Por ejemplo, el callejón detrás del The Drovers Inn, donde tengo tantos recuerdos de risas y borracheras. Y de aquella vez que me enrollé con un turista australiano buenorro que estaba de paso por Inverarnan. También me gusta el parque que hay detrás de mi apartamento de Londres. Esther, Paul y yo solemos comprar cruasanes y sentarnos en un banco mientras yo disfruto del buen tiempo y Esther se queja de que es un día horrible y de que nunca sale el sol.

Christopher

La terraza de la suite del hotel donde me alojo en Florencia con vistas al Ponte Vecchio. Ahí hay paz.

Christopher y yo estamos desayunando en el balcón de un precioso hotel con vistas al Ponte Vecchio. Nos hemos prometido dedicar solo dos horas de la mañana para los negocios y después no volver a tocar nada relacionado con el trabajo.

—Ummm —le oigo murmurar mientras lee algo en su tableta.

Le echo un vistazo y oculto una sonrisita, pues sé que está tratando de llamar mi atención a propósito.

—¿Algo interesante, cariño?

Toma su café como si yo no hubiera hablado en absoluto, así que regreso la atención a la pantalla de mi ordenador. Estoy programando el calendario de publicaciones de las redes sociales de uno

de mis clientes para los próximos cuatro días que estaremos en Florencia.

—¡Ah, vaya! —vuelve a exclamar él sin mirarme—. Impresionante.

Enarco las cejas y le dedico una mirada divertida. Le conozco y sé que todos esos «ums» y «ahs» son para llamar mi atención, porque cuando Christopher está verdaderamente concentrado en su trabajo, podría derribar la pared a mazazos sin que él se enterara.

—¿Algo interesante, cariño? —vuelvo a repetir en un tono más alto.

Me mira entonces con una expresión de falsa inocencia, como si acabara de recordar que estoy ahí.

—Peter acaba de enviarme las cifras del beneficio que ha tenido este año Esponjosísimos —comenta al fin.

Esponjosísimos es la pastelería portuguesa de Esther y Paul, en la que he invertido capital.

—¿Por qué te lo envía a ti si es mi negocio? —protesto, y bajo a medias la tapa de mi portátil.

—Porque eres mi esposa y compartimos patrimonio.

—No, no lo hacemos. Firmamos un acuerdo prenupcial de separación de bienes.

—Ah, sí —recuerda él frunciendo los labios—. El que insististe en firmar. La mujer romántica con la que siempre soñé.

—Sí, el que insistí en firmar, cuando tenía que haber sido idea tuya porque eres la parte más rica.

—Qué va, tú estás mucho más rica que yo.

Me carcajeo, quizá por la seriedad con la que lo ha dicho, y él me dedica una sonrisa que me calienta todo el pecho por dentro. Hace bailar las cejas arriba y abajo insinuando que su comentario nada tiene que ver con el dinero. Por supuesto, no he llegado a ser más rica que él en un año, pero estoy muy lejos de la limpiadora que trabajaba en el sótano de su empresa.

—Volviendo a Esponjosísimos, está yendo muy bien —prosigue Christopher—. Si continúa así el resto del semestre, podemos plantearnos abrir una segunda pastelería en alguna otra parte de Londres.

—Eh, no te metas en mi negocio —le advierto apuntándolo con el dedo.

—Encontrar un negocio con potencial y expandirlo es mi especialidad.

—Reconoce que tuve una buena idea y que no soy un agujero negro —exijo.

—Tuviste suerte.

—Ni hablar —protesto ofendida—. Conocía a Esther y Paul, sabía lo trabajadores y capaces que eran. Había probado sus creaciones. Tenía toda la información necesaria para tomar esa decisión financiera.

Christopher me dedica una sonrisita embelesada.

—Me encanta cuando hablas de finanzas —dice en voz sugerente—. Me excita.

—A ti todo te excita —le critico, fingiendo que no es algo que adoro de él.

—Todo lo que haces tú —concreta, echándome una mirada que hace que se me suban los colores. Llevamos más de un año juntos y aún consigue que me sonroje.

Aparto la mirada y vuelvo a abrir mi pantalla. Si le hago caso, vamos a acabar encima de la mesa y no llegaremos al circuito privado que hemos contratado para ver la campiña de los alrededores.

Prosigo con mi trabajo hasta que me llega una notificación de las acciones de Matched.

—¡Guau! —exclamo al ver el incremento que han tenido.

Matched es la razón por la que nos hemos tomado estos días de vacaciones. Es el aniversario de la aplicación, se cumple un año desde que se lanzó y ya ha creado millares de parejas felices.

Todavía recuerdo la fiesta del lanzamiento. Estábamos todos más nerviosos que un grupo electoral esperando el anuncio de que ha ganado su candidato. Teníamos la certeza de que los pronósticos eran ciertos, porque las parejas que surgieron de la versión beta iban de maravilla. Pero los resultados no fueron rápidos. Tuvimos que esperar semanas, meses de cálculos, de probabilidades, de contrastar resultados, para que la aplicación fuera declarada un éxito.

Inspiro el aire de Florencia y sonrío con los ojos cerrados. Esto de ser rico es la pera, puedes hacerte incluso más rico mientras desayunas en Italia. Además, me encanta saber que lo hago con un negocio que hace feliz a tanta gente.

—¿Algo interesante? —Christopher copia mis palabras de antes.

—¿Has visto los índices de la bolsa?

—No. —Alza una ceja interesado.

Le doy la vuelta a mi portátil para que pueda leer la pantalla él mismo.

Sonríe complacido.

Me hace gracia la ironía de que este éxito es resultado de que nosotros dos consiguiéramos convencer a la audiencia de que éramos un buen emparejamiento.

La aplicación está siendo una revolución social, pero al principio nada podía convencerme de

que el estirado CEO de S4L fuera mi media naranja. Fue en el proceso de fingir cuando nos convencimos el uno al otro.

—¿Qué te ronda la cabeza? —me pregunta.

—Recordaba el principio de nuestra relación.

Christopher compone una mueca de dolor y yo estallo en carcajadas.

—Espero que las demás parejas nacidas de Matched tengan un inicio menos espinoso. Ni a mi peor enemigo le deseo la montaña rusa que fue el principio de nuestra historia.

—¿Y a algunos de tus amigos? ¿O los míos? —pregunto, cuando se me ocurre una idea.

—¿Qué quieres decir? Conozco esa cara. Brenna, ni lo pienses.

Hago un mohín.

—Brodie y Bo-ra se han conocido debido a la aplicación, aunque no la hayan usado. Pero mi jefe y tu amigo, Robbie, está bastante solo.

—Y le va genial así.

—Es igualito que tú antes de conocerme, pero en versión motero.

—No puedes forzarle a usar Matched.

—¿No puedo? —enarco una ceja.

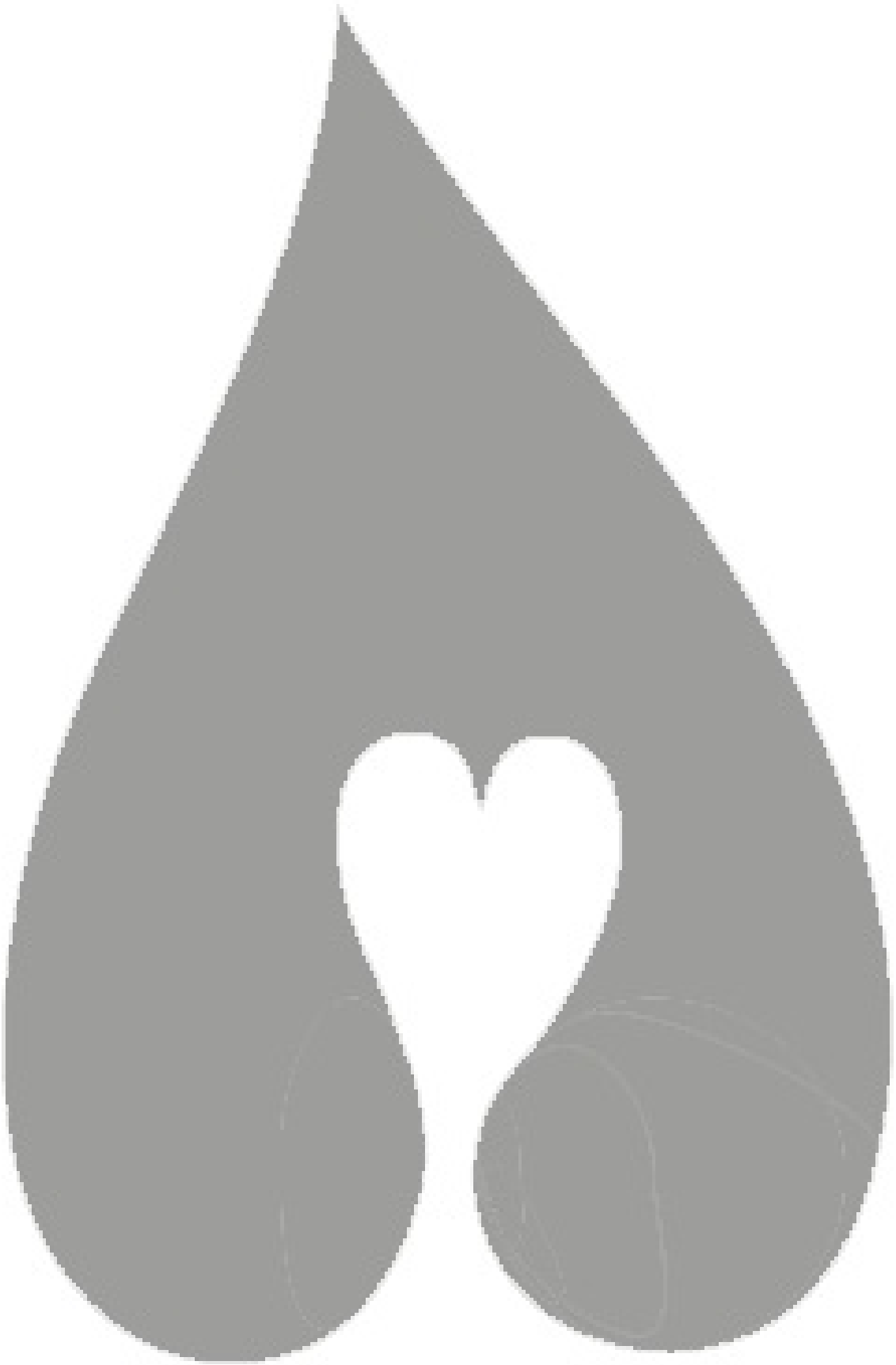
A estas alturas, Christopher ya debería haber aprendido que no puede lanzarme un desafío y esperar que no recoja el guante.

—Vale, sí puedes —concede. Me mira a los ojos y por un momento me sobrecoge el amor y la pasión que veo en ellos—. Pero no le digas que yo lo sabía y no te detuve.

—Te lo agradecerá cuando esté enamorado hasta las trancas de su mujer ideal.

—Puede ser, pero por muy bien que le vaya, tú y yo, Brenna, nos quedamos con el pódium de la mejor pareja de la historia de la aplicación. Aun cuando todo empezó con ponerle cláusulas al amor.

FIN



Esperamos que hayas sentido y fluido

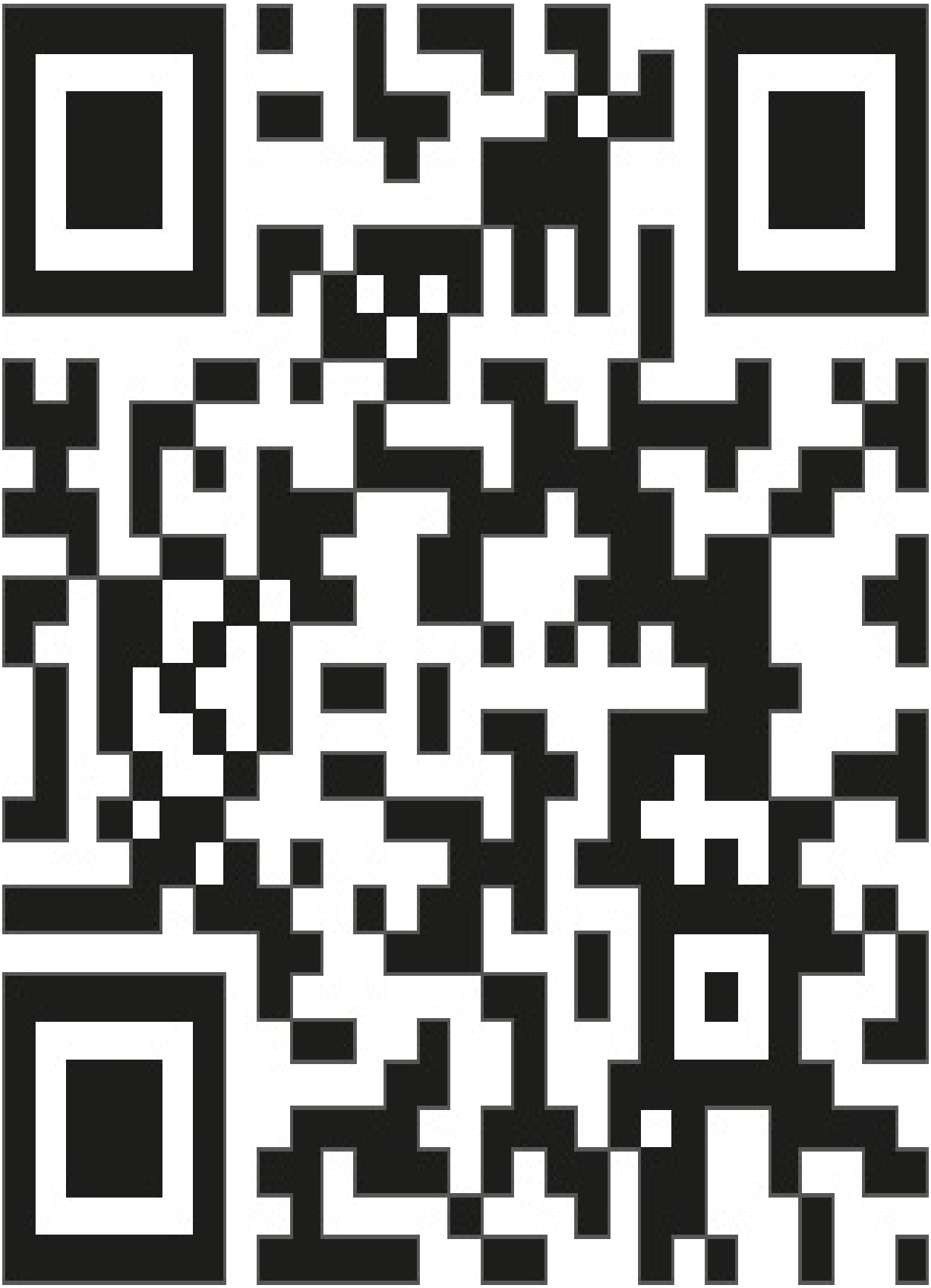
con cada línea de este libro

como lo hemos hecho nosotros.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios

a través de nuestra web y nuestras redes sociales:



#SomosAgua

Plataforma Editorial planta un árbol

por cada título publicado.


PLATAFORMA EDITORIAL
Un árbol para cada libro